

CRIMEN & CIA.

***William P.  
McGivern***

**CONTRA EL  
MAÑANA**



de

*Contra el mañana* narra con un estilo vigoroso el trágico asalto al banco de un pequeño pueblo. Sorprendidos por el *sheriff*, uno de los atracadores muere en el tiroteo y otro resulta gravemente herido. Se inicia así una dramática fuga en la que los supervivientes —el herido y su novia, y un negro—, deberán superar, si quieren salvarse, las barreras que el racismo ha alzado entre ellos. Con ellos escapan también sus ilusiones y la ambición de integrarse en una sociedad cuya agresividad les sobrepasa.



William P. McGivern

# **Contra el mañana**

**Crimen & Cia. - 8**

**ePub r1.3**

**Titivillus 09.08.15**

Título original: *Odds Against Tomorrow*

William P. McGivern, 1957

Traducción: Juan Godó Costa

Diseño de cubierta: Jordi Paris

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



A mi hermano Frank  
con afecto

## 1

DURANTE UN RATO que a él le pareció largo, no pudo decidirse a cruzar la calle y entrar en el hotel. Se detuvo en mitad de la acera y miró con el ceño fruncido hacia la puerta giratoria y la endoselada entrada, indiferente a la multitud que a aquella hora de la noche pasaba junto a él, mientras permanecía alto e inmóvil como una peña en medio de la corriente. La gente le bordeaba con cuidado, porque advertíase una especie de tensión en la postura de sus hombros y en la mirada evaluadora que ensombrecía sus facciones duras, aunque regulares.

Lo que al hombre preocupaba era la finalidad de lo que allí le había conducido, no las consecuencias...

Conocía el hotel, un establecimiento de categoría media, próximo al centro de la ciudad; un viejo edificio de piedra ahora iluminado por un rótulo de neón y revestimientos de brillante aluminio alrededor de un dosel negro y plateado. Lorraine se había reunido una vez con él en el vestíbulo, según recordaba, pues el hotel no estaba lejos de donde ella trabajaba. Se tomaron unas cervezas antes de volver a casa.

Encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla a la acera, casi sin fijarse en la gente que pasaba por delante de él. Al final, no es que se decidiese en absoluto; simplemente avanzó unos pasos en dirección al hotel impelido por una presión que parecía tan inevitable como carente de propósito. Lanzó un suspiro y pensó: «¿Por qué no? ¿Por qué demonios no debo entrar?».

Se detuvo inmediatamente después de haber atravesado la

puerta giratoria y dirigió una mirada escrutadora a su alrededor, en el vestíbulo. Varios grupos de personas se hallaban charlando cerca del quiosco de periódicos y algunos hombres de negocios, de mediana edad, estaban sentados en duros y funcionales sillones hojeando los diarios de la tarde. Desde un salón situado a su derecha, le llegaba el sonido a todo volumen de la música del *jukebox* y la ruidosa risa de unos hombres que estaban en el bar.

Fue sorteando los grupos de personas y se dirigió pausadamente hacia el mostrador de recepción, al fondo del vestíbulo, con las manos hundidas en los bolsillos de su viejo abrigo, con el leve gesto de preocupación ensombreciéndole todavía el semblante. Una vez allí, se quedó aguardando detrás de una mujer con dos niños que tiraban de su falda, y tuvo que contener su irritación mientras el encargado de las habitaciones explicaba a su interlocutora cómo llegar a un suburbio de la ciudad cogiendo un tranvía.

—Mi hermano se habría reunido con nosotros, pero tenía que trabajar —decía la mujer, en tono de disculpa—. Trabaja en la compañía del gas y pueden hacerle salir en cualquier momento para atender un aviso.

—Estoy seguro de que no tendrá usted ninguna dificultad.

—Muchísimas gracias. Vamos, niños.

El empleado, un joven de cabello rubio, le sonrió:

—Dígame.

—Necesito ver al señor Novak. Frank Novak. ¿Cuál es su habitación?

—¿Le está esperando el señor Novak?

La pregunta le irritó, sacó las manos de los bolsillos y se puso a repiquetear con los dedos sobre el mostrador.

—Claro que me está esperando. Yo no estaría aquí, si no me esperase. ¿En qué habitación se encuentra?

—Voy a llamarle —dijo el empleado, sonriendo impersonalmente—. Es norma de la casa. ¿Quién le digo que pregunta por él?

La ira se le esfumó rápidamente; se sintió vacío y estúpido.

—Claro, ya lo comprendo —dijo, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Pero él me conoce. Mi nombre es Slater. Earl Slater, quizá me recuerde como Tex Slater. Es un apodo. Me lo pusieron en el ejército.

—Voy a llamar al señor Novak.

Earl Slater volvió a hundir sus grandes y huesudas manos en los bolsillos. «Estoy haciendo el tonto —pensó—. Me lo pusieron en el ejército». ¿Y qué? ¿Qué tenía eso que ver? Su irritabilidad comenzó a revolverse en su interior, agudizándose como si buscara una salida.

—Habitación

diez-seis

—anunció el recepcionista—. El señor Novak dice que puede usted subir.

—Está bien, gracias —dijo Earl Slater con una leve sonrisa rígida.

Quería añadir algo, algo que redundase en su favor, pero no pudo pensar nada que le sirviese; las palabras eran como muletas para él, medios difíciles para un fin limitado. De todas formas, el empleado ya estaba hablando con otra persona, de modo que Earl se apartó del mostrador y se encaminó despacio hacia los ascensores. «¿Cuál era el número de la habitación?

Diez-seis

...».

Cuando estuvo frente a la puerta cerrada del ascensor volvió a titubear, frunciendo aún más el entrecejo. Encendió rápidamente otro cigarrillo, y la tensión que había en él cargaba sus movimientos de un significado curioso; era como un animal en campo abierto, mirando nerviosamente de un lado para otro en el vestíbulo, alerta y cauteloso.

Earl Slater contaba treinta y cinco años de edad, pero parecía mucho más joven; su tez era de las que una mujer podría envidiar, clara, ligeramente bronceada. Manejaba su musculoso cuerpo como una máquina en buenas condiciones, con un aire de negligente precisión y eficiencia.

Por todo esto, las personas a menudo no se sentían atraídas por él; quizá les llamara la atención el fuego que brillaba en su mirada o les impresionara la fuerza que reflejaba su cuerpo, pero la fría y ligera cólera que manifestaba su cara, generalmente las mantenía a distancia.

Dejó caer su cigarrillo en un recipiente lleno de arena, en el momento en que se abrió la puerta del ascensor. Entró muy erguido

en la vacía cabina y dijo al ascensorista, un negro que vestía un uniforme verde:

—Diez-seis. ¿Es la planta décima?

—Sí, señor —confirmó el muchacho de color, haciendo chasquear los dedos a ritmo lento—. Vamos a subir —Volviéndose, sonrió a Earl—. ¿Ha oído usted el resultado final del partido de los Eagles?

Earl Slater clavó en él sus ojos, brillantes y sin expresión: era posible que ni le viese.

—El fútbol no me interesa —se limitó a responder.

—Ah, ¿no? —se extrañó el ascensorista, sin dejar de sonreír—. ¿Cuál es entonces su deporte?

—Subir en ascensores silenciosos —respondió Earl, dejando caer entre ambos, como un muro, su suave acento del Sur.

La sonrisa del muchacho de color fue apagándose hasta no quedar más que un ligero rictus en la comisura de su boca.

—Comprendo, señor —dijo, cerrando la puerta y moviendo la palanca de marcha con un perezoso gesto de su muñeca. Fue canturreando en voz baja hasta que la cabina se detuvo en la décima planta. Cuando se abrió la puerta, inclinó la cabeza y dijo—: No hay de qué, caballero, no hay de qué.

Earl le miró fijamente hasta que la puerta se cerró y entonces exhaló un lento suspiro, tratando de reprimir la frustrante cólera que sentía circular por sus venas. «Un tipo puntilloso», pensó. Volviéndose, avanzó por el pasillo en silencio en dirección a la habitación de Novak, olvidándose por el momento de todo lo que no fuese el exasperante descontento de sí mismo. ¿Por qué no había dicho nada? Este pensamiento le martilleaba la mente. ¿Por qué tuvo que permanecer de pie como un pedazo de madera?

El propio Novak abrió la puerta, sonriendo y tendiendo una mano musculosa.

—Entra. Soy Frank Novak. Llegas oportunamente, Slater.

Novak era un hombre bajo, pero de aspecto robusto, de tez morena, cabello oscuro y ojos pequeños de mirada fría.

—Veo que eres un mocetón —añadió, sonriendo a Earl y examinándole con ojos que permanecieron fríos y duros—. Entra. Quiero que conozcas a un amigo, Dave Burke. Dave, estréchale la mano a Earl Slater.

Burke se hallaba de pie en medio de la habitación. Era un hombre alto y barrigudo, de cabellos entre rubios y grises y una tez que se había puesto colorada por la ruptura de diminutos vasos sanguíneos de sus mejillas. Sonrió y saludó algo fríamente.

—¿Qué tal? Siéntate y ponte cómodo. ¿Te apetece beber algo?

—Bueno —accedió Earl—. Algo ligero.

—¿Qué te parece un *whisky* con agua? ¿Verdad que suena bien?

—Suena formidable —convino Earl.

Burke se echó a reír como si eso tuviese alguna gracia, y se volvió hacia un aparador en el que había varias botellas y unos cuantos vasos.

—¿Le pones hielo?

Earl no vio hielo por allí, de modo que optó por contestar:

—No, gracias; es igual.

Burke volvió a reír y Novak invitó:

—Siéntate, Earl. Coge esa silla. Es mejor que las otras. ¿Quieres un puro?

—No, gracias.

Earl se sentó, con el abrigo sobre las rodillas, pero Burke se lo cogió.

—No dejes que se te arrugue, Earl. Lo colgaré en el armario.

—No importa; ya está muy gastado.

Burke también se rio esta vez, y Earl se dio cuenta de que estaba un poco achispado; no muy borracho, pero alegre, como si todo le hiciese gracia.

La habitación era pequeña y de muebles baratos, pero la vista que se divisaba por las dobles ventanas daba una impresión de espacio, con miles de lucecitas que brillaban a lo lejos en medio de una profunda oscuridad.

Novak estaba sentado en el borde de la cama, con las manos apoyadas en las rodillas, y examinaba a Earl con una ligera sonrisa en los labios.

—Esto no es el palacio de Buckingham, ¿verdad?

—Está muy bien —aprobó Earl, sonrojándose ligeramente; no se sentía cómodo en aquel lugar—. Está bien. Nunca me he alojado en este hotel, pero sí había estado en el bar, abajo.

—¿Y por qué no? —dijo Burke, riendo ligeramente. Dio a Earl un vaso con *whisky* y agua y añadió—: ¿Por qué no podías ir al bar,

eh?

Novak intervino:

—Siéntate, Burke, y descansa un poco; no pienses tanto —Seguía sonriendo, pero en su voz se percibía como un matiz de enojo—. Vamos a hablar de negocios.

—Claro —dijo Burke. Esta vez no reía; se sentó con cuidado y se pasó una mano por su cara, vulgar y colorada—. Claro que sí.

Novak encendió un cigarro puro, y mientras lo chupaba despacio sonreía a través del humo, mirando a Earl.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cinco. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. No lo tomes a mal.

Novak se inclinó hacia atrás encima de la cama, y la luz del techo fue a dar en sus ojillos, en los que había un brillo de calculadora astucia.

—Es una edad decisiva. A los treinta y cinco años, un individuo debería saber si va o no a salir adelante.

Sonrió, mirando a Earl, que frunció el entrecejo, intrigado, y luego, como casualmente, sus ojos fueron a posarse en el traje y los zapatos del joven.

—¿Qué tal te va?

—No lo sé —respondió Earl, moviendo las manos y los pies en un gesto de impaciencia e incomodidad—. Nunca lo he pensado. No soy rico —añadió, sonriendo con timidez; pero esta confesión le irritó y sintió que en su pecho subía un confuso movimiento de cólera—. Supongo que me van bien las cosas —dijo, volviendo a mover los pies.

—No trabajas, ¿verdad?

—Bueno, en estos momentos no.

—¿Cuándo trabajaste por última vez?

—Hace un par de meses, creo.

—Fue en el Circle Garage, ¿no?

Earl sonrió, inseguro.

—¿Cómo lo sabe?

—Hemos hecho averiguaciones sobre ti, muchacho —dijo Novak—. Cuando te llamé esta mañana, tú no sabías quién era. Te mencioné un nombre, el de Lefty Bowers, un sujeto con el que estuviste en la cárcel. Eso es todo cuanto sabes: que soy amigo de

alguien a quien conociste en la cárcel, ¿no es cierto?

—Creo que sí —respondió Earl, encogiéndose de hombros—. Sí, eso es todo lo que sé.

—No intento resultar misterioso. Solo quiero que entiendas algunas cosas. En primer lugar, Lefty me dijo que eras un buen muchacho, que sabías tener la boca cerrada y que podías conducir un coche.

—¿Es eso lo que usted necesita? ¿Que alguien conduzca un coche?

Burke se echó a reír y Novak le dirigió una mala mirada.

—Tráeme algo de beber, ¿quieres, Dave?

—Sí, claro —respondió Burke, poniéndose en pie.

—Se trata de algo más que de conducir. Por esto hemos hecho averiguaciones sobre ti. Burke había sido polizonte y uno de sus antiguos compañeros nos ayudó.

—Un tipo al que conocía desde hacía años —explicó Burke—. Un gran tipo.

—Debe de tratarse de algo importante —comentó Earl tratando de sonreír—. Si ustedes se tomaron todas esas molestias, debe de ser algo importante.

—Esperaba que lo comprendieses —dijo Novak sosegadamente—. Es bastante importante, no te preocupes. Pero, además de importante, es seguro.

Ladeó la cabeza y examinó a Earl a través de las volutas de humo que subían de su cigarro.

—Quiero que lo comprendas. Yo soy un tipo serio, un hombre de negocios.

Sacó del bolsillo interior de la chaqueta un sobre del que extrajo unos papeles. Tras echarles un vistazo por espacio de unos segundos, dijo:

—Bien; esto es lo que averiguamos: Earl Slater, nacido en Tejas, hijo de un granjero. Ingresaste en el ejército a los dieciséis años, mintiendo con respecto a tu edad. Entrenado para ser paracaidista, pero trasladado a infantería a causa de un accidente sufrido durante los ejercicios —Novak le dirigió una mirada—. Hasta ahora, ¿todo es verdad?

—Me rompí una pierna al saltar —aclaró Earl, tratando de aparentar indiferencia, para dominar su confusión y emoción; pero

las imágenes que Novak había evocado centellearon a través de su mente como las figuras de un calidoscopio—. Una de las cuerdas se rompió y llegué al suelo demasiado deprisa.

Pudo recordar cómo la tierra subía hacia él y los rastrojos de un campo de trigo pinchaban como agujas. Dijeron que había descendido con la velocidad de un tren expreso. Los tacones de sus botas de paracaidista se hundieron profundamente en la dura tierra por el peso de su cuerpo al caer. Estaba seguro de haber oído romperse el hueso de su espinilla como un trozo de leña seca, pero los médicos le dijeron que eso era solo fruto de su imaginación.

—Pasaste cinco años en el ejército —prosiguió Novak—. Duro trabajo, ¿eh?

—Creo que sí.

—Dos años después de que te licenciaran, te detuvieron por robar un coche en Galveston. Ocho meses en la cárcel. La vez siguiente te detuvieron por asalto y agresión en Mobile, Alabama, y esa vez...

—Escuche, yo no robé aquel coche —protestó Earl con vehemencia—. Estuve bebiendo con su dueño, y el tipo me dio permiso para utilizarlo. Pero el hijo de puta no quiso declararlo así en el juicio, a causa de su esposa.

Burke se echó a reír, y sus ojos casi desaparecieron en la masa carnosa de su colorada cara. Hasta Novak esbozó una sonrisa.

—Está bien, no robaste el coche. Pero después de los tres meses de cárcel en Mobile, hubo un juicio por homicidio. Te echaron cuatro años esa vez.

—Fue como lo del coche —dijo Earl, con un tono triste y desesperanzado en su voz—. En un bar, un individuo vino hacia mí empuñando una botella. Le agarré bien y fue a dar con su cabeza contra la barra. Pero sus amigos negaron ante el polizante que él me hubiera amenazado con la botella.

—Bueno, eso fue mala suerte. Supongo que tú también te llevaste tu parte, ¿no?

—Claro —asintió Earl. Su mirada fue de Novak hacia Burke, sintiendo como si una faja de hierro le oprimiese el pecho. Odiaba que alguien hurgase en su pasado, que le clasificase como eso, aquello o lo de más allá a causa de las mentiras que estaban escritas en viejos y polvorientos ficheros—. ¿Y qué? —añadió, colérico—.

Ha pasado mucho tiempo, he tenido un empleo. ¿Están ustedes mejor que yo? —Clavó sus ojos en Burke—. Usted fue agente de policía, ¿eh? Bien; ¿qué pasó? ¿Le echaron porque se emborrachaba?

—Cierra el pico, hijito —le aconsejó Burke. Su voz no sonaba airada, pero empezó a frotarse con parsimonia las manos, unas manos grandes, carnosas—. Cierra el pico, ¿de acuerdo?

—Bueno, ¿qué hay de ese asunto importante? —Inquirió Earl, poniéndose en pie—. Los dos están ahí sentados con un remiendo en sus pantalones y en una habitación de cuatro dólares. ¿Creen que me importa un bledo lo que hayan podido averiguar sobre mí?

—Relájate —dijo Novak en tono enérgico—. Lo que hemos averiguado nos hizo pensar que eras idóneo para esta faena. No se trata de nada personal. De modo que no te lo tomes de esa manera.

—Está bien —Earl aflojó las manos, para dominar sus trémulos dedos—. ¿Qué quieren ustedes de mí?

—Se trata de un trabajo en un banco —explicó Novak—. Te diré algo sobre ello y entonces tú respondes si lo tomas o lo dejas. Si aceptas, te informaré de todo. Si no aceptas —añadió encogiéndose de hombros—, pues eso..., lo dejas.

—¿Un trabajo en un banco? ¿Preparan un golpe en un banco?

Burke sonrió, pero no se rio. Examinó a Earl detenidamente, con unos ojos que brillaban dentro de unas bolsas de carne fofa.

—Es un banco pequeño —aclaró secamente.

—Hasta aquí, ¿te interesa?

—No lo sé. Es... Bueno, no lo sé.

—Quieres algunos detalles, claro.

Novak se puso en pie y dio unos pasos delante de Earl, sosteniendo en su manaza el cigarro como un puntero.

—Es un banco pequeño, como dice Burke. Uno grande no interesa. En primer lugar, se necesitan muchos individuos —Se encogió de hombros—. Muchos individuos, mucho tener que hablar, lo sé por experiencia. En segundo lugar, los grandes bancos están en las grandes ciudades. Eso significa tráfico. Un coche se detiene delante de ti, un coche de bomberos te cierra el paso, ocurre un accidente, ¡bang! Estás muerto. Además, los grandes bancos toman sus precauciones. Tienen guardias escondidos, vigilando, y hay alarmas que el cajero puede hacer sonar tocando con la punta del

pie un pedal. Cuentan con los polizontes locales, el FBI, las agencias de detectives

Brink's

y Pinkerton, todos preparados para responder a esas alarmas. He hecho mis averiguaciones. Atracar un banco grande significa hombres, coches, un escondrijo, armas, explosivos... De modo que los beneficios, si los hay, se diluyen entre los gastos generales. ¿Me sigues?

Earl asintió con la cabeza, lentamente.

—Sí, creo que sí.

—Con un encantador banquito provinciano, la mayoría de los problemas desaparecen. Eso es lo que andamos buscando, un encantador banquito que tenga un guardia gordo y un par de cajeras de mediana edad. El botín debería ser bueno, de unos dos centenares de los grandes. Somos cuatro en la empresa, cuatro a repartir. ¿Cómo estás de aritmética, Earl?

Novak se puso el puro en la boca.

—¿Sabes dividir doscientos mil entre cuatro?

—¿Cincuenta de los grandes por cabeza?

Novak le dio un golpecito en la espalda.

—Exacto.

—Parece mucho dinero para un banco pequeño —observó Earl.

—Lo hay, no te preocupes. Es una localidad rica, con mucha gente distinguida. Y tiene actividad comercial e industrial: supermercados, una fábrica de conservas, un par de docenas de establecimientos de venta al por mayor. El banco permanece abierto los viernes de seis a ocho de la tarde. La mayoría de las fábricas pagan a sus trabajadores el sábado, de modo que el banco está cargado con el dinero de las nóminas y los depósitos de fin de semana de los grandes almacenes y tiendas.

Novak hizo una pausa para comprobar el efecto que hacían sus palabras.

—Cuando el banco cierra —añadió—, hay aproximadamente doscientos mil pavos en efectivo en las cajas. Una media docena de empleados se queda durante una hora o más poniendo en orden los libros. Un viejo guardia muerto de sueño es todo lo que existe entre nosotros y la pasta. Así pues, ¿qué dices? ¿Quieres participar o no?

Earl se movió en su asiento.

—Pues... no lo sé.

—Me he pasado semanas examinando el terreno —dijo Novak—. He trazado un plan sobre cómo entrar en el banco, coger el dinero y salir tan libres y tan campantes. No hay ningún problema. Es un asunto seguro.

Hizo una pausa y miró a Earl frunciendo el entrecejo.

—¿Qué dices?

—Ahora te toca hablar a ti —intervino Burke.

—Bueno... Es una decisión muy importante para tomarla precipitadamente.

—Tómate tu tiempo —accedió Novak—. Burke, sírvele más de beber.

—Nunca me había encontrado en una situación como esta —confesó Earl, intentando sonreír.

—Bien; he aquí una ocasión para poder prosperar —comentó Burke—. Dame tu vaso.

—Gracias.

Se alegraba de que hubieran dejado de apremiarle; siempre odió tomar decisiones, que generaban tensión en su interior y le hacían sentirse confuso, irritado y desgraciado. El ejército tenía una cosa bonita, pensó, y era que a alguien se le pagaba para que se encargase de pensar. Pero ahora le tocaba a él trazar los planes y dar las órdenes. Aquella mañana le pareció sencillo: Novak tenía un trabajo para él, eso era todo. Podía tratarse de algo que no fuera conforme, pero ¿y qué? No siempre tiene uno la oportunidad de escoger. «Acepta»: esa fue su primera reacción optimista. «Aprovecha cualquier oportunidad para salir del atolladero en que te encuentras...».

Pareció algo lógico e inevitable. Pero ahora no estaba seguro de nada en absoluto...

—¿Y bien? —dijo Novak—. ¿Cuál es el veredicto?

—Pues no lo sé.

Earl buscó en sus bolsillos por si encontraba cigarrillos, mientras Novak le observaba con expresión irritada.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Aún no conozco lo suficiente acerca del asunto.

Earl chupó nerviosamente el cigarrillo. Con una sensación de alivio, recordó que Burke habló de repartir el dinero entre cuatro.

—¿Quién es el otro individuo? Usted dijo que seríamos cuatro. Tengo que saber algo acerca del otro.

—Si quieres entrar en el negocio, mañana le conocerás. Es un buen tipo. Encaja en el trabajo como un guante.

—Como un guante negro de cabritilla —puntualizó Burke, sonriendo.

Earl sintió que le estaba acorralando.

—¿Sabe mantener cerrada la boca? Quiero decir si es un tipo en quien se pueda confiar. No quiero andar mezclado con patanes.

Comprendió que se estaba comportando como un tonto y que daba la impresión de estar asustado. Eso hizo que se le subieran los colores a la cara.

—Puedo ir hasta el fin en lo que sea, pero quiero saber quién me respalda. Es como en el ejército: tienes que estar seguro de cada uno de los hombres del pelotón.

Novak habló en tono sosegado:

—Ya te he explicado que es un buen tipo, y si yo digo que lo es, pues lo es. A ti solo te queda hacer que sí o que no con la cabeza. Entrás o no entrás. ¿Entendido?

—Bien, pero es que no puedo decidirme así, de repente —Earl apagó el cigarrillo, aliviado por haber aplazado su decisión; ahora quería marcharse, alejarse de aquella insistencia, de aquella presión—. Mañana le llamo. Así está bien, ¿no?

—No, no está bien —rechazó Burke, poniéndose en pie y volviendo a frotarse las manazas, lentamente—. Queremos saber lo que piensas ahora. Y no después de que hayas hablado de ello con tu chica y con el cura de la parroquia.

Earl le miró un instante fijamente. No era consciente de estar tomando ninguna decisión, pero de pronto comprendió que iba a hacerlo: decirle a Novak que se fuese a hacer puñetas y derribar de un puñetazo al gordinflón de Burke. Pero antes de que pudiera moverse, Novak le puso una mano sobre el hombro y dijo tranquilamente:

—Otro día no importa, Earl. Está bien. Llámame por la mañana, pero sin falta.

—Muy bien —aceptó Earl—. Claro que sí.

Se esfumó en él la cólera que sentía y asintió con la cabeza, despacio.

—Le llamaré, no se preocupe.

Sintióse agradecido a Novak por aquella concesión, que le hacía sentirse importante.

—Muchísimas gracias.

Cuando se hubo ido, Novak y Burke se miraron por espacio de unos segundos, manteniendo un curioso silencio. Finalmente, Burke sonrió y se preparó una bebida.

—Precisamente lo que necesitamos: un tontorrón lleno de temperamento para dar un poco de tono a la faena.

—Creo que aceptará —dijo Novak. Cogió su vaso y, con el entrecejo fruncido, contempló las burbujas de la superficie del líquido—. Es tonto, pero lo hará. Una vez haya entrado, ya no saldrá.

—No lo sé. Me preocupa un poco. Fui policía el tiempo suficiente para conocer a esa clase de tipos. Son como bombas de relojería —Se encogió de hombros y se sentó en una silla—. Desaparecen delante de tus narices y nunca sabes quién te ha pegado. Fui policía el tiempo suficiente para ver que eso sucede un montón de veces.

—No fuiste policía el tiempo suficiente para cobrar tu pensión —le cortó Novak secamente.

—Muy bien; me pusieron en conserva, si es eso lo que quieres decir. Tal vez te haga sentir mejor el recordármelo.

—Me siento perfectamente.

Novak se encaminó a la ventana. Por unos segundos estuvo mirando la oscura línea del cielo y la plateada luz de la luna que salía por detrás de la alta mole de un edificio de oficinas.

—Apuesto lo que quieras a que no te llama —aventuró Burke—. Dos contra uno a que no vendrá.

Novak meneó la cabeza.

—Te ganaría con demasiada facilidad. Ese muchacho ya está pescado, completamente pescado.

## 2

DESPUÉS DE ABANDONAR el hotel en el que se alojaba Novak, Earl deambuló sin rumbo por las concurridas calles durante una hora, más o menos, molesto por su soledad e irritado por el ruido de la urbe, pero sin ganas de volver al vacío apartamento. Lorraine aún tardaría un par de horas en llegar y a él no le apetecía estar allí solo mirando la televisión. Quizá esa noche aún regresaría más tarde, pensó; ahora que él tenía alguna noticia para variar, era probable que ella tardase aún una hora más. Lorraine trabajaba como encargada del bar de un *drugstore*, y siempre sucedía algo que le impedía salir a su hora. Earl se hacía cargo, naturalmente; ella se lo había explicado a menudo. Sin embargo, le irritaba. Sobre todo en una noche en la que él tenía alguna noticia que comunicarle...

Lorraine era muy eficiente en su trabajo, y Earl lo sabía. Desempeñaba una tarea importante. En el mostrador se servía un par de miles de comidas diarias, aparte las Coca-Colas y los cafés. El margen de beneficio era pequeño y tenía que esforzarse para que le salieran las cuentas. Lorraine siempre llevaba a casa cuentas e informes; lo importante, le había explicado en varias ocasiones, era vigilar los precios de los alimentos al por mayor para saber lo que tenía que poner luego en la minuta. Pero su trabajo abarcaba aún más que eso. Supervisaba también a seis camareras, un cocinero, un par de nombres encargados de los bocadillos y a las cajeras. Era una chica estupenda, pensaba Earl; más lista que muchos hombres.

Finalmente, se cansó de errar de un lado para otro y abandonó la avenida para entrar en una calle que le conduciría de regreso a su

barrio. Él y Lorraine tenían un apartamento de tres piezas, amueblado, en un viejo edificio de piedra arenisca oscura. Lorraine había transformado completamente aquel piso, pintando las paredes y encerando el suelo, poniendo sus propios muebles e incluso arreglando la instalación del cuarto de baño. A Earl le parecía que ella estaba dilapidando el dinero, malgastándolo en una vivienda que no era suya; algún día se marcharían de allí, le había dicho él, y los dueños saldrían ganando con el duro trabajo y el dinero invertido. Pero debía reconocer que los resultados merecían la pena: con su alto techo y sus antiguas ventanas, la vivienda resultaba bonita y confortable.

Delante de la puerta, Earl vaciló, mirando su reloj: las siete y treinta minutos. Lorraine aún tardaría aproximadamente una hora, pensó, frunciendo el entrecejo al ver las oscuras ventanas de su apartamento.

El viento era ahora más frío y Earl lo oía silbar a través de los negros árboles que rodeaban la manzana de casas. Se levantó el cuello del abrigo y siguió caminando despacio, preguntándose a sí mismo qué haría hasta el momento en que Lorraine volviera a casa. No pensaba en la oferta de Novak; inconscientemente la había rechazado. Aquello podía esperar. Este era un truco que él solía emplear cuando quería aplazar la toma de una decisión. Simplemente la hacía esperar.

Se encaminó hacia el rojo rótulo de neón del pequeño bar de la esquina. A Lorraine no le agradaba que se entretuviera en aquellos lugares, «pero ¡qué demonio!», pensó Earl. Se trataba de un sitio cómodo y tranquilo, y los clientes habituales eran agradables. A Lorraine no le importaba que tomase un par de tragos, pero no le hacía gracia la idea de que frecuentase los bares durante el día. Ella tenía razón, por supuesto; un muchacho de su edad no debía tener esos hábitos.

Pero había ocasiones en las que uno necesitaba distraerse, buscar un lugar en el que pudiera librarse de sus preocupaciones y sentirse a sus anchas. Como en un club privado, pensaba, en el que conoces a todo el mundo y tienes tu propia silla y tu caja de tacos de billar. Se sentía contento y animado al colgar su largo abrigo en un perchero y acomodarse en uno de los taburetes de la barra.

—¿Qué tal? —le saludó el camarero, un hombre grueso y calvo,

llamado Mac. Y con el mismo tono preguntó—: ¿Qué ponemos?

Earl pidió una cerveza y un vaso con *whisky* de centeno.

En el local hacía calor y reinaba el ruido, y la viva luz del techo aparecía suavizada por el azulado humo de tabaco que flotaba en el aire. Había bancos de madera a lo largo de una de las paredes, y en la parte posterior del bar había unos juegos de dardos y un par de mesas. Mac, el camarero, estaba de pie dando la espalda a un gran espejo flanqueado por hileras de botellas de *whisky* en unos relucientes estantes de aluminio. Earl se miró al espejo, examinando sus pronunciados rasgos y las sombras de debajo de sus ojos proyectadas por las luces colocadas encima de su cabeza.

Earl se sentía contento y animado allí, con su vaso de *whisky* y su paquete de cigarrillos encima de la barra de madera marrón. En el espejo había algunas inscripciones, y al leerlas una leve sonrisa suavizó la dura línea de la boca de Earl: el crédito ha muerto, lo mataron los malos pagadores. Y otra que casi le hizo reír: cuéntanos tus problemas. Hacemos una lista para dársela al capellán. «Muy bien», pensó Earl, levantando el vaso hacia sus labios. Vaciló un instante —la pausa ritual del bebedor de *whisky*—, luego vació en su boca el frío líquido con un rápido movimiento de sus dedos. Fue soltando el aliento despacio y con delectación, sintiendo el calor del *whisky* extenderse por su estómago y henchirse con la promesa de ventura y emociones. Un sorbo de fría cerveza intensificó la sensación y puso una seca y acuciante demanda en su garganta.

—Ponme otro, Mac —pidió, empujando el vaso hacia el camarero con un solo dedo.

—De acuerdo —dijo Mac, cogiendo del estante la botella de *whisky* de centeno. Escanció la bebida, cobró y volvió a colocar la botella en su sitio—. Parece que el tiempo está refrescando —observó, mirando hacia la ventana.

—También a mí me lo ha parecido. Lo he notado en la calle.

Los hombres del otro extremo de la barra pidieron una ronda y Mac se dirigió hacia ellos. Earl trazó un pequeño círculo sobre el mostrador con su vaso de *whisky*, preguntándose qué les sucedía a algunos individuos con respecto a los nombres propios. Mac, por ejemplo, pensó. Mac sabía que se llamaba Earl, pero nunca decía «claro que sí, Earl», o, «¿qué ponemos, Earl?». Era curioso. Probablemente se debía a que Mac le conocía. Así de sencillo. No

había necesidad de decir «claro que sí, Earl», porque se conocían muy bien el uno al otro.

Dirigió su mirada hacia el extremo de la barra y se fijó en un hombre que ya había visto allí anteriormente.

—¿Cómo va eso? —le saludó Earl levantando su vaso y esbozando una sonrisa—. Cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad?

—Es cierto.

—He estado muy ocupado —explicó Earl, volviéndose hacia un lado en su taburete—. Pero esta tarde me ha parecido buena ocasión para entrar un rato. Usted ha tenido la misma idea, supongo.

—Sí, desde luego —convino el hombre, saludándole con la cabeza y sonriendo algo inexpresivamente, y luego volvió la cabeza hacia sus amigos.

Uno de ellos era un soldado, según pudo ver, un mozo robusto de rubios cabellos muy cortos y una cara que expresaba salud y vivacidad. Se había quitado la guerrera y aflojado la corbata, y Earl pudo ver que era el tipo que a uno le gustaría encontrar en un pelotón, un mozalbete robusto de ojos claros y rostro despejado sin sombra alguna de bajeza o ruindad. «Parece un alemán», pensó Earl; un hombre capaz de manejar un arma y probablemente también toda clase de utensilios; capaz de arreglar cualquier cosa que se estropease, y que no se quedaría sentado esperando y pidiendo que llegase un técnico del cuartel general para poner en orden las cosas.

Los otros tres hombres estaban pendientes de él, pagando las bebidas y riéndole cuanto decía. Probablemente era un sobrino o un hermano menor, pensó Earl; quizá estaba de permiso, exhibiendo su insignia de cabo.

Earl volvió a la barra y se puso a jugar con su segundo vaso. Lo malo del ejército, pensó, era que a los individuos se les preparaba para un solo trabajo. Eso estaba muy bien en circunstancias normales, pero en el combate no podías esperar a un hombre del cuartel general. Tú tenías que ser tu propio mecánico, tu propio cartógrafo, tu propio sargento de suministros.

Una noche, hacía de ello mucho tiempo, tuvo una buena idea: decidió escribir una nota a su antiguo oficial enumerando todas las cosas que a él le parecían equivocadas en el ejército. No

precisamente una hoja de reclamaciones, pero serias advertencias que podrían salvar la vida de un muchacho en un combate. Su antiguo oficial vería que habían llegado a un punto en el que podían hacer algo bueno; tal fue la idea de Earl. Pasó toda la noche trabajando en ello, recordaba, sentado en una pequeña habitación amueblada y llenando página tras página de observaciones que él quería que su antiguo oficial conociese. Si los hombres con experiencia no hablaban, pensó, ¿cómo cabía esperar que mejorasen las cosas? Pero transcurrido algún tiempo empezó a comprender que llevaba un camino equivocado; sabía lo que quería decir, pero no era capaz de expresarlo correctamente. Al fin y al cabo, no pasaba de ser una lista de reclamaciones; unas cuantas quejas para el capellán castrense.

Miró la inscripción del espejo: cuéntanos tus problemas. Hacemos una lista para dársela al capellán. Earl esbozó una sonrisa, pero se sentía deprimido y cansado; por alguna razón se había evaporado su ánimo henchido de confianza y buen humor. ¿Qué se habría hecho de aquella lista?, se preguntaba. Debió de guardarla algún tiempo entre sus cosas, y luego se perdería o acabaría en la papelera.

Con el rabillo del ojo vio que el joven soldado y sus amigos estaban jugando, simulando una lucha. Permanecían de pie uno delante del otro, expectantes, con las manos colgando relajadamente a ambos costados. Los otros dos hombres se habían llevado sus bebidas de la barra, apartándose de ellos.

—Ahora lanza un puñetazo a mi cabeza —dijo el joven soldado, sonriendo, balanceando el peso de su cuerpo sobre los pies firmemente clavados en el suelo—. Vamos ya; ¡adelante!

El hombre que estaba frente a él también sonreía. Era unos centímetros más alto que el soldado y quince kilos más pesado; un hombre de aspecto vivaracho y unas manos grandes y huesudas que colgaban de las mangas de una chaqueta de cabritilla.

—Ten cuidado. No quisiera hacerte daño por equivocación.

—No te preocupes por eso. Pasamos semanas enteras con esto en el campamento. No importa cuán corpulento sea un individuo, en realidad. Solo es cuestión de agilidad. Adelante y muévete. Voy a enseñarte cómo funciona.

—¿Con cuál de las dos manos? —preguntó el hombre

corpulento.

—No importa —respondió el soldado, agachándose un poco y haciendo oscilar los brazos—. Adelante, Jerry.

—Está bien —accedió el hombre, titubeando.

Earl se había vuelto en su taburete para mirarlos, con una mano jugando con el vaso de *whisky* y una sonrisa escéptica en los labios.

El hombre corpulento lanzó un torpe directo hacia la cabeza del soldado, pero no alcanzó su objetivo; su adversario lo bloqueó con su antebrazo, luego retorció el brazo de su contrincante y le obligó a arrodillarse.

—¿Lo ves? —dijo el soldado, jadeando ligeramente y manteniendo al hombre en el suelo—. ¿Ves cómo funciona?

—Es formidable —comentó otro de los presentes, y el soldado enrojeció de placer.

—Bien; solo se trata de agilidad, ya os lo dije.

Soltó a su contrincante y este se puso en pie, sonriendo y frotándose el brazo.

—Es un buen truco, y se merece celebrarlo con un trago cualquier día de estos.

Earl terminó su segunda bebida y se secó la boca con el dorso de la mano.

—Eso no es nada —dijo, sonriendo al soldado—. Créeme, lo conozco.

No había tenido intención de intervenir, pero una soledad frustrante y colérica le forzó a hablar, y ahora sus palabras pendían extrañamente en medio de un profundo silencio, y el soldado, tras dirigir una intrigada mirada a sus amigos, miró hacia el otro extremo de la barra, en dirección a Earl, con cierta tensión reflejada en su semblante.

—Parece que sabes mucho de eso, ¿no? Quizá te gustaría demostrarme todo cuanto sabes.

—Vamos, tomaos vuestras bebidas —intervino el camarero, conciliador.

—¿Qué se ha creído ese? —protestó el soldado—; ¡venir a decir que esto no es nada!

Earl esbozó una sonrisa. Solo se propuso tomar parte en la conversación, pero le había salido mal.

—Yo no quería ofenderte, muchacho, pero el truco que has

empleado demuestra que solo piensas en la defensa y dejas al otro la iniciativa. En cambio, si aplicas la táctica del pelotón, verás como les pones en un apuro. ¿Sabes lo que quiero decir?

El soldado soltó una risita.

—¿Lo sabes tú, acaso?

—Claro, claro que sí —se apresuró a decir Earl, ansioso por aprovechar la oportunidad de explicarse y arreglar las cosas—. Es una táctica defensiva, eso es lo que quiero decir. Estás esperando recibir el golpe. El otro pasa al ataque. ¿Me sigues?

—Vamos, bebed —insistió el camarero— y dejad este asunto.

—Tú estás hablando de otra cosa —replicó el soldado, sin dejar de mirar a Earl—. Cosas del Pentágono, alta estrategia. Pero yo soy un simple cabo.

—Bueno, quizá te haya dado la impresión de que soy un sabelotodo —se excusó Earl—, pero no era esa mi intención, muchacho.

—Si piensas que esta llave de judo no es nada, puedo enseñártela de otra manera —prosiguió el soldado. Ahora se estaba pasando un poco de la raya, envalentonado por el respetuoso silencio de sus compañeros—. Ven aquí un segundo, vamos, que no voy a hacerte daño.

—No, tengo que marcharme —rechazó Earl, riendo.

—No tengas tanta prisa —dijo el soldado sonriendo y tendiéndole los brazos—. Ven hacia papá. Papá no va a pegarte.

El estado de ánimo de Earl cambió de pronto. Miró fijamente al mozalbete por espacio de unos segundos y sintió que una cólera sorda bullía dentro de él. ¿Por qué no les enseñaban a aquellos muchachos el modo de comportarse?, pensó. Otra cosa que el ejército debería saber. Jóvenes que no valían para nada y que con dos semanas de judo andaban haciéndose el duro por los bares, dándose importancia porque podían exhibirse con un simple truco ante sus amigos. Comandos de salón...

—Escúchame, muchacho —dijo, bajando del taburete, despacio—. Escúchame con atención. Puedo contarte algo por tu propio bien, si me escuchas. El puñetazo que te asestó tu compañero no derribaría el sombrero de una abuelita de ochenta años. ¿No te das cuenta?

—Bueno, pues aséstame tú uno —le desafió el soldado, pero una

parte de la dureza que reflejaba su cara desapareció.

Advirtió fuerza en los movimientos de Earl y vio algo en sus ojos que le hizo sentir seca y tensa la garganta.

—Calmaos, muchachos —les recomendaba el camarero—. ¿Qué necesidad tenéis de agitaros de ese modo?

—Déjale que dé un puñetazo —dijo el soldado, haciendo oscilar los brazos y agachándose un poco—. ¡Vamos, dejadle!

«Buen muchacho —pensó Earl—; es incapaz de asustar a nadie». De pronto, experimentó un cálido sentimiento protector; el chico merecía que se le enseñase... Luego, sonriendo, le aconsejó:

—Cuando luches de veras, olvídate de lo que has aprendido en los libros. Tenlo siempre presente.

Bajó el hombro izquierdo y dirigió un gancho a la cabeza del muchacho. Pero paró el puñetazo instantáneamente, al moverse el soldado para bloquearlo. Por un momento, Earl se contuvo, al ver el súbito temor en la cara del muchacho. Earl no tenía la intención de pegarle, pero la cólera que sentía le cegó de pronto y, cogiendo desprevenido a su adversario, le asestó el puñetazo en el estómago con la fuerza de una coz.

El soldado cayó al suelo, retorciéndose de dolor. Agitaba los pies espasmódicamente, y abría y cerraba la boca como si le faltase el aire para respirar.

—¡Santo cielo! —exclamó uno de los hombres con voz ronca.

—No está herido —le tranquilizó Earl, humedeciéndose los labios—. Solo se ha quedado sin resuello.

Sintió que la vergüenza le invadía. Los tres hombres le miraban fijamente, como si estuvieran contemplando algo sucio.

—Mirad, ya está bien —dijo, mientras el soldado hacía un esfuerzo por sentarse en el suelo—. Vamos, cógete a mi mano, muchacho, y camina un poco. Eso te ayudará.

Pero el hombre de la chaqueta de cabritilla le apartó.

—No te preocupes, ya le has ayudado bastante.

—Yo no tenía intención de hacerle daño.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Por qué no vuelves a tu sitio y terminas de beber lo de tu vaso?

—Yo solo quería enseñarle algo por su propio bien.

—Acaba tu bebida y olvídate de ello.

Los tres hombres ayudaron al muchacho a sentarse en un banco.

Puso la cabeza entre sus manos y lloró en silencio. Después dijo con voz queda y temblorosa:

—Decidle que no se vaya, ¿oís? ¿Verdad que se lo diréis? Dentro de un segundo estaré bien del todo, y entonces seré yo quien le dé una lección.

—Claro —le calmó uno de sus amigos, frotándole suavemente los hombros con la palma de la mano—. Te cogió con un golpe bajo. No te preocupes, muchacho.

Earl volvió lentamente a su taburete, sintiendo en todo su cuerpo el ardor de la vergüenza. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué le pegó de aquel modo? Recogió el cambio sin poder evitar el temblor de los dedos y se puso su viejo abrigo negro.

—Solo trataba de enseñarle algo —se excusó, dirigiéndose al camarero.

Mac le miró fijamente.

—Ya se lo has enseñado.

—Yo solo quería enseñarle a defenderse, eso es todo —repitió Earl—. Era algo que él tenía que saber, eso es.

—Claro —Mac asintió lentamente con la cabeza—. Tiene diecinueve años. Un gran héroe en sus días de permiso. Se lo enseñaste muy bien, Earl.

—Está bien —dijo Earl muy compungido—. Dile... dile que lo siento, ¿eh? Díselo, ¿verdad que lo harás?

—Claro que sí, Earl, se lo diré.

Cuando Earl estuvo en la calle, empezó a caminar de prisa en medio de la oscuridad, sintiendo el viento muy frío en sus encendidas mejillas. Cuando hubo llegado a la mitad de la manzana de casas, se paró y volvió la cabeza hacia el rótulo rojo de neón que pendía encima del bar. Lo contempló por espacio de unos segundos, con los brazos colgando flácidamente a sus costados, luego se pasó el dorso de la mano por la boca y emprendió el camino hacia su casa.

## 3

UNA VEZ EN SU apartamento, Earl encendió las luces y el televisor y luego se puso a caminar de un lado para otro durante un instante, frotándose las manos lentamente. «Bien; al infierno con ello», pensó. Es todo cuanto se puede decir en algunas ocasiones: al infierno con ello. No sabía por qué las cosas le salían mal, pero atormentarse no servía de nada; al menos eso lo comprendía.

Encogiéndose de hombros, se sentó en el diván, encendió un pitillo y puso los pies encima de la mesita de tomar café. El apartamento, como de costumbre, estaba limpio como una patena; Lorraine lo dejaba todo aseado antes de ir al trabajo. Arrimado a una de las paredes había un pequeño bar blanco, decorado con recetas de bebidas escritas en curvas letras negras, y con vasos de cóctel en estanterías de mimbre en la parte superior. Una mesita para café y una otomana estaban colocados frente al televisor durante el día, pero por la noche se apartaban para dejar espacio a su

sofá-cama

. Lorraine había instalado sobre su lado de la cama una lamparita a fin de trabajar por la noche en sus cuentas e informes, lo cual era una solución de compromiso en favor de Earl, a quien le gustaba mirar hasta última hora la televisión, en la semioscuridad. Pasaban muchas veladas así: Lorraine con la cara brillante untada de crema y Earl fumando y viendo las viejas películas que centelleaban en la pantalla.

Ahora, al iluminarse el receptor, Earl se sentó, a la expectativa;

le gustaban los programas infantiles que daban a aquella hora. Las locas piruetas de las figuritas animadas generalmente le hacían salir de una depresión que se instalaba en él al aproximarse la noche; por alguna razón le disgustaba la visión de la oscuridad presionando contra las ventanas. Las luces de las casas vecinas y las siluetas de la gente que se proyectaban contra las cortinas corridas le llenaban de una sensación de inquietante y amarga soledad.

Generalmente los dibujos animados constituían un antídoto contra este estado de ánimo. Sentía una gran simpatía por el que presentaba el espectáculo, un hombre con aspecto de adolescente, llamado Danny Doodle. A Earl el programa generalmente le hacía reír mucho, pero aquella noche era distinto; en su mente había como un negro parche de ansiedad que se negaba a desaparecer por efecto de las alegres ocurrencias de Danny Doodle. Por último se levantó, irritado, y apagó el televisor. Al irse extendiendo la negrura sobre la pantalla, se dio cuenta de que algo parecido se estaba produciendo en su mente: la negra parcela de ansiedad en el borde de sus pensamientos iba creciendo y creciendo hasta inundar toda su conciencia. «Novak», pensaba, mientras paseaba despacio por el piso, con el cuerpo en tensión... Ese era el núcleo de toda aquella negrura. ¿Qué hacer con respecto a la oferta? ¿Cómo imaginar aquel asunto...?

No podía precisar con exactitud qué le molestaba, pero era su familiar frustración, su incapacidad para aislar y analizar sus problemas. Estaba atrapado en una red de vagos y confusos temores, y el esfuerzo por liberarse no hacía más que tensar las ataduras; se sentía presa de gran nerviosismo al tratar de imaginar que debía enfrentarse a una decisión lógica.

No se trataba del dinero. Cincuenta mil dólares. Para él era una suma abstracta, desprovista de significado. No lo necesitaba. Entonces, ¿para qué exponerse? Vivía allí a cambio de nada, atendidas todas las necesidades: ropa, comida, incluso dinero para gastar; diez pavos en el bolsillo cada lunes por la mañana. «Nunca te había ido tan bien —pensaba—. Has encontrado un hogar...». Las antiguas humillaciones del ejército le agujijoneaban. Tenía que marcharse; lo supo desde el principio. No podía vivir allí como un gato mimado. Ya era hora de que hiciese algo por Lorraine: casarse con ella, encontrar un trabajo fijo y crear un hogar como es debido.

Pero no se trataba únicamente de salir de aquella situación. Era más que eso. Se trataba de volver a ser importante...

¿Por qué demonios tenía que pensar tanto en el ejército?, se preguntaba dirigiendo sus ojos hacia su retrato, uniformado, que Lorraine había colgado en la pared. El ejército no era ninguna ganga. Frunció el entrecejo al contemplar la fotografía, una instantánea que le había hecho un compañero suyo, cerca de Amberes. No había cambiado mucho con los años. El mismo peso, la misma figura. A Lorraine le gustaba aquella foto, se imaginaba Earl; de no ser así, no se habría gastado dieciocho dólares en un marco de plata de fantasía. Era curioso lo que le sucedía a Lorraine con el dinero: se quejaba de una pequeña factura por algo, y luego iba y se gastaba diez o doce pavos para cenar y unas cuantas bebidas en algún restaurante de lujo un sábado por la noche.

Earl entró en la cocina y miró el reloj de pared. No tardaría mucho en llegar. A menos que ocurriese algo, naturalmente. Había que confiar en que al señor Poole no se le ocurriese alguna idea. Poole, el dueño, trataba el establecimiento con verdadero mimo, fisgoneando por todas partes como si temiera dejar algo desatendido, preocupándose de por qué el bocadillo de atún se vendía poco y de quién se había olvidado de poner la nueva minuta... Earl sonreía para sus adentros al pensar en el modo como Lorraine imitaba a veces el modo de hablar y de hacer de Poole.

Por si acaso Lorraine llegaba pronto, Earl empezó a preparar la cena, sacando de la nevera tres chuletas de cerdo y pelando luego media docena de patatas y poniéndolas en una cacerola con agua salada. Ella traería lo necesario para la ensalada. Los ingredientes de la ensalada se encontraban en su sección del establecimiento. Siempre estaba hablando de lo que había adquirido de los folletos de promoción enviados al establecimiento por los productores de alimentos. «Es el mejor alimento que existe para tu cabello y para tu cutis», le decía a Earl frecuentemente. Pero a él le parecía que lo mejor era la carne de conejo.

Cuando lo hubo preparado todo para la cena, tomó una larga ducha, dejando que el agua corriera por sus hombros y bajase por todo su esbelto cuerpo. Mientras se secaba, contemplaba con mirada crítica sus brazos y su cintura: todavía en buena forma, pensó, aunque su único ejercicio era bajar corriendo a la esquina a

comprar algo para preparar bocadillos y tomárselos a última hora con una cerveza. No parecía mucho mayor que el joven soldado del bar, decidió. Con el agua reluciendo en su áspero pelo negro y los ojos oscuros que brillaban en su cara bronceada, podía pasar por un muchacho de unos veinticinco años, quizá. Se le habría podido tomar por un atleta... Su cuerpo era moreno y duro, con unos músculos flexibles y engañosamente planos. La herida de bala de su hombro y la cicatriz de una granada en su pierna se habían ido borrando con los años; por un tiempo habían sido ostentosamente visibles, pero ahora casi se habían perdido en la carne circundante.

Se puso un pantalón caqui descolorido y recobró su estado de ánimo alegre y confiado; aun contando con los retrasos, Lorraine ya no tardaría. Con una bebida y un cigarrillo, se tendió en el diván, saboreando la limpieza de sus desnudos brazos y hombros y los placeres del alcohol y de la nicotina. Pero a medida que iban transcurriendo los minutos, empezaba a inquietarse. «¡Dichoso Poole!», pensó, furioso.

Se levantó y miró el reloj de pared, intentando disipar el temor y la preocupación que iban surgiendo en su interior. Eran las nueve y media y ella se retrasaba. Pasaban ya de las diez cuando oyó el sonido de su llave en la cerradura, y para entonces su estado de ánimo ya había descendido a un nivel de amarga indiferencia.

Cuando ella entró, él la miró y dijo:

—¿Qué demonios te ha entretenido? Ya son más de las diez, ¿no te das cuenta?

—Lo sé, lo sé —dijo la joven, casi sin aliento. Le dio un rápido abrazo y se apresuró a entrar en la cocina, sin molestarse en quitarse la chaqueta—. Todo el día ha sido un continuo ajeteo. Inspectores de la casa central metiendo la nariz en todas partes, una trifulca con Eddie por no atender bien a los clientes, y luego una sesión con Poole sobre las minutas del viernes.

Sus ojos se movían por la cocina mientras hablaba, comprobando las chuletas de cerdo, las dos bien dispuestas bandejas, la cacerola llena de patatas peladas.

—Debes de estar muerto de hambre, cariño.

—Podía haber comido, si hubiese querido —dijo Earl, volviendo al pequeño bar a poner en su vaso otra cantidad de alcohol—. Yo también he tenido un día muy ocupado, ¿sabes?

Lorraine se volvió y le miró un instante en silencio, con los ojos muy abiertos.

—Estoy segura de ello —dijo, con voz que procuraba ser amable—. ¿Qué quería el señor Novak?

—¿Novak? —Earl se encogió de hombros aparentando indiferencia—. Tiene un trabajo para mí, eso es todo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Bueno, solo hablamos de cosas en términos generales. Supongo que podríamos llamarlo algo así como «tanteándonos mutuamente».

Lorraine avanzó un paso hacia él, llevándose una mano hacia su garganta.

—Earl —dijo, mirándole fijamente al rostro con ansiedad—. Novak... es un amigo de Lefty Bowers, ¿verdad?

—Ya te lo dije esta mañana.

—Y tú conociste a Bowers en la cárcel, ¿no es así?

—Mira, hazme el favor de cortar esa monserga de fiscal del distrito —dijo Earl, esbozando una sonrisa—. Sí conocí a Bowers en la cárcel. Él habló a Novak sobre mí. Eso es todo.

Se encogió de hombros y tomó un sorbo de su bebida.

—Así es como funcionan las cosas algunas veces —añadió—. Ya sabes, contactos y todo eso: un individuo dice algo en favor de un amigo. Es la manera como opera el mundo de los negocios.

—¿Qué quería de ti el señor Novak? ¿Por qué te llamó?

—Lory, te estás preocupando por nada. Ya te lo he dicho, me ha ofrecido un trabajo. Si lo aceptase, te contaría todo lo referente a él, naturalmente. Pero lo estoy pensando. De modo que no hay nada de qué hablar.

Ella volvió la cabeza, suspirando.

—¿Querrías prepararme algo de beber?

—Vamos, ánimo. ¿Qué quieres?

—Algo con hielo. Con un poco de agua —Lorraine volvió a suspirar, pero esta vez sonrió levemente—. Es bonito estar en casa, de todos modos. Voy a refrescarme un poco mientras tú preparas las bebidas. Podemos hablar de todo después de cenar.

—Claro, de eso se trata.

Lorraine se apresuró a ir al cuarto de baño, pero llamó desde este:

—¡Earl! ¿Fuiste a la tintorería a recoger mi traje gris? Te dejé una nota encima del televisor.

Earl miró hacia el aparato: allí estaba aún la nota, apoyada en una caja de cigarrillos.

—No la vi. Lo siento.

—¡Qué lástima! Bueno, ya habrá tiempo por la mañana.

El cuarto de baño se cerró sobre la última frase y empezó a correr el agua de la ducha. Earl se encogió de hombros y se dispuso a preparar la bebida para Lorraine. Ella siempre tenía algo de qué preocuparse, pensó. Había una sensación de urgencia en todo lo que ella hacía, una especie de alta tensión física que la llenaba de una fogosa excitación. Eso fue lo que le atrajo de ella al principio, la razón que le indujo a iniciar una conversación en el establecimiento donde ella trabajaba... ¿Cuándo fue? Un año antes, más o menos. La joven tenía un aspecto corriente, con una cara ancha y pálida y una cabellera negra, hasta los hombros, pero su cuerpo vibrante y flexible había sido un verdadero reto para Earl. Él se propuso conocer directa e íntimamente sus tensiones, calmar sus apetencias y saciar en ella sus propias necesidades.

Estaba dispuesto a encontrarse con una explosión; tal era la apariencia de la muchacha, como si buscase desesperadamente algo o alguien que la estimulase. Sin embargo, Earl aprendió que ella jamás alcanzaba cotas muy elevadas de emoción. La trémula excitación que la invadía no se manifestaba en hechos, pero parecía alimentarse de cualquier cosa que sucediera a su alrededor.

Cuando la joven salió del cuarto de baño, probó su bebida y, frunciendo el entrecejo, observó:

—Esto parece muy fuerte. ¿No le has puesto agua?

—Un poco.

—Parece fuerte. A propósito, nos hace falta algo de *whisky*. He visto hoy un *bourbon* que parece muy bueno, de seis años, y vale cuatro dólares y nueve centavos la botella de tres cuartos. Está bien, ¿no?

—No puede estar mal a ese precio.

—Mañana compraré un par de botellas.

Lorraine se había puesto un pantalón y un jersey de cachemir azul y había peinado hacia atrás sus largos cabellos, recogiénolos en una cola de caballo; bajo la luz tenue y vacilante podía pasar por

una muchacha.

—¿Quieres algo de queso o unas galletas? —preguntó—. Las patatas aún tardarán un rato en hervir.

—No, estoy bien así.

Lorraine le hablaba mientras trasteaba en la cocina.

—¿Te has enterado de lo de aquellos estudiantes y del accidente de coche? No puedo imaginar por qué se conceden permisos de conducir a lunáticos así. Dos de ellos resultaron muertos, el padre de uno de los muchachos es presidente de la compañía de embalajes Atlas. Supongo que su dinero no le servirá de consuelo esta noche.

—Supongo que no —dijo Earl.

Earl se tendió en el sofá, mientras Lory pasaba de un tema a otro y su voz no tenía para él más importancia que el sonido de los utensilios de la cocina y el chisporroteo del aceite al calentarse en la sartén. Finalmente, volvió al cuarto de estar con su bebida y se sentó al lado de él en el sofá. Él tenía los ojos fijos en el techo, pensando en sus propios problemas; apenas era consciente de la ligera presión de los labios de ella contra su costado.

Lorraine pasaba despacio la palma de su mano sobre el desnudo pecho de él.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Estoy perfectamente.

—¿Cómo está tu bebida?

—Muy bien. Todo está bien, Lory.

Earl vio que ella estaba muy tensa, latía un pulso en su garganta y las manos se movían inseguras al encender un cigarrillo.

—Cuéntame lo que quería Novak —dijo de pronto—. Por favor, dímelo, Earl. Por favor. No está bien que me tengas preocupada de este modo.

—¡Si no hay nada que contar! —protestó él, con voz que delataba su irritación—. Me ofreció un trabajo. No sé si aceptaré tomar parte en ello. De modo que tranquilízate, por Dios te lo pido.

—Es algo poco limpio, ¿verdad? De lo contrario, no te comportarías de este modo —Lorraine movió rápidamente la cabeza y se leía el temor en el brillo de sus ojos—. No me hagas eso a mí, Earl, por favor. Tengo la impresión de que te estás buscando problemas. Es como si me aplastase un peso que casi no me deja respirar. No me permite pensar en ninguna otra cosa.

—Excepto la minuta del viernes y el mal comportamiento de Eddie con los clientes —observó Earl con impaciencia—. Deja de preocuparte, Lory. Esto no puede perjudicarte, resultase lo que resultase. No hay motivo alguno para que debas preocuparte.

Lory le miró un instante en silencio y luego se levantó y se fue a la cocina. Earl la oyó retirar la sartén del hornillo y desconectar el quemador. Cuando regresó y apagó las luces del cuarto de estar, él conoció por el sonido de sus pasos que se había quitado las zapatillas.

—¿Cómo puedes decirme eso? —le reprochó la joven con voz temblorosa, y cuando se acurrucó a su lado, él sintió que con las lágrimas le humedecía sus hombros desnudos—. Me moriría si te ocurriese algo, ¿no lo sabías?

—Sí, claro, Lory —dijo él, suspirando—. Claro que sí.

—No necesitamos nada de nadie —prosiguió Lorraine—. Tenemos cuanto necesitamos: una casa solo para ti y para mí. No hagas lo que quiere Novak, Earl. ¡Prométemelo, Earl! —decía, susurrando las palabras contra el pecho de él, pero en su suave voz había un hilo de enérgica y desesperada resolución—. ¿Quieres prometérmelo, Earl?

Earl sentía un débil deseo de ella. La oscuridad, el *whisky* y la suave fragancia del cuerpo de la joven le envolvían cálidamente, excitándole, empujándole a olvidarse de Novak y de todo menos del placer fácil y conveniente que ella le estaba ofreciendo. Pero la necesidad de él no bastaba para contrarrestar la irritación que sentía. Le constaba que ella utilizaba su cuerpo como parte de las cerraduras y barras de la pequeña prisión en la que le retenía. Olvidar a Novak, olvidarlo todo y sumirse en el olvido con ella..., eso era todo cuanto ella quería. Pero él tampoco era capaz de encolerizarse realmente contra Lorraine, pues comprendía sus necesidades y experimentaba hacia ella una piedad mezclada con la exasperación.

—Creo que voy a prepararme otro trago —dijo Earl.

Los dedos de Lorraine dejaron de moverse sobre el pecho de él. Por un instante se quedó en silencio, respirando lentamente. Luego propuso:

—¿Me preparas otro para mí?

Earl se incorporó y luego se levantó del sofá, sintiéndose

culpable, pero al mismo tiempo aliviado por alejarse de las insistentes demandas del cuerpo de ella. Preparó dos bebidas, luego encendió la lámpara situada al pie del sofá y se puso a buscar cigarrillos. Había un paquete en su bolsillo, pero necesitaba un pretexto para encender las luces.

—Encontrarás cigarrillos en la mesita del café —dijo Lorraine.

—Oh, sí. Gracias.

Lorraine se estiró con los brazos por encima de la cabeza. La postura aplanó su estómago y levantó sus pechos en forma de pequeños y agudos conos bajo su jersey azul. Sonrió mirándole a él, con ojos dulces y serenos.

—Esa luz es demasiado fuerte.

Earl se sentó en el sillón frente al televisor y encendió un cigarrillo. No quería estar con ella y habría preferido que le dejase tranquilo. Hacía tiempo que no la deseaba, pensó, con un movimiento de ira. Él era allí como una especie de caballo, haciendo simplemente un trabajo.

—Empiezo a tener hambre. ¿No te parece que sería mejor que empezásemos a cenar?

—Muy bien —dijo Lorraine.

Fue a la cocina y encendió la luz. Earl intentó pensar algo que pudiera decirle, capaz de alejar de su mente sus heridos sentimientos.

—¿Qué te parecen estas chuletas de cerdo? Le conté a Meyers lo que tú dijiste sobre las que me dio la semana pasada.

—Están muy bien.

El entusiasmo que sonaba en la voz de ella era auténtico; estaba examinando las chuletas con una mezcla de crítica y complacencia.

—Hay en ellas la cantidad precisa de grasa y son más gruesas que la otra vez.

Volvió a poner la sartén sobre el hornillo y añadió:

—Ya verás la diferencia.

Earl movió la cabeza y tomó un sorbo de su vaso. Lorraine encendió el fuego, introdujo los pies en las zapatillas y volvió al cuarto de estar con su bebida. Por espacio de unos segundos permaneció de pie, bajando los ojos hacia él y analizando la expresión preocupada de su semblante.

—Cariño, escúchame. ¿Querrás prestarme atención sin

sulfurarte?

—Desde luego. No soy ningún perro salvaje al que debas tratar con excesiva precaución. Puedo escuchar. ¿Qué quieres que diga?

Lorraine se arrodilló junto a él y apretó una de sus manos fuertemente contra su pecho.

—Tú sabes que te amo, Earl; ¿verdad que lo sabes?

—Desde luego, cariño.

Se sentía atrapado, pero la posición de humildad, casi suplicante, de ella le causaba una extraña constricción en la garganta. Tocó de un modo torpe los suaves cabellos de la joven.

—Sí, Lory, lo sé. Es... es importante para mí.

—Sabes que no te mentiría, que no te diría nada que no fuese por tu propio bien. ¿No lo sabías?

—Claro, claro, lo sé.

Lorraine le cogió más fuertemente la mano, mirándole fijamente con ojos ansiosos.

—Si haces algo que no está bien, todo aquello que significamos el uno para el otro quedará destruido. Porque una vez empieces, ya no harás nada como es debido. Y más tarde o más temprano te cogerán.

—No con Novak dirigiendo las cosas —rebatía él, sintiendo que una repentina lealtad hacia Novak tomaba asiento en su interior—. Es un hombre listo, Lory. Todo cuanto yo debo hacer es cumplir órdenes. Y este trabajo es tan importante, que nunca necesitaré nada más.

—¿Qué es? —preguntó ella, con voz débil y temblorosa—. Por Dios, ¿qué quiere que haga, Earl? ¿Por qué te escogió a ti? ¿Por qué no tenía que dejarte tranquilo?

—Mira, él me está ofreciendo una oportunidad; me gustaría que quisieras considerarlo de este modo. Pudo haber escogido a media docena de otros individuos. Es muy inteligente. Pero me escogió a mí —Earl señaló con el pulgar su propio pecho—. A mí, que no soy nada, a un tío que ni siquiera tiene un trabajo. Y él me está dando una oportunidad. Mientras que tú solo sabes lloriquear compadeciéndote. Yo no soy nada, ¿entiendes?

Las palabras salían de su boca impetuosas, amargas. Apartó bruscamente su mano de la de ella y empezó a caminar de un lado a otro, hinchándosele el pecho a causa de la cólera y la frustración,

que parecían buscar una salida.

—Crecí en una chabola, en un sucio campo de ciento veinte áreas. ¿Te dice eso algo? Vivíamos como negros, al lado mismo de ellos, en la misma especie de chabola, comiendo la misma bazofia y vistiendo los mismos harapos. Y mi viejo me ataba y me apaleaba como a un perro si me veía jugar con ellos, cuando yo era un niño y no sabía lo que hacía.

Agitaba los puños delante de la cara de ella, pálida y aterrada, furioso por la necesidad de hacerle comprender lo que decía.

—¿Eres capaz de imaginarlo? ¿Puedes entenderlo? No había nada, ni retrete, ni muebles; nada en absoluto. De ahí es de donde procedo, Lory.

Se frotaba la frente, sintiendo el seco y amargo sabor de la vergüenza en la boca.

—Eso es lo que yo era, Lory. Déjame que te diga una cosa. Una vez vi una armónica en un catálogo. Costaba noventa y cinco centavos. Decidí que tenía que llegar a poseer aquella armónica. Nada me detendría. Estuve ahorrando dos años. ¿Y sabes cuánto logré aproximarme? Llegué a tener cincuenta y dos centavos. Fue lo único que conseguí, Lory.

Dejó caer sus grandes manos a sus costados.

—Cincuenta y dos centavos. No pude tener la armónica, Lory.

—Pero muchísimas personas han tenido un comienzo difícil —dijo la joven con voz insegura; se sentía confusa por la intensidad y la vehemencia de Earl—. Yo misma ni siquiera pude terminar la escuela superior, ¿sabes?

—Claro, tú también lo tuviste difícil —admitió Earl con tristeza—. Todo el mundo, supongo. Pero yo tal vez lo tuve difícil de una manera especial. Mentí acerca de mi edad para poder ingresar en el ejército; bueno, habría podido mentir para que me admitiesen en el infierno. Cualquier cosa era mejor que aquella chabola.

—Ahora ya todo ha pasado. Si te establecieses en un trabajo fijo... podrías ser lo que quisieras.

—¿Con mis antecedentes? ¡Sí que les gusta eso a los amos! Empiezan a sudar si te ven a cinco palmos de la caja —Dio un puñetazo contra la palma de la otra mano—. Dos temporadas de cárcel por nada. Si voy otra vez allá, va a ser por algo, te lo prometo.

—Muchas empresas te darían una oportunidad. Pero tú te obstinas en no permitírselo, eso es todo.

—Sí, sí —dijo Earl burlonamente, y su cólera se convirtió en desdén al darse cuenta de que no conseguía que ella comprendiese—. ¿Por qué demonios debería yo dejar que figoneasen en mi vida? ¿Te gustaría que alguno de esos tipejos repugnantes te mirase arrugando la nariz mientras tú le decías: «Sí, señor, he sido un muchacho malo, pero me enseñaron mi lección y puede usted tirarme de las orejas si vuelvo a las andadas»? —Cortó el aire con la mano, impacientemente, y añadió—: ¡No, Lory, no! Yo no puedo tragarme esas cosas así como así.

—Tú solo piensas en ti —le reprochó Lorraine, rompiendo a llorar—. No piensas en mí.

—¡Oh, por Dios! —murmuró él, mesándose los cabellos con ambas manos—. Olvidemos eso. Olvidémoslo, en el nombre de Dios.

Lorraine se puso rápidamente en pie, secándose las lágrimas con el dorso de sus manos.

—No podemos olvidarlo, Earl. Escúchame, haz el favor de escucharme solo un minuto más.

Le rodeó con los brazos, y cuando él intentaba librarse del abrazo, la presión del cuerpo de ella sobre el de él se reforzó todavía más.

—Marchémonos, Earl —le dijo en un desesperado susurro—. Puedo tomarme unas vacaciones en la tienda. Dos semanas enteras. ¿Recuerdas la cabaña en la que estuvimos la primavera pasada? Mañana podríamos volver. Te gustaba estar allí, ¿no es cierto, Earl? Te gustaba, lo sé.

—Sí, fue muy bonito —admitió él, hablando lentamente.

Fueron momentos muy agradables: aire puro y paseos por los bosques; un tiempo muy bueno, saludable.

—Podríamos alquilar la misma cabaña —prosiguió Lorraine sonriendo, al percibir que la tensión iba relajándose en el cuerpo de él—. Podríamos asar carne y sentarnos alrededor del fuego por la noche. ¿Te acuerdas de Tony, el muchacho del hotel, con el que tú solías partir leña? Bien; podrías verle de nuevo. Por favor, por favor, Earl. Vayámonos.

—De acuerdo, pero parece una chiquillada —dijo Earl, pasando

una mano por sus cortos y negros cabellos—. Quiero decir, eso de partir sin ningún plan ni nada.

—Hagámoslo así, Earl. ¡Por favor, por favor! Hagamos las maletas y marchémonos.

—No sé... A Poole no le agradaría.

—No me importa, Poole no me preocupa. No digas nada más sobre ello. Desfallesc de hambre y yo tengo la culpa. Necesitas comer —Se echó a reír y le abrazó cariñosamente—. Eres demasiado grande y ese es tu problema.

Cuando se volvía para entrar en la cocina, sonó el timbre de la puerta y vaciló, mirando a Earl con el ceño fruncido.

—¿Quién puede ser a estas horas?

—Bueno, será mejor que lo averigües.

Lory se secó los ojos mientras se encaminaba hacia la puerta.

—¡Vaya momento de ir a molestar a la gente! —murmuró—. Seguro que se trata de algo que podría esperar hasta mañana por la mañana.

Cuando Lorraine abrió la puerta, Earl vio la rubia cabeza de Margie McMillin brillando a la débil luz del pasillo. Lanzó un suspiro y encendió un cigarrillo. Margie vivía en el piso de arriba. Lorraine se llevaba bien con ella, pero Earl solo podía soportarla a pequeñas dosis. Era buena chica, pero su continua charla le atacaba los nervios. Entró diciendo:

—Comprendo que es un mal momento para ir a molestar a alguien, pero me consta que sois un par de aves nocturnas. Sabía que estaríais levantados. Hola, Earl. ¿Cómo está mi amigo predilecto?

Miró hacia el interior de la cocina y se dio una palmada en la frente.

—¡Pero si aún no habéis cenado!

—He llegado a casa un poco tarde —dijo Lory.

Margie sonrió, mirando a Earl.

—Muchacho, si hubiera sabido que estabas aquí solo...

—Lory estaba preparando la cena —explicó Earl, esperando que ella se diera por enterada.

—Eso está muy bien —aprobó Margie—. Me gustaría que Frank llegase tarde a casa algunas noches. Así tendríamos una cena a una hora realmente avanzada, como los franceses.

Adoptó una postura para exhibir su cuerpo, maduro y macizo dentro de su pantalón y su blusa de seda blanca.

—*Oui? Non?* ¿Qué te parece mi francés, Earl? ¿Te gusta?

Él estaba intentando dominar su exasperación.

—¿Qué te trae por aquí, Margie?

—En serio, muy en serio, queremos pedirte que nos hagas un gran favor.

—¿Yo? —preguntó Earl.

—Aún no le había dicho nada a Earl sobre ello —dijo Lorraine secamente—. Ya te llamaré por la mañana, Margie.

—Entonces se lo pediré yo misma. No muevas así la cabeza, Lorraine. Al fin y al cabo, es mi aniversario.

—Bueno, ¿a qué viene todo eso? —indagó Earl.

—Escucha un momento —Margie avanzó hacia Earl con menudos pasitos y mirándole a los ojos—. Frank ha hablado con su jefe para que le dejase libres el jueves y el viernes, porque es nuestro aniversario. Bien —y Margie levantó la mano y contó con los dedos—: con jueves y viernes y, haciendo un poco de trampa el lunes, tenemos casi cinco días completos.

—Eso parece estupendo —comentó Earl, observándola con cierta inquietud—. ¿Es que os marcháis?

—A Florida —dijo ella, fingiendo como si fuera a desmayarse—, a nadar, a tendernos sobre la arena, a bailar toda la noche... Ni siquiera puedo soportar el pensar en ello.

—Déjame que hable con Earl más tarde —dijo Lorraine—. Aún no hemos cenado.

—Me daré prisa en hablar, ¡lo prometo! —gritó Margie—. Hay un gran inconveniente, Earl. La madre de Frank tenía que bajar desde Scranton para vigilar al bebé, pero telegrafió ayer diciendo que no podría llegar hasta el sábado por la mañana. Le hablé a Lorraine de ello y ella sugirió... —Margie apuntó con el dedo hacia el pecho de Earl—. Sugirió que tú podrías ayudarnos hasta que llegase la madre de Frank.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Earl. Miró a Lorraine—. ¿Tú sabías de lo que está hablando?

—Yo solo le dije que te lo preguntaría —se defendió Lorraine humedeciéndose los labios—. No se trata de un verdadero trabajo. El niño duerme todo el día y yo me encargaría de él por la noche.

—Y Frank y yo —dijo Margie, congratulándose—, podríamos ir a Florida. Di que sí, Earl..., por favor.

Earl sonrió, inseguro. Luego miró a Lorraine y la sonrisa se desvaneció y una pequeña arruga se formó entre sus ojos.

—Tú te imaginabas que yo podría hacerles de niñera, ¿eh? Es eso, ¿verdad?

—Yo le dije que te lo preguntaría. Se encuentran realmente en un apuro —explicó sonriendo, pero en un tono que revelaba ansiedad—. No te causaría molestias; de veras que no. Tommy es un angelito.

—Sí, la mitad del tiempo no te enterarías de que está ahí —corroboró Margie—. Podría darte todos los detalles sobre el modo de... —Lanzó una rápida mirada hacia Lorraine—. Bien, voy a dejar que habléis sobre ello. Quizá habría debido dejar que Lory te preparase para la sorpresa. Frank dice... —El aspecto que ofrecía el semblante de Earl la hizo esbozar una sonrisa angustiosa—. Él dice que yo meto la pata donde los ángeles temerían poner los pies.

—Es una manera muy bonita de expresar la idea —aprobó Earl—. No sé por qué tu marido conduce un camión, cuando es capaz de pensar cosas tan agudas como esa. ¿Por qué no busca un empleo de guionista de televisión?

—Bien —dijo Margie, mientras se le subían los colores a la cara —, se lo diré; es una buena idea.

—¡Ya está bien, haced el favor de callaros los dos! —terció Lorraine.

—¿Qué tiene de malo conducir un camión? —protestó Margie—. Es un destino mejor que estar sentado sin hacer nada, para que te enteres.

—Tienes razón —convino Earl—, muchísima razón.

—Lo siento, Earl, no tenía intención de ser impertinente. Lo siento —Retrocedió hacia la puerta, tratando de sonreír mientras miraba el semblante encolerizado de Earl—. Yo solo pensaba pedirlos un favor, porque estamos en un apuro, como ha dicho Lorraine. Ahora tengo que subir a casa. Frank me estaba preparando una cerveza. Buenas noches a los dos.

Cuando la puerta estuvo cerrada, Lorraine se apresuró a decir:

—No había motivo para que te pusieras así; son amigos nuestros. No puedes reprocharles que nos pidan un favor.

Él se la quedó mirando con ojos fríos, furiosos.

—Esa es la idea que tú tienes de mí, ¿verdad? ¿Que me va bien el papel de niñera?

—No, Earl, no. Pero son vecinos, al fin y al cabo, y... Pero ¿adónde vas?

Earl se dirigió hacia el armario, cubrió con un jersey sus hombros desnudos y luego se puso su abrigo negro.

—Tengo un trabajo, para que lo sepas. No estoy disponible para hacer de niñera.

—No, Earl, no dejaré que lo hagas.

Earl se volvió hacia ella. Su ira constituía un firme y poderoso soporte de la decisión que había tomado.

—Búscate otro muchacho de los recados —Cogió la nota de encima del televisor y se la tiró a los pies—. ¿Quieres tu vestido gris que está en la tintorería? Pues ve a recogerlo tú misma —Su voz temblaba a causa del enfado que se apoderaba de él—. ¿Quieres las patatas peladas? Pues te las pelas tú solita. ¿Quieres una niñera para el crío de McMillin? Encárgate tú de ello, pero no cuentes conmigo, Lory.

Estaba tan alterado, que la voz le salía quebrada, como un niño que, haciendo un gran esfuerzo, consigue contener el llanto.

—¿Qué quieres de mí? Eso es lo que quiero saber. ¿Quieres que vaya por las calles sin encontrar siquiera un bar en el que poder meterme? ¿Un bar en el que fuese bien recibido, como los otros individuos? ¿Quieres que le sonría a esa putilla de arriba y le cambie los pañales al crío mientras ella se va a Florida con el estúpido de su marido? ¿Es eso lo que quieres? —Su voz alcanzó un tono de furia—. ¿Es eso, Lory? ¿Quieres humillarme y dejarme convertido en nada? ¿En nada de nada?

—Solo quiero que estés conmigo —respondió Lorraine, moviendo la cabeza, angustiada—. Eso es todo, Earl, te lo juro.

—Tú no sabes lo que quieres —replicó Earl, con la respiración jadeante—. No te conoces a ti misma, Lory. Pero yo no soy como tú imaginas y sé perfectamente lo que he de hacer.

Cerró de golpe la puerta tras él al salir, y el portazo resonó arriba y abajo de la escalera de la vieja casa. Lorraine se quedó en medio de la estancia con las manos fuertemente apretadas contra la boca, mirando fijamente, con ojos asustados, aquella puerta

cerrada. Por último, dejó caer los brazos a sus costados. Al cabo de un rato, entró despacio en la cocina y puso una chuleta de cerdo en la humeante cacerola.

## 4

POCO DESPUÉS DE las nueve de la mañana siguiente, John Ingram entró despacio en el vestíbulo del hotel en el que se alojaba Novak. Era un hombrecillo delgado, de unos treinta y cinco años, con un abrigo de color gris perla, zapatos negros relucientes y un sombrero gris de ala corta que llevaba ladeado sobre la frente. Había un ritmo de bailarín en sus pasos ligeros y seguros y en los movimientos fáciles y balanceados de su cuerpo. Andaba como si estuviera escuchando una banda militar: la cabeza hacia atrás, rectos los hombros y taconeando rítmicamente al pisar el suelo del vestíbulo del hotel.

Ingram era un negro de ojos color pardo oscuro, vivos pero algo cautelosos, y piel de un tono café con leche. Su pequeña cara tenía cierta expresión zorruna, y un lindo bigotito acentuaba su aspecto de habitante de una gran ciudad, pero en conjunto su personalidad no revelaba sagacidad ni arrogancia; parecía más alegre que inteligente, como si se hubiera disfrazado para un baile de máscaras y él mismo se diera cuenta de que su atuendo constituía una manifiesta contradicción con su verdadera condición en la vida.

Cruzó con paso ligero el vestíbulo y entró en un ascensor vacío. El ascensorista, un hombre también de color, le miró con curiosidad pero no dijo nada. Cuando entró una mujer blanca, gorda y de mediana edad, Ingram se apartó hacia la parte posterior de la cabina y se quitó obsequiosamente el sombrero.

La mujer hizo como si no se diera cuenta de este gesto. Miró a través de Ingram y ordenó al ascensorista: «Séptimo, por favor», con

voz fría e indiferente.

Ingram, con ancha y obsequiosa sonrisa, dijo:

—Quisiera ir al piso diez, por favor, muchacho.

Sus maneras eran una parodia de falsa conciliación; una risita defensiva hacía vibrar y rizar la lisa superficie de su voz y la inflexión de la frase subía y bajaba como en una especie de canturreo de disculpa.

El ascensorista le miró fijamente, con un brillo de advertencia en sus ojos.

—¿Vamos al décimo?

—Sí, al décimo, por favor.

Ingram ladeó la cabeza, sonriendo untuosamente a la mujer blanca, la cual tenía los ojos clavados en un espacio de la pared del ascensor del que se había desprendido la pintura. Parecía sentirse incómoda; tenía coloradas las mejillas y sus labios estaban apretados formando una línea fina que denotaba exasperación. Cuando se abrió la puerta del séptimo piso, se apresuró a salir, y el contoneo de sus anchas caderas sugirió un punto muerto de reacción emocional entre la confusión y la indignación.

El ascensorista cerró la puerta y volvió los ojos hacia Ingram, sin hacer movimiento alguno para poner en marcha el ascensor.

—Veamos, ¿a quién conoce usted en el piso diez? —preguntó con voz tranquila.

—A unos amigos de mi padre —dijo Ingram, haciéndole un lento y misterioso guiño—. Unos viejos amigos. Papi era todo un carácter. Pertenecía a todos los mejores clubs: Shell-Share-The-Road Club, William's

-After-Shave Club... Era prácticamente un miembro privilegiado. De modo que, muchacho, vamos para arriba.

El otro sonrió y luego se echó a reír, haciendo arrancar el ascensor.

—Tú también eres todo un carácter, me parece. Pero aquí tienes que andar con cuidado. Aquella señora estaba preocupada. Este no es un sitio para actuar como un negrito en una plantación de azúcar y dejar confusas a las personas.

Cuando el ascensor se detuvo en el piso décimo, Ingram le dio un golpecito en el hombro y dijo:

—No te burles de la ley, muchacho, ¡intégrate!

En el desierto pasillo, Ingram se encaminó con paso rápido hacia la habitación de Novak, pero después de haber dado media docena de zancadas, retardó la marcha en un esfuerzo para poner en forma sus nervios; su aire de atenta confianza se estaba esfumando, desapareciendo en el corrosivo temor que recorría su cuerpo. Se sacó el pañuelo del bolsillo de la camisa y se secó las gotas de sudor que perlaban su frente. «Tienes que relajarte —pensó, un tanto desesperadamente—; ríe y habla, mantén el oído alerta. Procura averiguar todo lo que sabe ese hombre...».

Estirando los hombros, volvió a colocar el pañuelo en el bolsillo y se ajustó su traje azul de buena calidad. Al acercarse a la puerta de Novak, configuró una discreta y leve sonrisa: esa era la armadura de una conciliadora cortesía que, generalmente, le protegía de desaires y condescendencias. La postura era también un arma: podía exagerarla en caso necesario, ensanchando la sonrisa y acentuando los obsequiosos movimientos de la cabeza, hasta que sus maneras se convertían en una risible caricatura de humildad temerosa. Esto trastornaba a los blancos por alguna razón; generalmente provocaba en ellos reacciones tontas y pretenciosas, convirtiéndoles en partícipes inconscientes del irónico comportamiento de Ingram. Lo cual le procuraba alguna satisfacción; no mucha, pero sí alguna.

Sombrero en mano, llamó con los nudillos discretamente a la puerta de Novak. Cuando oyó pasos dentro de la habitación, el temor empezó a circular por su cuerpo en pequeñas y frías sacudidas. «Tranquilo, tranquilo», pensaba, preparando la sonrisa en sus labios.

El saludo de Novak no le dijo nada en absoluto. Se estrecharon las manos, Novak le hizo pasar y le presentó a un hombre grueso y de cara colorada llamado Burke, que parecía un luchador de peso pesado retirado a causa de la bebida.

—Encantado de conocerte, Johnny —dijo Burke, tendiéndole una mano gruesa y carnosa.

Ingram sintió que su tensión iba desapareciendo; las cosas parecían ir bien, con naturalidad.

—Siéntate y ponte cómodo —le invitó Novak, encendiendo un cigarro puro. Llevaba una camisa deportiva de seda blanca y el espeso vello negro de su pecho aparecía como una tiznadura bajo el transparente tejido—. ¿Cómo van las cosas?

—Bien, señor Novak.

Ingram estaba sentado en el borde de una silla, sonriendo con cautela. Burke cogió su sombrero y anunció:

—Bueno, yo bajo a buscar el periódico. Hasta luego, Johnny.

Ingram se levantó rápidamente.

—Así lo espero, señor Burke.

—Yo también —dijo Burke, dirigiendo a Novak una leve sonrisa.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Novak fue a sentarse en el borde de la cama y se recostó un poco, rodeando con las manos una de sus rodillas y sosteniendo el cigarro en la comisura de sus labios. Miró fijamente a Ingram por espacio de unos segundos, sin expresión alguna en su cara ancha y morena.

—Bien, ya sabe usted por qué estoy aquí —empezó Ingram, haciendo con las manos un pequeño movimiento de impotencia—. Podríamos hablar de negocios, ¿verdad, señor Novak?

—Necesitas dinero. Vale seis mil dólares. Es mucho dinero, Johnny.

—Pero usted sabe que lo necesito. Le daré a usted el interés que me pida, señor Novak —Ingram sacó de su bolsillo el pañuelo y se secó la barbilla y la frente—. Usted sabe que lo necesito. Y no puedo hacer desembolsos regulares para el préstamo, este es el problema. No consideran a un jugador como si tuviera un empleo fijo.

—Pero yo no estoy en el negocio de los empréstitos, Johnny.

—Ya lo sé, señor Novak —dijo Ingram sonriendo ligeramente—. Pero nos conocemos hace tiempo y usted sabe que soy de fiar. Ponga las condiciones y cualquier cosa que usted diga estará bien. El veinte por ciento, el treinta, me da lo mismo.

Se dio cuenta de que su voz se volvía chillona, elevándose como la de una chica asustada. Con un esfuerzo, consiguió dominarse.

—Bueno, ¿qué responde usted, señor Novak? ¿Puede usted sacarme del apuro?

—¿Para qué necesitas el dinero?

—Un montón de deudas y facturas que dos indios corpulentos no podrían abarcar con las manos —explicó Ingram. La mentira salió fácilmente, acompañada de una tímida risita; aquel negro tonto e imprudente decidió que ese era el mejor método que debía emplear—. Nunca pude entenderme con los impuestos y los

talonarios de cheques y todas esas cosas. Y cuando murió mi madre, me encontré con un montón de deudas. La gente me está hostigando un poco y quisiera quitarme de encima los acreedores. Usted sabe que soy de fiar, señor Novak. Tengo muchas cosas que usted podría tomar como garantía: una cámara fotográfica, un buen aparato de alta fidelidad, y...

Novak meneó la cabeza.

—Yo no quiero esas cosas, Johnny; no soy ningún prestamista.

—¿Quiere usted aceptar un pagaré, entonces? ¿Lo quiere, señor Novak?

—Depende. Ante todo, vamos a poner las cosas en claro, ¿no?

Novak se levantó y empezó a prepararse una bebida en el aparador. Johnny torció su cuerpo en la silla para mirarle con ojos muy abiertos, asustado.

—¿Qué quiere usted decir, señor Novak? —preguntó con voz ronca—. Le digo la verdad, se lo juro.

—Puedes ahorrarte las palabras —El tono de Novak era irritado. Volvió a sentarse y miró fijamente a Ingram en medio de un profundo silencio—. Estás en un apuro —dijo al fin—. De modo que... vayamos al grano.

—Le juro por Dios...

—Tienes un problema con Tenzell —le interrumpió Novak, y su voz cayó fríamente a través de la débil protesta de Ingram—. Diste un talón sin fecha a Billy Turk por seis mil dólares. Y él se lo vendió a Tenzell con un descuento del veinticinco por ciento. Ahora Tenzell quiere el dinero, ¿verdad? Ahora..., esta noche.

Ingram se humedeció los labios.

—¿Quién se lo ha dicho, señor Novak? ¿Lo sabe toda la ciudad?

—No te importe saber quién me lo ha dicho. Es cierto, ¿verdad?

—Sí, es cierto —reconoció Ingram, moviendo tristemente la cabeza—. No debí intentar engañarle a usted. Estoy en un gran apuro, señor Novak. Si no consigo esa pasta, no sé lo que me va a suceder.

Novak esbozó una ligera sonrisa.

—Yo te lo puedo decir, Johnny. Algunos de los muchachos de Tenzell te van a dar una terrible paliza. O más de una o de dos... Es lo mejor que te puede suceder; creo que lo sabes. Si Tenzell llega a enfurecerse, estás perdido. *Kaputt*.

Ahora que se había descifrado el enigma, Ingram se sintió invadido por una profunda lasitud.

—¿Puede usted ayudarme a salir de esto, señor Novak? Ya le pagaré. Usted lo sabe.

Novak se levantó y se encaminó lentamente hacia las ventanas, con el cigarro entre los dientes y haciendo girar el vaso entre sus grandes manos.

—Tal vez. Pero es mucho dinero.

—Lo sé... Haré con usted el trato que usted quiera.

Novak miró por la ventana hacia la clara luz del sol, que bañaba los lados de los edificios de la ciudad y se extendía por las calles. En el cielo azul, un avión cuatrimotor brillaba como una diminuta cruz de plata.

—Va a ser una operación con compensación —dijo, volviéndose a mirar a Ingram—. ¿Entendido? Yo te prestaré la pasta. Pero necesito alguna ayuda de tu parte. ¿Te parece bien?

—Claro, que sí —accedió Ingram, sonriendo ansioso—. Le estoy muy agradecido, señor Novak. Haré cualquier cosa si me saca usted de este atolladero. Usted lo sabe.

—Muy bien —Novak volvió a sentarse en el borde de la cama—. Estoy planeando un trabajo, Johnny. Un trabajo en un banco. Y necesito un individuo de color para que el trabajo funcione. Ese eres tú, Johnny.

Ingram trataba de sonreír, pero no podía; se sentía sin peso y vacío, consumidas sus entrañas por el miedo.

—Usted bromea, señor Novak. Usted está bromeando conmigo.

Los ojos de Johnny tenían una mirada fría.

—Yo no bromeo con nadie, Johnny. Y Tenzell tampoco. Piénsalo.

—Pero yo jamás he hecho una cosa así, señor Novak. Yo... yo no tengo agallas para eso.

—No hacen falta agallas. Cuento con otros muchachos que sí las tienen. Es tu piel lo que estoy comprando, nada más.

—Señor Novak, usted se equivoca —protestó Ingram moviendo la cabeza desesperadamente—. No soy un jugador de cartas, solo un ciudadano corriente. Usted no puede pedirme que haga un trabajo así.

—¿Es esa tu respuesta?

—¡Espere, por favor, espere! Estoy asustado..., estoy asustado, señor Novak.

—¿De Tenzell? ¿De mí?

—Déjeme que lo piense un momento. Por favor, señor Novak.

—Claro, tómate tu tiempo. Es un trabajo importante y seguro, si te interesan los detalles. Y recibirás una parte del botín. Piénsalo bien. Es mejor que andar por ahí temiendo recibir una paliza.

Ingram sonrió nerviosamente y encendió un cigarrillo, aspirando profundamente el humo hacia el interior de sus pulmones.

—Sí, desde luego...

Si su madre viviera, sería distinto, pensaba desesperadamente; no más fácil, pero sí distinto. Durante mucho tiempo, cuidar de ella fue todo cuanto le importaba. Había tomado todas sus decisiones teniéndola a ella en mente; haciendo que estuviese cómoda, jugando a cartas con ella, procurando que hubiese abundancia de comida en la casa y se pagasen todas las facturas. Aquellas fueron sus primeras consideraciones. Quiso que gozase de comodidad y tranquilidad en sus últimos años, libre para mantener sus antiguas amistades, para ir a la iglesia y vivir la clase de vida respetable que a ella tanto le gustaba. El asunto de Tenzell sería diferente si ella viviese todavía. No dejaría que le pasara nada, aunque tuviera que robar el dinero. Si ella viviese, aceptaría la oferta de Novak sin pensarlo un segundo. El solo quería el bien y la paz para su madre. Pero ahora se trataba solamente de él, y así era más fácil tener miedo. Sin embargo, ¿por qué había de tenerlo? «¿De qué estoy asustado?». Las preguntas corrían rápidas como ratas a través de su mente. Podía huir de Tenzell, huir de la ciudad. Pero acabarían cogiéndole. No iban a matarle de un balazo, eso era lo que le aterraba hasta ponerle enfermo: irrumpirían en su habitación una noche oscura o le pillarían en una callejuela, y no hay que decir lo que le harían..., cómo disfrutarían riéndose de él. Le espantaba pensar que pudieran darle una paliza: era un temor antiguo, que le había acompañado toda su vida.

Se abrió la puerta y entró Burke con el periódico de la mañana bajo el brazo. Dirigió una mirada interrogadora a Novak y este dijo:

—Bien, ¿qué hay de eso, Johnny? ¿Te decides de una vez? Estamos perdiendo el tiempo. ¿Quieres o no que te quite a Tenzell de encima?

Ingram trató de sonreír, pero el esfuerzo solo consiguió estirarle la piel encima de sus pómulos.

—Estoy a su disposición, señor Novak.

—Ah, ¿sí? —fingió sorprenderse Burke—. ¿Qué ha sucedido, Johnny?

—Johnny acepta trabajar con nosotros —anunció Novak—. Este era el trato, que fuésemos cuatro. Ahora, vamos a trabajar.

—Bien, bebamos algo para celebrarlo —propuso Burke—. ¿Qué tomas tú, Johnny?

—Prepárale algo ligero —dijo Novak—. Tenemos algo que hacer.

—Claro, claro.

Cuando Burke se volvió para encaminarse hacia el aparador a preparar las bebidas, sonó el teléfono. Novak cogió el auricular.

—Diga. Ah, sí. Sube, Tex. Te estamos esperando.

—¿Tex? —se extrañó Ingram enarcando las cejas y sonriendo ligeramente—. Parece como si me estuviera moviendo en la alta sociedad.

—Es un chico estupendo, ya lo verás. No te preocupes.

## 5

EL ESTADO DE ÁNIMO de Earl era de relajada y sencilla satisfacción cuando entró en el ascensor; aquella presión que sentía dentro de sí parecía haberse disipado por efecto de la decisión que había tomado de aceptar el ofrecimiento de Novak. Ahora se sentía sostenido por una sólida sensación de importancia hasta entonces desconocida; sabía que se hallaba dentro de algo grande y esto le animaba. «Ahora todo irá bien», pensaba, cuando el ascensor comenzó a subir.

No estaba preocupado por ningún fracaso, porque carecía de imaginación para representarse mentalmente un desastre en términos vividos y personales; era esta carencia la que hacía de él un buen soldado. Todo el asunto podía salir mal, naturalmente; siempre existía esa probabilidad, y eso lo comprendía, pero en su mente se mostraba incapaz de conjurar los colores y la textura de los detalles del fracaso: sirenas de la policía, por ejemplo, o el impacto de balas en su cuerpo o el potencial horror de esperar la muerte en una cámara de gas o en una silla eléctrica.

No pensaba en esas cosas. Inconscientemente había desplazado hacia los hombros de Novak la responsabilidad de lo que estaba a punto de realizar. Novak lo dirigía todo. Se consolaba pensando que era un poco como el ejército: hacías lo que te decían incluso si las órdenes eran estúpidas o peligrosas. No importaba; si las cosas salían mal, tú no tenías la culpa.

La noche anterior, después de dejar a Lorraine, llamó por teléfono a Novak. Luego estuvo deambulando por las calles

silenciosas durante varias horas, y el enfado con Lorraine se fue disipando al saborear la paz que le invadió después de tomar su decisión.

Lorraine era estupenda, pensaba, mientras avanzaba por el pasillo hacia la habitación de Novak. Buena chica, un poco nerviosa y posesiva, pero ¿qué mujer no lo era, si quería a un hombre? Cuando aquello hubiese terminado, volvería a ella, se establecerían en algún lugar y disfrutarían de la vida. Ya se lo dijo aquella mañana: ella necesitaba que la animasen y él había hecho lo posible para ponerla de buen humor. «Todo», pensó esbozando una sonrisa.

Novak abrió la puerta y dijo:

—Pasa. Ya conoces a Burke. Este es Johnny Ingram. Johnny, Earl Slater.

Earl entró en la habitación, dirigiendo una sonrisa a Burke, pero cuando se volvió y tendió la mano hacia el otro hombre, pasó por él un leve movimiento de confusión y hostilidad. Era un hombre de color; un hombre de color pulcramente vestido, con una bebida y un cigarrillo en la mano. Earl dejó caer lentamente el brazo a su costado.

—¿Qué es esto? —inquirió sintiéndose intrigado.

«Parece una broma», pensó. Pero Novak no estaba para bromas; se hallaba sentado al borde de la cama y dijo con naturalidad:

—Johnny está en el asunto, Tex. Es el tipo que hará funcionar mi plan. ¿Entiendes?

Entonces levantó los ojos y su voz adquirió un tono duro al advertir la confusión y la ira estampadas en el rostro de Earl.

—¿Entiendes?

—Sí, claro —dijo Earl lentamente, mirando fijamente al negro.

—Muy bien, toma asiento. Vamos a tratar del asunto.

—¿Una bebida, Tex? —propuso Burke, señalando con la cabeza la botella del aparador.

—Sí, deme cualquier cosa —aceptó Earl—. Tengo un sabor muy raro en la boca.

Burke sirvió *whisky* con hielo y entregó el vaso a Earl. Luego dispuso otro para él y fue a sentarse en el antepecho de la ventana. Ingram cruzó las piernas cuidadosamente, con el vaso apoyado en la rodilla y una expresión entre astuta y divertida en sus pequeñas facciones de zorro. Sonrió con amabilidad y dijo:

—Apostaría algo a que ha sentido usted un sabor marrón oscuro en su boca, señor Slater. Es el de la peor clase, esta es la verdad.

Earl se dio cuenta de que estaba siendo provocado, pero la sonrisa conciliadora de Ingram entreveró su cólera con una frustradora confusión. Sintió un intenso calor en su cuerpo al intentar analizar sus sentimientos.

—Sí —admitió finalmente—, sí, es cierto. Me parece que es usted muy listo.

Pero sintió que estas palabras sonaban como una tontería.

—Bien, gracias —dijo Ingram, moviendo la cabeza.

—Siéntate, Earl —invitó Novak—. Ponte cómodo.

Solo quedaba un asiento en la habitación, una butaca repleta de objetos, al lado de Ingram. Earl la miró un instante, y luego sonrió ligeramente.

—Creo que me quedaré de pie.

Se apoyó contra la puerta y echó un poco hacia atrás el sombrero en su cabeza.

—Muy bien —dijo Novak tranquilamente—. El banco que vamos a asaltar se halla en una pequeña y apartada ciudad de Pennsylvania llamada Crossroads. Tal vez jamás hayáis oído hablar de ella. Pero después de este trabajo, la conoceréis como la palma de vuestra mano.

Mientras describía las características de la ciudad y las carreteras y caminos que conducían a ella, Earl iba fumando su cigarrillo y observaba al negro por el rabillo del ojo. La sensación de relajado bienestar de que disfrutó hasta entonces había desaparecido; ahora su pecho estaba tenso y en medio de la frente sentía un continuo y ligero dolor. ¿Por qué habían tenido que meter un negro en aquello?, pensaba lleno de rabia.

—Con respecto al reparto —prosiguió Novak—, yo estoy poniendo dinero para este trabajo. Es lo que retiraré primero del botín. Después, de lo que quede haremos cuatro partes, hasta el último centavo exactamente.

—Tal vez harías bien en explicarles lo referente a los gastos —sugirió Burke.

—A eso iba —Novak sacó del bolsillo posterior del pantalón una hoja de papel y la examinó un momento—. Aquí lo tengo todo detallado: podéis examinarlo, muchachos, si queréis. Ante todo, hay

dos coches. Uno de ellos es una furgoneta que emplearéis para el trabajo; el otro coche es un sedán negro, corriente, que utilizaremos para largarnos.

—Cambiaremos los coches después de la faena —aclaró Burke—. Eso despistará —Tomó un pequeño sorbo de su bebida y sonrió—. Todo el asunto irá como una seda.

—Los dos coches tienen placas de matrícula y documentación —continuó Novak—. Los polis seguirán una pista que les conducirá hasta un par de individuos llamados Joe. Los documentos y las placas han costado bastante dinero, pero merecía la pena. Ahora hay algunas cosas más. Un equipo de camarero para Ingram y una chaqueta y una gorra de chófer. Y algunas otras cosas para él que pasaré a detallar más adelante. Todo eso ha costado unos seis mil quinientos pavos. Los deduciré del botín antes de que hagamos el reparto. ¿Está claro?

—Sí —dijo Earl—. Y después el reparto a partes iguales.

—Está bien —Novak asintió despacio con la cabeza—. Dejadme que os diga algo: la mayoría de los trabajos acaban mal después de haber realizado duros esfuerzos. Tenemos el caso de Brink, por ejemplo. Otro caso es el del Merchants Bank de Detroit el pasado verano. Trabajos bonitos, planeados por expertos. Todo como una seda —Novak dirigió la mirada a su alrededor—. Pero todos esos expertos están hoy en chirona. ¿Sabéis por qué? Porque el reparto del botín no fue equitativo. Ahí es donde surgen los problemas. Siempre hay algún resentido que puede volverse contra ti. Él tomó sobre sí los mismos riesgos que los demás, pero lo que se cobró del botín no fue igual que la parte de ellos. Cuando el resentido toma unas copas de más, empieza a irse de la lengua. Y así es como los expertos con toda su inteligencia van a dar con sus huesos en la cárcel. Pero esto no nos ocurrirá a nosotros. Todos los que estamos en este negocio corremos el mismo riesgo si las cosas salen mal; por lo tanto, todos vamos a recibir lo mismo cuando tengamos la pasta en nuestras manos.

Novak se levantó y dejó su vaso vacío encima del aparador.

—He empleado tiempo y dinero en buscar ese banco determinado y no quiero problemas, ni ahora ni más tarde. En las tres próximas semanas voy a convertiros en robots. Cada paso que deis podrá cronometrarse al segundo. Yo me he tomado el trabajo

de pensar; a vosotros, muchachos, os corresponde obedecer las órdenes. Vamos a hablar ahora de cómo iniciaremos nuestro trabajo...

Ingram encendió otro cigarrillo cuando Novak empezó a explicar los detalles del trabajo, bosquejando el papel concreto y la responsabilidad de cada uno de los hombres. Ingram conservaba su apariencia de profundo interés, teniendo que hacer para ello un esfuerzo físico; requería todo el dominio de sí mismo el hecho de estar sentado en silencio y escuchar la dura y eficiente voz de Novak. La sonrisa fría y desdeñosa del tejano le impedía concentrarse en lo que Novak estaba diciendo; las palabras iban rompiéndose en su mente en fragmentos sin sentido.

Ingram no ignoraba lo que era el odio; como hombre realista, había oído y visto lo suficiente para convencerse de que el odio era una cosa tan palpable como la dura acera que pisaban sus pies. Pero toda su vida había vivido en el Norte, en los barrios de gente de color de las grandes ciudades. Para evitarse problemas, se limitó exclusivamente a los suyos y se centró en sus propios asuntos. Disentía de los negros que se empeñaban en ser servidos en restaurantes y bares de personas blancas; ¿por qué tener que aguantar que a uno fe miren con impertinencia mientras se toma un bocadillo o un vaso de cerveza? Así era como él pensaba y sentía.

En su propio vecindario se encontraba confiado y seguro, como hombre de cierta categoría; la gente le escuchaba con respeto. Incluso se entendía bien con los blancos; conocía a un montón de policías, fiadores y apostadores profesionales de carreras de caballos, y en los negocios le trataban decentemente. Charlaba con ellos sobre deporte y política en las oficinas de fianzas y comisarías de policía, pero jamás quiso traspasar los límites de estas relaciones. Si la conversación de sus interlocutores recaía en cuestiones sociales o personales, se escabullía sin esfuerzo adoptando una actitud de cortés indiferencia. Él sabía que se trataba de una tregua tácita; ellos evitaban ciertas palabras y temas cuando él se hallaba presente, y él les correspondía manteniéndose al margen cuando sabía que sus comentarios no serían bien recibidos.

Este arreglo le parecía bueno; no tenía motivos de queja. Era como un sapo grande en una pequeña charca negra, y no tenía ninguna intención de salir de ella. No experimentaba necesidad

alguna de chapotear en el gran estanque de los blancos. Pero a pesar de estas tolerancias y adaptaciones, en su interior acechaba un miedo tan imposible de desarraigar como el temor que siente un niño ante la oscuridad o las personas extrañas.

En ocasiones, cuando viajaba en el metro o caminaba por una calle concurrida, se daba cuenta de que alguien le miraba fijamente. La conciencia de este hecho siempre desencadenaba en él un reflejo de inquietud, y le hacía sentir nervioso y vulnerable. Generalmente no miraba a su alrededor; trataba de olvidarse de ello, fijando los ojos en algo neutro, como los anuncios del metro o los escaparates de las tiendas. Pero finalmente, alerta e inquieto, decidía examinar con prudencia a las personas que estaban cerca de él, sabiendo, con temor, que encontraría a alguien que le miraba con aversión y odio. Podía ser un hombre o una mujer, viejo o joven, incluso un niño; pero la mirada era generalmente la misma, una mezcla de desazón, desprecio y cólera.

Así era como el tejano le estaba mirando, y a Ingram esto le hacía sentirse asustado y desvalido. Pero lo peor de todo era que le hacía sentirse culpable y avergonzado de sí mismo, como si mereciera ser mirado de aquel modo. Una mirada como un latigazo...

En otro tiempo no se había sentido demasiado molesto por tales cosas; otras personas de color las tomaban a broma, se reían de ellas, y él había cobrado confianza en aquella burla colectiva. «Que miren cuanto quieran, ¿es que no han visto nunca algo moreno? ¿Nunca?». Había que tomarlo a broma...

Pero sucedió algo que agregó una significación ominosa a aquellas miradas ocasionales de disgusto o de odio. Su madre cayó enferma durante una visita que hizo a su hermana en Mobile, Alabama, y él fue a buscarla para llevarla a casa. Por aquel entonces había abandonado el ejército, y dejó en el Norte su ropa llamativa. Procuraba andar sin hacerse notar y pensar en sus propios asuntos. Con algo de sorpresa por su parte, la gente del Sur le trataba con una cortesía casi ceremoniosa; había una barrera entre ellos, marcada e infranqueable, pero en todos los contactos permisibles él era consciente de su cortesía y hasta de su tacto.

Fue en el tren de regreso al Norte donde ocurrió el incidente. Habían hecho una parada no programada en la ciudad de Anniston.

Nadie sabía por qué, pero corrían rumores, y una excitación contagiosa empezó a extenderse a través de los vagones. Se necesitaba un médico; algo había sucedido en uno de los coches cama. La gente estaba agitada y encendía cigarrillos, las cerillas parecían pequeñas antorchas en la oscuridad. Fuera del tren, unos faroles amarillos proyectaban su luz sobre la pequeña estación de madera. Estaba lloviendo y las calles parecían de oro bajo aquel suave alumbrado.

La noticia se filtró en el coche que él ocupaba: una mujer blanca se había puesto histérica y se había necesitado un médico para administrarle un sedante. Cuando se hizo el silencio, se la oía sollozar. Ingram se arrebujó en su abrigo e intentó volverse a dormir. A través del pasillo, su madre roncaba apaciblemente, con sus gafas de montura dorada brillando en la semioscuridad, con su cuerpo grande y blando inflándose como un globo por efecto de su tranquila respiración. Descansaba, pero él no podía; las otras personas del vagón estaban charlando y moviéndose inquietas y él no lograba aislarse de estas distracciones.

Finalmente salió a la plataforma y allí, en una nerviosa conversación con uno de los revisores, un muchacho de color, se enteró de lo sucedido: la mujer pretendía haber sido molestada por el encargado del coche cama. Según ella, el hombre intentó descorrer las cortinas de su litera o algo así; estaba demasiado histérica para dar detalles. El encargado trabajaba regularmente en aquella línea, el revisor le conocía desde hacía años, e insistía en que la mujer estaba chiflada. Probablemente todo habían sido imaginaciones suyas.

Hablaron en voz baja, como furtivamente, y luego Ingram regresó a su asiento y se subió el cuello del abrigo hasta la cara, convirtiéndose en un bulto informe e insignificante en medio de la oscuridad.

Pero un poco más tarde fue consciente de que una multitud de hombres estaba reuniéndose bajo el cobertizo de la estación. Miraban el tren, hablando en voz baja, con sus caras largas y pálidas bajo la amarilla luz. De vez en cuando una cerilla llameaba en la punta de un cigarrillo e Ingram podía ver el centelleo de unos ojos recelosos y escrutadores.

Era un grupo tranquilo, casi pasivo, pero Ingram advertía un

extraño nerviosismo en aquellos hombres, una pesada y significativa intensidad. Se apretujaban unos contra otros formando un corro, unidos por un tácito entendimiento y un propósito común.

Alguien encendió las luces del vagón y los hombres vieron a Ingram junto a la ventanilla. Uno de ellos le señaló, y los demás se acercaron más al tren, mirándole fijamente con ojos que empezaban a brillar de excitación.

Al principio era excitación y curiosidad. Ingram se sentía como un monstruo de feria o un animal en una jaula. Pero la emoción de aquellos hombres no tardó en trocarse en otra cosa, en algo extrañamente alegre y torvo al mismo tiempo. Uno de los individuos le gritó algo, y otro se rio, mostrando los dientes en la oscuridad. Cercado por sus ojos brillantes y amenazadores, Ingram percibió el odio del grupo como el calor que sale de un alto horno.

Alguien le sacudió el hombro. Se volvió rápidamente y vio la cara grande y mofletuda de un hombre con uniforme de policía. El oficial le dijo sosegadamente:

—Más vale que te metas en uno de los lavabos, muchacho. Y cierra la puerta. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Será mejor. No te preocupes. Pero el mirarte les trastorna. Vale más que no les provoques.

La voz del hombre sonaba natural y suave, casi amigable; no estaba regañando a Ingram, simplemente estaba enunciando un hecho concreto: «el mirarte les trastorna».

—Sí, señor, lo comprendo. Gracias, señor.

Confuso y a toda prisa, avanzó por el pasillo en dirección al frío y pequeño lavabo que se hallaba en el extremo del vagón. Agachado allí, en el asiento, con la nariz llena del acre olor de los herrumbrosos conductos, Ingram no sentía cólera ni tampoco la impresión de ser ultrajado; en vez de ello, se notaba pequeño e insignificante. Eso era lo que aquellos hombres veían, pensó.

Por fin, como una respuesta a una oración, el tren reanudó la marcha con una sacudida...

Ingram jamás pudo saber lo que le había sucedido al encargado de los coches cama. Estuvo mirando los periódicos una o dos semanas, pero nunca leyó nada sobre el incidente. Probablemente trasladaron al hombre a otra línea, pensó; era lo mejor que podía

hacerse.

Novak dio rápidamente una palmada, y el sonido hizo que Ingram se incorporase de un modo tan brusco, que casi derramó lo que le quedaba de su bebida.

—Bien, eso es —dijo Novak, mirándoles con una sonrisa complacida—. Tres semanas a partir del viernes. Es el día D. Pasaremos las próximas tres semanas preparando el horario, la huida, todo.

Burke recogió los vasos y empezó a preparar una segunda ronda de bebidas.

—Necesitamos tomar algo para celebrar el trato.

Ingram se levantó, frías y trémulas las manos; quería salir de allí, alejarse del aspecto que presentaba la cara del tejano.

—Preferiría marcharme, señor Novak. Tengo que hacer algunos planes.

—Mañana me pondré en contacto contigo, entonces. Y hablaré con Tenzell hoy mismo.

—Muy bien, señor Novak.

—Demonio, ¿por qué tanta prisa? —dijo Burke, pasando bebidas a Earl y a Novak—. Vamos a brindar por nuestra suerte, ¿eh?

Novak miró su vaso, sonriendo.

—Brindemos por los días felices que nos aguardan. Quizá con cincuenta mil pavos en la cartera, el futuro puede ser maravilloso.

Earl miraba fijamente su bebida frunciendo un poco el entrecejo. No había seguido la explicación de Novak. Su esfuerzo para concentrarse habíase visto frustrado por la presión que iba creciendo en su interior. No había objetivo o dirección para sus sentimientos; estaba atrapado irremediable e impotentemente entre la confusión y la cólera. Siempre le había sucedido así, pensó, mirando aún su vaso con aire preocupado. Nunca había sido nada fácil y claro para él.

—¡Suerte! —deseó Burke.

Y apuró el contenido de su vaso, dejando que el licor, al descender, casi le quemara la garganta.

Novak miró hacia Earl.

—Bueno, ¿qué estás esperando? ¿Está malo el *whisky*?

—No; el *whisky* está muy bien.

Earl miró preocupado su vaso. Lo hizo girar despacio entre sus

grandes dedos por espacio de unos segundos, sin darse cuenta del incómodo silencio que de pronto llenó la habitación.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó Burke.

—Me estoy interrogando a mí mismo acerca del vaso —dijo Earl—. ¿Está usted seguro de que es el mío?

—Lo tienes en la mano, ¿no? Mi regla es esta: si yo tengo en mis manos un vaso, es el mío.

Earl miró el vaso con ojos escrutadores.

—Podría usted haberlos mezclado.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? ¿Acaso tenías tus iniciales en el tuyo?

—¿Qué te pasa? —inquirió Novak mirando a Earl cerrando un poco los ojos.

—Pues esto —dijo Earl con naturalidad—. Trabajaré con este negro si tengo que hacerlo, pero no estoy dispuesto a beber del mismo vaso que él.

No había ira en su voz; se limitaba a exponer un hecho, formulando un principio que se hallaba demasiado arraigado en él para que precisara ser calificado o discutido. La presión de su interior había desaparecido; ahora estaba seguro del terreno que pisaba, ya no se sentía torturado por tensiones en conflicto. Moviendo lentamente la cabeza, dejó caer el vaso de su mano. El licor se esparció por la alfombra de color beige y los cubitos de hielo rodaron y rebotaron como un par de dados de gran tamaño.

—No quiero aventurarme en un caso como este —concluyó.

—Muchacho, tú llevas la ventaja —dijo Ingram, pero nadie le escuchaba ni le miraba; Novak y Burke estaban mirando a Earl, con semblante pensativo y un tanto preocupado.

—Muy bien, ya has expuesto tus principios —dijo Novak—. Ahora debes ponerlos en práctica.

Ingram agradecía que no le mirasen; sentía que sus mejillas le ardían como si tuviese fiebre, escociéndole como si hubiera recibido una bofetada. Estaba nervioso y tenía miedo, pero la ira le infundió intrepidez para decir:

—Bien; algún día apostaré cuatro contra uno.

Tomó un pequeño sorbo de *whisky* y luego colocó cuidadosamente el vaso encima del aparador. Dirigiendo una fría sonrisa a Earl, dijo:

—Aunque papá solía decirme que era tonto. Incluso con esas ventajas. No utilices un cazo para recoger la pobre basura blanca, eso es lo que siempre nos decía.

Aquello significaba crearse dificultades, e Ingram lo sabía; era como agitar una bandera roja delante de un toro. Estaba con todo el cuerpo en tensión, pronto para moverse rápidamente, pronto para cualquier cosa. Pero no conocía a Earl Slater; no estaba preparado para la rapidez de sus reflejos, la fuerza de su cuerpo. En un momento, Slater se hallaba a un metro de distancia de él, relajado e indolente, con un pulgar cogiendo como un gancho su cinturón y una leve sonrisa en los labios; y en el momento siguiente estaba encima de Ingram como una bestia furiosa, arrojándole contra la pared con una extraordinaria violencia.

—¡A mí no me digas nunca eso! —le gritó. Golpeó entonces salvajemente a Ingram con la mano abierta y el impacto del golpe resonó en la habitación como un pistoletazo—. ¿Me oyes? —Gritó, y su voz temblaba con una furia que anulaba por completo su razón y su control.

—¡Basta ya! —gritó Novak—. ¡Tanto el uno como el otro!

Él y Burke cogieron a Earl por los brazos, pero tuvieron que hacer uso de todo su peso y de todas sus fuerzas para poder apartarlo, para obligarle a retroceder hacia el otro lado de la habitación.

—¡Loco, más que loco! —le increpó Novak con voz llena de rabia—. A mí el color que me preocupa es el verde. ¿Lo oyes? ¡Verde!

Miró fijamente a Earl, cuyo tórax corpulento subía y bajaba rápidamente.

—Si quieres una parte de este trabajo, debes guardar para ti tus manos y tu boca. De lo contrario, ya puedes largarte. Necesito a Johnny, ¿comprendes? ¿Te percatas bien de ello?

Earl retiró bruscamente su brazo de Burke, que se lo sujetaba, y se estiró el cuello de la chaqueta. Aquel instante de acción le había purgado de su ira; era capaz de sonreír a Novak.

—Ya no habrá más problemas —Miró a Ingram, con la sonrisa aún en los labios—. Eso está bien, ¿verdad, negro? Ahora nos entendemos, ¿no?

Ingram se tocó suavemente los labios magullados.

—Te conozco —dijo con voz suave, vacía.

Earl movió la cabeza mirando a Novak.

—¿Lo ve usted? Ya no habrá más problemas. Es como amaestrar un perro. Se necesita un palo y un poco de tiempo. Eso es todo.

—No quiero que vuelvan a ocurrir estas cosas —advirtió Novak—. Métete eso bien en la cabeza.

Earl se encogió de hombros mientras se volvía hacia la puerta.

—Todo ha pasado, no se preocupe.

Ingram miró su espalda, con la mano aún puesta sobre los doloridos labios. «Quizá haya pasado todo —pensó— y quizá solo esté empezando. Solamente empezando»...

## 6

A MEDIADOS DE OCTUBRE, las señales de un crudo invierno se advertían por todo Hunting Valley, la amplia depresión natural que resguardaba el pequeño pueblo de Crossroads. Fuertes vientos habían barrido las brillantes hojas otoñales de arces y plátanos, y los árboles se erguían ahora como oscuros y tétricos centinelas a lo largo de las grandes extensiones de las tierras de labor. Las cosechas habían sido recogidas y los campos estaban desiertos y solitarios; bajo la tenue luz del sol brillaba el hielo en el rastrojo, y negros cuervos picoteaban el suelo a poca distancia de las granjas y los edificios adyacentes.

Earl había visto todo eso mientras descendía en el coche por el valle en dirección a Crossroads, y la vista le resultaba deprimente. Por alguna razón le entristecía el otoño, con aquellas aves revoloteando en el gris del cielo y las hojas de los árboles girando vertiginosas y desvalidas en su descenso hacia el suelo inhóspito.

Una vez inscrito en el hotel, procedió a desempaquetar con rapidez y cuidado deliberados, intentando librarse de su depresión. Puso a un lado las camisas y los calcetines, colgó el abrigo en el armario y colocó en orden sus artículos de aseo en el armarito con espejo situado encima del lavabo. Hecho esto, paseó la vista alrededor del cuarto, haciendo inconscientemente un inventario: cama, dos sillas, paredes y techo blancos y limpios. Era una costumbre del ejército: no se sentía cómodo en un lugar nuevo hasta que llegaba a una especie de conclusión con respecto a él. La habitación le impresionó favorablemente; era limpia y agradable.

Podía imaginar a un comerciante allí trabajando en sus cuentas o descansando en la cama después de una larga jornada conduciendo el coche. Cualquier persona podía pasar allí la noche: un hombre de negocios, una pareja en su luna de miel o un simple turista.

El permanente contacto con el lugar le consolaba y le ayudó a desterrar su melancolía. Se encaminó hacia la ventana y dirigió su mirada hacia el banco de Crossroads, un edificio de dos plantas anticuado, de ladrillo, con ventanas enrejadas y grandes puertas con pomos de latón. La habitación había sido escogida porque desde ella se veía el banco. Novak la reservó por teléfono dos semanas antes. El banco era tal como había dicho Novak, pensó Earl; un lugar antiguo en el que no existía ningún recelo y que uno podía abrir con un abrelatas.

La calle que se extendía bajo la ventana estaba animada por el tráfico: camiones, furgonetas y algún que otro coche deportivo que, vistos desde arriba, parecían escarabajos. Le gustaba el aspecto de Crossroads: los edificios de la calle principal solo tenían dos o tres plantas, casi todos de ladrillo rojo, con ventanas y puertas enmarcadas de blanco. En una ferretería vio un despliegue de bellas escopetas y bastones relucientes con aplicaciones de plata. La ciudad presentaba un aspecto próspero, y la gente parecía adinerada.

Chaquetas de *tweed*, coches deportivos, chaquetas de polo de cachemir encima de pantalones y botas de montar... Todo poseía una elegancia sencilla y sin afectación. En el cruce, un grupo de adolescentes estaba charlando en la acera, riendo bajo la clara luz del sol. Las chicas parecían descocadas, con sus téjanos y sus colas de caballo, y los muchachos llevaban camisas de franela y chaquetas de *tweed*. Había un *drugstore* detrás de ellos y Earl esbozó una ligera sonrisa al mirarlo; era allí donde empezaría todo al día siguiente, pocos minutos después de las ocho de la tarde... Entonces cada uno pasaría a la acción con todos sus movimientos cronometrados al segundo.

Earl salió de su habitación y bajó un tramo de escalera en dirección a un pasillo con dos salidas: una de ellas daba al vestíbulo; la otra llevaba directamente a la calle. Esta disposición era esencial para el plan que habían elaborado, pues a las ocho de la tarde siguiente sería necesario salir del hotel sin pasar por el

vestíbulo.

Earl salió a la acera, entró en el restaurante junto al hotel, tomó asiento al mostrador y pidió jamón, huevos y café a una camarera rolliza y rubicunda. Eran las diez menos cuarto y en el restaurante solo había otros dos clientes: un camionero que tomaba con mucho apetito su desayuno y un hombre de mediana edad que leía un periódico y tomaba una taza de café. Pronto llegaría Burke, pensó Earl mirando su reloj. Se alojaba en un motel a un par de kilómetros de distancia, y después de aquel contacto se mantendría apartado de Crossroads. El hombre de color, Ingram, no debía llegar hasta la tarde del día siguiente.

Eran las diez cuando entró Burke, con las manos en los bolsillos de su abrigo y la cara amoratada por efecto del frío viento que soplaba en aquellos momentos. Ocupó el taburete al lado de Earl y se empujó un poco el sombrero hacia la frente.

—Vaya tiempo, ¿eh? A las seis de esta mañana parecía como si tuviese que nevar.

—Creo que efectivamente va a nevar —dijo Earl.

—Ya puede usted decirlo.

Burke sonrió a la rolliza y rubicunda camarera y pidió:

—Deme algo sustancioso. Tocino, huevos y unas tostadas, ¿de acuerdo?

Cuando la mujer volvía a la cocina, Burke miró a Earl.

—Me gusta este tiempo —dijo. Olía a *whisky* y también a una suave loción para después del afeitado—. Es un buen tiempo para trabajar. Le induce a uno a enzarzarse en cualquier cosa.

—Sí, tiene razón —aprobó Earl.

Estuvieron sentados en silencio hasta que los otros dos clientes se abrocharon las chaquetas y salieron a la calle. El restaurante, caliente y confortable, era un buen refugio contra el frío, y el aroma del café y los bollos azucarados se mezclaba agradablemente en el aire. Desde donde se hallaban sentados, veíanse el edificio del banco y la mitad de una manzana de casas de la calle principal de Crossroads.

—Una bonita ciudad pequeña —opinó Burke.

La camarera le sirvió el desayuno y él suspiró con delectación y cogió un cuchillo y un tenedor.

—Esto tiene muy buen aspecto —comentó.

—¿Quiere usted un poco más de café? —preguntó la camarera a Earl.

—No, así está bien.

—Volveré a la cocina, y si necesitan algo más, llámenme.

—De acuerdo.

Burke untó con mantequilla un trozo de tostada y lo removió dentro de una yema de huevo.

—Sí, es una pequeña ciudad muy bonita.

—¿Para qué quería usted verme?

—Oh... —Burke miró en dirección a la cocina, y luego se volvió hacia Earl—. Novak pasó ayer por el banco... Una última comprobación. Y ha habido un cambio. Tienen instalada una mesa petitoria de la Cruz Roja frente a la puerta de acceso al recinto donde trabajan los empleados. ¿Te imaginas? Tendrás que rodear esa mesa.

—¿Ha hecho usted un viaje solo para decirme eso?

—Un pequeño detalle imprevisto podría perturbarte. ¿Sabes a qué me refiero? Uno espera verlo de una manera y, ¡zas!, de pronto lo encuentra cambiado. Eso podría desorientar a cualquiera.

—Procuraré estar tranquilo —dijo secamente Earl—. Me parece que es Novak el que se aturulla.

—Él solo quiere dejar bien atados todos los cabos. No te preocupes por él.

Burke miró por la ventana y algo le hizo sonreír.

—Si quieres preocuparte, preocúpate por ese individuo. Es de la competencia.

Frente a la entrada del banco había un hombre alto, de mediana edad, con el uniforme gris de la policía. A pesar del intenso frío, no llevaba guantes. Lucía un sombrero de soldado de caballería, con el barbuquejo negro bajado y con el ala ancha caída, proyectando sombra sobre sus facciones angulosas.

Era bastante corpulento, pensó Earl; medía más de metro ochenta y tenía los hombros anchos. Ahora, cuando Earl se volvió para mirar hacia la calle, observó que el agente tenía la mirada grave y una fuerte mandíbula. No parecía muy listo, pensó Earl, la expresión de su rostro no delataba a un hombre de reacciones rápidas o que se mantuviera alerta; solo parecía empeñado en una especie de vigilancia testaruda. Los cabellos estaban encanecidos en

las sienes y la piel era morena y áspera, como cuero curtido por la intemperie.

—Ahí lo tienes —dijo Burke—. Es la ley.

—Bueno, ¿y qué?

La confiada autoridad que se reflejaba en la actitud del policía le irritaba y encolerizaba. Miraba arriba y abajo con las manos en las caderas...

—No es más que un polizone de una ciudad provinciana —comentó Earl.

—Tal vez —convino Burke, pero cerraba un poco los ojos al contemplar cómo el policía paseaba arriba y abajo de la manzana de casas—. Apostaría algo a que en esta ciudad no muere ni un gato ni un perro sin que él se entere. Parece un cazador, y eso hace de él un polizone espabilado.

—Yo he cazado mucho —replicó Earl— y la caza no me ha espabilado.

—¿Te gustaba cazar?

—Algo había que hacer, eso es todo.

—Bueno, eso no es suficiente. A ese tipo le gusta cazar. Obsérvale.

Vieron al policía detenerse bajo la marquesina del cine y luego entrar en el vestíbulo, inclinándose un poco y escrutando el suelo con los ojos.

—¿Qué estará buscando? —preguntó Earl.

—Colillas, probablemente.

Earl sonrió.

—¿Es que no le pagan bastante para poder comprar cigarrillos?

—Hay en este estado una ley que prohíbe fumar en los cines —explicó Burke pacientemente—. Si encuentra colillas, sabrá que alguien está infringiendo la ley.

—Eso no parece muy importante.

—No lo entiendes. Esta noche, probablemente hablará con el empresario. Se adelantará a los problemas, antes de que surjan. Esto es ser espabilado.

Burke suspiró y se miró el dorso de sus manos anchas y fofas.

—Yo fui policía algún tiempo, ¿sabes? Casi ocho años.

—¿Le gustaba?

—Me gustaban la pistola y la insignia. Por eso a los individuos

les gusta ser policías, supongo —dijo mirando a Earl con sonrisa irónica—. ¿Sabes una cosa? Cuando estaba libre de servicio solía ir a los bares en espera de que surgiera algún follón. Unos gamberros que se metieran con una camarera o unos borrachos alborotadores en busca de camorra, ¿sabes? —Volvió a suspirar, sin abandonar su leve sonrisa—. Me gustaba ver la cara que ponían cuando me abría la chaqueta y les dejaba ver la pistola.

—Si le gustaba ser policía, ¿por qué no continuó con ello?

—También me gustaban la buena ropa y el buen licor —aclaró Burke secamente—. Podía obtener un traje nuevo solo haciéndole un favor a un individuo. Era fácil —Se encogió de hombros—. La primera vez que me cogieron, el teniente me dio una oportunidad. La vez siguiente ya no transigió —Burke hizo una pelota con su grasienta servilleta de papel y la dejó caer sobre el plato—. Ya lo sabes todo.

—Bueno, ahí viene otra vez su héroe —dijo Earl mirando por la ventana.

El policía estaba cruzando la calle en la esquina, cubriendo el trayecto con largas zancadas, pero su actitud era deliberada y no había indicio alguno de precipitación o urgencia en sus movimientos.

Burke tocó a Earl en el codo.

—Fíjate ahora en eso.

La ventana enmarcaba la escena: el tráfico, el edificio del banco y el alto policía cruzando rápidamente la calle.

—¿En qué debo fijarme?

—En los muchachos de la esquina.

Earl vio a tres muchachos parados en el cruce de las dos calles, con téjanos y cazadoras negras de cuero. Sonreían al mirar a una mujer joven que caminaba por la acera en dirección a ellos. Ella no se había fijado en los chicos, andaba pensando en sus propios asuntos, deteniéndose de vez en cuando ante los escaparates de las tiendas: una joven atractiva, con un traje de chaqueta de *tweed* y botas de color marrón. Era evidente que estaba embarazada; esto era lo que había despertado el interés de los mozalbetes. Uno de ellos se frotó el estómago significativamente, y sus dos compañeros se echaron a reír.

—Son unos golfillos —dijo Earl.

No le gustaban esas cosas. Burke le puso una mano sobre el brazo, al ver que se levantaba de su asiento.

—No te preocupes, no tienes necesidad de dejarte ver y llamar la atención. De todas formas, llegarías tarde.

El policía había llegado al lado de la joven, le sonrió y se tocó el ala del sombrero en un ligero saludo. Ella sonrió y le dijo algo, todavía sin darse cuenta de la presencia de los chicos que la miraban con impertinencia desde la esquina.

El agente acortó el paso, acomodándolo al de ella, y juntos pasaron por delante de los muchachos, conversando tranquilamente hasta llegar al semáforo. Allí el policía se despidió de la mujer con una sonrisa mientras ella cruzaba la calle y entraba en la siguiente manzana de casas. Solo cuando se hubo perdido de vista la mujer, el policía se volvió a mirar a los chicos, con sus grandes manos apoyadas en las caderas.

Era evidente que no necesitaba decir nada; los muchachos rehuían sus ojos, mirando con aire estúpido arriba y abajo de la calle. Finalmente, todos juntos dieron media vuelta y echaron a correr, marcando con los talones un rápido y nervioso ritmo en la acera.

—¿Por qué no ha hecho nada? —preguntó Earl.

—Lo ha hecho —respondió Burke poniéndose en pie—. Ha impedido que surgiesen problemas. Nada importante, pero que podía haber molestado a la mujer y puesto en evidencia a los muchachos. Cierta agitación en el vecindario, alguna mala impresión en derredor... Eso fue lo que él impidió. Así es como se gana su pasta —Cogió unos cuantos palillos de una taza de porcelana que había en el mostrador—. No te preocupes por él, muchacho. No se interpondrá en nuestro camino.

—¡Diantre! ¿Quién es el que se preocupa? —protestó Earl.

Aún sentía un frío antagonismo contra el corpulento policía; había en él, pensó, algo que le resultaba familiar, aunque estaba seguro de no haberlo visto en su vida.

—Encárgate de pagar la cuenta —dijo Burke—. Mañana por la noche te devolveré el importe.

Sonrió y dio a Earl una palmadita en el hombro.

—Para entonces espero cobrar algo de pasta...

Diez minutos más tarde, Earl salía en coche de Crossroads por la

carretera principal, tomando buena nota de todos los cruces y mojones. Era un experto en esta clase de cosas; su instinto de orientación era muy preciso y tenía una excelente memoria para el terreno. En el ejército había sido capaz de guiar a su pelotón a lo largo de muchos kilómetros sin desviarse más que uno o dos grados de la ruta. Era como un buen perro cazador, con una brújula en su interior para mantener en la nariz el olor de la presa.

Earl pasó dos horas siguiendo la red de polvorientos caminos que discurrían sinuosos a través de las onduladas tierras de labor en torno a Crossroads. A la información general que había recibido de Novak, añadía detalles, fruto de sus propias observaciones: rodeos, atajos y caminos sin salida; todo lo iba anotando y midiendo, conservándolo en la memoria para una posible necesidad. Dos veces regresó a Crossroads y partió de nuevo desde la esquina del edificio del banco, planeando rutas alternativas de escape para ajustarse a cualquier emergencia concebible. Incluso comprobó las calles del pueblo, sabiendo que las necesitaría en caso de que se vieran atrapados por un atasco del tráfico o un embotellamiento en la carretera.

Este trabajo le hacía sentirse importante; parecía estar realizando una misión muy seria.

A las dos se detuvo para repostar en una estación de servicio en la carretera principal, a algunos kilómetros de Crossroads. Le dijo al chico que llenase el depósito, y él se apeó del coche para comprobar qué tiempo hacía. El sol se había ocultado bajo las nubes y el cielo estaba oscuro por el oeste. Empezaba a caer una fría llovizna, y un recio viento agitaba los árboles sin hojas. Pero ahora la tristeza del paisaje no le deprimía. Los oscuros campos y las bandadas de gansos que se elevaban a gran altura en forma de «V», hacia el sur, contra el cielo encapotado, por alguna razón parecían mitigar la soledad que embargaba a Earl.

El empleado de la gasolinera silbó y dijo:

—Muchacho, este es un buen coche. No impresiona su aspecto, pero marchará, apostaría cualquier cosa.

Earl se volvió y vio que el chico había levantado el capó y estaba contemplando con admiración el motor.

—Yo te dije que solo quería gasolina —le recordó Earl, con un punto de irritación en sus palabras—. Vuelve a bajar en seguida el

capó. Tengo prisa.

—Claro, claro, yo no sabía... —El muchacho tenía unos dieciocho o diecinueve años, la cara franca y la expresión confiada, pero la cólera que percibió en la voz de Earl hizo subir el color a sus mejillas—. Yo solo iba a comprobar el aceite y el agua. Forma parte de nuestro servicio regular.

—No te preocupes por el servicio regular.

Earl se dio cuenta de que se estaba comportando de un modo estúpido, marcando aquel incidente en la memoria del muchacho. Era un detalle pequeño, pero podía acarrear consecuencias graves; Novak le había dicho explícitamente que no repostase cerca de Crossroads.

—Siento mucho haber sido brusco contigo —dijo, intentando sonreír—, pero tengo prisa.

—Supongo que debí habérselo preguntado. Pero es un coche bonito —El chico recobró la sonrisa—. Compresor, carburadores especiales... Apostaría a que corre mucho.

—Tengo recorridos muchos kilómetros —dijo Earl. Tomó el cambio y dio al muchacho una propina—. Ahorrar tiempo significa ahorrar dinero.

El chico sonrió y dio una ligera palmada a la chapa del coche.

—Creo que este coche no tendrá dificultad en tomar parte en esos deportes extranjeros.

—Sí, va muy bien —confirmó Earl.

Despidióse del muchacho saludándole con la mano y emprendió el regreso a Crossroads. No era algo demasiado grave, pensó. Muchos comerciantes llevaban buenos automóviles. Y su explicación había sido rápida y convincente. «Ahorrar tiempo significa ahorrar dinero». El muchacho habría comprendido, y esto no le daría pie para ir chismorreando por ahí...

Earl pasó por el lado del banco de Crossroads y miró su reloj. Las dos y media, pero no tenía hambre. Decidió tomar la ruta de escape antes de parar a almorzar. Saliendo despacio del bordillo de la acera, trató de imaginar cómo sería al día siguiente: de noche, para empezar, el negro y Burke sentados detrás de él y el coche a toda velocidad. Bajó por la calle lateral bordeada de negros árboles y viró a la izquierda en el segundo cruce. Después de pasar junto a media docena de manzanas de casas, llegó a una zona de edificios

destartalados, con patios llenos de barro y negros caminando por las aceras. Otro kilómetro y se encontró en el campo, viajando por una carretera de dura superficie que discurría entre prados y chopos. Allí pondría el coche a toda marcha, en aquella extensión de nueve kilómetros. Pisó el acelerador y la aguja osciló suavemente hacia ochenta, luego hacia noventa y cinco y siguió hacia ciento quince, gimiendo el motor ligeramente con el tremendo aumento de fuerza. Earl reía mientras la fría lluvia humedecía su cara a través de la ventanilla abierta y los negros árboles desfilaban a gran velocidad.

Al otro día por la noche pasaría por aquel mismo lugar casi al doble de esa velocidad, añadiendo, con cada segundo que pudiera ahorrar, un precioso margen de seguridad a su escapada. Esto formaba parte del plan de Novak: el potente automóvil y la recta carretera, combinación que los llevaría con rapidez más allá de cualquier bloqueo que pudieran formar los policías del estado.

Earl aminoró la marcha cuando llegó a un enorme granero ennegrecido por la lluvia, a la derecha de la carretera. Allí les estaría esperando Novak en el sedán. El cambio de coches sería cuestión de segundos. La furgoneta entraría en el granero vacío y quedaría escondida en el interior de un viejo silo; tal vez tardarían días en descubrirla. Pasarían al sedán, el negro al volante, con chaqueta de chófer y gorra de visera, Earl y Burke con abrigos y sombreros que Novak había comprado en Filadelfia. Enfilarían la carretera principal unos dos minutos después de abandonar el banco de Crossroads. En cuestión de unos cuantos minutos más, estarían a salvo, deslizándose suavemente en dirección a Baltimore, varios kilómetros más allá del área del bloqueo de carreteras.

Earl pasó por delante del granero y giró hacia un camino que llevaba fuera de la carretera, adentrándose sinuosamente en la campiña. Se relajó y encendió un cigarrillo, disfrutando de la fuerza suave del coche bajo sus manos instintivamente eficaces. Al cabo de un rato, llegó a un campo abandonado en el que los pastos habían crecido desmesuradamente, llenos de cardos. Los postes de las vallas colgaban podridos e inservibles sobre trozos herrumbrosos de alambre de púas.

Paró el coche y se apeó en un camino cenagoso, mirando a su alrededor con una leve sonrisa en el semblante. Le gustaba aquel aspecto rudo y abandonado de la zona; allí había mucho que hacer,

un trabajo duro. A su alrededor reinaba un grave y profundo silencio, interrumpido solo por la lluvia y, ocasionalmente, por el grito de unos pájaros en un grupo de árboles que se elevaban como una mancha negra en el horizonte. Se tapó la garganta con la bufanda y fue bajando por el camino, gozando con el aire fresco y húmedo que le daba en la cara. Se percató de que estaba oscureciendo, aunque eran poco más de las tres. Unos pocos espacios plateados brillaban entre el gris del cielo, y parecía como si los pájaros se dispusieran a recogerse para pasar la noche en sus nidos.

Pero a Earl no le importaba la fría y solitaria aproximación del atardecer; se sentía relajado y animado. Pensaba en Lorraine. Se le ocurrió la idea de que su problema se debía a que tenían que vivir en la ciudad, encerrados en una pequeña jaula sin otra cosa que mirar más que muchas otras pequeñas jaulas. Dependiendo de docenas de personas extrañas para sus necesidades de alimentos, bebida y ropa: tenderos, chicos de reparto, fontaneros, gente sin la cual se encontraría uno desvalido.

En lo alto de un promontorio, extendió la vista por encima de un prado que se extendía ondulante como un mar vago y etéreo bajo bancos de niebla suaves y nacarados. Había una casa de piedra en el prado, casi escondida por grandes y negros arces y robles. De no haber sido por el leve penacho de humo que salía de la chimenea, el lugar habría parecido desierto; no había perros por allí, y las puertas del viejo granero se movían por efecto de las ráfagas de viento.

Earl encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla a la fría agua que discurría por la zanja al lado de la carretera. Entonces se detuvo y contempló la casa. Sintió que sus fragmentados pensamientos se fundían en una confiada y única idea: después del golpe del banco, él y Lorraine podrían alejarse de la ciudad y buscar un viejo lugar con alguna buena tierra a su alrededor. Él labraría el campo. En alguna parte había leído que el gobierno distribuía toda clase de libros y folletos sobre la erosión del suelo, la rotación de las cosechas y cosas así. Él podía leer todo aquello, pensaba. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, no era tan tonto. Sabía manejar un hacha y entendía de herramientas. Y lo que Lorraine sabía de alimentos resultaría muy oportuno. Podría cosechar fruta y verduras de un

huerto y hacer conservas para el invierno.

Vivirían solos, libres como el aire, sin depender de nadie. Podrían pasar sus veladas con una bebida o dos frente a un fuego de leña, riendo al ver la nieve y soplar el viento junto a sus ventanas. Ya no tendría que preocuparse por el señor Poole y el bar. No habría ninguna preocupación en absoluto.

Cuando volvía al coche, un viejo mastín pasó por debajo de la valla y trotó inquisitivamente detrás de él. Earl se detuvo y acarició su cabeza, sonriendo al ver cómo meneaba la cola cariñosamente. El perro estaba allí completamente solo, pensó Earl. Tal vez habría recorrido aquella jornada treinta kilómetros persiguiendo conejos y ardillas como un loco. El perro le siguió ansiosamente hasta el coche y Earl se acordó de que tenía medio bocadillo de salchichón en la guantera. Se echó a reír y dijo: «Tengo una cosa para ti, muchacho», y la cola del perro se movió por la emoción que había en su voz. Dio de comer al perro y luego le sacudió cariñosamente la gran cabeza con ambas manos.

—Está bueno, ¿eh? Tan bueno como un conejo, si tienes hambre.

Cuando se hubiesen trasladado al campo, tendrían perros, pensó Earl. Perros cazadores, listos y trabajadores, no perros mimados y caseros echados a los pies de Lorraine todo el tiempo.

—Bueno, ya está bien —dijo, dando una última fuerte sacudida a la cabeza del perro—. Ahora es mejor que vuelvas a tu casa y te den de cenar.

Pero el perro no quería que él se marchase; se arrimaba a las piernas de Earl e intentó subir al coche cuando él abrió la portezuela. Finalmente, cogió un puñado de barro y levantó el brazo en un gesto de amenaza. «¡Que te pego!, ¡que te pego!», gritó y el perro se alejó de él, con el rabo entre las piernas. Huyó con toda rapidez, volviéndose de vez en cuando para mirar a Earl con ojos tristes. «Está asustado —pensó Earl, contemplando cómo el can se alejaba por el camino cenagoso—. Alguien tiene que haberle pegado o atado o haberle hecho pasar hambre. Así es como se les educa».

Earl se sacudió de las manos las migas del bocadillo y subió al coche. Se sentía irritado sin saber por qué; probablemente se debía únicamente a que tenía hambre, pensó.

Media hora más tarde se hallaba de regreso en Crossroads. Entró

en el restaurante junto a su hotel y pidió café y un bocadillo de rosbif. El lugar era caliente y confortable, con las intensas luces del techo contrastando con la escasa claridad que, a causa de la lluvia, reinaba al otro lado de las ventanas.

Estaba sirviendo la misma camarera rubicunda. Sonrió al ver el abrigo de Earl empapado y le dijo:

—Se ha mojado, ¿verdad?

—No he podido evitarlo —respondió él.

—El café le sentará bien. ¿Cómo quiere el rosbif? ¿Poco hecho?

—Sí, eso es; poco hecho.

Earl encendió un cigarrillo y miró por los cristales mojados a causa de la lluvia en dirección al banco. Las luces estaban encendidas y vio a una mujer trabajando en la caja, frente a las puertas. Sería como al otro día por la noche, pensó: cajeros y escribientes haciendo sus cuentas para el fin de semana, sin preocuparse por nada que no fuese un centavo que faltase aquí o allá.

Earl se hallaba interesado en observar el estado de sus propios nervios. Había tenido miedo de que la espera fuese la peor parte de aquel trabajo; mientras estaba pendiente del tiempo, solía volverse inquieto e impacientarse. Pero se sentía bien, relajado y cómodo, saboreando el café caliente y la cálida y apacible tranquilidad del restaurante. Al día siguiente no se movería de la habitación del hotel, manteniendo los ojos fijos en el banco y esperando que hiciese su aparición el hombre de color. Entonces habría terminado la espera.

Oyó que se abría la puerta detrás de él y sintió una ráfaga de aire en la nuca. Al volverse vio que acababa de entrar el alto *sheriff*, sacudiéndose el agua de su sombrero de ala ancha. Los cabellos del policía eran cortos y negros, plateados en las sienes, y su chaqueta gris olía limpiamente a frío y a lluvia. Al aproximarse al mostrador, Earl sintió el impacto de aquel hombre. Había en él una sólida seguridad, una confianza sin esfuerzo que ya había observado en algunos oficiales: la autoridad era un hábito en aquellos hombres, un derecho que se otorgaban a sí mismos y que ejercitaban sin el más ligero asomo de duda. No esperaban ser obedecidos; sabían que lo serían...

La camarera sonrió y dijo:

—Hola, *sheriff*, ¿de dónde viene toda esta lluvia? —Le sirvió una taza de café—. ¿Quiere un trozo de tarta o alguna otra cosa?

—No, solamente café, Millie.

La camarera continuó hablando del tiempo mientras el *sheriff* iba tomando el café caliente a pequeños sorbos. No cabía interpretar su silencio como indiferencia, pero dio a Earl la impresión de que no le entusiasaban las conversaciones banales.

Earl le observaba con el rabillo del ojo. El *sheriff* estaba sentado, firme como una roca, con los codos sobre el mostrador, la taza de café escondida en sus grandes manos, escuchando las teorías de la camarera sobre el tiempo, con una expresión de cortés atención en su alargado rostro. La viva luz procedente de arriba hacía brillar el negro cordoncillo de las mangas de su chaqueta, y se quebraba en el metal de la culata del cuarenta y cinco que llevaba en la cadera. Era más alto de lo que Earl había pensado, corpulento, con cuerpo y manos robustos que parecían hechos para cualquier clase de trabajo o de problema. «El amo del pueblo —pensó Earl con cierta amargura— que no habla y está lleno de secretos». Volviéndose ligeramente, estudiaba el perfil impenetrable del policía y veía la manera cómo la piel morena se extendía a través de su cara, como el cuero de un escudo. Se sentía confuso e irritado mientras miraba al *sheriff*. «No me asusta», pensó, tratando de reavivar en sí su anterior confianza. Pero no lo conseguía...

El hecho de que el hombre no le mirase siquiera resultaba exasperante; y él sentía una extraña e ilógica necesidad de llamarle la atención. Podía saludarle con la cabeza o decirle hola, pensaba. Eso no le mataría... Pero, a pesar de este sentimiento, tenía también la maliciosa idea de que el *sheriff* era consciente de su presencia, al fin y al cabo, y de que estaba sacando ciertas silenciosas conclusiones con respecto a él.

Quizá se había dado cuenta de que se pasó el día entrando y saliendo de Crossroads en coche, yendo de aquí para allá sin ningún propósito evidente. O tal vez hubiese visto a Burke sentado con él por la mañana, los dos con la mirada fija en el banco...

Se preguntaba qué debía hacer. No sería inteligente llamar la atención del *sheriff*, pero también podría ser estúpido quedarse allí sentado y dejar que siguiera especulando sobre él. El problema ponía sus nervios en tensión. ¿Por qué no había previsto Novak una

situación así? Él era el cerebro de la operación. Pero por debajo de la confusión y la preocupación de Earl había una necesidad casi inconsciente de ser algo a los ojos del *sheriff*. La estólida indiferencia del hombre le molestaba más que cualquier otra cosa.

Aprovechó un momento en que la camarera le miraba, para decirle:

—Haga el favor de ponerme otro café.

Cuando ella volvía a llenarle la taza, él sonrió y dijo:

—Hay unos campos muy bonitos por los alrededores.

—Bueno, eso es cuando hace buen tiempo.

—He salido a mirar unas tierras de labor y me he quedado empapado. Desde un coche no puedes hacerte una verdadera idea de una propiedad.

—¿Le interesa a usted la agricultura?

Earl se echó a reír y dijo:

—Bueno, pues no lo sé. Pero últimamente he cobrado algún dinerillo y me imaginé que podría invertirlo en algo sólido. De todas formas, estoy cansado de vivir en una gran ciudad.

—No le censuro por ello. Yo a veces voy a Filadelfia de compras, pero con unas horas ya tengo suficiente.

—Es lo que me pasa a mí —Earl sonreía a ella, pero miraba de reojo al *sheriff*. Esto pondría fin a sus especulaciones, pensó—. De modo que he pensado hacer un cambio. Uno siempre puede ir a la ciudad un rato, si quiere.

—¿En qué le agradaría emplear las tierras?

—Bueno, quizá en la cría de ganado. Ovejas o toros. Quizá un rebaño de vacas lecheras, si puedo encontrar precisamente lo que quiero.

—Tendría usted que hablar con Dan Worthington; es el corredor de fincas más importante de por aquí.

—Lo haré, pero primero me gustaría tener mi propia impresión sobre las cosas.

—Eso parece una buena idea. La mayoría de las personas se lanzan a actuar demasiado deprisa, si me permite que se lo diga.

Earl se alegró del comentario de la mujer; eso daría al *sheriff* la imagen de un individuo serio y sensato, que no se dejaba engañar.

El *sheriff* puso sobre el mostrador una moneda de diez centavos de dólar y se levantó.

—Hasta luego, Millie.

Sin mirar a Earl, se ajustó el barbuquejo y abandonó el restaurante. Earl le siguió con la mirada, con el cigarrillo a medio camino de sus labios.

—Es el amo de por aquí, ¿verdad?

La camarera sonrió y movió la cabeza.

—Nadie piensa nunca así del *sheriff* Burns. Él es solo... —Hizo una pausa y se encogió de hombros, un poco confusa al advertir un destello de ira en los ojos de Earl—. Bien, cualquier persona que esté en un apuro piensa en él antes que en nadie.

—Un tipo simpático, ¿eh?

El calor que percibía en la voz de la camarera le irritaba. Mirando hacia las claras luces amarillas del banco, empezó a tamborilear incesantemente con los dedos sobre el mostrador. De pronto, se alegró de que se dispusieran a dar el golpe en la apacible pequeña ciudad de aquel *sheriff*.

## 7

A LAS CINCO DE la tarde del día siguiente, John Ingram estaba jugando al póquer en la pequeña y ruidosa sala de un bar de Crossroads. Había llegado en autobús cosa de una hora antes, con un abrigo viejo y una raída bolsa de viaje. El bar se encontraba en la calle principal del extremo sur de la ciudad, donde había una serie de tiendas que solo abastecían a negros.

Cuando bajó del autobús, Ingram charló con varios hombres que hablaban a la puerta del bar, tratando de informarse acerca de la zona y preguntándoles sobre las posibilidades de encontrar trabajo. El dar información les había hecho sentir importantes y todos hablaban a la vez, dando en voz alta respuestas frecuentemente contradictorias.

Ingram escuchaba cortésmente sus explicaciones y opiniones, riendo y moviendo la cabeza cuando alguno salpicaba lo que decía con rasgos de humor e ironía. Eran labradores en su mayor parte, amables y corteses, hombres bien intencionados, y sabía Ingram que tomarían a mal cualquier exhibición de maneras de gran ciudad por parte de él; sabía que el negro arrogante era siempre una fuente de problemas para otros negros. Además, solía tratarse de un pelmazo que siempre andaba buscando defectos, rápido en criticar a otras personas de color por mostrarse corteses y ocuparse de sus propios asuntos...

Mientras charlaba con ellos, Ingram vio a Earl Slater, el tejano, que andaba en el otro lado de la calle. Se miraron fijamente un instante, con rostros impenetrables e inexpresivos, pero a pesar de

que ya estaba oscureciendo, Ingram pudo percibir la súbita tensión en los pasos deliberados de Earl y comprendió que la causa se debía a su presencia allí. Se dio cuenta de que solo el hecho de verle le sacaba de sus casillas. Este pensamiento le hizo ruborizarse. Tardaría mucho tiempo en olvidar la escena de la habitación de Novak en el hotel, en olvidar el peso de aquella mano sobre su rostro...

Uno de los trabajadores de color sugirió entrar a beber algo. Ingram pasó media hora tomándose una cerveza, y entonces alguien que estaba a la mesa de póquer, en la parte de atrás, llamó pidiendo un jugador. Ingram era la única persona disponible; trató de zafarse de ello, pero tanto insistieron con palabras lisonjeras, que comprendió que su negativa llamaría la atención.

Y ahora, al cabo de quince minutos de juego, se daba cuenta de que se hacían trampas.

No iba a arriesgar dinero en un juego con trampas que le aburría; él podía ganar con los ojos cerrados al hombre que le estaba estafando, y las apuestas no eran lo suficientemente altas como para que importase ganar o perder. Estaban jugando solo cuartos de dólar, anotando sus apuestas en un papel para que no hubiese dinero a la vista en el caso de que entrase el *sheriff* a mirar. Pero los juegos con trampas generalmente terminaban en riñas, Ingram lo sabía, y no podía permitirse tomar parte en ninguna clase de disputa.

El tramposo estaba sentado a la derecha de Ingram: un hombre alto, de piel amarilla, llamado Adam. Tenía unos dientes prominentes, una cabeza como un proyectil de artillería y maneras ruidosas y provocativas; reía y hablaba continuamente, implorando suerte para las cartas y gimoteando con fingida y burlona angustia cuando la suerte recaía en otros jugadores. El truco que había estado utilizando era simple pero arriesgado: en un juego fino habría sido descubierto en el primer par de manos.

Adam empleaba pintura para marcar las cartas altas: en su oreja izquierda tenía oculto un delgado tubo de pintura, y después de tocarla con la punta del dedo, podía colocar diminutos puntos identificadores en el dorso de las cartas de figuras y de ases. Sabía lo que tenía que ganar en cada mano y sabía sacar gran provecho de su información, ganando apuesta tras apuesta y riendo

estrepitosamente ante su buena fortuna. «Sería mejor que se lo tomase con calma», pensaba Ingram desesperadamente.

A Ingram tanto le daba ganar como perder; se limitaba a hacer sus apuestas y a poner su mano, suspirando por hallar la manera de poder abandonar aquel juego sin llamar la atención.

—Ahora te toca a ti repartir —le dijo sosegadamente el hombre sentado frente a él—. Veamos algo además de los números, para variar, ¿eh?

El hombre se llamaba Rufe y los otros jugadores se dirigían a él con respeto; era solemne y cauto en su juego, pero había un destello de inteligencia alerta en sus ojos de pesados párpados.

—Intentaré hacerlo bien —dijo Ingram.

Ingram se daba cuenta de que en la mesa estaba cambiando el estado de ánimo; esto le resultaba tan evidente como el ruido procedente de la barra y las capas de azulado humo que se arremolinaba en el aire. Los perdedores estaban confusos e irritados por su mala fortuna. Le miraban suspicaces, con la viva luz del techo proyectando sombras profundas en sus caras solemnes, morenas.

Ingram distribuía rápidamente las cartas, sin mirarlas.

¿Por qué estaba allí? ¿Por qué había tenido que meterse en aquello? Estaba desesperadamente asustado a causa de lo que le aguardaba por la noche. Si le atrapaban, la policía podría hacer con él cuanto quisiera, darle una paliza que le dejase sin sentido, enviarle a la cárcel para qué se pudiese en ella, atarle con correas en la silla eléctrica para hacerle morir. Cualquier cosa de esas; todo se lo tendría merecido.

Quedó sumido en un profundo desaliento. El aire a su alrededor olía cálidamente a humo de cigarrillos y a cerveza y había hombres de pie junto a la corta barra de madera, con sus alegres voces elevándose de vez en cuando por encima de la estridente música del enorme *jukebox*. Aquello era un refugio contra la inhóspita oscuridad; afuera había empezado a nevar y veía Ingram caer los suaves copos a través de las ventanas en medio de un frágil silencio, centelleando con un blanco esplendor y revoloteando a la luz amarilla de las farolas de la calle. Pero aquella vista le hacía sentir pequeño, solitario y desvalido; entonces empezó a darse cuenta de que Rufe le miraba fijamente en silencio, y los músculos de su

estómago comenzaron a dolerle, presas de un frío temor.

—Hay algo curioso en esta baraja —observó Rufe pausadamente—. No estoy acusando a nadie; solamente digo lo que pienso.

—No son mis cartas —replicó Ingram—. Ustedes jugaban con ellas antes de que yo tomase parte en el juego.

Hubo un murmullo de apoyo procedente de hombres que se habían agolpado alrededor de la mesa.

—Fijaos cómo se apresura a defenderse —dijo Adam—. Y nadie le ha acusado de nada.

—Vamos a mirar las cartas —propuso Rufe tranquilamente.

Ingram sabía que las cosas se volvían contra él; cuando se descubriesen las marcas, habría una explosión en la mesa, pero para entonces Adam ya se habría desembarazado del tubo de pintura que escondía detrás de la oreja. Le resultaría fácil en medio de la excitación; podría dejarlo caer al suelo y entonces hacer que lo buscasen. Cuando se encontrase el tubo, él insistiría en que pertenecía a Ingram.

—Ahora, escúchenme un momento —dijo Ingram—. Yo no hago trampas. Pero sé algo acerca de juegos de azar.

Miró desesperadamente hacia los otros jugadores, comprendiendo angustiado que su intento de guardar la compostura era débil; su frente estaba bañada en sudor y la tensión en su interior le hacía temblar de pies a cabeza.

—¡Yo les mostraré quién hace trampa! —gritó poniéndose en pie. Denme esas cartas.

—¡No le escuchéis! —exclamó Adam—. Está tratando de escabullirse.

—Pongan todos ustedes las manos encima de la mesa —dijo Ingram—. ¡Vamos! Solo al individuo que ha hecho trampa no le gustará esto. Pongan las palmas y no las retiren.

Rufe estaba, mirando a Ingram con interés. Finalmente, asintió con la cabeza y dijo:

—Yo estoy dispuesto a hacerlo.

Solo Adam puso objeciones:

—Este está loco. ¿A qué viene todo este cuento?

Rufe le miró en silencio. Al cabo dijo fríamente:

—Yo estoy dispuesto a darle una oportunidad. Y tú, ¿por qué no?

—Os va a enredar, eso es todo —respondió Adam, pero después de recibir otra mirada de Rufe, puso las manos tímidamente, como si tuviera miedo de que la mesa pudiera ponerse al rojo vivo en el momento de tocarla.

—Muy bien —apuntó Ingram—. Ahora les mostraré lo que pasa.

Su cuerpo le temblaba de emoción, pero barajaba las cartas con una autoridad y rapidez que arrancó una risita de admiración de los hombres que rodeaban la mesa. Lanzó cuatro naipes hacia Rufe.

—¿Merece la pena abrir con esto?

Rufe puso las cartas boca arriba: cuatro ases brillaron bajo la desnuda bombilla situada encima de sus cabezas.

—Y aquí vienen los muchachos de la K —añadió, sacando los reyes—. Y detrás de ellos las damas y las jotas. Son cartas realmente informativas. Léanlas por cada uno de los dos lados si saben ustedes dónde mirar. ¿Ven ustedes ese puntito rojo en el ángulo del as? Se ve bien, no pueden equivocarse.

Mientras los otros jugadores se inclinaban hacia adelante para examinar las cartas, Adam levantó una mano como casualmente, pero Ingram estaba esperando que lo hiciese. Agarró la muñeca de Adam y le obligó a dejar otra vez la mano encima de la mesa.

—¿Detrás de qué oreja la has puesto? —preguntó sosegadamente.

—¿Qué es esto? —inquirió Rufe, levantando los ojos de pesados párpados hacia Adam—. ¿Qué es esto?

—¡Lo leí en un libro! —chilló Adam con voz trémula—. Un libro de trucos, ¿sabéis? Para gastar una broma a los amigos. Me enviaron un tubito de pintura para ponerlo detrás de la oreja. Es solamente una broma —Se humedeció los labios—. Esta es la parte más divertida, ¿no? Para que no pensarais que os estuviera estafando realmente. ¿Verdad que esto es lo más gracioso?

—¡Hijo de perra! —le increpó Rufe, moviendo la cabeza, como reflexionando.

Luego se arrojó a través de la mesa, agarró con las manos a Adam por el cuello y lo derribó al suelo. La mesa se volcó con gran estrépito. Todo el mundo se puso a gritar consejos y exhortaciones a los dos hombres mientras rodaban por el suelo cubierto de colillas. El camarero bajó las persianas de las ventanas que daban a la calle y alguien puso en marcha la máquina de música para ahogar el

ruido de la pelea.

Ingram quedó atrapado sin remedio. Dos veces intentó abrirse paso, pero no pudo apartar la masa de cuerpos que le empujaban contra la pared. No tenía una idea clara de cuánto rato estuvo clavado allí; se hallaba confuso y amedrentado y sintió que le abandonaban todas sus fuerzas.

El ruido cesó bruscamente. Un hombre blanco que vestía un uniforme gris se abrió paso entre los parroquianos y su presencia interrumpió la excitación reinante. Se apartaron sonriendo servilmente y él dirigió su mirada en derredor, con una expresión de exasperada impaciencia en su duro semblante.

—Levantaos vosotros dos —ordenó, mirando a Adam y a Rufe—. ¿Qué sucede aquí?

Varios hombres empezaron a hablar a la vez, torpe y evasivamente; eran como colegiales sorprendidos por un maestro comportándose mal, pensó Ingram. El *sheriff* escuchaba impávido sus mal hilvanadas explicaciones sin ningún cambio especial en la expresión de su rostro. Luego miró pensativo a Adam.

—No te conviene para tu salud andar continuamente de bar en bar, Adam. Me parece que te convendría salir de aquí y no volver en un buen rato. Y tú, Rufe, la próxima vez que quieras pegar a alguien, piénsalo dos veces y no lo hagas. ¿Me comprendes?

El *sheriff* se volvió entonces y miró a Ingram.

—Quiero hablar contigo —le dijo—. ¿Te importa acompañarme a mi oficina?

—Yo no hice nada —protestó Ingram, humedeciéndose los labios.

Pero sabía que protestar no le serviría de nada; el *sheriff* estaba más interesado en él que en Adam o en Rufe, de esto se había dado cuenta perfectamente.

—Yo solamente andaba ocupado en mis propios asuntos —explicó, acompañándose con un gesto de la mano—. Yo no hice nada.

—Yo solo quiero hablar contigo. Anda ven.

Ingram lanzó un suspiro y cogió su saco de viaje; no podía hacer otra cosa. Afuera, en medio de la nieve y la oscuridad, avanzaron juntos por la calle, la mano del *sheriff* apoyada ligeramente en el hombro de Ingram. La nieve se estaba derritiendo al tocar el suelo,

y las calles y las aceras aparecían iluminadas por la luz de los escaparates. Los transeúntes pasaban presurosos por su lado y saludaban con la cabeza al *sheriff*, el cual correspondía tocando con la punta de los dedos la ancha ala de su sombrero.

—*Sheriff*, yo no hice nada —repitió Ingram, mientras esperaban en el cruce que cambiase la luz del tráfico—. Aquel hombre hacía trampas y yo solamente lo descubrí, eso es todo.

—No es de eso de lo que quiero hablar contigo —dijo el *sheriff*—. Vamos.

Las tiendas por delante de las cuales pasaban estaban llenas de gente; era viernes por la noche, pensó Ingram con pánico. Solo dos horas después debía empezar el golpe...

Entonces Ingram vio algo que le produjo un choque a través de su cuerpo y disparó la alarma en su interior.

El tejano había reaparecido en la acera, delante de ellos, saliendo de un hotel y parándose en la corriente de peatones para encender el pitillo que pendía de sus labios. Soltó una larga bocanada de humo mientras se volvía y empezaba a caminar despacio por la acera, examinando ociosamente los objetos llenos de colorido que se exponían en los escaparates.

Ingram se dio cuenta de que no los había visto, y quiso ocultarse subiéndose el cuello del abrigo. Tal vez así consiguiera pasarle inadvertido.

Pero no fue así.

Earl se detuvo sin razón alguna aparente y miró a Ingram a la cara. Por un instante, no pareció reconocerle, pero luego su boca fue abriéndose lentamente, y una expresión casi cómica de confusión e ira se extendió sobre su rostro. El cigarrillo que estaba llevándose a la boca se detuvo en el aire, a pocos centímetros de sus labios, y todo su cuerpo se puso tenso y rígido. Se paró frente a ellos como una figura tallada en piedra, paseando su mirada rápidamente de Ingram al *sheriff*.

«¡Qué loco!», pensó Ingram desesperadamente. ¿Por qué no seguía su camino, fingiendo que no les había visto...?

El *sheriff*, por su parte, miraba fijamente ante sí, avanzando con pasos medidos, deliberados, como si no se hubiera dado cuenta de la mirada escrutadora de Earl; pero Ingram sintió que los dedos del hombre presionaban fuertemente alrededor de su brazo, como

tenazas de hierro.

Cuando pasaron, Earl se volvió a mirarlos, con el cuerpo inmóvil en medio del animado tráfico y sin darse cuenta de que tenía un cigarrillo encendido entre sus labios secos.

## 8

EARL EMPEZÓ A SEGUIRLOS hasta que doblaron hacia la izquierda en la siguiente esquina, y entonces profirió entre dientes una maldición y arrojó el cigarrillo. El negro se habría metido en algún problema, arruinando todo cuanto habían planeado, y ahora estaban todos en un apuro.

Earl sabía que era preciso averiguar lo sucedido, y decidir entonces lo que había de hacerse; no quedaba tiempo para ponerse en contacto con Novak. Pero la responsabilidad no le preocupaba; su furia contra Ingram ocupaba todos los puntos de su mente. Caminaba hacia el cruce de calles, sostenido y alimentado por la cólera. Esbozó una dura sonrisa mientras caminaba entre los transeúntes con las manos profundamente hundidas en los bolsillos de su abrigo.

La oficina del *sheriff* se hallaba en un edificio de ladrillo rojo, de una sola planta, a una manzana de distancia de la calle principal de Crossroads. Un camino de grava bordeado por parterres conducía hasta la entrada y rodeaba un pequeño jardín frente al edificio. En el silencioso vestíbulo, Earl se quitó el sombrero y se alisó los cabellos. El lugar se parecía más a una respetable oficina que a una cárcel, pensó, mirando en derredor con curiosidad: suelos alfombrados, estampas con escenas de caza en las paredes, una planta de plástico en un pequeño recibidor, junto a las ventanas. En un tablón de anuncios, de corcho, había una nota sobre una reunión de *boy-scouts*, y un gran cartel en colores anunciaba una tómbola de prendas de vestir de la Sociedad de Mejora Escolar. La vista del

lugar le tranquilizó; aquello era la cabal representación de la ley, y el orden de un pueblo, pensó. Los agentes, cortesés, reservados y poco despiertos, andaban de un lado para otro buscando ladrones de gallinas o cazadores furtivos. A su izquierda había un despacho separado del vestíbulo por un mostrador de madera. Vio a un soldado de caballería trabajando allí en una atmósfera de archivos, tableros de anuncios y teléfonos, con la viva iluminación brillando en su cara de expresión grave. El soldado estaba sentado de espaldas a la puerta cerrada de otro despacho, mirando fijamente y con semblante preocupado unos papeles que tenía sobre su mesa.

Earl carecía de plan, pero debía averiguar qué había sido de Ingram. El otro despacho pertenecía al *sheriff*, supuso. Ingram estaba allí dentro, con él; podía oír un murmullo de voces más allá del delgado tabique y reconoció la voz ansiosa y desconfiada del hombre de color.

El soldado levantó la vista de los informes.

—¿En qué puedo servirle?

Earl sonrió y puso sus manos sobre el mostrador.

—Me estaba preguntando a mí mismo si podría usted indicarme el mejor camino para ir a Nueva York.

—Desde luego.

El soldado sacó un mapa doblado del cajón de su mesa y se acercó al mostrador.

—Tome usted la calle principal y siga hasta salir de Crossroads. Aténgase a las señales hasta el puente de Delaware Memorial Bridge.

Extendió el mapa encima del mostrador e indicó la ruta con un lápiz.

—Estamos en este punto de Crossroads. Solo tiene que seguir esas señales del puente y le llevarán directamente hasta el límite de Jersey. No tiene pérdida.

—Parece bastante sencillo. Muchísimas gracias —dijo Earl sonriendo al soldado—. ¿Es usted el *sheriff*?

—No; solo un comisionado.

—Tienen ustedes una ciudad pequeña pero muy bonita. Bonita y tranquila.

—Procuramos conservarla así.

La sonrisa de Earl se hizo insinuante.

—He visto por ahí a muchas personas de color. ¿No les dan a ustedes mucho trabajo?

El soldado no le devolvió la sonrisa.

—La mayoría de ellos nacieron y se criaron aquí mismo. No hay motivo alguno para que nos creen problemas.

—Bien, pero como he visto a un soldado que conducía a uno delante mismo de mí, pensé que era algo corriente.

—No hay ningún cargo contra él —informó secamente el soldado—. Es nuevo en la ciudad y el *sheriff* solo quiere conversar con él.

—Ya veo —dijo Earl, todavía sonriendo débilmente—. Bueno, es una buena idea. Tener con ellos una pequeña charla desde el comienzo mismo. Es lógico.

El soldado dobló el mapa con resuelto ademán.

—¿Alguna cosa más, caballero?

—No, no, en absoluto. Muchísimas gracias.

Cuando estuvo en la puerta, encendió un cigarrillo y se subió el cuello del abrigo. La nieve se había convertido en una lluvia densa y continua, que caía sobre las oscuras calles con un sonido semejante a los disparos lejanos de una ametralladora. Solo quedaba una hora...

Bajando el ala de su sombrero, atravesó la calle y entró en un portal que ofrecía cobijo contra el fuerte viento y la lluvia. Tiró el mojado cigarrillo y hundió las manos en los bolsillos. En medio de la húmeda y fría oscuridad, se puso a esperar a Ingram...

Transcurrieron veinte minutos antes de que el negro bajase presuroso por el sendero de grava, con el cuello subido para resguardarse de la lluvia y balanceando, pendiente de su mano, una vieja maleta.

Earl salió del portal y atravesó con largas y vigorosas zancadas la reluciente calle, acortando la distancia que le separaba del negro. La lluvia amortiguaba el sonido de sus pasos mientras se acercaba a Ingram por detrás.

—No te vuelvas, negro —le dijo en tono cortante—. Continúa andando.

La calle lateral estaba escasamente iluminada, y los peatones ocasionales no les prestaban atención mientras pasaban presurosos, con los ojos fijos en el suelo y hundidas las barbillas en los cuellos

subidos de sus abrigos.

—¿Qué quería el *sheriff*?

Se hallaba a medio paso detrás de Ingram, lo suficientemente cerca como para ver brillar la lluvia en su morena mejilla y la pulsación del nervio junto a la comisura de su boca.

—¿Qué quería? Vamos, dímelo.

—Cuánto tiempo pensaba estar en la ciudad, en qué trabajaba; eso es todo.

La voz de Ingram sonaba aguda por efecto del temor.

—Pero tuve que decirle mi nombre. Tuve que dárselo, ¿oyes? Tuve que darle mi nombre.

—Te esperaré arriba, en mi habitación del hotel.

—No puedo. ¿No lo has oído? Él me conoce.

—Tú haz lo que yo te digo, negro. Ya puedes encomendarte a Dios si no lo haces.

Earl aceleró las zancadas, pasando por delante de Ingram sin preocuparse de su respuesta. Una vez estuvo en la calle principal, se encaminó hacia su hotel, sorteando de vez en cuando los paraguas sostenidos por mujeres que iban dando encontronazos y abriéndose paso como topos por entre la empapada multitud. Sin mirar para ver si Ingram le seguía, entró en su hotel y subió rápidamente a su habitación. Encendió las luces y puso su abrigo mojado sobre el respaldo de una silla. «Si no aparece —pensaba Earl—, si se chiva...». La 38 que le hacía dado Novak reposaba confortablemente en el bolsillo de su americana. «Que lo intente», pensó, sacando la pistola y sopesándola.

Apartó el arma cuando oyó pasos en el rellano. Sonriendo ligeramente abrió la puerta. Ingram estaba allí, mirándole con ojos muy abiertos, asustado, con su pequeño cuerpo ofreciendo un aspecto triste y empapado en el pasillo.

—Entra. ¡Muévete, maldita sea!

Ingram entró rápidamente y puso la maleta en el suelo.

—¡Qué humedad! —dijo, castañeteándole los dientes, y su voz sonaba estridente a sus oídos—. Nunca he visto nada parecido.

Desplazó su peso de un pie al otro, mirando en derredor de la habitación con rápidos y nerviosos ojos.

—Parece una locura, ¿eh?

—Sí, sí, mucha humedad —confirmó Earl, que se sentó en el

borde de la cama y miró fijamente a Ingram—. Hace humedad porque está lloviendo, negro. ¿Verdad que lo entiendes?

—Lo entiendo. Hablas con mucha claridad.

—Está bien. Vamos a dejar el tiempo que hace. ¿Cómo te viste envuelto en el asunto?

—Jugaba una partida de cartas que terminó en pelea. Entró el *sheriff* y se me llevó —Ingram se humedeció los labios, recordando la fuerte presión de la mano del *sheriff* sobre su brazo—. Quería saber qué clase de trabajo andaba buscando, dónde iba a vivir y cosas así —añadió titubeando—. Me ha tratado muy bien —aclaró, provocado por el vigilante silencio de Earl—. Me dio el nombre del que contrataba gente para la granja de cultivo de champiñones, y me dijo dónde podía encontrar una habitación. Con una mujer apellidada Baker, creo recordar.

—Bien, ¿no es eso bonito? —dijo Earl secamente—. ¿Qué más quería saber de ti?

—Me preguntó dónde había aprendido a jugar a las cartas y yo le dije que un poco de aquí, otro poco de allá.

—¿Por qué estaba tan interesado en eso?

—Había alguien que hacía trampa en el juego. Tuve que ponerle en evidencia para salvar mi propio pellejo.

—¡Demonio! —explotó Earl—. Se suponía que llegarías a la ciudad y te estarías callado y modosito. En vez de ello, te exhibes como en un desfile circense. Intervienes en una pelea y te haces arrestar. ¿Es esa la idea que tú tienes de estarse callado y modosito?

Ingram sonrió nerviosamente, sabiendo que no podía explicarle nada de ello al tejano. Aquel hombre abrigaba prejuicios contra él.

—Simplemente sucedió. No pude evitarlo.

—Muy bien. Saca las cosas de tu maleta —dijo Earl consultando su reloj—. Son las siete y media. Dentro de media hora empezaremos a movernos.

—Escucha, ¡yo no puedo hacerlo! —gritó Ingram—. ¿No lo comprendes? Él tiene mi nombre.

—¿Por qué no le diste un nombre falso?

—Estaba demasiado asustado. Si le hubiese mentido, él lo habría notado. Él es así. De haber sospechado, quizá me habría registrado la maleta y encontrado todo eso...

—Lo tienes difícil, negro —dijo Earl, moviendo la cabeza

pensativo—. Realmente difícil. Te enzarzas en una pelea, te dejas arrestar por los polizontes, pero no tienes suficiente caletre para darles un nombre falso. Realmente lo tienes difícil.

Ingram esbozó una sonrisa nerviosa.

—Tenéis que buscar a otro.

—Ya no hay tiempo, negro.

—Bueno, podríamos aplazar el golpe un par de semanas.

—Estamos preparados para hacerlo esta noche, negro.

Earl hablaba con una voz llana, vacía, carente en absoluto de emoción o inflexión.

—En estos momentos, Burke y Novak ya estarán en camino. Es demasiado tarde para cambiar algo. Saca las cosas de la maleta.

—¡Tú no me escuchas! —protestó Ingram, frenético—. Ellos tienen mi nombre, ¿es que no lo entiendes? Lo enviarán a toda la policía del país. Correrán peligro mis amigos, mi familia, y yo estaré perdido. Más valdría que me apuntases a la cabeza con una pistola y apretases el gatillo. Tenéis que buscar a otro.

Earl se puso en pie y sacó del bolsillo su 38. La sopesó lentamente en la mano, observando la reacción de Ingram con una fría sonrisa.

—Novak nos encargó un trabajo —concluyó—. De modo que vamos a hacerlo, negro. Tal como habíamos planeado.

Earl hablaba sosegadamente, pero su voz empezaba a temblar de emoción.

—¿Me comprendes? Vas a hacer aquello para lo cual viniste aquí. De otro modo, te haré un agujero entre los ojos. Lo crees, ¿verdad, negro?

—Apostaría a que no te importaría —dijo Ingram suavemente—. No te desagradaría, ¿verdad?

—Yo no te quería en este trabajo, ¿recuerdas? Yo sabía que procurarías escabullirte si se te presentaba una ocasión. Pero no te irás... porque te estoy apuntando a la cabeza con una pistola. Ahora abre esa maleta y guarda tus lloriqueos para tus amigos.

—Bien, tal vez sea esto lo mejor —dijo Ingram lanzando un profundo suspiro—. De nada sirve tratar de entristecer a extraños con mis problemas.

Miró las duras facciones de Earl.

—Ríe, payaso, ríe —añadió—. Este es mi lema. También es tu

filosofía, supongo.

—No te molestes en mostrarte ingenioso. Abre la maleta.

Ingram volvió a suspirar y puso sobre la cama la bolsa de viaje. Levantó la tapa y sacó una bandeja plegable y ocho vasos de cartón. Earl dispuso los vasos en fila sobre la bandeja, luego abrió un cajón y sacó un termo y media docena de bocadillos envueltos en papel de celofán, que había comprado aquella mañana en una ciudad a veinte kilómetros de allí. Mientras llenaba de café los vasos, Ingram se puso una gorra de camarero y una chaqueta almidonada que había sacado de la maleta. Se ajustó la gorra algo ladeada y se abotonó hasta el cuello la blanca chaqueta.

—A su servicio, señor —dijo juntando ruidosamente los tacones y haciendo a Earl una obsequiosa inclinación.

—Estás muy bien —aprobó secamente Earl—. Tienes el tipo perfecto para ir disfrazado de mono.

—Gracias, es usted muy amable —murmuró Ingram, alisando la parte delantera de la chaqueta.

El cambio que observaba en las maneras del negro enfureció a Earl, pero también le hacía sentirse torpe e incómodo. El negro se estaba burlando de él, lo sabía, pero ¿por qué razón? Era algo que no podía imaginar: ¿qué había de divertido en todo aquel asunto?

—Este café huele muy bien —observó Ingram, chasqueando los labios con cómica delectación—. ¿Tenemos suficiente para reservarnos una taza?

Earl vio entonces que Ingram sonreía con esfuerzo; sus labios temblaban de miedo, de frío o por alguna otra causa. Le volvió la espalda, irritado y confuso al mirarle.

—Si quieres, tómallo; a ver si entras en calor de una vez.

Se encaminó hacia el balcón y apartó las cortinas con un dedo. Había mucha gente en el banco vivamente iluminado, y unas cuantas personas que habían ido de compras se apresuraban yendo y viniendo por las aceras. La lluvia casi había cesado, pero a él le pareció como si el tiempo hubiese refrescado, y empezó a preguntarse acerca del hielo que se formaba en la dura superficie de los caminos y carreteras. Bien; el hielo estaría allí para cualquiera que le siguiera...

Miró hacia la calle, en dirección a la tienda. El rótulo rojo de neón encima de la puerta proyectaba un círculo de luz carmesí

sobre la oscura acera. Solo faltaban otros veinticinco minutos...

Sonó un paso detrás de él y se volvió rápidamente, sacando la pistola de su bolsillo.

—¡Vaya, hombre! —protestó Ingram con voz suave, aterrada, al tocarle Earl en el costado con la pistola, casi haciéndole caer de la mano el vaso de café caliente.

—Cálmate —le tranquilizó Earl, mirando la cara asustada de Ingram—. ¿Oyes? Tómatelo con calma.

—Y tú también —replicó Ingram, moviendo despacio la cabeza—. Yo solo te traía un poco de café.

—No te preocupes por mí —murmuró Earl, volviendo hacia la ventana—. Quédate aquí y mantén abiertos los ojos. Cuando veas a Burke, disponte a moverte...

# 9

EL SHERIFF

BURNS

se abrochó el largo capote negro al salir de su despacho privado. Morgan, su comisionado, le sonrió y dijo:

—Vaya noche, para volver a casa, ¿verdad? ¡Qué tiempo tan malo!

Burns miró por la ventana. La lluvia estaba azotando aún los sicomoros de detrás de su despacho, aunque parecía como si fuera a cesar un poco. Ajustándose el barbuquejo, miró los radioteléfonos que mantenían Crossroads en contacto directo con la subestación de la policía del estado, a ocho kilómetros de distancia. No se molestó en contestar al comentario de Morgan sobre el estado del tiempo; Burns no consideró que en aquellos momentos el tiempo constituyese un tema muy importante. Carecía de prejuicios contra la charla banal, salvo cuando significaba una pérdida de tiempo. A la mayoría de las personas les gustaba enredarse en conversaciones ociosas, y él no condenaba esa costumbre, pero tampoco llegaba a entenderla, lo cual le producía una ligera contrariedad a causa de su buen humor y tolerancia esenciales. Sin dejar de mirar el radioteléfono, preguntó:

—¿Quién estaba aquí mientras yo hablaba con aquel individuo de color?

—Oh, un tipo que pedía unas direcciones.

—¿Qué aspecto tenía?

—Vamos a ver: bastante alto y corpulento, vigoroso. Pelo negro,

cara morena. Una especie de tipo duro.

—¿Llevaba un abrigo negro y un sombrero de fieltro marrón?

—Sí, eso es.

Morgan se dio cuenta de que algo estaba molestando al *sheriff*. Se armó de paciencia y aguardó, deliberadamente impasible su expresión; como buen recluta, había aprendido a disimular su adoración hacia el héroe. Burns era un hombre distinto, se dio cuenta de ello, aunque a veces le parecía que este juicio era quizá inadecuado. Igual que decir que el Everest era una montaña distinta.

—¿No habló de ninguna otra cosa? —preguntó el *sheriff*.

Morgan titubeó, tratando de reunir en su mente todos los detalles de la conversación. El *sheriff* siempre quería detalles; a su modo de ver, nada era irrelevante antes de que se demostrase que lo era. Pero las conclusiones que sacaba de los detalles a menudo desconcertaban a Morgan.

—He tenido la impresión de que no le gustan los negros —dijo Morgan, animado por el gesto pensativo que el *sheriff* hizo con la cabeza—. Me preguntó si la gente de color que hay aquí nos creaba muchos problemas... con la misma naturalidad con que podía haber preguntado si dos y dos hacían cuatro. ¿Sabe usted lo que quiero decir?

—¿Por casualidad mencionó al hombre de color que se hallaba en mi despacho?

—Pues sí, señor, sí que lo hizo —confirmó, excitado y sorprendido—. Él vio cómo usted lo conducía aquí y preguntó si el negro estaba en algún apuro.

—Ah, ¿sí?

—Bueno... —Morgan hizo un gesto vacilante—. Yo le dije que no había ningún cargo contra él.

—No era necesario que le hiciera esa aclaración, ¿verdad?

—No..., pero me tenía un poco fastidiado —admitió Morgan, dando un golpe en la barra espaciadora de la máquina de escribir, con exasperación—. Ya sé que debí mantener la boca cerrada.

El *sheriff* se puso los guantes y ordenó:

—Mantenga el oído cerca de ese radioteléfono esta noche. Si algo obliga a los coches de la policía del estado a alejarse de esta zona, quiero saberlo. Inmediatamente. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Cuando estaba en la puerta, el *sheriff* se detuvo y miró a Morgan con una ligera sonrisa.

—No se censure a sí mismo por haberse sentido fastidiado por ese tipo. A mí me está ocurriendo lo mismo.

En la esquina de la calle principal, el *sheriff* se detuvo y se puso a mirar arriba y abajo de las manzanas de concurridas tiendas, destacándose su figura alta y negra en la acera brillante por la lluvia. Todo parecía apacible y silencioso; la gente que andaba presurosa por las mojadas aceras, las parejas que iban al cine, los comerciantes que hacían sus depósitos semanales de dinero en el banco muy iluminado, el tráfico discurriendo por la ciudad en ordenadas filas. Cruzando la calle al encenderse la luz verde, se detuvo junto al banco y contempló por espacio de unos segundos la destartalada furgoneta azul aparcada en la calle lateral. Parecía un candidato a cementerio de coches, pero el *sheriff* sabía todo lo referente al potente motor que había debajo del capó. Tommy Bailey, de la gasolinera Atlas, le había hablado de ello a su jefe y la noticia había llegado casualmente a oídos del *sheriff*. En aquellos momentos, no le dio importancia. A muchas personas les gustaba restaurar coches viejos. No había nada extraño en ello. Pero entonces llegó el hombre de color, un negro de gran ciudad, de manos suaves y un considerable conocimiento acerca de los naipes. Y cuando se lo llevó para tener una pequeña charla con él, apareció el hombre alto y de pelo oscuro, a quien pertenecía aquella furgoneta, y había tratado de sonsacar a Morgan.

De modo que... ¿qué sumaba todo aquello? Dos forasteros...: un tahúr de gran ciudad y un hombre que se había pasado el día husmeando por la zona dentro de un viejo cacharro capaz de correr con la rapidez del relámpago. Un hombre que aseguraba querer trabajar en el campo, pero que no parecía entender nada del asunto. No había decidido si probar a criar ovejas o toros o una manada de vacas lecheras... Eso es lo que dijo, como si tal elección no implicase un centenar de problemas diferentes en cuanto a tierras y dinero...

El *sheriff* miró su reloj: las ocho menos veinte. Por un momento

vaciló, mirando el coche, y después su mirada se extendió hacia la calle mojada. Aún no se veía el resultado de todo aquello. Esto era lo que le preocupaba: la palabra todavía.

En el cálido vestíbulo del hogar del *sheriff*, una casa acogedora en las afueras de Crossroads, se percibía el olor de una buena cena. Colgó el sombrero y el capote, se alisó el pelo y entró en el cuarto de estar para calentarse las manos en la chimenea. Todo lo que había en aquella habitación formaba parte de la vida que él había vivido antes de fallecer su esposa: los retratos de familia encima de la repisa, los tapetes de ganchillo que cubrían los respaldos de las grandes sillas, los estantes de libros al lado del hogar. Le gustaban las cosas tal como fueron en aquellos días más felices, y ofreció resistencia a los esporádicos intentos de su hija de modificar el aspecto de aquella estancia.

Mientras llenaba una pipa negra, llamó:

—¿Nancy? ¿Estás en casa?

—Sí, papá. Estoy en la cocina.

—Eso parece prometedor —Anduvo por el vestíbulo, desabrochándose la guerrera—. ¿Qué hay para cenar?

—Rosbif, patatas, etcétera, etcétera. ¿Quieres tomar algo de beber? Aún falta un poco para la cena.

Nancy estaba junto al fogón, con un delantal encima de la falda oscura que había llevado para ir a la oficina. Era una joven alta y rubia, en cuyas facciones algo recordaba la fuerza y la energía de su padre.

Él no quería nada para beber porque quizá tendría que volver a salir, pero dijo:

—Claro, querida. ¿Quieres que ponga la mesa?

—No, papá, ya lo haré yo.

Cuando ella se volvió, él le puso una mano sobre el brazo.

—¿Has tenido mucho trabajo? —preguntó, examinando las puras y familiares líneas de su rostro con una sonrisa—. ¿Has trabajado mucho en interés de Slade y Nelson, procuradores?

—Como de costumbre; nada que se saliera de lo corriente.

El *sheriff* le dio unos cariñosos golpecitos en el hombro.

—Bien; es una buena noche para sentarse cómodamente y

relajarse.

Nancy le dirigió una breve mirada.

—Tienes mucha razón.

Luego pasó junto a él y fue a la despensa a buscar unos vasos y la botella de *whisky*.

El *sheriff* se sentó a la mesa de la cocina y se tomó el tiempo necesario para aplicar lumbre al tabaco de su pipa. La lluvia azotaba los lados de la casa, chorreando por los oscuros cristales de la ventana en ondas lentas, uniformes. «Una buena noche para sentarse cómodamente y relajarse». Un comentario inocuo, pero que molestó a Nancy. Pero ¿cómo iba a saberlo él?

La joven preparó la bebida para su padre: *whisky* con un poco de agua, y lo puso a su lado encima de la mesa.

—Y tú, ¿qué tomas?

—No tengo ganas de comer nada.

—Eso quiere decir, entonces, que voy a beber solo. La mayoría de las chicas bonitas no se lo permitirían a un hombre.

Nancy apartó de su frente un mechón de cabellos rubios.

—Y a ti ¿qué tal te ha ido el día?

—Lo mismo que a ti, supongo: pura rutina.

El *sheriff* no habría podido decir si ella estaba o no interesada; removía la salsa y su voz se ajustaba al ritmo mecánico del movimiento rotatorio de su mano.

—Esta mañana he tenido que ocuparme de un individuo que conducía a excesiva velocidad, un comerciante imbécil que no llegó a tiempo a coger el avión. Debía estar en Wilmington a las diez, pero primero tenía que hacer tres llamadas desde Crossroads.

Nancy fue a la despensa y el *sheriff* iba sorbiendo despacio su *whisky*, deleitándose con el calorcillo que iba esparciéndose por su cuerpo.

Cuando su hija regresó, él trató de pensar en algo más de que poder hablar, pero esto siempre le resultaba difícil; no le gustaban las conversaciones banales, y sus chistes ocasionales nunca parecían hacerle gracia a ella. Por lo demás, sus pensamientos giraban alrededor de sus propios problemas. Los dos forasteros... Se preguntaba qué estarían haciendo. Le había dado al negro las señas de la pensión de la señora Baker. En aquellos momentos debería estar allá. Si es que realmente quería una habitación.

—Bueno, ¿qué le sucedió al hombre que tenía tanta prisa?

—Ah, ese. Bien, tuve que ponerle una multa. Sus posibles ocupaciones no valen la vida de un niño —Terminó su bebida y añadió—: Discúlpame un segundo, querida. Tengo que hacer una llamada.

Fue al vestíbulo y marcó el número de la pensión de la señora Baker. Cuando ella respondió, él dijo:

—Soy el *sheriff* Burns, señora Baker. Espero no haberla molestado; quizá estaba usted cenando...

Ella se reía.

—Aunque así fuera no me importaría. ¿De qué se trata, *sheriff*?

—Hace un rato envié un hombre a la casa de usted. Me estaba preguntando si ya se habría presentado.

—No, todavía no. ¿Cómo se llama?

—John Ingram.

—Le esperaré. Le guardaré algo caliente. Y le estoy muy agradecida, *sheriff*, por recomendar mi casa.

—No hay de qué. Buenas noches, señora Baker.

Cuando colgó el receptor, el *sheriff* se dio cuenta de que su vaga inquietud se estaba concretando en una sospecha firme. Conocía bien su ciudad y tenía confianza en las sensaciones que le comunicaba: cuando algo parecía ir mal, él se volvía cauteloso. Su imagen de la ciudad estaba formada por impresiones conscientes e inconscientes, táctiles, emocionales, intuitivas. El lugar desencadenaba en su ánimo señales de «correcto e incorrecto», y cuando algo iba mal, él podía relajarse hasta haber descubierto de qué se trataba. Pero cuando todo parecía ir bien, la ciudad se le antojaba entera y perfecta: el olor de hojas secas quemarse o el humo de las fábricas, los sonidos del tráfico y las actividades de perros, gatos y niños, todo ello se fundía en un conjunto tranquilizador de armonía y sentido.

Ahora algo no encajaba; el modelo aparecía borroso y en su mente fluían pequeñas señales de tormenta.

—Querida, tengo que volver a la oficina un momento —dijo, mientras se abrochaba la guerrera.

—¿Ahora mismo? ¿Antes de cenar?

—Me temo que sí, hijita.

Vio en los ojos de Nancy un rápido movimiento de contrariedad,

y ello le intrigó y le hizo daño. ¿Por qué no pudo nunca entender a aquella hija suya? Le había parecido que estaba molesta por algo y que solo deseaba quedarse sola cuanto antes. Pero no. Ella deseaba cenar con él y se había tomado muchas molestias para hacer un pequeño extraordinario. En vez de chuletas o una tortilla, había rosbif con toda su guarnición. Ello significaba que a la hora de su almuerzo había ido a comprar; probablemente se había llegado en su coche hasta la tienda de Pierce a fin de adquirir la carne para el rosbif...

—Es posible que no tarde mucho —dijo, un tanto confuso—. ¿Podrías esperar una media hora?

—No importa. También podría ser que yo me hubiese adelantado.

Cualquier chico de la ciudad acudía a él con sus problemas, pensó con cierta amargura; confiaban en él, escuchaban con atención sus consejos o sus sugerencias. Los adultos también. Hombres con preocupaciones comerciales o familiares hablaban con él sabiendo que sus juicios estaban generalmente atemperados con humor y sentido común. No era un hombre cultivado, pero poseía el don de ver directamente hasta el núcleo de una situación sin dejarse distraer por detalles emocionales sin importancia.

Todo el mundo en la ciudad se apoyaba en él... todo el mundo menos aquella hija suya.

Era un fracaso que le dolía mucho desde la muerte de su esposa, ocurrida una docena de años antes. Cuando Nancy era una niña, él sufría a causa de su incapacidad para comprenderla del todo; algunas veces, la niña deseaba acurrucarse en sus brazos durante horas, pero en otras ocasiones él ni siquiera podía obtener una sonrisa de sus labios. En vida de su esposa, aquello nunca pareció demasiado serio. Su mujer siempre solía decirle, con voz tranquilizadora: «Es una niña realmente viva; no es ningún juguete. Déjala que sea como es, déjala que crezca. Abre los brazos y déjala que se vaya; ya volverá, no te preocupes».

Pero una vez que su esposa se hubo ido, él sintió mucho más agudamente su propia incapacidad. Había estado deseando de todo corazón que Nancy se casara, pensando que con ello quizá se arreglarían las cosas. Había soñado partidas de caza con su yerno imaginario, cenas familiares los domingos y nietos a los que enseñar

todas las cosas que él sabía acerca de los bosques y campos que rodeaban Crossroads. No era ningún sueño egoísta; lo quería para ella, no para él mismo. La clase adecuada de hombre fundiría todos los estados de ánimo contradictorios de ella en la propia fuerza y necesidades de él, y los hijos serían un reto para su rápida inteligencia y pondrían en marcha los resortes de ternura que él sabía existían latentes bajo la fría superficie de su personalidad.

Si pudieran hablar de sus cosas, pensaba él. Sentarse a tomar una taza de café y sentirse libres y relajados el uno ante el otro. No quería dirigir la vida de Nancy, pero anhelaba formar parte de la misma. Cuando ella quiso ir a trabajar a Nueva York hacía un par de años, él la dejó ir y la despidió con una sonrisa, aun sabiendo que la casa sería como una tumba sin ella. Pero abrió los brazos y la dejó ir, tal como prometió a su esposa que lo haría. Ella parecía feliz en Nueva York. En sus cartas se percibía una gran emoción. Nuevo trabajo, nuevas amistades, toda clase de diversiones. La había visitado varias veces, vistiendo un buen traje y decidido a no hacer el patán ante los amigos de ella. Compartía un apartamento con una muchacha simpática de ojos claros, que se ocupaba en algo relacionado con ropa femenina en unos almacenes. Las paredes aparecían cubiertas de cuadros extraños y carteles de corridas de toros. Estaban sentadas en unos pequeños taburetes de unos veinte centímetros de alto y comían platos hechos con yogur y vino.

Él adoptó un aire de aprobación en favor de ella. Sus amigos parloteaban como cotorras, pero él no esperaba que ella compartiera su preferencia por hombres que pudieran cazar juntos durante una semana sin cambiar en todo el tiempo más que unas pocas docenas de palabras. Un joven le preguntó a cuántos bandidos había matado, pero él era demasiado viejo para caer en tales trampas e hizo un buen papel. No dio a Nancy motivo para avergonzarse de él; en caso contrario, él no habría podido resistirlo. No por él mismo, sino por su hija.

Y luego, sin previa advertencia, Nancy regresó a Crossroads. Él sabía que algo iba mal, que algo le había ocurrido a su hija, pero no había medio de salvar el extraño y profundo abismo que los separaba; ambos lo habían intentado, pero en vano, y los intentos se perdieron finalmente en un mar de banalidades.

«Fue una pérdida lamentable», pensaba él ahora, sintiéndose

lastimado por la frialdad y el silencio de su hija. A los ojos de él, Nancy era una niña encantadora, pero poseía las caderas y los pechos de una mujer, y sus miembros eran esbeltos, graciosos y fuertes; estaba más que preparada para el dolor y la alegría de un hogar y de unos hijos, pero atendía la casa para un padre que ni siquiera era capaz de adivinar los pensamientos que cruzaban por su cabeza. A pesar de su madurez, la joven era aún la niña que a él le había desconcertado con su reserva y sus secretos; guardaba sus problemas para sí misma porque no era capaz de pedir ayuda a su padre. Y esto era culpa de él, no de ella.

Era una situación complicada y enojosa, pensó con tristeza.

—Procuraré volver lo más pronto posible —dijo, tocando a su hija en el hombro—. Lo siento, querida. La cena huele estupendamente.

—Te dejaré tu parte encima del fogón.

—Muy bien. Gracias.

Vaciló un instante, sonriendo, luego se volvió y se encaminó hacia el vestíbulo. La lluvia había cesado, pero se puso el capote. El tiempo era muy variable en aquella época del año. Se ajustó el barbuquejo, comprobó su pistola por mera costumbre, y salió.

## 10

A LAS OCHO, los últimos clientes salieron del banco. El guarda, un hombre corpulento ya entrado en años, dio sonriendo las buenas noches a cada uno de ellos antes de volver a entrar y cerrar las grandes puertas dobles contra el viento y la oscuridad de la calle.

Las luces de las tiendas de la calle principal fueron apagándose una tras otra, y el río de compradores se evaporó rápidamente de las relucientes aceras. Había cesado de llover, pero el viento azotaba las fachadas de los edificios, reverberando contra los recipientes metálicos de basura y produciendo corrientes y remolinos en las aguas oscuras que corrían por el arroyo.

Eran solamente las ocho y un minuto.

Earl e Ingram se hallaban de pie junto a las ventanas de la habitación del hotel mirando hacia las puertas cerradas del banco. Sus caras estaban muy cerca de los visillos y sus ojos brillaban suavemente en la habitación apenas iluminada. Earl miró hacia el *drugstore*.

—Yo estaré detrás de ti —dijo en voz baja al oído de Ingram—. Te vigilaré.

—Tú sigue vigilándome y aquel guarda te volará la cabeza —replicó Ingram secamente.

El temor no le había abandonado, pero algo de él se había disuelto en una ira exasperada; no le preocupaba el desprecio que Earl experimentaba hacia él, pero no podía sentirse indiferente ante la estupidez del tejano. El guarda podría matarlos a causa de las necias sospechas y del odio de Earl. En vez de concentrarse en lo

que iba a ocurrir, se entregaba a sus prejuicios como un niño mal criado.

—Vigílate a ti mismo —le recomendó Ingram en voz baja—. Estás obrando como si nunca hubieses tirado de nada que no fuese una cadena de retrete en toda tu vida.

Pero Earl no le oía; miraba fijamente las puertas del *drugstore*, sujetando con fuerza el brazo de Ingram.

—Ahora —dijo, y su voz reflejaba una enorme tensión.

Las puertas del *drugstore* se habían abierto, empujadas por un negro ataviado con chaqueta blanca que balanceaba una bandeja de bocadillos y café en su mano derecha. Al entrar en la zona de luz del rótulo de neón, un hombre alto que llevaba un abrigo oscuro se dirigió hacia él saliendo de las sombras de la calle lateral. El negro se encaminó hacia el bordillo de la acera, pero antes de que pudiera dar dos pasos, el hombre del abrigo tropezó violentamente con él, haciéndole caer de la mano la bandeja con el café y los bocadillos.

Parecía un simple e inevitable accidente. Nadie de los que lo presenciaron pudo haber pensado de otro modo...

—Prepárate ahora —dijo Earl a Ingram en la habitación del hotel.

Burke contribuyó a la confusión, según pudo ver, disculpándose con abundancia de palabras ante el camarero, y luego inclinándose en un torpe intento de aprovechar los bocadillos mojados y los cartones rotos de café. El muchacho miraba desolado los alimentos esparcidos sobre la acera. Burke le dio unos consoladores golpecitos en la espalda y sacó una cartera de su bolsillo. El muchacho movió rápidamente la cabeza al ver el gesto, luego recogió la bandeja y se apresuró a volver a entrar en el *drugstore*. Una pareja entrada en años se detuvo y sonrió con miseria a Burke antes de proseguir su camino. Era un pequeño accidente, olvidado con tanta rapidez como se había producido... Burke se encogió de hombros y cruzó la calle, encaminándose hacia el edificio del banco, con su negra y voluminosa figura casi perdida en las sombras de la noche. Earl consultó su reloj por última vez. Faltaban unos ocho minutos para intervenir: el tiempo que tardaría el hombre del mostrador en preparar otra bandeja para el banco.

—Muy bien —dijo a Ingram—. Coge esa bandeja.

No había necesidad de coger nada más de la habitación. Las

cosas de Earl estaban en la furgoneta y el abrigo y el sombrero de Ingram podían ser abandonados sin riesgos, ya que eran de confección corriente, prendas de segunda mano que no darían ninguna pista a la policía.

Earl bajó a toda prisa la escalera y abrió la puerta que conducía directamente a la calle. Al salir, se levantó el cuello del abrigo, tapándose la garganta, y miró con naturalidad arriba y abajo de la acera. Era el momento oportuno calculado por Novak: un peatón que se hubiera detenido frente al hotel podría haberles hecho retrasar. Y sus cálculos permitían pocos retrasos. Pero las aceras estaban desiertas, brillantes y vacías bajo las farolas. Earl hizo a Ingram una seña con la mano para que siguiera adelante.

—Vamos.

La orden era innecesaria. Ingram ya estaba en camino, balanceando profesionalmente la bandeja en su mano derecha mientras cruzaba la calle en dirección al edificio del banco.

Earl contempló a Ingram con su blanca chaqueta caminando en la penumbra, antes de atravesar la calle para encontrarse con Burke, que deambulaba tranquilamente hacia el cruce. Todo funcionaba a la perfección. Las aceras estaban vacías y la calle se hallaba silenciosa cuando se encontraron, ambos con las manos hundidas en los bolsillos de sus abrigos y los rostros medio ocultos por las alas bajadas de sus sombreros. No hablaron entre sí, pero Earl pudo percibir la excitación en Burke: su respiración era acelerada, silbando ligeramente a través de la aplastada nariz.

A unos veinte metros delante de ellos, Ingram subía los escalones del banco y golpeaba con los nudillos el cristal de la gran puerta con pomo de latón. El sonido repercutió largamente en la calle, claro y distinto en medio del silencio. Eran dueños de la ciudad, pensó Earl, mirando por encima de su hombro. Solo pasaba algún que otro coche, brillando sus amarillas luces contra la niebla y girando sus neumáticos con un chapoteo sobre el asfalto mojado.

Ingram llamó por segunda vez y se volvió para mirar calle abajo hacia ellos, con los ojos blancos y asustados en la oscuridad.

—¡Maldición! —exclamó Burke. Su voz fue como un alto y agudo susurro—. ¿Qué sucede?

—Vayamos más despacio —le aconsejó Earl.

Estaban acortando la distancia demasiado rápidamente. Puso

una mano sobre el brazo de Burke, obligándole a ajustar sus pasos a los suyos. Oyeron el sonido metálico de un cerrojo que se deslizaba, y entonces la luz inundó a Ingram al abrirse la puerta. Una voz dijo:

—Vienes muy tarde, Charlie. Adelante; esa gente no puede trabajar con el estómago vacío.

Era la voz de un anciano, alta y estridente, pero cargada de un humor bonachón.

Ingram murmuró unas palabras sosteniendo la bandeja delante de su cara. El guarda se hizo a un lado para dejarle pasar, con las manos descansando negligentemente sobre sus caderas.

Ingram oyó que Burke y Earl se acercaban por detrás de él golpeando rítmicamente la acera con los tacones. Entró rápidamente en el cálido e iluminado interior del banco, viendo a las cajeras directamente delante de él y a varios hombres que trabajaban en mesas detrás de una barandilla baja de madera. Nadie le prestó atención; los hombres de las mesas no levantaron los ojos, y las cajeras estaban ocupadas en sus cuentas.

Él estaba allí de pie, en medio de la intensa claridad de las luces, con aire caliente en la cara y una sensación de trabajo serio y diligente a su alrededor; eso era todo lo que él sabía, eso y el temor que le recorría el cuerpo y que delataba el desesperado latir de su corazón.

Ingram oyó que el guarda decía:

—Lo siento, caballeros, ya hemos cerrado para...

Pero entonces su voz se quebró en un agudo gemido de dolor.

La puerta se cerró con un leve sonido metálico y Earl pasó rápidamente por delante de Ingram, con aire impresionante y amenazador al saltar por encima de la barandilla de madera y apuntar con la pistola a los sobresaltados escribientes.

—¡Quieto todo el mundo! —conminó sin levantar la voz—. Que nadie se mueva.

La operadora de la centralita telefónica, situada cerca de la puerta lateral, le miró con terror, torciendo el semblante en un espasmo de histeria.

—¡Quítese esos auriculares! —gritó Earl—. Levántese y estese quieta. Si grita, empezaré a disparar.

La chica se puso en pie, llevándose ambas manos a los trémulos labios.

—Eso es, no se haga usted la heroína —dijo Earl, dirigiendo con soltura la pistola hacia los cuatro hombres de los escritorios.

—Tómenselo todos con calma. Nadie va a sufrir ningún daño.

Burke había empujado al guarda delante de sí en dirección a las cajas, apuntándole por detrás con la pistola.

—Muy bien, chicas; lo quiero todo —exigió tranquilamente—. Si os pasáis de listas, este abuelito lo pagará caro. ¿Entendéis?

Un hombre que se hallaba frente a una de las mesas dijo:

—Haz lo que te dice, Jennie. Y tú también, Ann —Miró la pistola de Earl con ojos desorbitados por el susto, detrás de sus gafas—. Todos vamos a obedecer. No hay motivo alguno para que hagas daño a nadie.

—Bien —aprobó Earl—. Así está bien. Ahora, estaos quietos.

Burke había arrebatado la pistola al guarda y empujado al anciano hacia un rincón. Ahora llenaba de fajos de billetes una gran bolsa de lino que había sacado del bolsillo de su abrigo.

—¿Hasta cuándo? —se impacientó Earl, mirando hacia la puerta de la calle.

—Rápido, hermanita —apremió Burke pasando a la segunda caja.

Ingram tragó la sequedad que había en su garganta, obligando al amargo sabor del miedo a bajar hacia las profundidades de su estómago. «Funcionaría, funcionaría», esta idea sonaba en su mente como una silenciosa oración.

—Muy bien —dijo Burke, retrocediendo hacia la puerta de la calle—. Vámonos.

Sin apartar los ojos de los hombres que estaban en los escritorios, Earl saltó la barandilla de madera y fue a reunirse con Burke, al tiempo que advertía:

—Muy bien; que todo el mundo se quede como está ahora durante un rato. Pensad solo en la suerte que habéis tenido.

Hizo con la cabeza una seña a Ingram, mientras Burke abría la puerta y bajaba rápidamente los escalones del banco hacia la oscura acera. Earl empezó a correr detrás de él, pero antes de que Ingram pudiera moverse, una potente voz dio una orden:

—¡Deteneos! ¡Manos arriba!

La orden venía de detrás de un coche atravesado en la calle a unos quince metros de la entrada del banco.

Burke profirió una maldición en medio de su amarga y desesperada confusión y se dejó caer sobre sus rodillas, levantando la pistola hacia el automóvil aparcado. Cuando disparó, una de las cajas empezó a chillar terriblemente, quebrándose su voz en convulsivos temblores. Ingram no pudo obligarse a sí mismo a moverse; miró a través de la puerta hacia la calle, muerto de miedo, temblándole la bandeja que tenía en la mano. Burke estaba apuntando con la pistola cuando una llama anaranjada brilló en la oscuridad, detrás del coche atravesado. El disparo resonó por la calle mientras Burke rodaba por el suelo hacia atrás, gritando palabras incoherentes con voz fuerte, llena de rabia. Earl intentó levantarlo para ponerlo de pie, pero Burke se esforzó en sentarse e hizo tres disparos sin apuntar, hacia las sombras tras el coche aparcado. Otro fulgor anaranjado se destacó en medio de la oscuridad. Earl se tambaleó como si le hubiesen golpeado; se le doblaron las rodillas al tropezar con la fachada del edificio, profiriendo un grito de dolor. Burke estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la mojada acera, como un buda, apuntando con gesto torpe hacia el coche aparcado.

Fue entonces cuando a Ingram le desapareció la parálisis; chilló convulsivamente y arrojó al suelo la bandeja con los bocadillos y el café.

Los hombres que habían estado sentados a las mesas yacían ahora en el suelo. Uno de ellos levantó la cabeza y le gritó:

—¡Échate al suelo, loco! ¿Acaso quieres que te maten?

—¡No, no! —gritó Ingram desesperadamente.

Saltó por encima de la barandilla de madera y corrió hacia el fondo del banco, reprimiendo una risa histérica... No sabían que iba con los atracadores. Aún creían que era el camarero.

La telefonista permanecía con la espalda contra la pared y las manos tapándose la boca. Sonó otro tiro en la calle y ella saltó como si un choque eléctrico le hubiera atravesado el cuerpo. Se puso a gemir de miedo, mirando a Ingram con ojos extraviados.

—¡Tumbese en el suelo! —le gritó el negro—. No le ha pasado nada.

Ella no parecía oírle; estaba temblando apoyada en la pared, y un gemido estridente se abría paso a través de sus manos, que apretaba contra su boca sin poderlo remediar.

Ingram corrió hacia la puerta lateral y dio la vuelta a la llave en la cerradura. Abrió la puerta y se precipitó hacia la oscuridad, llevando en los talones el miedo como un animal enloquecido. El sonido de otro disparo le hizo detenerse de pronto. Tenía que alejarse del lugar de los disparos, pensó fuera de sí. A su derecha vio que podía buscar refugio en la oscuridad, la calle lateral que conducía hacia su seguridad. A su izquierda estaba la calle principal, con su pavimento mojado brillando a la luz de la señal de tráfico en el cruce. Volvía a caer la lluvia, empujada por el viento a través de los oscuros árboles. Necesitaba un abrigo; le cogerían tratando de huir con la chaqueta de camarero. Y necesitaba beber algo caliente. Sus pensamientos quedaban locamente despedazados por el miedo. Había que olvidar lo referente a Deber algo... Tenía que huir y esconderse. Eso era lo único que importaba. Buscar un lugar donde ocultarse.

Unas cuantas personas bajaban por la calle principal en dirección al banco, pero avanzaban lenta y cautelosamente. La última detonación les había inducido a buscar refugio en callejones y portales.

Algo se movió en la oscuridad cerca del bordillo, y sintió que el terror le atenazaba la garganta. Se volvió buscando protección en la calle lateral, pero entonces oyó un sonido metálico que procedía de uno de los coches aparcados. Ingram avanzó arrastrándose despacio, saliendo de la acera y adentrándose en unas matas de hierba que bordeaban la calle.

—¿Earl? —susurró frenéticamente—. ¿Earl? ¿Estás ahí, Earl?

Tenía que ser Earl; debía de haber tropezado por allí después de recibir la herida...

—¡Maldición!

La voz sonaba a pocos pasos de él, tensa de dolor y de rabia.

Dispararon de nuevo frente al banco, y un hombre gritó una orden con voz recia y potente.

—¿Ingram? —llamó Earl suavemente—. ¡Ingram! ¡Ven aquí!

—¿Adónde?

—Aquí, loco.

Ingram se arrastró rápidamente hacia el lugar de donde provenía el encolerizado susurro y encontró a Earl arrodillado en el arroyo, apoyando el peso de su cuerpo contra el lateral del coche y

accionando impotente el tirador de la portezuela con la mano sana.

—Da la vuelta hacia el otro lado —dijo en voz baja, profiriendo con dificultad las palabras por efecto del dolor—. Tienes que conducir. Yo estoy herido. ¡Muévete de una vez, maldita sea!

Ingram se agachó y corrió hacia el lado del conductor, empujado por la cólera que sonaba en la voz de Earl. Ya no pensaba; su mente era como un vacío; estaba vacía de todo, vacía incluso de temor.

Deslizándose al interior del coche, abrió la portezuela opuesta y tiró de Earl hacia su lado. Earl maldijo débilmente e Ingram vio el sudor en sus labios y en su frente.

—No he querido hacerte daño —dijo tontamente.

—¡Calla!, ¡calla! —Earl se inclinó hacia adelante e introdujo la llave en el contacto—. El estárter lo encontrarás a la izquierda. Vamos.

Ingram palpó a su alrededor, y Earl le dijo:

—¡En el suelo! ¡En el suelo!

El motor se puso en marcha con un enérgico sollozo. Ingram dio gas y el coche se apartó del bordillo como disparado por un cañón.

—¡Despacio, maldición! —le gritó Earl.

Ingram luchaba con el volante, tratando desesperadamente de mantener el coche en la calle.

—Despacio —dijo Earl. Torció el cuerpo, respirando con dificultad, para mirar por la ventanilla posterior—. Primero a la izquierda. Luego dale todo el gas.

A pesar del dolor y la debilidad, su voz sonaba como un latigazo.

—Tienes que vivir, negro, tienes que hacer mover este trasto.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha salido mal?

—No te preocupes por eso ahora. Piensa solo en conducir. La izquierda, la izquierda, tonto.

Ingram hizo virar el coche sin comprobar su velocidad. Los neumáticos rechinaron horriblemente en el pavimento mojado y Earl cogió el volante con su mano sana.

—¡Dale ahora gas! —gritó—. ¡A toda marcha!

Llovía más que antes, azotando el lateral del coche y brillando a través de la luz de los faros como gruesas líneas cristalinas. Atravesaron una zona de chabolas y subieron una cuesta que los llevó a un tramo recto de carretera.

—¡Más deprisa! —gritó Earl—. Tenemos que encontrar a Novak.

—No puedo conducir a más velocidad. Ahora vamos a noventa.

—Más deprisa, te digo.

—No puedo.

—¿Tienes miedo de una multa?

El pie de Earl apretó fuertemente el de Ingram, empujando el acelerador. El coche saltaba hacia adelante como un animal enfurecido contra el muro de agua de lluvia, roncando el motor al exigírsele toda su potencia.

—¡Tú estás loco! —Ingram levantaba la voz para sobreponerse al ruido del motor. El coche se balanceaba terriblemente mientras las ruedas giraban y silbaban sobre la resbaladiza superficie de la carretera—. ¡Nos mataremos!

—O nos matará el *sheriff* si nos pilla. Conduce, imbécil. Tenemos que llegar hasta Novak.

Se inclinó hacia adelante, y con la manga de su abrigo limpió el vaho del parabrisas.

—Ya te avisaré cuando tengas que parar.

El hombro no le dolía. Estaba débil por el choque y la pérdida de sangre, pero el dolor aún tardaría un rato en dejarse sentir... ¿Por qué no abatió al *sheriff* de un disparo? Había distinguido su alta figura negra detrás del coche aparcado. Un tiro habría acabado con él. Pero ni siquiera lo intentó. Y tampoco se preocupó de recuperar el dinero. Se quedó en el suelo junto a la mano de Burke: miles y miles de dólares metidos dentro de una enorme bolsa de tela. ¿Por qué no se lo llevó?

De pronto, gritó:

—Más despacio. Ahí va él.

Mientras frenaba, Ingram vio las luces rojas traseras de un coche brillar delante de ellos, a través de la lluvia y la oscuridad. Fue arrojado hacia adelante por el brusco frenazo, pero el volante le impidió chocar contra el parabrisas. Earl no tuvo donde agarrarse y solo su brazo, instintivamente extendido, le evitó romperse el cráneo. Su frente fue a golpear su muñeca, en vez del salpicadero, y el golpe solo le tuvo atontado un instante. Se estiró despacio, sintiendo que podría marearse; ahora empezaba el dolor en el hombro, extendiéndose desagradablemente hacia su estómago y riñones. Una bala nunca hace mucho daño al principio. Eso era lo

único bueno de ser herido por un disparo. Sus pensamientos corrían veloces. Resultaba divertido, terriblemente divertido...

—Baja —le dijo a Ingram—. Cuéntale que el golpe ha fallado. Luego vuelve y échame una mano.

Encontró una reserva de energía y urgió bruscamente:

—¡Adelante, muévete!

Ingram se apeó del automóvil y corrió a través de la lluvia hacia el coche de Novak, resbalando sus pies en la traicionera superficie de la carretera. Novak bajó el cristal de la ventanilla y le miró, suavizadas sus duras facciones por la débil luz del salpicadero.

—¿Qué sucede? —gritó por encima del ruido de la recia lluvia. Pudo ver el terrible temor que reflejaba la cara de Ingram.

—Nos han cogido —anunció Ingram agarrándose a la portezuela con dedos desesperados, agradecidos—. A Burke le han disparado y está muerto. Y Earl tiene una bala en el cuerpo. Está malherido. Tenemos que marcharnos de aquí. Vienen tras de nosotros.

—¡Por Cristo! ¿Y qué hay del dinero?

—No hemos cogido nada. Todo ha salido mal. Tenemos suerte de estar vivos. Voy a buscar a Earl. No puede valerse por sí solo.

—Sí —dijo Novak, mirándole fijamente, cerrando un poco los ojos—. Hazlo.

Ingram corrió de nuevo a la furgoneta y abrió la portezuela.

—Vamos. Tenemos que darnos prisa.

—Tira de mí —dijo Earl. Apretaba los dientes y su voz salía delgada, fría y dura—. Tira de mí, negro. Tengo que apoyar los pies en el suelo. Entonces podré andar.

—Claro que sí. Inténtalo. Tenemos que apresurarnos.

Pero mientras agarraba a Earl por las solapas del abrigo, el repentino ruido del coche de Novak al acelerar sonó a través del silencio solo azotado por la lluvia. Aquel ruido le dejó helado; miró la cara llena de sudor de Earl, incapaz de moverse o de pensar, sin tener conciencia más que del miedo vertiginoso que corría por su cuerpo. Earl se apartó de él, maldiciendo mientras limpiaba el vaho del parabrisas. Ingram echó a correr por la carretera gritando:

—¡Aguarde, por favor, señor Novak! —gritó con voz estridente, suplicante.

Pero acabó deteniéndose, y su respiración se quebró en largos y trémulos sollozos. Las luces traseras del automóvil de Novak iban

haciéndose más y más pequeñas, hasta convertirse en diminutos puntos carmesí que subían y bajaban en el horizonte para acabar desapareciendo completamente en la oscuridad.

Ingram sentía la fría lluvia en la cara y el viento que moldeaba la chaqueta de camarero contra su cuerpo empapado. Empezó a temblar; estaba calado hasta los huesos y el viento le cortaba el rostro como un látigo hecho de hielo.

Regresó lentamente al coche, rodeándose el cuerpo con ambos brazos. Earl le miró con ojos sin expresión.

—Ha huido —dijo Ingram con aire de impotencia—. Nos ha dejado aquí.

Se miraron uno a otro a través de la lluvia y la oscuridad, envueltos en un silencio tan solitario y amenazador como la noche misma.

—Está bien, sube —dijo Earl con amargura—. Tenemos que seguir moviéndonos. Solos tú y yo, negro. Ahora, solos tú y yo.

## 11

CONDUJERON SIN PARAR por espacio de media hora, adentrándose más y más en la oscura campiña, siguiendo los caminos cenagosos y estrechos que discurrían como en un laberinto por los bosques y prados del vasto valle. Earl le decía a Ingram dónde y cuándo debía girar sin añadir explicaciones a sus órdenes. Por lo demás, no le prestaba ninguna atención; había bajado el cristal de la ventanilla y contemplaba los mojones que ocasionalmente revelaban las luces del coche. Recordaba la solitaria alquería que descubrió mientras recorría en el coche aquellos caminos, y trataba de dar con el que conducía hasta ella. Sabía que alguien vivía allí, pues vio salir humo de la chimenea. No se trataba de gente joven; de otro modo, la casa habría estado mejor pintada y con visillos nuevos en las ventanas, y las puertas del granero ajustarían mejor para defender su interior del mal tiempo. Personas ancianas, que probablemente esperaban morir en su antigua parcela de terreno. O quizá un viejo que vivía allí solo...

Era lo que Earl necesitaba aquella noche: un lugar donde reposar. La lluvia borraría las huellas del coche y él tendría un respiro para pensar y trazar sus planes. No le cogerían aquella noche...

Ya no tenía miedo y ni siquiera estaba encolerizado; Novak se las pagaría alguna vez, pero esto era un lujo que ahora no se podía permitir con los medios con que contaba. Todo estaba perdido, y esto lo aceptaba con calma. No habían contado con el *sheriff*... Ahora su tarea consistía en permanecer vivo, en permanecer libre.

Ya había sido herido y perseguido anteriormente, y salió adelante; también esta vez saldría adelante.

Sobrevivir se había convertido en su meta; vivir al minuto, a la hora. Sus necesidades eran básicas y simples: un médico, dinero, otro coche. «Lo obtendré —pensaba, mientras contemplaba la húmeda y oscura campiña—. Saldré de esto. Volveré al lado de Lory». Se sentía sostenido por la sencillez esencial de su problema. En otras derrotas, se había sentido confuso e irritado por la complejidad de sus necesidades y el anonimato de sus enemigos. Nunca sabía lo que quería y quién se oponía a que lo consiguiera. Pero ahora todo era frío y transparentemente claro.

—¡Gira a la izquierda!

Su voz subió de un modo exultante al ver la encrucijada. Allí era donde había encontrado el viejo mastín.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ingram, conduciendo dificultosamente el vehículo que saltaba y resbalaba.

—Otro centenar de metros y estaremos en el lugar donde podremos pasar la noche.

Ingram condujo hasta que los faros del coche revelaron la existencia de una podrida puerta de madera que pendía ladeada de unos goznes herrumbrosos. La entrada estaba en parte bloqueada por un alto seto de lilas que crecía a lo largo de la línea del vallado, pero vio un sendero que llegaba sinuoso hasta una vieja alquería de piedra, y una sola luz amarilla que brillaba pálida en una ventana del primer piso.

Ingram abrió la cancela tirando de ella, condujo el coche a través de ella y volvió a apearse para cerrarla de nuevo.

—Tengo que despojarme de esta ropa —balbuceó, mientras se acercaban a la alquería, con el coche abriéndose dificultosamente paso a través del barro que cubría el camino—. Tengo que entrar en calor.

Earl vio que le temblaban los labios. Ninguno de los dos podía pillar un resfriado...

—Sin esta lluvia, no habríamos tenido la oportunidad de escapar. No lo olvides.

—Yo solo dije que debía entrar en calor.

—Ya te he oído. Ahora escucha: llamarás a la puerta. A quienquiera que te conteste, dile que necesitamos un sitio para

pasar la noche. Yo estaré detrás de ti, no lo olvides.

Ingram frenó en el cenagoso patio frente a la alquería. Cuando paró el motor, el sonido de la lluvia pareció intensificarse; la podían oír martilleando metálicamente el techo del vehículo y golpeando con efecto sordo pero más pesado la blanda y empapada tierra.

—No olvides tú otra cosa —advirtió Ingram, mirando a Earl—. Los dos estamos en el mismo fregado. Tengo derecho a decidir cómo salir de él. Ten tú también presente eso.

Earl cambió de posición en su asiento y sacó la pistola del bolsillo de su abrigo.

—¿Ves esto? —dijo, mirando fijamente a Ingram—. Esto significa que no tienes ningún derecho en absoluto. Ahora, adelante; no somos socios en este negocio. No votamos sobre nada. Solo tienes una oportunidad mientras saltes cuando yo te lo diga. ¿Entendido, negro?

Ingram vio la luz del salpicadero centellejar a lo largo del azulado cañón de la pistola.

—Entendido —dijo, levantando la mirada hacia los peligrosos ojos de Earl—. Sí, lo he entendido.

—Empieza a moverte.

Ingram se apeó del vehículo y subió rápidamente los escalones de madera del porche de la alquería. Earl dio la vuelta alrededor del coche sosteniendo la pistola dentro del bolsillo de su abrigo y caminando con cuidado para evitar los hondos y fríos charcos del patio.

No se oyó ningún sonido por espacio de unos segundos después de que Ingram llamara con los nudillos a la puerta, pero luego se percibió rumor de pasos dentro de la casa. La puerta se abrió muy despacio y una raya de luz amarilla fue ensanchándose y cayó a través de los podridos tablones del porche. Una mujer frágil y de cabello canoso, envuelta en un chal negro, asomó la cabeza hacia ellos, con sus ojillos de pájaro brillando tras sus pequeñas gafas. Una mano retenía el chal fuertemente alrededor del cuello, mientras la otra intentaba en vano apartar de su cara unas guedejas de cabello gris agitadas por el frío viento. Llevaba unas botas negras de caucho y unos cuantos *sueters* viejos y deformados, pero lo demacrado de su cuerpo parecía acentuado más que disimulado por las capas de voluminosa ropa. Dio un paso hacia adelante,

escrutando el rostro de Ingram con un aire de excitación y sorpresa.

—Veo que has vuelto, ¿eh? Con el rabo entre las piernas, como te dije que lo harías.

Entonces se echó a reír, moviendo la cabeza de un lado a otro con ridícula coquetería; sus maneras eran burlonas y complacidas a un tiempo, como si estuviese regañando a un niño que por desobedecerla se encontrase ahora en un apuro.

—¿Y quién es tu amigo? ¿Quién es tu guapo amigo?

—Está enfermo. Herido, quiero decir, señora.

—Oh sí, ciertamente. Necesitáis cosas... Oh sí. No fueron amables contigo en las ciudades, ¿verdad? Pero yo te lo había advertido, ¿no te acuerdas?

Earl se dio cuenta de que estaba medio loca.

—Tenemos frío y estamos cansados —dijo, procurando esbozar una sonrisa—. ¿Podemos entrar y calentarnos?

—Papá querrá hablar con vosotros, naturalmente. Debería haceros pasar por la puerta trasera, pero no importa. Está estropeada por el viento, ahora que me acuerdo. Entrad y limpiaros las botas.

La siguieron a un cuarto de estar atravesado por la corriente de aire y en el que un viejo yacía contra la pared en una cama doble. Se incorporó apoyándose en un codo cuando ellos entraron, mirándolos con ojos llenos de suspicacia. Era imposible adivinar su estatura o su peso; la forma de su cuerpo se perdía bajo el montón de sucios cobertores que cubrían su cama. Pero era evidente que se trataba de un anciano; sus blancos cabellos flotaban grotescamente en medio de la corriente de aire y su barba brillaba como musgo plateado en sus hundidas mejillas y garganta.

—Ya ha regresado arrastrándose —anunció la anciana con aire arrogante—. Tal como yo te decía.

—Cierra la puerta detrás de ti, ¿es que no puedes acordarte? —dijo el viejo, irritado—. Nos vamos a resfriar todos por tu culpa, Huesoloco. Anda, ve.

—Está bien —dijo ella, encogiéndose de hombros—. La sujetaré bien con clavos —Trató de apartar en vano con la mano las greñas de cabellos grises—. Más valdría que la hubiese clavado para siempre.

Pero no se movió; se quedó mirando fijamente las puntas de sus

botas sin expresión alguna en el rostro.

—Ve a cerrar la puerta —repitió el hombre sosegadamente—. Ciérrala, ¿me oyes?

La mujer se volvió y salió de la estancia, con las botas de goma chirriando secamente en los fríos tablones del suelo. El hombre suspiró y puso la cabeza sobre la almohada.

—¿Habéis tenido un accidente, muchachos?

—Sí, eso es —asintió Ingram.

—Mala noche para estar afuera. Solamente un rico o un loco sale con un tiempo como este —dijo con una risita y mirándoles con ojillos suspicaces.

La vieja volvió y abrió la puerta en el lado opuesto de la habitación. Sonrió a Ingram, con sus gafas centelleando bajo la pálida luz.

—Ya te dije que volverías.

—No le hagáis caso —advirtió el hombre cuando ella volvió a salir—. Huesoloco está un poco chiflada. Es mi esposa. Huesoloco es un nombre que yo le puse. El verdadero es Martha, como la mujer de George Washington. Hace algún tiempo, solíamos tener unos cuantos peones de color. Cuando el trabajo del campo fue mal, se fueron a la ciudad. Huesoloco está siempre esperando que vuelvan. ¿Qué clase de accidente habéis tenido?

—¿Solo viven aquí ustedes dos? —preguntó Earl.

—No hace falta nadie más. Parece como si fuéramos mejor cada año. Cada vez se come menos —dijo nuevamente con una risita, pero sus ojos se posaban alternativamente en ellos como pequeñas espadas vigilantes—. Muy pronto cesaremos del todo de comer. Será un buen truco ¿verdad?

—¿Tiene usted por ahí algo de *whisky*? —le preguntó Earl.

Se sentía muy débil; las fuerzas parecían escapársele por la herida del hombro. No sangraba mucho, pero esto podía ser malo o bueno, no estaba seguro. Un montoncito de leña ardía en la vieja chimenea de piedra, pero el calor lograba atravesar la densa y fría humedad de la estancia.

—No hay ni *whisky*, ni ginebra, ni cerveza —dijo el anciano moviendo la cabeza con determinación.

—¿Y café?

—Ya te he dicho que cada vez comemos menos. Lo mismo

sucede con la bebida —Parecía orgulloso de su condición de abstemio; sus ojos centelleaban con sádica fruición—. Un hombre puede prescindir de muchas cosas. Uno aprende esto cuando se hace viejo, como yo. ¿Qué os ha sucedido? Y tú ¿estás enfermo?

—¿Adónde ha ido su esposa?

—Es difícil estar seguro, tratándose de Huesoloco. Hay que vigilarla constantemente, os lo aseguro.

—Ve a echar un vistazo —ordenó Earl a Ingram—. Mira lo que hace.

—Oh, no os preocupéis por ella —dijo el anciano.

—¿Tienen ustedes aquí teléfono?

—No nos hace falta.

—¿Y los vecinos? ¿Es probable que pase alguno por aquí esta noche?

—La casa más cercana está a kilómetro y medio de distancia, camino abajo. No es probable que pase nadie. ¿Qué os preocupa, de todas formas?

Earl miró a su alrededor y vio una radio encima de una mesa al lado de un desvencijado sofá.

—¿Funciona? —le preguntó al viejo.

—No estaría aquí si no funcionase.

Earl cruzó despacio la habitación, cojeando para aminorar el dolor de su costado, y se sentó en el sofá. Encendió el receptor y una luz brilló débilmente detrás del reóstato. Finalmente, los acordes de un baile vencieron la estática e invadieron el frío aire con ritmos incongruentemente animados. Earl se apoyaba con sumo cuidado en el brazo del sofá. El dolor del hombro se dejaba sentir lenta pero firmemente, golpeando sus nervios como con martillazos.

Miró a su alrededor, haciendo un automático inventario de la estancia. Había pocos muebles: solamente la cama, el sofá y un par de sillas de respaldo alto. La repisa de la maciza chimenea de piedra estaba atiborrada de cachivaches: botellas grasientas, periódicos amarillentos, unas cuantas tazas desportilladas, varias fotos descoloridas en marcos de madera. Los tablones del suelo eran de anchura desigual, deformados por el frío y la edad, pero parecían de hierro bajo sus pies. Era una casa para durar doce vidas pensó, mirando las paredes de piedra y las vigas talladas a mano que corrían a lo largo del techo.

La humedad cortaba como un cuchillo hasta llegar a los huesos, pero a pesar del frío reinaba en la habitación un penetrante olor a podredumbre, como el hedor que sale de un montón de verdura corrompida. Y había algo más, de ello se dio cuenta Earl: olor a medicinas, un olor acre que aún resultaba más desagradable a través del frío húmedo de la habitación.

—¿En qué clase de apuro os encontráis? —preguntó astutamente el anciano.

—No se preocupe por nosotros. Haga lo que se le diga y no sufrirá ningún daño.

—No puedo responder de Huesoloco. Ella no presta mucha atención a nadie —dijo mirando a Earl con ojos brillantes, excitados—. ¿Qué vais a hacer? ¿Matar a alguien?

—No —negó secamente Earl.

—Entonces, ¿vais a robar algo? ¿Asaltar unos almacenes?

Los ojos escrutadores del anciano le inquietaban; había en aquel hombre algo torvo y enfermizo, como el vaho sudoroso de una multitud linchadora. Earl se daba cuenta de que el apuro en que ellos se encontraban le tenía agitado, hasta el punto de arrancar de su frágil cuerpo de viejo una excitación que parecía conferirle una gran energía.

—Tú estás herido, ¿verdad? —preguntó, dirigiendo a Earl una mirada penetrante—. Me parece que te han pegado un tiro.

—Es verdad. Y tengo seis balas en mi pistola. Piense en ellas, abuelo.

—No tenéis ningún motivo para hacernos daño. Somos viejos, amigo.

Ingram regresó al cuarto y anunció:

—La mujer está preparando algo de comida.

—Sería mejor que fueses a ocultar el coche.

—Nadie va a pasar por aquí con este tiempo.

Earl miró al anciano y le preguntó:

—¿Hay algún sitio por ahí detrás donde lo pueda esconder?

—El pajar está suficientemente seco, pero alguien podría verlo allí.

—Usted ha dicho que nunca pasaba nadie.

—Bueno; eso era antes de que llegais vosotros, amigo —aclaró, emitiendo una risita y dirigiendo luego una astuta mirada

hacia Ingram, como en espera de su aprobación—. Vosotros, muchachos, podríais hacer popular este sitio. De todas formas, en el campo tenemos algunos cazadores de mapaches durante la noche y cazadores de zorros durante el día. Son un espectáculo. Todos ellos vestidos con chaquetas rojas y relucientes botas negras. Las mujeres también. A veces un zorro se refugia en un pajar o en un cobertizo de madera y entonces el cazador intenta hacerle salir de nuevo. Así es como podrían encontrar tu coche, muchacho. Yo, en tu lugar, no lo metería en ningún pajar.

—¿Dónde lo pondría usted, abuelo? —preguntó Earl, que se daba cuenta de que el viejo no quería que los cogieran en seguida; deseaba prolongar la emoción, permanecer acostado en la cama y observar lo asustados y sudorosos que estaban.

—Hay una pequeña carretera que va desde la parte trasera de la casa hasta el bosque —dijo el anciano—. Hace algunos años solían extraer mica de allí, y una de las viejas canteras sería un buen lugar para el coche. Nadie lo encontraría nunca.

—¿Puede este conducir el coche por ese camino?

—Oh, claro que sí. Es un camino muy bueno —El anciano guiñó el ojo con aire de conspirador—. Y mañana estarán borradas todas las huellas. También he pensado en eso, ¿sabéis?

—Muy bien. Muévete, negro —ordenó Earl.

—¡Caramba! ¿No oyes la lluvia? Esperemos que pare esa inundación.

—Ya la oigo —dijo tranquilamente Earl. En medio del silencio, el sonido de la lluvia era como un látigo manejado con rabia contra los lados y el tejado de la casa. Miró fijamente a Ingram y preguntó —: ¿Cuánto dinero tienes, negro?

—No lo sé. Cuarenta, cuarenta y cinco dólares.

—Ponlo encima de esa silla.

—¿Qué te pasa? ¿Piensas que hay algo que comprar por aquí?

—Haz como te digo, negro. Pon el dinero sobre la silla —dijo Earl sacando del bolsillo la pistola y colocándola al borde del sofá, sin dejar de empuñarla. El esfuerzo hizo que aumentase el sudor en su cara, pero la pistola estaba fuertemente sujeta por la mano. De pronto, su voz se alzó trémula, con ira salvaje—. Ahora quítate la ropa: chaqueta, camisa, pantalones. ¿Me oyes, negro?

—¿Te has vuelto loco?

—Me estoy asegurando de que no te vas a escapar. No puedo adivinar lo que sucede dentro de esa lanuda cabeza tuya, de modo que no voy a correr ningún riesgo. Podrías decidir que este es un buen momento para huir —Los ojos de Earl brillaban con destellos de amargo humor—. Yo soy el lastre en este asunto. Estoy herido, no puedo viajar. Tú, en cambio...

—¡Estás loco! —dijo frenéticamente Ingram—. Tenemos que permanecer juntos. No tenemos ninguna oportunidad más que estando juntos.

—Tú tienes dinero, tú tienes el coche. Podrías llegar hasta la carretera y seguir tu camino. Podrías abandonarme aquí con una bala en el hombro.

—¡Eso está en tu cabeza! —gritó Ingram—. Es idea tuya, no mía. Los ojos de Earl se cerraron un poco por efecto de la tensión.

—Empieza a desnudarte, negro. Podrás escapar, si quieres, pero no llegarás muy lejos con tu traje de nacimiento. No podrás parar para repostar gasolina, no podrás comprar un bocado para comer. Si no vuelves, te congelarás. Así pues, tendrás que regresar. No por mí, sino para salvar tu pellejo.

—Yo no pienso de ese modo, lo juro —protestó Ingram, que despreciaba el miedo que sentía, pero no podía dominarlo; su voz temblaba como la de un niño asustado—. Afuera hace un frío que pela. Si salgo, me moriré.

—Empieza a desnudarte —insistió ásperamente Earl, y entonces el viejo se echó a reír.

—¡No dejes que te engatuse! —gritaba, mirando a Ingram con ojos encendidos, expectantes.

—¡Cállate! —le conminó Earl—. ¡Cállate! ¿Me oyes?

Ingram sacó el dinero de su bolsillo y lo dejó caer sobre la silla. No era cuestión de seguir discutiendo; Earl estaba lo suficientemente loco como para pegarle un tiro. Entonces se quedaría completamente solo, herido y desvalido, pero eso él no podía entenderlo en aquel momento. Ingram se quitó la empapada chaqueta, y luego la camisa y los pantalones, amontonándolos encima del dinero. El frío le penetraba hasta los huesos, causando en ellos un vivo dolor, y veía cómo se le ponía la carne de gallina en sus desnudos brazos y piernas. Empezaban a castañetearle los dientes, y cuando cogió las llaves del coche le quemaban los dedos

como trozos de hielo.

El viejo reía entre dientes, retorciéndose bajo su gran montón de cobertores y mantas llenos de mugre.

—Solamente un loco o un rico se atrevería a salir en una noche como esta —repitió.

La música de la radio era cálida, radiante e íntima, incongruentemente alegre en medio de la tristeza y la amargura que reinaban en la habitación; increíble y absurda como unos colibríes revoloteando en una tormenta invernal. Ingram se sonrojó de vergüenza mientras el viejo se reía y le miraba con curiosidad brutal y clínica. Earl apartó los ojos para no ver el delgado cuerpo de Ingram, con un movimiento abrupto y colérico de su cabeza.

—Muy bien, ahora vete —le despidió, en tono duro—. No te quedes ahí parado.

No levantó los ojos hasta que sintió la ráfaga de aire frío barrer el interior del cuarto y oyó cerrarse la puerta con un evidente esfuerzo contra la noche tormentosa. Entonces miró la pila de ropa mojada que estaba encima de la silla y respiró lenta y pesadamente. El dolor se hacía sentir ahora intensamente, pero no parecía tener nada que ver con la herida del hombro. No tardaría mucho en desembarazarse del coche, pensó.

La música de baile se interrumpió de repente y una voz impersonal anunció:

*«Interrumpimos este programa para comunicarles un breve boletín de la policía del estado. En un infructuoso intento de asaltar el Banco Nacional de Crossroads, un hombre resultó muerto y otro herido, poco después de las ocho de esta noche».*

El anciano se incorporó apoyándose en el codo, respirando pesadamente por la emoción, y Earl se acercó más a la radio.

*«... Hasta el momento, el bandido muerto no ha sido identificado por la policía. El sheriff Thomas Burns, del distrito de Crossroads, sorprendió a los atracadores cuando salían del banco. Les dio el alto, pero ellos abrieron fuego. En un tiroteo que tuvo lugar en la calle principal del pueblo, uno de los ladrones fue muerto a tiros y su cómplice, gravemente herido. El herido escapó en una furgoneta Pontiac azul matrícula "QX 1897" de California —repetimos, "QX 1897" California— dirigiéndose hacia el sudoeste desde Crossroads. Está*

*herido y parece que va armado. Mide más de metro ochenta de estatura, y pesa entre setenta y cinco y ochenta kilos. Tiene pelo negro y ojos azul oscuro. La última vez que fue visto llevaba abrigo negro y sombrero de fieltro marrón, de ala estrecha. La policía del estado ha dispuesto controles en las carreteras y ruega a los automovilistas faciliten cualquier dato que pueda conducir a la captura del individuo descrito. Según el señor Charles Martin, presidente del Banco de Crossroads, se ha recuperado íntegro el botín del atraco. Permanezcan sintonizando esta estación para...».*

Earl apagó irritado aquella voz impersonal y miró con amargura la pistola que pendía de su mano. No se hacía ninguna mención de Ingram. Solo de él. Herido, peligroso, con necesidad de un médico. Eso era él; muy bien. Como un animal en una jaula. «No os acerquéis a él; es peligroso y muerde». Pero nada sobre Ingram. Tal como Novak dijo que ocurriría. Nadie reparaba en la gente de color.

—¿De modo que mataron a uno de tus compañeros? —dijo el viejo—. Y tampoco obtuvisteis el dinero. Parece una lamentable pérdida, ¿no?

Earl no contestó. Continuaba pensando en lo que le dijo Novak. La gente de color podía entrar y salir de los sitios como el humo. Esas fueron las palabras de Novak... Nadie la veía. Un hombre de color llevando una bandeja o vistiendo un mono podía ir a cualquier parte. Los blancos pasaban días enteros sin ver a los que les llevaban el café o limpiaban sus zapatos o, con la escoba, echaban al arroyo las colillas de sus cigarrillos. Esa era la parte importante de su plan. Ingram entrando en el banco como un jirón de humo...

«Un gran plan», pensaba con una mezcla de confusión y de ira. Ingram estaba al margen. Novak estaba al margen. Incluso Burke estaba al margen. Muerto y apartado del asunto para bien. Solo le querían atrapar a él, al animal herido. Era a él a quien estaban persiguiendo.

El viejo sonreía con conocimiento complacido, secreto.

—¿Qué pinta el negro en todo esto? ¿Cómo es que no le han mencionado en la radio?

Earl le miró fijamente en silencio.

—Es curioso, ¿verdad? —dijo el anciano—. Ellos solo hablan de ti. ¿Supones que el negro sabe que no se preocupan de él?

Earl se levantó despacio y se acercó renqueando a la cama del viejo.

—Este va a ser nuestro secreto, abuelo. ¿Comprende?

—Oh, claro, no tenía intención de decirle nada. Pero es curioso, ¿no?

—No. No es curioso. Solo es algo que hay que olvidar. Usted quiere disfrutar del tiempo que le queda para vivir, ¿verdad, abuelo? ¿O está usted cansado de yacer bajo esas mugrientas mantas?

—No, no estoy cansado de ello —se apresuró a decir el anciano.

La mirada que leyó en los ojos revelaba que cada minuto y cada hora de su vida eran para él tan valiosos como el dinero para un avaro. Saboreaba el tiempo con codicia, exultando de orgullo cuando abría los ojos y hallaba que su corazón latía débil pero constantemente dentro de su frágil pecho. Pero allí estaba un hombre que podía arrebatarse todo su tesoro con un solo movimiento de su mano.

—Claro, claro. Es nuestro secreto, muchacho. Nunca le diría nada.

—Pues téngalo bien presente.

## 12

ERAN MÁS DE LAS NUEVE cuando el *sheriff* Burns abandonó el banco y regresó a su despacho de la casa consistorial. Colgó su impermeable mojado y ordenó a Morgan que se apostase junto al banco para dirigir el tráfico a través de la ciudad. Ya se había formado una aglomeración de curiosos en la calle principal; gente que intercambiaba distintas versiones de lo sucedido y automóviles llegados de varios kilómetros a la redonda que convergían en el mismo punto neurálgico.

—Haga que todo el mundo circule. Quiero esa calle despejada. Si los camioneros se paran, tendremos un embotellamiento en el camino de regreso en la carretera de Middleboro.

Cuando Morgan se fue, el *sheriff* se puso a estudiar el gran mapa del condado que estaba en la pared, detrás de su mesa. Había cumplido con todas las rutinas: tranquilizar al personal del banco y tomarle declaración. El hombre herido se había inscrito en el hotel con el nombre de Frank Smith, y el *sheriff* examinó su habitación, y no halló en ella más que un abrigo mojado y un sombrero flexible. Le constaba que pertenecían al negro. El muerto estaba en el depósito de la funeraria de MacPherson, y era un hombre gordo de casi cincuenta años. Esto era todo lo que él sabía por el momento. No había nada revelador en su ropa o en su cartera. Tras la mera rutina comenzaba la parte más dura del trabajo: buscar al negro y al hombre que se hacía llamar Frank Smith.

El *sheriff* sabía que aquella noche había fracasado a medias, pues si bien logró abortar el atraco, dos de los malhechores escaparon. Y

la culpa era suya. Aceptaba el fracaso sin sentimiento de culpa o remordimiento; era un simple hecho desagradable que no intentaba escamotear ni justificar.

Sonaron unos pasos en el corredor. Se volvió y vio que se encaminaba hacia el mostrador un joven alto, que llevaba una gabardina mojada.

—¿El *sheriff* Burns?

—Yo mismo.

—Me llamo Kelly, señor —se presentó el joven, abriendo una pequeña cartera de piel que puso encima del mostrador—. FBI.

—Bien, bien.

El *sheriff* examinó atentamente su fotografía, luego miró al agente, observando sus cabellos castaño-rojizos, ojos azules y facciones cuadradas y vivas. No tenía que bajar la vista para mirar al hombre, experiencia poco frecuente en él: metro ochenta o más de estatura, pensó, con suficiente corpulencia para conferir autoridad a su estatura.

—Ha acudido usted muy pronto —dijo Burns empujando ligeramente la cartera a través del mostrador.

—Nuestra oficina de Filadelfia captó la alerta de la policía del estado hacia las ocho y quince. El «SAC» me ha enviado primero a mí. Pronto llegarán más hombres de Filadelfia y de Harrisburg. Dentro de una hora o así, tendremos equipamiento antidisturbios, y al amanecer podremos disponer de dos aviones, si los necesitamos.

—¡Vaya! No va a faltarnos de nada, ¿eh? Y a propósito, ¿qué es el «SAC»?

—La sección de agentes especiales —respondió Kelly.

—Entonces el caso queda en sus manos, ¿no es cierto?

—Un golpe en un banco es en la práctica un caso de competencia federal, *sheriff*. Los depósitos están asegurados por una agencia federal y esto determina nuestra intervención. Pero estamos aquí para trabajar para usted. Usted conoce la zona. Nosotros cooperaremos lo mejor que podamos. Le parece bien, ¿no?

—Desde luego —dijo el *sheriff*. Él tenía, sin embargo, una idea de lo que significaba la palabra cooperación: una manera cortés de quitarle las riendas de las manos—. Adelante. ¿Tiene usted alguna idea de lo que hemos de hacer a continuación?

—El hombre muerto ¿ha sido identificado?

—Todavía no.

—Le tomaré las huellas y Filadelfia enviará la información a Washington. Cuando sepamos quién es, su identidad puede conducirnos hasta el otro hombre.

—Hay otros dos hombres —corrigió el *sheriff*.

—El informe de la policía del estado solo mencionó uno. ¿Cómo es eso?

—Nadie vio al otro individuo.

El *sheriff* explicó a Kelly lo que había sabido acerca de John Ingram y del que se hacía llamar Frank Smith.

—Avisé a la policía del estado desde el banco tan pronto como hubo cesado el tiroteo —prosiguió—. Hice una descripción de los sucesos, sin saber que el muchacho de color participó también en el atraco. Todo el mundo en el banco le tomó por un camarero corriente. Pero cuando tuve juntas todas las piezas de la historia, decidí no variar el primer informe.

Kelly enarcó las cejas.

—Bien; es posible que usted no esté de acuerdo con mi razonamiento —dijo secamente el *sheriff*—. Pero imagine que esos dos individuos han oído aquel informe por radio. Es posible que el negro se sienta libre e intente escapar por su cuenta. Y el otro hombre, recuerde usted que está herido, podría tratar de impedirlo. Va a ejercerse presión sobre ellos, y eso podría inducirles a efectuar una salida.

—¿Cuánto tiempo podemos mantener ese dato en secreto?

—Hasta mañana por la mañana, supongo. En la ciudad se hablará de lo que ocurrió realmente, y entonces tendremos a los reporteros detrás de nosotros.

—Usted dijo que podrían efectuar una salida. ¿Cree que ahora están encerrados en algún sitio?

—Venga aquí un momento —le invitó el *sheriff* y, sacando del bolsillo un lápiz, se encaminó al mapa del condado que había en la pared, detrás de su mesa—. Ingram y el hombre herido salieron en coche de la ciudad por la calle Cherry. Esa calle les llevó hasta campo abierto, a unos seis o siete kilómetros.

Trazó un círculo alrededor del área sudoeste de Crossroads.

—Los policías del estado bloquearon las carreteras de todo este territorio. Pero hay caminos vecinales que esos individuos pueden

utilizar para escabullirse de nuestro bloqueo. Todo lo que podemos hacer es registrar los agujeros más probables, las carreteras principales, las proximidades de los puentes, etc. Y vigilaremos los autobuses y los trenes. Están dentro de un lazo corredizo, pero este lazo es enormemente grande y terriblemente flojo.

—¿Cómo es aquí el paisaje?

—Campo abierto poblado de granjas y una zona de bosques; sesenta y cinco kilómetros cuadrados en total. Numerosas alquerías, graneros, dependencias, viejos molinos, etc. Conocemos su automóvil; así, pues, no pueden viajar en él. Y tampoco pueden permanecer al aire libre con este tiempo. Es probable que se hayan refugiado en alguna casa. Por eso quiero hacerles correr. Que salgan al aire libre donde no nos expongamos a matar a personas inocentes.

—¿Es el área demasiado extensa para una búsqueda casa por casa?

—Podríamos intentarlo, pero nos llevaría mucho tiempo.

—¿Han alertado ustedes a todos los médicos de los alrededores para que tengan cuidado?

—Fue lo primero que hicimos.

—La llamada podría parecer un poco inocente —observó Kelly —: de un antiguo y conocido paciente con algún problema de estómago, tal vez..., pero hablando con una pistola apuntándole a la cabeza...

—Ya advertimos de esa posibilidad a los interesados. Hablarán con nosotros antes de salir a atender cualquier llamada esta noche.

—Bien —dijo Kelly, sujetándose la gabardina con el cinturón—. Enviaré las huellas que se han tomado. Usted lo ha hecho todo muy bien.

—Gracias —dijo fríamente el *sheriff*.

Era lo suficientemente humano como para sentirse halagado por el cumplido, pero el FBI tenía muy poco que enseñarle acerca de los asuntos de su propio territorio. Kelly se detuvo y le miró desde la puerta.

—Usted tiene por aquí algunos cazadores de zorros, ¿verdad?

—Los Mastines de Chesterson. ¿Por qué?

—Bueno; es solo una idea. Podría ser interesante pedirles que mantuvieran abiertos los ojos. Una montería cubre mucho

territorio, y podrían tropezarse con algo interesante: un coche escondido en el bosque o humo saliendo de una casa abandonada —aventuró Kelly encogiéndose de hombros—. En todo caso, nada se perdería. Hasta la vista.

Saludó con la mano y se fue.

El *sheriff* le siguió con la mirada, acariciándose la barbilla. Luego sonrió de mala gana. Tenía que haber pensado en los cazadores de zorros, que transitaban por el campo con toda clase de tiempo, completamente aislados en su pequeño e inmenso mundo de caballos y rastros, perros y zorros. Por la mañana haría una llamada al presidente de los Mastines; no les haría ningún mal mantener los ojos abiertos por si veían algo además de los zorros, para variar. Kelly tenía razón, pensó, con una ligera sonrisa.

Quince minutos más tarde llegaron otros tres agentes, hombres tranquilos, de aspecto competente, que se presentaron a sí mismos al *sheriff* y luego fueron al despacho del forense en compañía de Kelly. Al cabo de media hora, volvió Kelly para hacer una llamada al Departamento de Justicia de Washington.

—He enviado a uno de los muchachos de regreso a Filadelfia con las huellas —dijo, mientras esperaba la conexión—. Las transmitirán a Washington. Probablemente dispondremos de algún dato dentro de unas horas.

—¿Cómo sabe usted que le tienen fichado?

—Es muy probable. A su edad, un hombre suele estar fichado: servicio militar, protección civil, cualquier clase de arresto o prisión, etc.

Encendió un cigarrillo y se sentó en una esquina de la mesa del *sheriff*, llenando el despacho de una sensación de energía vital, saludable. Cuando tuvo la conexión, dijo:

—Aquí Kelly. Eso es. Crossroads, Pennsylvania, el atraco del banco. Tomamos huellas necrodactilares de ambas manos de un varón no identificado de unos cuarenta y cinco o cincuenta años. Las huellas han sido enviadas a Filadelfia y ustedes deberían recibirlas dentro de una hora más o menos. ¿Todo arreglado?

Kelly sacó una libreta de su bolsillo y leyó al teléfono una lista de números: el cómputo de las huellas. Luego dijo:

—Es un arco alto, según veo. Esto debería ayudar un poco... Sí. Hasta luego.

El *sheriff* no había entendido de qué estaba hablando Kelly, pero no quiso pedirle ninguna explicación. Finalmente, la irritación contra sí mismo pudo más que su dignidad.

—¿Cómo demonios pueden empezar a trabajar en Washington antes de que les lleguen desde Filadelfia las huellas dactilares?

—Bueno, ellos saben dónde pueden empezar a mirar. Sacarán las tarjetas de una sola categoría: arco alto, en este caso, y eliminarán las inadecuadas: varones fallecidos, mujeres y niños. Cuando les lleguen las huellas, habrán ganado tiempo, al quedar pendientes de comprobación tan solo unos cuantos centenares de muestras. No es mi especialidad, pero los expertos de Washington leen huellas dactilares con la misma facilidad con que nosotros leemos un periódico.

Morgan llegó poco después e informó de que la aglomeración de curiosos se había ido disolviendo, y de que el tráfico era fluido en la calle principal.

El *sheriff* giró en su sillón y levantó los ojos hacia el círculo que había trazado alrededor del área sudoeste de Crossroads. No cabía sino esperar. La lluvia hacía inútil seguir cualquier rastro. Pero ahora el viento estaba de parte de ellos: los hombres perseguidos tendrían que hacer el primer movimiento...

Después de unos minutos, miró a Kelly y le preguntó:

—¿Había cenado usted ya?

—Estaba a punto de preguntarle si había algún restaurante abierto.

—¿Querría usted venir a mi casa conmigo? Hay un asado esperando encima del fogón. Con todas las guarniciones.

—No quisiera ser para usted una molestia.

—En absoluto. En realidad, podría constituir una gran ayuda. Morgan, mantenga el oído pegado a esa radio. Volveremos dentro de media hora aproximadamente.

# 13

CUANDO INGRAM REGRESÓ al cuarto de estar de la alquería temblaba de pies a cabeza, y tenía las piernas cubiertas d barro hasta las rodillas. Se puso la ropa rápidamente y luego se acurrucó junto al escaso montón de leña carbonizada de la chimenea.

—¿Lo has escondido bien? —le preguntó Earl sin mirarle.

Ingram asintió con la cabeza, demasiado exhausto para hablar; su carne desnuda había sido azotada por el viento, y el frío se le había clavado en ella como agujas heladas.

—Nadie lo encontrará —dijo finalmente en voz baja Las palabras salían con dificultad de sus labios ateridos—. Si dan con él, necesitarán una grúa para sacarlo.

—De modo que ahora nos quedamos pegados aquí, sin poder movernos —dijo Earl, pero sabía que su ira era ilógica; el coche ya no les servía y ahora eran del todo impotentes.

—¿No podías aparcarlo al lado del pozo?

—Yo no estaba preocupado por el coche —dijo Ingram—. Estaba tratando de no quedarme congelado.

El viejo soltó una risita.

—Ya os dije que era una mala noche. ¿Acaso no os lo dije?

—Es usted como el hombre del tiempo —se burló Ingram—. Oye la lluvia en el tejado y sabe que está lloviendo. Tendría usted que ir a la radio.

—¡No me hables de esa manera! —chilló el viejo—. ¿Me oyes?

—Claro que le oigo —replicó Ingram con sarcasmo—. No le haría falta ninguna radio. Podría abrir la ventana y proclamar las

noticias gritando desde su asquerosa cama.

—¡Te digo que no me hables de esa manera!

—¡Callaos los dos, maldita sea! —terció Earl.

—Dile que me hable con respeto. No quiero tener a un negro hablándome así en mi propia casa —protestó el anciano, cuyas manos temblaban con impotente furia—. Díselo, ¿me oyes?

Huesoloco entró precipitadamente en el cuarto, con una expresión de alarma en su semblante.

—¿Por qué estás gritando, papá? La cena ya está a punto. Harina de avena, ¿oyes?

El anciano se dejó caer de nuevo sobre la almohada, apartando su cara de Ingram y Earl.

—¿Tienes algo para acompañar la harina de avena?

—¡Sí! —gritó la mujer con su voz cascada—. Tengo un tarro de confitura de albaricoque.

Earl sintió que se le revolvía el estómago: le sobrevino un espasmo de náuseas, y la herida del hombro empezó a torturarlo con un dolor acerbo.

—Tenemos que hacer algo —dijo a Ingram—. Tenemos que trazar planes.

Ingram se encogió de hombros.

—Adelante. Traza planes.

Huesoloco les miró, sonriendo intrigada, como si no les hubiera visto anteriormente. Luego desapareció de la habitación, tarareando una melodía.

—Necesitamos dinero y otro coche —dijo Earl, apretándose el estómago con ambas manos.

Ingram le miró, sonriendo con amargura.

—Esta noche ya intentamos obtener algún dinero, ¿lo recuerdas?

—¿Tienes amigos, negro?

—Claro que tengo amigos. Se alegrarían de verme de nuevo. No puedes figurarte lo felices que se sentirían. También tengo tres hermanos. ¿Piensas quizá que debería ir a verles?

—Tenemos que hacer algo. Escúchame —dijo Earl, sintiendo que una gran excitación corría por su cuerpo: Lorraine les ayudaría. Con toda seguridad—. Tengo una amiga en Filadelfia —añadió, moviéndose hacia el borde del sofá—. Ella tiene un coche y puede conseguir dinero —Miró su reloj. No eran mucho más de las nueve.

Lorraine estaría aún en el *drugstore*—. Ella nos ayudará, negro.

—¡Tú estás soñando! —rechazó Ingram moviendo la cabeza—. No puedes viajar. Y aunque pudieses, los polizontes nos cogerían tan pronto asomáramos la cabeza. Estamos atrapados.

—¡Yo estoy atrapado, pero tú no! —gritó Earl. Las palabras se le deslizaron de la boca en la excitación producida por la esperanza, pero no importaba—. He oído la radio mientras tú estabas escondiendo el coche. Solo me buscan a mí; a ti nadie te vio. ¿Me oyes? Tú eres libre como el aire.

Ingram le miró pensativo.

—Y tú no me lo habrías dicho, ¿eh?

—¿Es que no acabo de decírtelo?

—Sí, claro. Cuando has pensado en el coche de Filadelfia y en lo bonito que sería que yo fuera a buscarlo.

—No me lo tomes a mal —Earl se puso trabajosamente en pie y dio unos pasos vacilantes hacia la cama del anciano—. Dígale lo que usted oyó. Dígale que la policía solo me busca a mí. Dígale la verdad.

Los ojos del viejo tenían un brillo maligno.

—Yo no voy a hacer favores a ninguno de los dos. A él mortificándome, y tú viniéndome con exigencias. ¡Vaya manera de tratar a un hombre!

—¡Dígale lo que usted oyó! ¡Dígaselo, maldita sea!

—Es la verdad —La voz del anciano temblaba de miedo e indignación seniles. Miró fijamente a Ingram—. En la radio no dijeron nada sobre ti. Solo le andan buscando a él.

—Supongo que ahora lo creerás —dijo Earl renqueando de un lado a otro por el frío y duro suelo, tratando de dominar su excitación y procurando concentrarse en sus pensamientos—. Hay una carretera vecinal que cruza la general y se dirige hacia Filadelfia. La vi esta mañana.

Se acercó a la cama y sacudió un hombro del anciano.

—¿No es cierto? ¿Cómo se llama esa carretera?

—Carretera de Unionville. Se halla a tres kilómetros de aquí.

—Y la recorre una línea de autobuses, ¿no es cierto?

—Pasan cada media hora por la noche. Transportan trabajadores de una fábrica.

—Vamos a probarlo, negro —dijo Earl con voz exultante—.

Tenemos que probarlo, ¿oyes? Te escribiré una nota. Si no está ella en los almacenes, estará en casa. Ella te dejará su coche y dinero. ¿Dónde hay papel y lápiz?

Fue cojeando hasta la repisa de la chimenea y cogió un viejo y amarillento periódico.

—Ahora un lápiz.

Vio una caja de cartón llena de botones, trozos de cordel y carretes de hilo polvoriento. Vaciándola, se echó a reír triunfalmente: en el fondo de la caja había un trozo de lápiz. Abrió el periódico y encontró una página con un anuncio que dejaba amplios márgenes.

—Perfecto —dijo, arrancando con cuidado un cuadrado de papel.

Humedeciendo el lápiz, se sentó y empezó a escribir lenta y laboriosamente, moviéndose sus labios al ritmo de la punta del lápiz.

—Vamos a hacer lo siguiente, negro —dijo, mirando el mensaje con el entrecejo fruncido—. La carretera de Unionville se encuentra al noroeste de aquí. Te diré las veces que tienes que girar. Cogerás el autobús de las diez. Estarás en Filadelfia a las diez y veinte o diez y veinticinco. Te he apuntado la dirección del *drugstore* y la de nuestro apartamento. Ve primero al *drugstore*.

Hizo una pausa para subrayar una palabra de la nota.

—Ella tiene el pelo negro y lo lleva largo. La reconocerás, no te preocupes. Es la encargada del bar. Le darás esta nota, ¿entendido? Ella nos sacará las castañas del fuego.

Ingram le miraba con una ligera sonrisa.

—Lo has imaginado todo bien, ¿no es cierto?

—Es nuestra única oportunidad, negro.

—Entonces lo tenemos muy mal, porque yo no me muevo de aquí.

Sabía lo que le esperaba afuera, pues su imaginación había estado trabajando mientras Earl hacía sus planes. La lluvia y el viento, quizá con relámpagos rasgando la oscuridad y convirtiendo la noche entera en una temible claridad... Y gente que le estaría mirando y policías que no le perderían de vista, blandiendo las porras...

—No confías en mí, ¿verdad? —preguntó Earl.

—Vela tú por ti y yo velaré por mí.

—Escúchame, negro. Usa tu cabeza. ¿Por qué habría de enviarte afuera para que te cogieran?

—No lo sé.

—¡No lo sabes! ¡No lo sabes! —exclamó Earl, mofándose amargamente—. Bien; voy a decirte algo, ya que eres tan tonto. Sin ese coche, vas a morir. Métete eso en tu lanuda cabeza. Burke está muerto. Nos enfrentamos a un juicio por atraco a mano armada y homicidio. ¿Quizá no lo sabías?

—Yo no tuve nada que ver con ello. Fui forzado a intervenir en el golpe.

—¿Quieres morir? ¿Es eso lo que quieres, negro?

—¡Yo no disparé contra Burke! —gritó Ingram—. No pueden acusarme de eso.

—¡Maldición! —exclamó Earl, irritado. Luego suspiró y movió la cabeza—. ¿Quieres hacerme un favor, negro? ¿Quieres que hablemos en serio? Olvídate del coche. Siéntate aquí y espera a la policía. Pero recapacita —La voz de Earl subió de tono, henchida de repentina furia—. ¡Tú eres un asesino! ¡Yo también! La ley nos hace responsables de la muerte de Burke. No hables como un tonto. ¿Es eso pedir mucho?

—Yo no sabía lo que iba a sucederle a él. Yo ni siquiera tenía una pistola.

Earl se apoyó con cuidado en el respaldo del sofá y encendió un cigarrillo, aparentando negligencia. Miró a Ingram en silencio unos segundos, considerando su temor con minuciosidad astuta, instintiva. Luego preguntó con naturalidad:

—¿Has estado alguna vez en la cárcel?

—No —se apresuró a negar con la cabeza.

—Yo estaba en la cárcel la noche en que quemaron a un hombre. Es algo que tú deberías conocer. Entonces estarás preparado.

Ingram apartó la mirada de los ojos brillantes, escrutadores de Earl.

—No me hace falta ninguna conferencia sobre ello. Ya puedo suponer cómo es.

Earl se echó a reír.

—Eso es lo que dice siempre la gente de afuera. Pero se

equivoca. Tiene ideas curiosas por efecto del cine, supongo. Ya sabes. Presos que golpean vasos de hojalata, negros que cantan espirituales; todo el mundo solemne y asustado —Earl movió la cabeza—. No es así. ¿Sabes cómo es? Es como la noche que hacen cine: un acontecimiento. Todo el mundo está emocionado, esperando que empiece. Allí apuestas medio dólar y puedes ganar un sombrero lleno de dinero. Mi compañero de celda ganó dieciocho pavos. Era un tío con mucha suerte.

Earl se estiró lentamente y desplazó su cuerpo hacia el borde del sofá, examinando el temor nervioso en los ojos de Ingram con interés clínico.

—Pero es diferente para el tío al que fríen en la silla eléctrica —prosiguió suavemente—. Él está seguro de que no va a ocurrir. Hasta el final. Cuando los guardianes le afeitan la cabeza, él les pregunta si han oído algún rumor en el despacho del alcaide. Entonces llega el capellán. Eso hace que todo parezca muy bonito —añadió Earl, observando los trémulos labios de Ingram—. El capellán te dice que todos tus problemas se acabarán cuando hayan soltado la electricidad. Dios te está esperando; te aguarda con una ancha sonrisa en su cara. Te encaminas hacia las grandes pandillas y Dios es el jefe que te enseñará todos los trucos y hará que te sientas en tu casa. Tú te lo crees, claro. Ni siquiera piensas en lo que se acerca, tan ansioso estás por subir a las grandes pandillas y llegar a ser socio de Dios. Ese capellán es tu mejor amigo, negro. Sube hasta la silla contigo, diciéndote cuán grande es subir hasta los mandamases. Casi sube a la silla para mostrarte cuán fácil es... Casi, pero no del todo.

Earl tiró el cigarrillo a la chimenea, y la llama de la colilla al encenderse hizo que Ingram se sobresaltase.

—Te atan con correas y te ponen un casco metálico en la cabeza —continuó Earl con calma—. Tú pegas un salto, porque tu cráneo está pelado como un huevo. Entonces todos se te quedan mirando: los guardianes, el capellán, el alcaide, los tíos del periódico, preguntándose cómo te lo vas a tomar. A veces incluso hacen apuestas sobre ello. Uno luchará contra las correas, intentando soltarse. Otros se limitarán a lloriquear.

—¡Cállate! —gritó Ingram.

Las palabras de Earl suscitaban en su mente antiguos y

desagradables temores de ser golpeado y herido, de sufrir las mofas de hombres despiadados.

—Entonces, tú solamente esperas. Atado con correas a la silla, esperas. No sabes cuándo va a llegar. Miras a los guardianes y al capellán, vigilando sus ojos, a punto de gritar si alguien da una señal. Pero tú no puedes ver esa señal. Ellos no te preguntan si estás preparado, si es oportuno soltar la descarga. Si al alcaide no le gustas, puede dejar que sudes un rato, hasta que empieces a sollozar y a chillar, esperando el rayo que va a partirte en dos la cabeza —Earl se acomodó en el sofá—. Así es como va a ser, negro, así es como va a ser.

—¿Cómo sabré que puedo confiar en ti? —murmuró finalmente Ingram—. Sobre lo de la radio, quiero decir.

—Ya te lo he dicho antes: ¿por qué tendría que mentirte? ¿Qué beneficio voy a sacar si te mando afuera para que te cojan?

Al ver que Ingram no respondía, Earl se levantó y sacó la pistola de su bolsillo. Comprobó el seguro, luego se acercó renqueando a la chimenea y tendió a Ingram el arma, cogiéndola por el cañón.

—Vamos, tómalala —dijo tranquilamente—. Yo sí confío en ti, negro; tengo que hacerlo. Si estamos unidos, tenemos una probabilidad. Así pues, ¿qué dices? ¿Quieres cogerla? ¿O prefieres achicharrarte en la silla?

Ingram vaciló, mirando a Earl fijamente a los ojos. Finalmente, se humedeció los trémulos labios y extendió una mano para coger la pistola.

## 14

INGRAM LLEGÓ A LA estación de autobuses de Filadelfia poco después de las diez y media. Atravesó rápidamente la terminal abarrotada, con el ala del sombrero de Earl bajada hasta los ojos, y al cabo de unos minutos su delgado cuerpo se había fundido en las calles de la ciudad. Sus reacciones eran las de un animal que huye: el miedo solo le infundía la despreocupada tenacidad por existir. Había llegado hasta la carretera como envuelto en un aura protectora que le hacía olvidarse de la lluvia, del viento y de los oscuros árboles cuyas ramas se mecían grotescamente por encima de su cabeza. El autobús se convirtió en un refugio discretamente iluminado, un puerto de penumbra y calor. Encontró un asiento en la parte de atrás y se subió el cuello del abrigo de Earl, que le iba grande, hasta taparse la cara. El motor latía como un potente corazón en medio del soñoliento silencio, y las suaves luces caían como una bendición sobre los cuerpos inocentemente arrellanados de los otros pasajeros.

Ingram contemplaba las ondas de agua que bajaban por el cristal de su ventanilla, y a través de ellas, los puntitos de luces amarillas que brillaban desde alquerías situadas a gran distancia cía la carretera. Pasaron un control de carretera, y él se echó hacia atrás aterrado, al pasar barriendo la ventanilla un haz de luz. Algunos de los otros pasajeros se despertaron y murmuraron algunas palabras, mientras el conductor hablaba con la policía. Luego, el autobús pasó lentamente por delante de un grupo de soldados que llevaban largos impermeables negros. Ya no hubo más paradas. Entraron rápidamente en la ciudad, rechinando los grandes neumáticos al

rozar la mojada calzada...

Ingram esperó entre las sombras que pasara ruidosamente un tranvía, y luego se apresuró a dirigirse hacia la siguiente manzana de casas. La tormenta había obligado a los peatones a refugiarse en los portales, y el tráfico motorizado era poco denso. Las farolas brillaban sobre aceras vacías, y las ráfagas de viento barrían el débil sonido de los cláxones, hacían enmudecer los atronadores camiones y ahogaban las vibraciones del metro.

Aquello era su ciudad, su vecindario. Las vistas familiares derribaban las defensas que el temor había levantado contra la realidad. Se detuvo y se apoyó impotente en un edificio, mientras una destructiva ola de autocompasión casi minaba por completo su energía. No le quedaba esperanza alguna. Estaba demasiado débil y enfermo. El dolor se agudizó en su pecho cuando un acceso de tos sacudió su cuerpo. El exponerse desnudo al frío y a la lluvia fue una prueba excesiva...

Vio manjares delicados en los escaparates y recordó el olor y el tacto de aquel local, cálido y aromático, con manjares judíos: jarros y latas que brillaban en los estantes, el enorme refrigerador repleto de botellas de cerveza y leche y suaves bebidas... Allí solía comprar bocadillos para llevar a casa. El dueño hacía un bocadillo que constituiría una cena para un hombre hambriento.

Pero eso pertenecía ahora al mundo de los sueños. Los manjares delicados, la lavandería china, la calle por la que vagó en el pasado con la cabeza llena de locos pensamientos, todo aquello eran fantasmas. La realidad estaba ahora en la vieja alquería helada y empapada por la lluvia, en Earl, Huesoloco y el retorcido viejo.

Algo se movió y le llamó la atención. Vio a un vigilante paseando por la acera desierta, y su bastón proyectaba al balancearse una larga sombra grotesca arriba y abajo de la calle. Las luces brillaban en sus botones de latón cuando se detenía para comprobar si la puerta de una tienda estaba bien cerrada.

La respiración de Ingram se hizo rápida y dificultosa, plateando el aire frío ante su cara. Se encaminó hacia la siguiente manzana de casas, con los hombros encogidos contra el sonido de una persecución. Un grito o el rumor de unos pasos le habría impelido a huir...

Al cabo de dos o tres minutos llegó al *drugstore*, aminorando el

paso para mirar con aprensión los brillantes escaparates, y el enorme rótulo de neón encima de las puertas giratorias. Era un local grande y animado, con una larga barra, estantes con revistas, farmacia y brillantes vitrinas llenas de artículos de perfumería.

Parecía una trampa, una brillante trampa de neón...

Quizá no sirvieran a gente de color. Quizá causara una conmoción por el mero hecho de entrar. Quizá lo arrestaran... Este pensamiento le hizo burbujear una vertiginosa risa en la garganta. «Robar un banco, eso sí. Pero no vayas a pedir una taza de café en un local para blancos».

Pero otro pensamiento disolvió este loco y morboso humor: ¿Y la mujer de Earl? ¿Le ayudaría? Earl estaba seguro de ella, pero Earl era un loco. Probablemente creía que cualquier mujer que se acostaba con él era una esclava para toda la vida. Y quizá aquella mujer no querría saber nada de sus problemas. Acaso leería la nota y empezaría a llamar a gritos a la policía.

Pero de pronto se encontró a sí mismo moviéndose, encaminándose hacia las puertas giratorias, con sus preguntas sin responder, sus temores sin disiparse. No había tomado ninguna decisión; se limitaba a avanzar, loca y retadoramente. Pero se daba cuenta de que si penetraba en aquel *drugstore* era por una simple idea de Earl; solo eso le impulsaba a entrar en aquella gran trampa de neón. Él quería ayudarle; esta era la realidad, la absurda e insustancial realidad.

Todo en el bar era limpio y ordenado: las jarras de café brillaban por efecto de los fluorescentes colocados arriba, y los pequeños grupos de servilletas, azucareros y tarros de mostaza estaban alineados casi tan pulcramente como una formación de soldados de juguete. Una camarera rubia tomaba su pedido y lo apuntaba cuidadosamente en una libreta: café y una pasta. Antes de alejarse, dirigió a Ingram una breve e impersonal sonrisa, y él sintió que se le relajaban los tensos nervios y que su cuerpo se hundía en una bendita lasitud. Puso el sombrero de Earl encima del taburete, a su lado, y abrió el cuello de su abrigo para que el calor del local le penetrara hasta los huesos. Después de un rato, paseó su mirada por el establecimiento, tratando de no parecer furtivo o nervioso,

haciendo su inspección lentamente y con naturalidad. Varias mujeres estaban comprando en la sección de perfumería, y unos hombres hacían cola para adquirir tabaco. Un pinche estaba rebanando pan industriosamente, y la camarera rubia miraba con ojos aburridos hacia la oscuridad lluviosa que se extendía más allá de los brillantes escaparates.

Ingram oyó que una voz impaciente decía:

—Ahora quiero que se trasladen esas revistas a la parte posterior del *drugstore*. La circulación es nuestro problema y nuestra meta, Lorraine. La gente hojea libros y obstruye la entrada. Desde ahora, esto tiene que cambiar, ¿entendido?

—Mañana estarán trasladadas, señor Poole.

—Bien. Ahora vamos a ver ese menú del almuerzo...

La voz fue extinguiéndose ligeramente. Ingram se inclinó sobre su taza de humeante café, con el corazón latándole aceleradamente. Lorraine... Ese era el nombre de la mujer. Ingram esperó unos segundos y luego miró en derredor, atento a las voces.

Un hombre y una mujer se hallaban de pie junto a los estantes de revistas, cerca de la puerta. El hombre llevaba un abrigo y daba la espalda a Ingram. La mujer era delgada, de cabellos negros y cara pálida y cuadrada. Asentía lentamente con la cabeza mientras el hombre le hablaba, pero ella miraba por encima de su hombro hacia Ingram. Él vio que sus ojos se abrían más de la cuenta y se oscurecían al posarse en el sombrero de Earl, que estaba encima del taburete, al lado de Ingram. Una de sus manos se dirigió hacia su garganta, pero continuó asintiendo con la cabeza, como pensativa, a las apremiantes instrucciones de su interlocutor.

—Sí, tendré eso en cuenta, señor Poole —murmuró la joven mientras Ingram volvía a su taza de café.

—Perfecto. La veré mañana temprano.

Ingram oyó el amortiguado ruido de la puerta giratoria y luego el sonido de unos tacones altos que avanzaban hacia él por el suelo enlosado. Pasó tan cerca, que él sintió la corriente de aire causada por su cuerpo. Dirigiéndose hacia la parte posterior del establecimiento, se detuvo para colocar bien un salero, y luego fue detrás del mostrador y habló brevemente con el hombre de los bocadillos. Ingram la observaba por el rabillo del ojo. Esa era la mujer de Earl: cabellos negros, ojos oscuros, cara pálida y cuadrada.

De aspecto enérgico y decidido, con un cuerpo esbelto y tobillos y pies lindos. Parecía fría como el agua helada. Este pensamiento le divirtió. ¿A Earl le gustaba eso? Sin exigencias... y a dormir diez minutos después de pegarle al saco. Ingram se sintió animado por este pensamiento jocoso. Pero casi al instante se sintió deprimido y avergonzado de sí mismo.

Ella se dirigía ahora hacia él, comprobando espitas y cuchillería con ojos profesionalmente vigilantes. La camarera estaba allí cruzada de brazos.

—Ann, quisiera que fuese usted al almacén a comprobar cuántos tarros grandes de mayonesa nos quedan.

—Ya lo hice. Hay seis.

Ingram se inclinó sobre su taza de café. Oyó que la mujer de Earl decía:

—No puede ser. Compruébelo otra vez, ¿quiere, por favor?

—Desde luego, pero sé que solo hay seis.

Cuando la camarera se alejó presurosa, la mujer de Earl se detuvo frente a Ingram.

—¿Va todo bien? ¿Querría usted un poco más de café?

—No, señora; todo está muy bien.

Ella se comportaba con naturalidad, exceptuando sus ojos; su voz era lisa y fría como el marfil, pero sus ojos aparecían oscuros y cálidos, resaltando turbulentos en su clara piel blanca.

—Bueno, hay una cosa en la que usted quizá podría ayudarme —dijo Ingram con una leve risita—. Me he desorientado en la ciudad.

Sacó de su bolsillo la nota de Earl y la puso encima del mostrador.

—La dirección que necesito está escrita aquí, pero no hay manera de dar con ella.

—Tal vez pueda ayudarle.

La joven cogió la nota con cuidado, pero mientras sus ojos recorrían el mensaje, algo en su garganta se puso tenso como hojas de cuchillo bajo su lisa piel. Ingram se estremeció al ver que el hombre de los bocadillos la observaba con curiosidad.

—¿Sabe usted dónde es esa dirección? —preguntó Ingram tosiendo ligeramente.

Ella asintió rápidamente con la cabeza.

—Sí, no está lejos de aquí. Entre las calles Diez y Edgely. Siga dos manzanas a la izquierda, doble otra vez a la izquierda y lo encontrará inmediatamente después del semáforo.

—Parece bastante sencillo.

—No tiene pérdida. Yo... yo tengo mi coche cerca de allí, de modo que conozco el lugar.

Sonreía, pero parecía como si le destrozasen el cuerpo; sus hombros estaban rígidos por la tensión y un pulso latía desesperadamente en el sedoso hoyuelo de la base de su cuello.

—No tendrá ninguna dificultad en encontrarlo, se lo aseguro.

—Bien; muchísimas gracias, señora. Voy enseguida para allá, entonces. El hombre que me espera dijo que no tardase. Buenas noches, señora.

Ingram esperó media hora en las sombras de unos almacenes del cruce de las calles Décima y Edgely, pateando el duro pavimento para hacer entrar en calor su cuerpo. Ella había elegido un buen sitio para encontrarse con él: la zona estaba oscura y silenciosa; una calle con garajes, pequeñas fábricas y tiendas cerradas. Pero él se deslizaba lastimosamente entre las sombras, sin confianza o esperanza alguna; el calor del café se había disipado casi instantáneamente, y cuando tosía, aumentaba el dolor de su pecho. Ella no acudiría... ahora estaba seguro. De lo contrario, ya haría rato que habría llegado. Tal vez estuviera ahora en una comisaría haciendo una descripción de su persona. Estaba desorientado, pero no tenía fuerzas más que para esperar.

Intentó apuntalar sus defensas, pero sus esfuerzos fueron inútiles; tenía demasiado frío y estaba demasiado enfermo para preocuparse. Quizá se presentara, después de todo, y solo se hubiera retrasado. Earl era importante para ella; eso lo comprendió al mirarla a los ojos. Pero ¿de qué le valdría un coche, con polizontes por todas partes, con Earl herido y enfermo?

De pronto, retrocedió hacia las sombras; un automóvil había entrado en la calle a una distancia de él equivalente a una manzana de casas, con sus faros centelleando sobre el pavimento mojado. Ingram permaneció oculto entre las sombras hasta que el coche fue aminorando la marcha y se detuvo. No se movió hasta que vio bajar el cristal de la ventanilla y la pálida cara de Lorraine iluminada por la luz de una farola. Entonces atravesó rápidamente la calle y se

deslizó junto a ella, que al advertir su presencia se inclinó y le abrió su portezuela. Dejó caer en el mullido asiento su cuerpo debilitado, y agradeció el calor que reinaba dentro del coche. Al volverse Lorraine hacia él, Ingram percibió el olor de sus cabellos y vio brillar la tersura de sus piernas al recibir la luz del salpicadero. La esencia femenina de la joven le hizo sentir débil y desvalido, casi con ganas de llorar.

—¿Dónde está él? —preguntó Lorraine en tono muy resuelto.

—Bastante lejos. Tengo que volver allá.

—¿Dónde tiene la herida?

—Bueno, recibió el disparo en el hombro. Supongo que no le matará, pero no tiene buen aspecto.

—¿Por qué le indujo usted a hacerlo? —inquirió, golpeando el volante con la palma de la mano—. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Yo no le induje a nada —rechazó Ingram con semblante hosco.

—Él no lo hubiera hecho por su propio impulso. ¿Por qué vosotros, no le dejasteis en paz?

A Ingram le molestaba tanta testarudez.

—Lo cierto es que está metido en el asunto, señora, y a usted le importa, ante todo, conocer la situación.

—Una vez se reúna usted con él, ¿adónde irán?

—No lo sé, señora. No tenemos mucha elección. Solo me consta que es preciso correr. Intentaremos salir del estado.

—Él jamás volverá, ¿verdad?

Ingram sonrió débilmente.

—No, a menos que el gobierno empiece a perdonar a los atracadores de bancos. Y les dé trabajos de servicio civil o algo así.

—Ya sabía yo que era el banco. Oí las noticias por la radio. Creí que estaba muerto. Lo sentí en todo mi cuerpo.

—No está muerto. Pero puede estarlo si no regreso pronto a su lado.

—He traído algo de *whisky* y comida del apartamento. Afortunadamente, ayer hice compras. Hay jamón cocido, algunas conservas, pan, mantequilla y dos botellas de *whisky* de centeno.

—Eso vendrá muy bien.

—Yo voy con usted —dijo Lorraine secamente.

—Él solo quiere el coche.

—Me da igual. Él me necesita.

Su voz era fría, ásperamente resuelta.

—Él no es nada de usted. Es mío. ¿Comprende?

Ingram dejó caer sus manos fláccidamente sobre las rodillas.  
¿Qué demonios importaba aquello?

—¿Sabe usted por dónde se toma la carretera de Unionville?

—Sí.

—Esa es la ruta. Vamos...

Solo cuando hubieron pasado el control de carretera a quince kilómetros de Crossroads, el estado de ánimo de Ingram empezó a cambiar. Tenían una oportunidad, después de todo, según comprendió un tanto maravillado. ¡Una oportunidad! Con el oscuro paisaje desfilando aprisa por su lado, sentía que la esperanza se agitaba cálidamente en su helado cuerpo. Con la chica al volante, tenían una probabilidad. Ella era fría e inteligente, y ahora conducía con facilidad y eficacia, observándolo todo con sus vivos ojos. Otra mujer habría podido tener una avería, o ser detenida por exceso de velocidad. Pero no ella: sabía adónde iba. Ingram captaba su ánimo decidido en la tensión de su mandíbula, en la firmeza con que sus manos enguantadas cogían el volante.

Había mostrado una extraordinaria sangre fría en el control de la carretera. Cuando el soldado hizo centellear su luz sobre el coche, ella bajó el cristal de la ventanilla y preguntó:

—¿Qué sucede? Tengo mucha prisa, oficial.

Acostado en la parte trasera del automóvil, Ingram oyó que el soldado decía en tono aburrido:

—La gente siempre tiene prisa. Particularmente cuando está lloviendo y las carreteras se ponen peligrosas.

—Yo conduzco muy bien. Mi marido dice que, al volante, se puede confiar más en mí que en muchos hombres.

—Me alegro de que se pueda confiar en usted. Es una idea optimista en una noche mala. No se detenga en la carretera esta noche. No recoja a ningún autostopista. No recoja a nadie.  
¿Entendido?

—Pero ¿qué sucede?

—Estamos buscando a alguien. Usted no tiene por qué preocuparse. Puede continuar su viaje.

El policía retrocedió hacia el coche siguiente, blandiendo su

linterna. Ingram sabía que las autoridades no se preocupaban demasiado por el tráfico que se dirigía hacia Crossroads; la vigilancia afectaba a quienes procedían de allí.

Pero a una chica podrían dejarla pasar, pensó Ingram; él y Earl se esconderían en la parte posterior del vehículo, uno de ellos quizás en el maletero, y Lorraine podría hacerlos franquear los controles ante las mismas narices de los policías. Ellos no vigilaban a ninguna mujer, eso era seguro...

Incluso su tos parecía haber mejorado. Aún no era medianoche, y para llegar a la alquería solo faltaban quince o veinte minutos. Por la mañana podrían encontrarse a trescientos kilómetros. Se desperezó, saboreando la sensación de calor y energía en su cuerpo.

—Procure aminorar la marcha aquí —advirtió observando con cuidado la carretera—. Ahí delante hay una ciudad, Avondale, creo. Después tenemos que girar para adentrarnos en el campo. Ya falta poco.

Había elevado el tono de su voz, que ahora sonaba más animada, casi arrogante. Tenían una oportunidad, una oportunidad muy buena. Y gracias a él. No a Earl.

## 15

EL RUIDO DEL COCHE despertó a Earl. Había estado durmiendo a intervalos, durante una hora más o menos, despertando sobresaltado y volviendo a caer en sueños inquietantes. No tenía paz, ni dormido ni despierto; apenas hallaba diferencia entre pesadillas y realidad. Era consciente de que su herida sangraba y de que tenía fiebre, pero el calor innatural de su cuerpo no parecía calentarle en absoluto; apenas lograba mover las manos y los pies, que estaban rígidos y duros como si fuesen de madera.

Estuvo soñando con una tarde calurosa en una playa cerca de Nápoles. Toda la compañía había ido a nadar, intentando lavarse y remojar sus barbas en el agua salada. Entonces llegaron aviones desde el continente, volando bajo y ametrallándoles. La compañía se desplegó; algunos hombres trataban de vestirse y otros corrían histéricos y desnudos buscando refugio en los acantilados. Pero Earl sabía que el sueño era absurdo; no hubo aviones aquel día. Rieron y chapotearon en el agua como chiquillos en unas vacaciones de verano. La incursión aérea debió de haberse producido en otra parte...

Soñó también con una tarde fría de Chicago, cuando un muchacho que jugaba frente a su casa le rogó que entrase para ver sus regalos de Navidad. Pero aquello también era extraño, y nunca lo había soñado anteriormente. Solo le turbaba cuando pensaba en ello.

Entró con el muchacho en una casa grande y cálida. Intercambió un apretón de manos con un padre, una madre, algunas personas

sentadas al amor de la lumbre. Él pronunciaba su propio nombre como el revisor del ferrocarril anuncia las paradas. Ellos preguntaban «¿quién?», a grandes y distantes voces, con la sospecha pintada en sus caras. Pero le trataban bien. Iba de uniforme, caminando por una ciudad extraña, durante un permiso. Le dieron una bebida y un puro tan grande como un bate de béisbol. Comía en la cocina con una criada y en el sueño continuaba gritando su nombre una y otra vez a través del vapor que se elevaba del pavo relleno. Finalmente, fuera de la casa, gritó su nombre junto a las ventanas, pero todas las luces se apagaron y no quedó más que la oscuridad, y el viento que llevaba el eco de su nombre en medio del silencio. ¿Por qué estaba tan ansioso porque supieran su nombre? Esto era algo que siempre le había preocupado... Pero nunca soñó con ello anteriormente.

Cuando oyó llegar el coche, se despertó completamente, escuchando alerta y temeroso el ruido del motor. Miró a su alrededor en la fría y desagradable habitación, maldiciendo la debilidad de su cuerpo febril. ¿Dónde estaba la pistola? Sus manos se movían rígidamente sobre el sofá. El hombre de color se la había llevado..., lo había dejado allí...

Se abrió la puerta y vio a Lorraine avanzar hacia él, con el rostro torcido de un modo extraño y sus tacones resonando sobre el duro y frío suelo. En aquel momento se dio cuenta de que estaba soñando... Se incorporó apoyándose en un codo para preguntarle sobre la pistola, pero ella no parecía oír o entender; se arrodilló junto a él llorando, y la presión de su cuerpo le causó un dolor intolerable en el hombro. El hombre de color estaba detrás de ella mirándole ansiosamente.

—¿Por qué la has traído? —le reprochó. El dolor prevalecía en medio de sus fluctuantes pensamientos; su mente se quedó de pronto seca y clara—. ¿Por qué la has traído, maldita sea?

—No pude detenerla.

—Todo irá bien —le tranquilizó Lorraine, rozando con su mejilla la frente de Earl—. Yo voy a cuidar de ti.

—No puede ser —murmuró—. No puede ser, Lory.

La cólera que empezaba a sentir le abandonó y cerró los ojos. Sentía que iba hundiéndose en el sueño; la sensación era de vértigo y de mareo, como si estuviera oscilando en el espacio, sin nada

debajo más que viento y oscuridad.

—Aquel niño tenía razón —dijo con voz lenta y clara—. Quería que yo mirase sus juguetes. A su viejo no le importaba. Me dieron pavo para cenar. Fue una velada muy agradable.

—Necesita un médico —decidió Lorraine, volviéndose sobre sus rodillas y mirando a Ingram—. ¿Me oye? Va a morir. Necesita un médico.

—No puede viajar, téngalo por seguro —dijo Ingram.

La esperanza que le había sustentado se estaba esfumando: estaban atrapados. No podían pasar con Earl un control de carretera. Pronto empezaría el delirio, y no habría modo de hacerle callar. Movi6 la cabeza lentamente. Earl estaba pálido como un muerto y un sudor oleoso perlaba sus mejillas y su frente. Presentaba un aspecto lastimoso...

Ingram sintió que el temor le cosquilleaba el cuerpo, pero ahora esta sensación le resultaba aburridamente familiar; había vivido con ella tanto tiempo que apenas podía recordar ninguna otra.

—Procure que esté caliente —dijo a Lorraine—. Trate de hacerle beber un poco de *whisky*.

—¿Adónde va usted?

—Trataré de buscarle un médico.

Miró hacia el viejo, que estaba roncando bajo su montón de mantas.

—Mientras yo esté fuera, llévelo a la cocina.

Ingram señaló con la cabeza hacia las descoloridas fotografías de la repisa.

—Hágalas desaparecer también.

—Lo haré.

Era una mujer inteligente, pensó Ingram; comprendía su problema.

—Y usted escóndase también en la cocina, con los viejos, y procure que no hablen.

—Sí, comprendo.

—Si el médico resulta que conoce este lugar, estamos perdidos. Silbará para que vengan los policías tan pronto como le haya traído. Y los dirigirá hacia nosotros.

Lorraine miró rápidamente a su alrededor.

—Pondré la lámpara al lado de Earl, con una manta alrededor.

Así no podrá ver nada de lo que hay en el cuarto.

—Está bien. Y será mejor que le dé a Earl un poco de *whisky*.

—Vaya, vaya a buscar un médico: es lo que hace falta.

—Sí, es verdad. Cogeré uno, me lo meteré en el bolsillo y lo traeré en seguida.

Lorraine le cogió las mangas de la chaqueta y le sacudió con fuerza.

—Tiene que conseguirlo, ¿comprende? Tiene que conseguirlo.

—Tengo que intentarlo —dijo Ingram con voz cansada. Sabía que no había esperanza para ellos a menos que Earl pudiese viajar —. Tengo que intentarlo.

Ingram tardó veinte minutos en llegar en coche hasta Avondale, el pueblo que atravesaba la carretera federal, a quince kilómetros de Crossroads. Giró hacia una calle lateral y condujo por espacio de varios minutos en medio de la oscuridad alrededor de la aldea dormida, hasta que vio la placa de un médico brillar bajo una luz azul. Entonces paró el motor y aparcó el coche frente a la casa.

La lluvia había cesado y la noche era más fría; pudo ver la capa de hielo sobre el pavimento, brillante como un diamante bajo los faroles. El nombre del médico era Taylor, doctor

W. J. Taylor

. Letras negras sobre una placa blanca de madera. La casa era también blanca, con un porche y parterres con césped a ambos lados de un camino de hormigón. Era como las demás casas del bloque: ordenada y limpia.

Si la policía no le andaba buscando a él, tenía una oportunidad, pensó Ingram. No había razón para que el médico no fuera con él...

Estudió la situación como si quisiera estudiar el posible juego de su contrincante en el póquer, analizando los factores conocidos y tratando de adivinar los imponderables.

Sus labios se movían ensayando la historia que le contaría al médico, susurrando las palabras en la oscuridad: «... Un amigo mío está herido, doctor. Allá abajo, junto a la carretera. El gato del coche le resbaló mientras estaba cambiando una rueda y le pilló la mano. Yo no quise que se moviera...». No había razón para que esto no funcionase. Los médicos estaban acostumbrados a casos

semejantes. Y una mano lesionada se parecía mucho a una herida de bala. El médico se proveería del material de cura necesario...

Se dio cuenta de que el miedo casi le paralizaba. Todo cuanto tenía que hacer era encaminarse hacia el porche y llamar a la puerta. Luego debería continuar actuando, hablando, mintiendo... Pero no podía resolverse a hacerlo. Tocaba la manija de la portezuela del coche, pero en seguida retiraba la mano rápidamente, con los dedos temblando de frío y de temor. «Cinco segundos —pensó desesperadamente—. Contaré hasta cinco». Pero su lengua estaba tan seca, que no podía articular sonido alguno; sentía la lengua como un trapo.

El llavero del coche le llamó la atención: oscilaba lentamente, brillando en la suave luz del salpicadero. Del aro colgaba una estrella. Ingram la tocó con el dedo, y diminutos reflejos danzaron en las cinco puntas relucientes. «Una estrella de plata, una condecoración», pensó. Había visto un par de ellas en Inglaterra durante la guerra. No se las daban a uno por limpiar un cuartel, sino que era preciso ganarlas en combate.

Probablemente pertenecía a Earl. Y él se la había dado a la chica para que la usara como talismán en su llavero. El gran héroe... ¿Por qué no le tocaba a él rematar el trabajo? Él era el hombre duro que abofeteaba a la gente que le miraba de soslayo. ¿Por qué no estaba allí? En vez de tomar sorbitos de *whisky* con su chica, esperándole... «El gran héroe acostado en una cama mientras yo tengo que hacer el trabajo», pensó con amargura. Dio un golpe desdeñosamente a la estrella de plata con la punta del dedo. «Muy bien, héroe —pensó, abriendo la portezuela—. Muy bien...».

Pulsó el timbre y esperó a que alguien respondiese, desplazando el peso de su cuerpo de un pie a otro, apretando con la mano la culata de la pistola. Una luz brilló detrás del anticuado montante, y un entarimado crujió en el pasillo de la casa.

La puerta se abrió y un hombre delgado, de cabellos canosos, miró hacia Ingram.

—¿Dígame? —preguntó apretándose el cinturón de su batín. El viento le despeinó los cabellos, y su voz tenía un tono de soñolienta irritación—. ¿Qué hay?

—Mi amigo se ha herido —dijo Ingram, hablando rápida y nerviosamente—. Necesita un médico.

—¿Dónde está?

—En la carretera, doctor. Tuvimos una avería y él estaba trabajando con el gato. Resbaló y le pilló la mano.

—¿Quiere decir que está atrapado debajo del coche?

—No, pero está mal herido.

—¿Por qué no lo ha traído con usted?

—Bueno... —La mano de Ingram temblaba sin que pudiera evitarlo—. No quise moverlo de donde estaba.

—Comprendo. Pase usted.

El médico condujo a Ingram a un despacho junto al pasillo y encendió las luces del techo.

Era un recibidor pequeño y confortable, con unas cuantas sillas, una mesa con revistas encima y una hilera de grabados de caza en una de las paredes. Una puerta daba acceso a un despacho más pequeño en el que Ingram vio una mesa escritorio y unas vitrinas con gasas, algodón e instrumentos quirúrgicos.

—¿Dónde está su amigo? —preguntó el médico, calándose unas gafas de montura de concha.

—En la carretera, como le he dicho.

—Sí, sí —apremió el médico, en tono irritado.

Con las gafas, sus facciones adquirieron un aspecto duro e impresionante.

—Pero ¿en qué lugar de la carretera?

—Bueno, a unos seis kilómetros de aquí, me parece.

—¿En qué dirección? ¿Norte o sur?

—Sur —se apresuró a responder Ingram.

—Esto está por la gasolinera de Texaco. ¿Por qué no me ha telefonado desde allí?

—Bueno, no caí en ello, supongo. Estaba muy excitado.

—Comprendo —dijo el médico, moviendo lentamente la cabeza—. Bien, tendré que ponerme algo de ropa. No tardaré. Siéntese y póngase cómodo.

Cuando abrió la puerta que daba al pasillo, un entarimado crujió por encima de sus cabezas y una voz de mujer llamó suavemente y con ansiedad:

—¿Walt? ¿Quién es, Walt? ¿Tienes que salir?

—Sí, querida. Vuelve a la cama.

—¿Ha habido un accidente en alguna parte?

Ingram vio brillar el sudor en la frente del médico, y percibió la tensión en su rostro. Aquel hombre no era ningún jugador de póquer; sospechaba algo y no sabía disimularlo. Ingram se detuvo frente a él y cerró la puerta. Inmediatamente después, sacó la pistola de su bolsillo.

—Tómelo con calma —dijo ásperamente—. Permanezca tranquilo y callado.

El médico miraba la boca de la pistola, respirando lenta y profundamente.

—Aparte eso. Está cometiendo un grave error.

—Dígale a su mujer que ha habido un accidente. Dígale que no tiene por qué preocuparse, doctor. Se lo advierto en serio.

Ingram abrió la puerta y con un movimiento de cabeza señaló el pasillo:

—Dígaselo.

—¿Walt? —la voz de la mujer sonaba clara ahora; había subido a lo alto de la escalera. Ingram se dio cuenta de ello—. ¿Quién está ahí abajo contigo?

Mirando fijamente la boca del arma, el médico explicó:

—Ha habido un accidente en la carretera federal. Me necesitan en seguida.

—Abrígate bien, Walt. El tiempo ha empeorado.

—Sí, querida. Vuelve a la cama.

—¿Quieres que te haga una taza de café?

—No, no tengo tiempo. Buenas noches, querida.

El doctor hizo un esfuerzo por tragar saliva, mientras sonaban unos pasos por encima de sus cabezas.

Ingram cerró la puerta del despacho.

—Mi amigo está herido de bala. Usted va a sacársela. No le pasará nada si se limita a hacer lo que le digo. Andando.

El médico miró fijamente a Ingram un instante, endureciéndose su boca en una línea de energía y determinación.

—¿Eso es lo que quiere?, bien, supongamos que le diga que se vaya al infierno. Utilice esa pistola y despertará a toda la ciudad. ¿No se da cuenta?

—No lo sé, doctor. Estoy demasiado asustado para pensar a derechas. Es la verdad. Dígame que me vaya al infierno, y es posible que eche a correr despavorido. No tengo la menor idea.

—Yo no voy con usted.

—Volveré a traerle sano y salvo. Lo prometo, doctor.

—No hay tiempo para regatear. Le digo que no, lisa y llanamente. Puede usted disparar o largarse.

Ingram resistió un loco impulso de echarse a reír. El hombre que se hallaba con una pistola en la mano era el que dominaba la situación; esto constituía prácticamente una institución americana. Todo el mundo lo sabía. El pistolero no tenía que halagar ni suplicar a la gente para que le obedeciese; se limitaba a mover la pistola en el aire y los que tenía delante saltaban. Ingram se preguntaba a sí mismo cuántos pistoleros se habrían encontrado con que este mito les estallaba en el rostro.

—Muy bien doctor. Ahora vuélvase.

—¿Para qué? ¿No tiene usted agallas para matarme de frente?

—Tengo que matarle, doctor; de modo que vuélvase. De lo contrario recibirá el balazo en el estómago. Tengo que hacerlo. No me deja usted otra alternativa.

Ingram hablaba sosegadamente, pero la convicción que se percibía en su voz hizo que el médico le mirase sobresaltado.

—Aguarde un momento —dijo rápidamente—. No ganará usted nada con matarme.

Ingram se daba cuenta de que estaba dispuesto a apretar el gatillo y la conciencia de ello le produjo escalofríos. La pistola dominaba tanto al que la empuñaba como al que era apuntado con ella.

—No dispare —dijo el médico, disolviéndose toda su obstinada confianza en sí mismo—. Iré con usted.

—Eso está bien —aprobó Ingram, respirando lentamente.

—Dígame lo que sepa del estado de su amigo. ¿Cuándo fue herido y dónde recibió la bala?

—Tiene la bala alojada en el hombro. Ocurrió hace cuatro horas, quizá cinco.

—Alrededor de las ocho —precisó el médico mirando fijamente a Ingram con repentina y tensa comprensión—. ¿El banco de Crossroads?

—Eso es.

—Pues bien; su amigo tiene en su cuerpo una 38 de una Police Special —dijo el médico, muy pálido—. ¿Le ha sangrado mucho la

herida?

—No lo he mirado. Pero parece débil, como si delirase.

—El *shock*, naturalmente —dictaminó el médico, mirando con incertidumbre hacia las vitrinas del pequeño despacho—. No tengo plasma, pero puedo llevar solución salina y dextrosa. Va a necesitarlo. ¿Y qué más?

Repasó lo que iba a necesitar contando con los dedos y hablando en voz baja, apresuradamente.

—Novocaína, penicilina, antitoxina contra el tétanos... y... vamos a ver... demerol, por supuesto, y secunesina para calmarle. De todo esto tengo. ¿Cuánto tardaremos en llegar hasta él?

—Muy poco.

—Está bien —concluyó el médico tras una breve pausa—. Voy a empaquetar todo lo que necesito...

Cuando hubo metido en una bolsa medicamentos e instrumentos, miró la bata que llevaba puesta.

—No puedo ir así. Mi ropa está arriba.

—¿No tiene ningún abrigo aquí abajo?

—Sí... En el perchero del vestíbulo.

—Es suficiente —decidió Ingram—. Le traeré otra vez aquí tan pronto como pueda. Se lo prometo, doctor. Solo una cosa: ponga en la bolsa un rollo de gasa. Tendré que vendarle con ella los ojos cuando salgamos de la ciudad. No le va a pasar nada. Lo juro. Pero no quiero que guíe usted a los polis hasta nosotros. Lo comprende, ¿verdad?

—Claro —admitió el médico con amargura.

Ingram le hizo salir al pasillo, permaneciendo unos dos pasos detrás de él con la pistola apoyada en la cadera. El médico se estaba poniendo el abrigo, cuando Ingram oyó que un coche se detenía delante de la casa. Se extinguieron los ecos del motor, se volvió y miró la cara pálida del médico.

—¿Qué es eso? —preguntó en voz baja.

La portezuela del coche se cerró de golpe y sonaron unos pasos ágiles que se aproximaban a la casa. Ingram sintió que los nervios en tensión le dolían cruelmente.

—¿Qué es eso? —volvió a susurrar.

—No lo sé.

—Vuelva al despacho —ordenó Ingram empujando al médico,

cerrando la puerta y apoyando la espalda contra ella; luego apuntó con la pistola al estómago de su prisionero.

—Será mejor para usted que se ponga de mi parte. ¿Quién es?

—No lo sé, se lo aseguro. Puede ser un hombre que tenga a su mujer enferma o cualquier otra persona.

—¿Por qué no tocan el timbre?

El médico estaba muy pálido; profundas sombras se habían oscurecido bajo sus ojos y sus labios habían empezado a temblar.

—No lo sé. No lo sé.

Ingram aplicó el oído a la puerta. Oyó voces quedas y risas ahogadas. Luego, el sonido metálico de un pestillo y unos tacones altos en el pasillo.

—¿Papá? —Era la voz de una joven, suave y algo ronca por la excitación—. ¿Papá? ¿Aún no te has acostado?

—Solo tiene dieciséis años —dijo el médico, susurrando las palabras frenéticamente y mirando a Ingram con impotente angustia—. Dieciséis años, ¿lo oye?

La cara de Ingram estaba encendida.

—Yo no puedo hacer nada —dijo, moviendo la cabeza—. ¿Qué quiere que yo le haga?

—¿Papá? ¿Puedo entrar un momento? Hemos tenido una cena.

—Mañana será otro día, cariño. Creo que valdría más que te acostases. Tengo algo..., algún trabajo que terminar.

El pomo de la puerta giró lentamente.

—Solo quiero decirte una cosa, papá.

—¡No! ¡Vete a la cama!

—Es demasiado tarde, doctor —dijo Ingram en tono desabrido—. Guarde silencio.

Manteniendo la pistola a un lado, abrió la puerta y dijo «entre» a la niña que estaba en el pasillo. La muchacha dirigió a su padre una sonrisa insegura mientras Ingram cerraba la puerta y se apoyaba contra ella.

—Yo no sabía que hubiese alguien contigo, papá. Como no lo dijiste...

—Lo siento —dijo Ingram, mostrando la pistola—. Ahora no grite, ni hable siquiera. Solo quédese ahí y guarde silencio.

—¡Papá! —exclamó la niña con un gemido—. ¿Quién es?

—Está bien, Carol —dijo el padre con voz tensa, innatural,

rodeando con el brazo los hombros de su hija—. Su amigo está herido. Tengo que ir a asistirle.

—Tendremos que ir todos —le corrigió Ingram—. Lo comprende, ¿verdad, doctor?

—¡Usted no puede llevarla también a ella!

—Tengo que hacerlo.

—¿Qué clase de hombre es usted? Suponiendo que sea un hombre... —La voz del médico temblaba con impotente furia—. Usted es una especie de animal, ¿verdad?

—¡No lo sé, no lo sé! —se lamentó Ingram, no menos impotente—. Pero tengo que hacerlo, doctor.

El miedo que veía en los ojos de la muchacha y la ira en el rostro de su padre le azotaban como un látigo.

—Debo ayudar a mi amigo. Antes de ahora, jamás había hecho algo malo en mi vida. Estoy en un apuro. No parezco un ser humano a los ojos de usted, pero juro ante Dios que ni usted ni su hija sufrirán daño alguno. Usted ayudará a mi amigo y yo les volveré a traer aquí. Lo juro, lo juro. No tienen nada que temer.

—Yo no tengo miedo, papá —dijo la muchacha con una vocecita suave—. De veras que no lo tengo. No te preocupes, por favor.

Era bajita y delgada; una niña con un vestido rosa de fiesta y unos zapatos plateados, de tacones altos. Miraba a Ingram con ojos serenos, sensibles.

—No nos hará ningún daño. Yo le creo, papá.

—No les pasará nada —insistió Ingram con súbita vehemencia—. Lo he jurado, ¿no? Ahora, vámonos...

## 16

EL CAMINO QUE sinuosamente conducía a la granja estaba duro a causa del hielo; Ingram tuvo que luchar con el volante porque el coche brincaba por el terreno accidentado, y la larga luz de los faros saltaba como loca al proyectarse contra los muros de la vieja casa. Para regresar a ella, Ingram trazó un amplio círculo, haciendo media docena de paradas y virajes innecesarios; era una estrategia esencial, pero en el viaje se había gastado un tiempo preciso.

Bajó del coche y tembló al recibir su cuerpo el frío viento. La noche se extendía a su alrededor, ancha, oscura y vacía, silenciosa excepto por el viento que gritaba como un ser atrapado en las ramas de los grandes árboles desnudos. Ayudó al médico y a su hija a apearse del automóvil y los condujo hacia el porche. Habían hablado poco durante el largo y errabundo viaje, pero después de que él hubo parado y les hubo vendado los ojos, Ingram pudo percibir que prestaban una intensa atención a las percepciones de los otros sentidos: el ruido distante de un avión, el intenso olor a tierra mojada de aquella casa solitaria, la transición del asfalto a los caminos embarrados. Ingram se daba cuenta de que el padre y la hija estaban absorbiendo todas estas sensaciones para poder formarse una idea del lugar al que él les estaba llevando. Ahora, cuando se encontraron en el porche, la mano del médico tocó la jamba de la puerta, moviéndose sus dedos para examinar las porosas piedras de los viejos muros.

—¿Por qué no se relajan ustedes? —les aconsejó Ingram sosegadamente—. No nos merecemos que se preocupen ustedes

tanto. Vamos, adelante; cuidado con este peldaño...

Earl estaba más fuerte que cuando Ingram lo había dejado, apoyado en el sofá, con la botella de *whisky* a su lado, las mejillas brillando con un color innatural y una luz dura y cansada centelleando en sus ojos.

—¿Quién es esa chica? —preguntó, mirando a la hija del médico—. ¿Por qué la has traído?

—Es su hija. Llegaba de una fiesta y he tenido que traerla. ¿Cómo te sientes?

—Bastante bien. Solo que tengo frío.

Ingram se quitó el abrigo y lo puso sobre las piernas de Earl. Luego extendió una rápida mirada alrededor de la habitación: la mujer de Earl había cumplido bien su cometido. El viejo ya no estaba, como tampoco las fotografías de la repisa. Exceptuando el espacio alrededor del sofá, la habitación se hallaba sumida en las sombras. El médico sabía que estuvo en una vieja casa de campo... y nada más. Ingram guio a la niña hacia una silla y después quitó al médico el vendaje de gasa que le tapaba los ojos. Pestañeó y miró a su alrededor buscando a su hija. Estaba sentada con las manos cruzadas sobre el regazo, y sus labios infantiles formaban una firme y diminuta línea, incongruentemente dulce e inocente en aquella fría y húmeda estancia, con la falda rosa extendida alrededor de las rodillas y una tenue luz brillando en las puntas de sus zapatos plateados.

—Iré tan rápido como pueda, cariño —le dijo su padre—. No te preocupes por nada.

—Yo no estoy preocupada, papá.

—Vamos, doctor —le apremió Earl.

El médico le miró por primera vez, con ojos clínicamente vigilantes. No había compasión en su semblante, y muy poco interés. Miró la botella de *whisky* y preguntó:

—¿Cuánto ha bebido usted de eso?

—Tres o cuatro tragos. ¿Por qué? ¿Es malo?

—Probablemente no le hará daño —El médico se inclinó para mirar los ojos de Earl por espacio de unos segundos. Sin volver la cabeza, dijo—: Necesitaré agua hirviendo y una mesa o un par de sillas.

—Iré a buscarlas —dijo Ingram.

El médico sacó unas tijeras de su bolsa y desabrochó la camisa de Earl para quitarle la ropa ensangrentada. Ingram hizo una mueca cuando vio la herida; parecía como un ojo de púrpura estrujado entre capas de carne tumefacta, descolorida.

—Primero voy a inyectarle —explicó el médico, poniendo la bolsa encima de la silla que Ingram había colocado al lado del sofá—. Después le administraré un tranquilizante. A continuación limpiaré el área superficial y ya veremos lo que se puede hacer.

—¿Qué aspecto tiene? ¿Malo?

—No lo sé. Podré hacer un diagnóstico cuando le haya tomado la tensión. ¿Ha escupido sangre?

—No.

—Quizá haya estado de suerte. La bala entró en el músculo pectoral, pero evidentemente no tocó el pulmón.

Había preparado una aguja hipodérmica mientras hablaba, midiendo el líquido con gran atención.

—Muy bien. Ahora deme el brazo.

—¿Cuánto tiempo va a llevar esto?

—De media hora a una hora, depende de lo que yo encuentre —Vaciló y levantó los ojos hacia Ingram—. Voy a hacer lo que pueda, pero no estoy en condiciones de prometer nada. Debería disponer de un quirófano estéril e instrumentos también esterilizados. En una herida hay el peligro de *shock* e infección, además del efecto disruptivo de la bala y el daño causado a la carne y al hueso, capilares y arterias. Lo intentaré; es cuanto puedo prometer.

Earl se puso un cigarrillo en la boca y examinó al médico con una leve sonrisa.

—¿Cómo se juzga usted a sí mismo como «asierrahuesos»?

—Lo hago bien.

—Entonces, no se preocupe. Soy fuerte y resistente. Una vez tomé una ciudad en Alemania con una bala en mi pierna. Me estaban preparando una taza de café cuando apareció el resto del pelotón. De modo que ya puede empezar a cortar.

El doctor aflojó la banda de goma que había atado al brazo de Earl.

—La tensión está bien. Casi podríamos decir que es fantástica.

—Ya se lo he dicho, doctor —comentó Earl sonriendo.

El médico trabajaba con rápida y eficiente precisión, poniendo

en el brazo de Earl tubos para alimentación intravenosa y limpiando la superficie de la herida.

—La bala se desvió hacia abajo —murmuró—. Probablemente rozó una costilla sin dañarla. Vuélvase un poco. Eso es.

Examinó el costado de Earl con las puntas de los dedos, vigilante, con curiosidad profesional.

—Aquí está. Será más fácil cortar que seguir la trayectoria de la bala.

—¿Y si bebo algo?

—Bueno —dijo el médico encogiéndose de hombros y haciendo a Ingram un gesto con la cabeza—. Dele *whisky* con un poco de agua. Si le sienta bien, podrá servirle de ayuda.

Ingram desplazaba el peso de su cuerpo de uno a otro pie mientras el médico sacaba un escalpelo de la cacerola con agua hirviendo que él había ido a buscar a la cocina. La cara de Earl estaba empapada de sudor y tenía tensos los músculos del cuello, pero no emitía sonido alguno; solo iba tomando pequeños sorbos de *whisky* y miraba sin expresión las facciones graves del médico.

Una vez extraída la bala, el médico volvió a la herida del pecho, aplicando polvos y apósitos, que sujetó con anchas tiras de esparadrapo.

—¿Cómo se siente?

—Un poco cansado.

—¿Algún dolor?

—No; me siento bien.

—¿Cuándo podrá viajar, doctor? —inquirió Ingram.

—Si estuviese en un hospital, le darían de alta dentro de una semana. Necesita descanso.

—Tonterías —rechazó Earl—. Fui herido dos veces en la guerra y apenas tuve que guardar cama.

—Entonces era usted mucho más joven.

—¡No me diga! ¡Si solo tengo treinta y cinco años!

—O sea, diez más de los veinticinco.

—Nada, nada. ¡Fíjese en los boxeadores! Supongamos que usted necesita contratar a alguien para que propine una buena paliza a un enemigo suyo. ¿Buscaría usted a un mequetrefe de veinte años?

—Supongo que recurriría a un hombre hecho y derecho —admitió el médico, encogiéndose de hombros—. Pero no si tuviese

una bala en el hombro.

Trabajó rápidamente durante otros tres o cuatro minutos, suturando y vendando la incisión que había practicado en el costado de Earl.

Finalmente, se pasó el dorso de la mano por la frente y dijo:

—Bueno, ya está. Va usted cargado con penicilina y una solución de cera de abejas. Esto le sostendrá durante veinticuatro horas. Entonces necesitará más. Y necesitará que se le cambien estos vendajes. He hecho cuanto he podido por usted.

—Lo hace usted bien —reconoció Earl—. Ya lo dijo. Trabaja usted de maravilla.

—Y usted es fuerte y resistente —El médico volvió a poner sus cosas en la bolsa. Se desperezó y miró a su hija—. Muy bien, cariño; vámonos ya.

—Tengo que vendarle los ojos, doctor —le recordó Ingram—. Entonces podremos partir.

—Aguarda un momento —dijo Earl amablemente—. Ellos no van a ninguna parte, negro.

—¿Qué quieres decir? Les prometí que les llevaría de nuevo a su casa.

—Tan pronto como él tenga un teléfono a mano, llamará a los polis. ¿No habías pensado en eso?

—¿Qué puede decirles? Solo que ha estado viajando por algún lugar del campo. Él y la chica llevaron los ojos vendados todo el camino. Y volverán a su casa de la misma manera.

—No —dijo Earl moviendo la cabeza lentamente—. Ellos se quedarán aquí hasta que nosotros salgamos. Y no se hable más.

Se sentía lleno de confianza, dispuesto a dirigir el espectáculo. Era como el ejército, pensó, donde todo iba como una seda si un tío tomaba las decisiones y el resto las llevaba a cabo.

El médico miraba a Earl sin temor ni cólera, con un músculo obstinadamente tenso a lo largo de la línea de su mandíbula.

—¡Ahora sale usted con esas! —dijo lentamente—. Nos vamos a casa. Yo le he remendado lo mejor que he podido. Ahora me voy a casa y me llevo a mi hija conmigo. Métase eso en la mollera.

Earl volvió a mover la cabeza.

—Ustedes se quedan, doctor. Hasta que nos marchemos nosotros.

—Ellos se han portado bien con nosotros —terció Ingram con vehemencia—. Él te ha salvado la vida, y tú lo sabes. Hicimos un trato y él ha cumplido su parte. Ahora me toca a mí cumplir la mía.

Earl se echó a reír. Se sentía bien, ligero y con energía. La pistola se hallaba cerca de su mano; eso era lo que le hacía reír. Ingram la había dejado en el abrigo que le echó sobre las rodillas.

—Tú estás fuera de juego, negro. Ya te dije que yo iba a dirigir esta función, ¿no te lo dije?

Se incorporó en el sofá y sacó la pistola del bolsillo del abrigo.

—Eres muy descuidado con las armas, negro. En cualquier ejército te habrían formado consejo de guerra por esto.

—¿Qué demonios te pasa? —protestó Ingram, irritado—. Deja de hablar del ejército. Aquí no estamos en los malditos cuarteles.

La niña era ahora presa de la incertidumbre, y profirió un leve grito de terror.

—¿Papá? Papá, ¿qué vas a hacer?

El médico la rodeó fuertemente los hombros con su brazo.

—Iremos a casa, pequeña. Te lo prometo.

—Eso no puede ser, doctor —replicó Earl, meciendo indolentemente la pistola en su mano.

Se sentía importante; la combinación de medicamentos y alcohol le infundía una ilusoria confianza que fluía por sus venas.

—Tengo que retenerles aquí. Es usted un tipo listo. Usted comprende.

—Ahora escuche —dijo el médico con voz tensa—. Si no estamos en casa pronto, mi esposa llamará a la policía del estado. ¿Es eso lo que usted quiere?

—Bueno, no podemos permitir que lo haga —reconoció Earl, pensativo. Asintió con la cabeza, mirando al médico—. Usted tiene las ideas muy claras, ¿verdad?

—Trato de ser razonable. No ganará nada con retenernos aquí.

—Sí, tiene razón. El retenerlos a los dos no es nada bueno. Así que nos quedaremos solo con la chica. Eso es mejor, ¿no, negro?

—Hablas como un loco.

—¿Y qué le digo yo a mi mujer? —se lamentó el médico—. ¿Se le ocurre algo?

—Que se ha quedado a pasar la noche en casa de una amiga.

—Su madre descubriría que estoy mintiendo.

—Dígale entonces la verdad. Eso es razonable, ¿no? Convénczala para que disimule, como si no pasara nada. Que telefonee a la escuela y diga que está enferma o algo así. La retendremos aquí hasta que estemos listos para marcharnos. Esa será la única forma de que no vaya corriendo a denunciarnos, ¿verdad, doctor?

—Mi esposa no ha estado bien —explicó el médico—. No puedo decirle la verdad. El disgusto podría matarla.

—Ese problema es suyo —dijo Earl con aspereza. La ira iba forjándose en su interior, pugnando por salir—. Ella es su mujer, no la mía. Dígale lo que se le antoje, pero evite que hable. De lo contrario, no volverá usted a ver a esa linda muchachita.

—Es usted una asquerosa basura llena de podredumbre —dijo el médico con voz suave pero salvajemente amarga—. No es usted más que porquería, no tiene un gramo de decencia en su miserable cuerpo. Es usted fuerte, desde luego; la tensión sanguínea normal cuatro horas después de haber recibido un disparo lo demuestra. Es la misma reacción que encontramos en los animales. Sus agallas le vienen de la pistola que tiene en la mano. Sin ella, es usted una cosa que se va arrastrando en el barro.

—¡Cállese! Diga usted algo más y le hago un agujero en la cabeza. ¿Cree que estoy bromeando?

Hizo un esfuerzo para ponerse en pie, bamboleándose como un luchador malherido; una terrible debilidad se estaba difundiendo por su cuerpo.

—Usted cree que bromeo, ¿eh? ¿Quiere morir delante de esa niña?

—No... le creo.

Los labios del médico estaban rígidos y secos. Se apartó un paso de Earl estrechando a su hija fuertemente en sus brazos.

—Procure relajarse. Está usted enfermo.

Ingram se puso rápidamente delante del médico.

—Si quieres disparar contra alguien, muchacho blanco, dispara contra mí —dijo con voz suave, trémula—. Adelante. Eres el gran héroe con todas las medallas. Aquí tienes la oportunidad de ganar otra. Dispara contra mí y después contra el doctor que te ha salvado la vida, y luego a la chiquilla. Te darán una gran medalla. Pero entonces estarás completamente solo, muchacho blanco. Métete esto en la cabeza.

—Apártate. Apártate, te digo.

—Voy a llevar a estas personas a su casa. Se lo he prometido. Camine hacia la puerta, doctor. Si dispara contra alguien, va a ser contra mí.

—¡Negro! —gritó Earl frenéticamente—. ¿De parte de quién estás tú?

—Les llevo a su casa. Eso es lo primero.

—¡Bien, maldita sea! —exclamó Earl, tambaleándose un poco—. Debía esperar esto.

La pistola oscilaba floja a su costado, con la boca apuntando hacia el suelo.

—Tú has ganado.

Estas palabras sonaron densas y al propio tiempo débiles en sus oídos. Se sentó en el sofá, moviendo su cuerpo con gran preocupación, sintiéndose invadido por una especie de mareo.

—Muy bien, llévalos a su casa —concedió, respirando pesadamente—. Llévalos a su hogar, ¿oyes? Lleva a todo el mundo a su hogar. Todo el que tiene un hogar debería ir a su hogar.

Ingram se acercó a él rápidamente y cogió la pistola que pendía floja de su mano.

—Volveré —dijo, tocando a Earl en el hombro—. No te preocupes.

Se humedeció los labios, intentando pensar en algo más que pudiera decir; toda su cólera se había esfumado.

—Volveré —repitió—. Procura descansar un poco.

Earl se recostó en el sofá, respirando por la abierta boca. Miró a Ingram con ojos enfermos, velados, y asintió débilmente con la cabeza.

—Te esperaré, negro. No puedo hacer otra cosa.

## 17

A LAS TRES DE LA madrugada, el pueblo de Crossroads estaba durmiendo bajo la débil luz de la luna, con sus calles desiertas y las ráfagas de viento tirando con siniestro sonido de los toldos de las oscuras tiendas.

El *drugstore* y la gasolinera del recodo de la carretera federal constituían excepciones al negro silencio; estaban valerosamente abiertos, como de costumbre; claras y desafiantes banderas contra la noche.

En el cuartel general de la policía, en la casa consistorial, Kelly estaba sentado frente a la mesa del *sheriff*, con un cigarrillo encendido en el cenicero y un montón de notas e informes en su mano. Morgan estaba libre de servicio, y el *sheriff* y varios de los hombres de Kelly trabajaban con los policías en los controles de carretera en torno a Crossroads.

Kelly se movió en su sillón giratorio y miró el mapa del condado, en la pared, concentrando los ojos en el círculo negro que el *sheriff* había trazado alrededor del área situada al sudoeste de Crossroads. La red que se había tendido para capturar a los atracadores era bastante grande, pensaba. Demasiado grande. Los hombres estaban atrapados en ella; los controles la cubrían con eficacia, pero el territorio era muy vasto, y alguien podía resultar herido antes de que la red se cerrara alrededor de los fugitivos. Tenían que apresurarse a cogerlos. Esto era lo esencial en la última fase de la operación.

Washington, por su parte, estaba trabajando. Habían

identificado al atracador muerto: Burke, un expolicía de Detroit, expulsado por aprovecharse de su condición de agente para extorsionar. Ahora todo había acabado para él, pensaba Kelly. Esperó la gran ocasión y fracasó por poco. Washington andaba detrás de un hombre llamado Novak, socio de Burke en los últimos meses. Tal vez Novak no tuviera participación en el golpe del banco, pero querían estar seguros. Docenas de agentes andaban tras él, junto con los departamentos de policía de cada estado. Novak, quienquiera que fuese, corría peligro.

Eso dejaba al hombre dentro de la red. John Ingram, un negro. La policía de Filadelfia había investigado concienzudamente sobre él. No había tenido problemas hasta el momento. Era conocido como un individuo tranquilo, de buen humor, que participaba en un grupo de jugadores de azar, uno de cuatro hermanos con buenos antecedentes y empleos responsables. Ingram tenía intrigado a Kelly; no encajaba dentro del cuadro. Los atracadores de bancos se dividían en varias categorías. Por lo general eran hombres impulsivos y temerarios, indiferentes al riesgo o al peligro. Dificiles de parar, ya que los bancos parecían desafiar su temperamento propenso a infringir la ley, pero muy fáciles de arrestar; inevitablemente gastaban el dinero robado a tontas y a locas, bebiendo, alborotando y exhibiéndose hasta que atraían sobre sí mismos el peso de la justicia.

El hombre blanco, sí. Aún no tenían su nombre; solo la descripción hecha por el *sheriff*: alto y corpulento, con unos ojos de mirada penetrante y fría. Encajaba. De humor variable, inquieto; un hombre resentido.

Se abrió la puerta y Kelly apartó el rostro del mapa, esperando ver entrar al *sheriff* Burns, pero era su hija, Nancy, envuelta en un impermeable con capucha y llevando en los brazos un termo de gran tamaño. Dijo «hola» con cierto aire de timidez y puso el termo encima del mostrador.

—Creí que papá estaría aquí.

—Ha ido a uno de los controles de carretera —aclaró Kelly mirando su reloj—. Dijo que volvería pronto.

—¿Quiere usted café?

Puso el impermeable encima de una silla y pasó nerviosamente una mano por sus largos y rubios cabellos.

—No podía dormir y me preguntaba si a papá y a usted les apetecería beber algo caliente.

—Eso está bien.

Kelly se apoyó en la mesa y estuvo observando cómo la joven vertía humeante café en las tazas metálicas que había desenroscado de la parte superior del termo. Había un eficiente apresuramiento en todos sus gestos, como si estuviera ansiosa por terminar lo que estaba haciendo. A Kelly le resultaba difícil imaginarla haciendo algo de forma más sosegada, sin tomarse ninguna prisa. «Cuánta energía y vitalidad», pensaba. Aquella muchacha le tenía intrigado; había en ella contradicciones que no acertaba a comprender. Parecía cálida y fría, pensativa, dura e indiferente, pero todo al mismo tiempo. Las emociones se mezclaban en extraños e ilógicos modelos de comportamiento. Había estado pensando mucho en ella desde el momento de la cena en su casa, no simplemente porque era una mujer joven y atractiva, sino porque las incongruencias en su modo de comportarse despertaban su interés profesional por los enigmas.

Estuvieron sentados un momento en silencio, Kelly apoyado en la mesa y ella examinando la línea de luz que se movía en la reluciente punta negra de su zapato. La oficina estaba caliente y silenciosa, confortable refugio con aroma de café contra la presión que la noche ejercía contra los helados cristales de las ventanas. Pero Kelly se daba cuenta de que el silencio que reinaba entre ellos no resultaba cómodo. La joven parecía cohibida y en tensión por alguna razón que él ignoraba.

No podía imaginar por qué. Era lo suficientemente bien parecida, pensaba Kelly, estudiando su perfil de regulares líneas. Solo un poco rígida y tímida, pero todo lo demás estaba muy bien: hermosa cabellera rubia, cutis fresco y limpio, ojos y boca inteligentes. No se advertía en ella ninguna imperfección. Llevaba un suave suéter de color beige y una bonita falda de *tweed*, y las curvas de su pecho y de sus caderas quedaban de manifiesto cuando torcía ligeramente el cuerpo en la silla y cruzaba sus piernas finas y delgadas.

¿Por qué, entonces, no estaba casada?, se preguntaba el agente.

—¿Dice usted que esta noche le costaba trabajo dormir? —le preguntó cortésmente.

—Sí..., no sé por qué.

—¿Le sucede eso a menudo?

Nancy le miró y se ruborizó un poco.

—Me temo que sí.

—Pues yo acostumbro a dormir bien. Si el dormir fuese una actividad lucrativa, como el béisbol, por ejemplo, yo sería el DiMaggio de la liga.

—¿Cuál es el secreto? ¿Mucho ejercicio, ventanas abiertas de par en par y cosas por el estilo?

—La ventana abierta es el verdadero secreto —confirmó él.

—¿A su esposa no le molesta un dormitorio frío?

—No estoy casado —aclaró el agente—. Pero tengo una futura esposa rondando por algún lugar y espero que no le molestará.

—Es una manera interesante de mirar las cosas —dijo Nancy riendo—. Aunque en realidad es una manera de mirar un poco bizca.

—No lo sé. Algunos hombres sueñan con exesposas. Así pues, ¿hay algo malo en que yo sueñe con una futura esposa? —Kelly sonrió—. ¿No sueña usted cosas así? ¿Sobre el tipo con quien usted va a casarse?

—Supongo que debo hacerlo. Supongo que todo el mundo lo hace.

Nancy se levantó y se alisó la falda con gestos rápidos, eficientes.

—¿Quiere un poco más de café?

—Sí, gracias.

Mientras la observaba, el agente empezaba a comprender lo que de incongruente había en ella. No parecía darse cuenta de que era atractiva, no tenía la natural confianza en sí misma que de ordinario forma parte de la personalidad de una mujer bien parecida. Esto también le intrigaba. ¿No le había dicho nadie que era bonita o divertida o maravillosa? Parecía improbable. Quizá alguien dejó de decírselo, y esto produce el mismo efecto.

Finalmente, Kelly decidió que cuando ella se casara, se acabaría su insomnio.

Kelly no era insensible, pero su mente funcionaba de una manera simple y directa. Lo manifiesto a veces se le escapaba, y lo oscuro disparaba una señal de alarma en su cerebro. La

combinación de ambas peculiaridades hacía de él un hombre difícil de engañar.

Sonó el teléfono, rompiendo el incómodo silencio, y Kelly dijo a Nancy al tiempo que descolgaba:

—Disculpe.

—¿Está el *sheriff* Burns? —Era una voz de mujer, alta y temblorosa—. Soy la esposa del doctor Taylor.

—No; ha salido. ¿Puedo ayudarla?

—Algo le ha ocurrido a mi hija. Algo terrible, estoy segura.

La voz de la mujer subía de tono histéricamente. Kelly le aconsejó:

—Tómelo ahora con calma. Dígame solo qué le sucede —Cubrió con la mano el receptor del teléfono y dirigió a Nancy una mirada interrogadora—: ¿La esposa del doctor Taylor? —le preguntó.

—Es Laura Taylor. La familia vive en Avondale, a unos quince kilómetros de aquí.

—Señora Taylor...

—Intento estar tranquila. Mi hija fue esta noche a un baile de la parroquia. Hace horas que debía haber regresado. Pero no ha vuelto.

—¿Con quién fue?

—Con el chico de los Metcalf. Ya le he llamado por teléfono. Estaba acostado... Me dijo que había dejado a Carol a la una de la madrugada.

—¿La vio él entrar en la casa?

—Sí, sí... La acompañó hasta la puerta.

—¿Ha inspeccionado bien la casa? Puede haberse quedado dormida acurrucada en un sofá o algo así.

—No está aquí, se lo aseguro. He recorrido desde la planta baja hasta el ático.

—¿Puede haber ido a pasar la noche a casa de alguna amiga?

—No... Algo terrible ha sucedido. Estoy segura de ello.

—¿Está ahí el doctor Taylor?

—Ha salido para atender una urgencia. Hubo un accidente en la carretera federal. Yo estoy aquí sola.

Kelly se volvió y miró el aparato de radio, junto al que había permanecido sentado toda la noche. Estaba seguro de que no se había registrado accidente alguno en la carretera federal.

—Señora Taylor. Voy inmediatamente. Tómelo con calma. Estaré ahí dentro de diez minutos.

—Sí, por favor; dese prisa.

Kelly cogió su gabardina. Uno de los hombres perseguidos estaba herido y había sido llamado un médico para atender a un falso accidentado. Ello solo podía significar una cosa...

—Voy a buscar a su padre —dijo a la joven—. ¿Quiere que, de paso, la deje en su casa?

—No, gracias; por favor, no se moleste.

—¿Por qué cree que es molestia? Vamos...

## 18

INGRAM SE HALLABA de pie junto a la ventana del cuarto de estar de la alquería, contemplando cómo la luz grisácea del amanecer ahuyentaba la oscuridad que se cernía en lo alto del prado. Era demasiado tarde para ponerse en marcha; cuando estuviesen listos para partir, ya estaría saliendo el sol. Dirigió una mirada a Earl, que estaba durmiendo con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá y con el brazo sano descansando, protector, a través de su hombro herido. A la débil luz de la lámpara, su rostro era una máscara de debilidad y de dolor; las concavidades de debajo de sus ojos eran como contusiones de color púrpura intenso, y la barba le había crecido como una negra tiznadura que cubriera la oscura piel de su cara. «Su aspecto es tan malo como mi propio estado de ánimo», pensaba Ingram.

Tendrían que permanecer allí todo el día, decidió, mirando hacia el sitio donde dormía la mujer de Earl. La joven se había hecho su cama con el cojín de la parte trasera del coche y estaba acostada con las piernas encogidas bajo una vieja colcha encontrada en un armario del piso de arriba. Había algo tétrico en el modo como estaba durmiendo, pensó Ingram. Como un luchador que toma su último descanso antes de subir al cuadrilátero, su respiración era profunda y acompasada, y su cuerpo parecía deliberadamente inmóvil, como si se aprestase a alguna prueba extraordinaria. Era también una mujer ordenada y aseada como una gatita: los zapatos bien colocados uno al lado del otro, el lecho preparado como por una *girl-scout*, e incluso una cinta atando sus

largos cabellos negros. Podía ver sus pálidas facciones y el vapor rítmico de su aliento en el aire frío. Sabía que era una mujer fuerte, dura y egoísta. Solo se preocupaba de sí misma y de Earl... de nadie más. Quizá eso estuviera bien, pensaba, sintiendo una dolorosa sensación de soledad. Esa era la necesidad de una mujer: salvaguardar la vida que compartía con un hombre. Empezó a sentir tristeza de sí mismo, compadeciendo su cuerpo, la solitaria enfermedad y el dolor de este cuerpo. «Un hijo sin madre», pensaba, intentando burlarse de su propio estado de ánimo. «A veces me siento como un niño sin madre, lejos del hogar». Movi6 la cabeza entristecido al pensar en las plañideras palabras de la canción: *«Solo porque mi pelo es ensortijado, solo porque mis dientes son como perlas...»*.

Earl se movió y abrió los ojos. Ingram le miró y le preguntó:

—¿Cómo te sientes ahora?

—Muy bien, supongo —respondió Earl, mirando hacia la ventana—. Ya está clareando. Sería mejor que partiéramos, ¿no?

—Es demasiado tarde —dijo Ingram, sentándose despacio en una silla frente a Earl—. Imagino que deberemos esperar a que oscurezca. No podemos pasar por delante de los policías a plena luz. Verán que estás herido. De noche podrás sentarte con el cuello del abrigo subido y no te verán demasiado bien.

Lorraine se movió y Earl bajó la voz:

—¿Vamos a estarnos aquí sentados todo el día?

—No veo ninguna otra posibilidad —respondió Ingram sosegadamente—. Estaremos muy bien. Los viejos no nos molestarán y los polis no saben dónde buscarnos. Nos limitaremos a no dejarnos ver y todo irá bien.

—Quizá —dijo Earl, moviendo su mano sana en un débil y vago gesto.

El dolor en su hombro era menos vivo de lo que había esperado, pero su estado de ánimo era pesado y estaba sin aliento. Sus pensamientos se arrastraban indiferentes a la situación en que se encontraban. Cogió un cigarrillo del paquete que tenía en el sofá y se inclinó hacia adelante para encenderlo en la cerilla que Ingram le había presentado. Inhalando profundamente, observaba cómo el humo iba subiendo en capas azuladas hacia el techo.

—¿Qué hay del doctor? —preguntó finalmente—. ¿Crees que

podría traer a los polis?

—No sé cómo. Es curioso, pero obraba como si no tuviera deseos de hacerlo. Continuamente me daba las gracias... Bueno, por el modo como todo había acabado bien.

—Sí, es curioso —dijo Earl secamente.

—Pero no sabe nada que pudiera ayudar a los polis. Todo el tiempo estuvo con los ojos vendados. Lo mismo que su hija. Y conduje trazando círculos, de forma que llegaron a marearse. Imagino nuestras probabilidades de esta manera: nadie sabe nada de tu mujer y de su coche. Así, cuando oscurezca, podremos pasar los controles. Yo soy lo suficientemente pequeño para acurrucarme dentro del maletero, y tú puedes ir en el coche al lado de tu mujer. ¿Por qué habrían de pararnos?

—Parece que tiene lógica —reconoció Earl lentamente.

Estuvo callado un rato, chupando profundamente su cigarrillo. Luego miró a Ingram con curiosidad.

—¿Cómo llegaste a participar en este trabajo?

—Yo fui un tonto, eso es todo —se acusó Ingram, encogiéndose tristemente de hombros—. Estaba en un apuro. De modo que fui a ver a Novak. Me dijo que me sacaría del apuro, claro, si tomaba parte en el golpe —Suspiró—. Parece como si de ello hiciera un millón de años.

—¿En qué clase de apuro te encontrabas?

—Debía dinero a un nombre que no quería esperar a cobrarlo.

—¿Sí? ¿Cuánto?

—Seis mil dólares.

Earl emitió un ligero silbido.

—¿Cómo llegaste a contraer semejante deuda?

—Jugando. Una verdadera tontería.

Ingram tosió y puso las palmas de sus manos contra el dolor y la opresión que sentía en su pecho.

—Estuve jugando con un amigo mío llamado Billy Turk. Yo fui imprudente. No me importaba nada. Ya sabes lo que ocurre. Algo va mal, y entonces ya no te preocupa ninguna otra cosa que pueda suceder.

—Sí, sé lo que quieres decir —Earl contemplaba a Ingram con interés, viéndole entonces, en cierto modo, por primera vez—. De modo que tu amigo no quería esperar a cobrar la pasta, ¿no es eso?

—No; Billy Turk no era malo. Pero hizo una cosa que me puso en un aprieto. Vendió por poco dinero mi papel a unos muchachos que trabajaban para un granuja llamado Tenzell. ¿Has oído hablar de él?

—Creo que no.

—Bien, Tenzell no quería esperar. Exigía el dinero. Y lo que el señor Tenzell quiere, lo obtiene.

Earl agitó una mano, irritado, para apartar el humo que flotaba entre los dos; quería ver la cara de Ingram más claramente. Hasta entonces no habría podido describir a Ingram más allá de decir que era de color; de él no había visto mucho más. Esto le parecía ahora extraño. Examinaba a Ingram minuciosamente, intrigado por el propio interés que estaba experimentando. Veía que el hombre era bajito y delgado, con cabellos negros y sedosos y unos ojos graciosos, casi infantiles, como si estuviera esperando algo que pudiera hacerle sonreír.

—No lo entiendo. ¿Qué quiere decir que este tipo vendió por poco dinero tu papel?

Ingram sonrió.

—Solo eso. Yo le di a Billy Turk un talón sin fecha por seis mil dólares. Eso era lo que había perdido en veinte minutos, loco de mí. Generalmente no juego como un loco. Pero aquella noche no me importó hacerlo, ya te lo he dicho. Mi madre no hacía mucho que había muerto y yo me sentía... No lo sé... Como loco, supongo. Le dije a Turk que le pagaría al cabo de un mes. Él sabía que yo podía cumplir mi palabra, pero se emborrachó aquella misma noche y vendió mi talón a los hombres de Tenzell. Luego supe que Tenzell quería verme.

—Tenzell es un tipo duro, ¿no?

—Más que eso, muchacho. Domina los barrios de la parte sur de la ciudad. Posee un club de lucha, una compañía de transportes por camión, maneja todo lo referente a caballos... Tiene comprados a polizontes... Hay tipos como él en todas las ciudades.

Ingram meneó despacio la cabeza, ardiéndole la piel de vergüenza al recordar su sesión en el despacho de Tenzell. Este, flanqueado por dos de sus hombres, su cabeza calva brillando bajo una fría luz eléctrica, dijo amablemente: «Dispones de cuarenta y ocho horas, negrito. Aprovéchalas». Ingram suplicó una prórroga,

pero en vano; Tenzell podía tolerar en las personas todo menos el respeto a sí mismas, y cuando la dignidad de Ingram fue reducida a nada, Tenzell le advirtió: «Ya lo has oído: cuarenta y ocho horas. Y ahora lárgate».

Earl frunció el entrecejo al ver la triste expresión de los ojos de Ingram.

—¿Por qué demonios no quiso darte algo de tiempo? ¿Qué clase de bruto es?

—Simplemente no quiso. A veces hace cosas para recordar a todo el mundo que él es el amo. Y no le gusta mucho la gente de color. Eso forma parte del asunto.

—Tenías que haberle cogido a solas y plantarle tu pie en el estómago —dijo Earl amargamente—. Los tipos como ese solo son duros cuando van en manada. Bien; Novak te metió bien en el asunto, ¿no?

Earl miró por la ventana hacia los oscuros árboles que se divisaban a través de las capas de niebla que se iba levantando.

—A los dos nos metió en el asunto. Un hotel en el campo y todas las comodidades.

—Ya saldremos de esta, no te apures.

—¿Y si bebiéramos algo?

—¿Lo quieres con un poco de agua?

—Sí, solo un poco.

Cuando Ingram se puso en pie, Earl se dio cuenta de que parecía más alto de lo que era porque se movía con facilidad y ligereza, con el cuerpo siempre en equilibrio. Todo cuanto hacía parecía haberlo ensayado al son de la música, pensó.

—¿Tú no bebes? —le preguntó, cuando Ingram le entregó un vaso.

—El *whisky* no me gusta mucho.

—Te veo algo decaído. A ti te ocurre algo.

—No es más que un resfriado.

Earl tomaba pequeños sorbos de su *whisky* con fruición y encendió otro cigarrillo.

—¿Qué tal resulta trabajar en una casa de juego? ¿Es buen negocio?

Los dos hombres hablaban bajito, por deferencia casi conspiratoria hacia la durmiente.

—Bastante bueno; generalmente me sacaba alrededor de doscientos a la semana.

—¿En serio?

—Algunas semanas, todavía más.

Ingram se sentía halagado, pero curiosamente cohibido por la expresión de respeto que leía en el semblante de Earl.

—Yo generalmente era mano y cortaba los naipes para la casa, ¿sabes? Pero a veces la casa me respaldaba contra los que apostaban fuerte... Si ganaba, me llevaba el veinticinco por ciento.

—Debes de ser un excelente jugador de póquer.

—Era mi trabajo.

—¿Qué pensaba tu madre de que trabajases en una casa de juego?

—Era un lugar respetable. El patrón pagaba a los polis y no permitía que se bebiese ni que se alborotase —explicó Ingram con una ligera sonrisa—. Pero a ella nunca le gustó. Mis hermanos tenían empleos bonitos, pensaba ella: uno conducía un tranvía, el otro un camión y el pequeño de la familia trabajaba en un mercado. Yo ganaba más en una semana que ellos tres juntos.

—Las mujeres son así de tontas —comentó Earl meneando la cabeza—. Sencillamente tontas. Un individuo tiene que aprovechar sus oportunidades.

Por alguna razón, el hablar de aquellas cosas con Ingram le hacía sentirse angustiado e inquieto. Se levantó y empezó a pasear por la habitación, frotándose la pierna con su mano sana arriba y abajo. También él tuvo oportunidades y buenos momentos. Esta idea le infundió confianza.

—Una vez, ¿sabes?, estuve a punto de tropezarme con algo muy bueno —dijo, volviendo cojeando hacia el sofá, presa de una especie de ansiosa excitación—. Hace de ello bastante tiempo, siete u ocho años.

Se sentó y cogió el vaso, mirando a Ingram con el entrecejo fruncido.

—Estaba trabajando entonces en Wisconsin, en un parador de carretera que tenía una gasolinera. Yo trabajaba en todo lo que se presentaba. Bueno, pues había dos individuos que se dejaban caer por el bar casi cada tarde a tomarse unas cervezas. Eran hermanos, Ed y Bill Corley, constructores, pero también tenían un negocio de

préstamos y de fincas. ¿Has encontrado alguna vez tipos así? ¿Metidos a la vez en toda clase de negocios?

—Debían de ser importantes.

—Ya te lo digo —dijo Earl, irritado—. Eran individuos importantes. Estaban construyendo treinta y dos viviendas de protección oficial. ¿Te da esto una idea de lo importantes que eran?

—Eso es toda una inversión.

Earl terminó su bebida y dejó el vaso en el suelo.

—Bien, yo les gustaba a ellos, me apreciaban. Yo solía trabajar en el bar por la tarde y hablaba mucho con ellos. Posteriormente pensé que debían pensar de mí que era muy simpático. ¿Por qué habrían tenido que hablarme, si no me hubiesen encontrado simpático?

—Sí, claro. A menos que solo quisieran conversar.

—No era por eso. Es que yo les caía bien, te lo aseguro. Pero dejé escapar la suerte de entre las manos.

Earl se desplazó hacia el borde del sofá, tenso y excitado por el recuerdo de aquella extraña derrota.

—La dejé escapar de entre las manos —repitió.

Podía evocar claramente a Ed y a Bill Corley, y percibir el olor entre dulce y amargo de la cerveza de aquel bar. Toda la zona gozaba de gran prosperidad, pero él había dejado escapar la ocasión de ganar dinero.

—Bueno, pero ¿qué podías hacer tú? —preguntó Ingram, intrigado.

—Es muy sencillo. Podía haber ahorrado unos centenares de dólares y ponerlos encima de la mesa una de aquellas tardes. «Déjeme participar en su negocio por esta cantidad», les habría dicho, y ellos habrían accedido.

—¿Por qué?

—Porque les caía bien, ya te lo he dicho.

Ingram movió la cabeza.

—Tú tienes unas ideas curiosas sobre el mundo de los negocios. Piensas que los individuos simpáticos van por ahí diciendo: «Ofrezcamos una oportunidad a ese chico tan simpático del otro lado de la barra». Las cosas sencillamente no funcionan así.

El escepticismo de Ingram irritó a Earl.

—¿Qué hay de curioso en que yo les cayera bien a esos

individuos?

—Yo no tenía la intención de bromear sobre eso. Pero mira: el hecho de que haya dinero por ahí no quiere decir nada. Los ricos no dan nada, de la misma manera que un muchacho de veintidós años no va a darle su lindo pelo rizado a un viejo calvo —Ingram se inclinó hacia adelante, muy serio—. Mira. Alguien gana mil dólares en la lotería. Todos sus amigos se emocionan, actuando como si ellos ganasen también algo. Están entusiasmados por el mero hecho de andar cerca de la suerte. Entonces el hombre va y da el dinero a su mujer o paga algunas deudas, y ahí se acaba todo: el dinero se ha ido y las personas que se agolpaban alrededor de él se sienten como si se les hubiera estafado en algo. Eso es lo que quiero decir: si te sientes afortunado y rico porque estás cerca de algún dinero, lo único que vas a sacar es un dolor de cabeza.

—Pero es que tú no conocías a esos muchachos —dijo Earl, obstinado.

—Bueno, quizá ellos eran diferentes. Quizá te habrían admitido en sus negocios.

—Seguro que sí.

Pero se dio cuenta de repente y con amargura que los hermanos Corley se habrían limitado a sonreírle y estrecharle la mano.

—Lo que cuenta es lo que hace uno mismo —dijo Ingram—. Uno proyecta hacer una cosa y va y la hace. Eso hace que se sienta uno bien. Uno puede pensar en ello posteriormente y sentir satisfacción.

—Quizá tengas razón —admitió Earl, con gesto cansado—. Yo solía pensar en esto en el ejército. Estábamos haciendo algo que podríamos recordar posteriormente. Pero ¿quién demonios lo recuerda?

—Tú mismo.

—No basta con que lo recuerde un individuo —Earl no estaba seguro de lo que quería decir, pero tenía la impresión de estar llegando a un punto importante—. Si un montón de individuos hacen una cosa juntos y solo uno de ellos lo recuerda... Bueno, quiere decir que algo va mal.

—Quiere decir que no significaba lo mismo para todos, eso es todo.

—Podría ser —dijo Earl asintiendo lentamente con la cabeza, absorbiendo la explicación de Ingram—. Tal vez tengas razón.

Encendió un cigarrillo y tiró la cerilla a la chimenea.

—Vamos a tener algo que recordar, negro. Si salimos de esta, no vamos a olvidarlo.

—Nunca mientras vivamos.

—¿Qué solías hacer en tu tiempo libre, negro? Quiero decir si ibas al béisbol o cosas así.

—Nunca estuve muy interesado en el béisbol. Dormía de día y trabajaba de noche. Tal vez sea esa la razón.

—¿Nunca has ido a ver un partido de béisbol?

—Oh, claro que sí.

—¿Y no te gustaba? —Earl movió la cabeza, por alguna razón exasperado—. ¿No veías en él nada que te agradase?

—Claro, todo era interesante.

El tono de Ingram era cortésmente entusiástico; en realidad, no conocía ni le gustaba el béisbol.

—¡Interesante! ¡Eso es como decir que Marilyn Monroe es una chica!

No podía comprender su irritación y contrariedad.

—Vendrás conmigo a un partido de béisbol y yo te enseñaré lo que tienes que mirar.

—Estupendo. Pero primero tenemos que salir de aquí.

Earl se sirvió un poco más de *whisky*. ¿Por qué estaba pensando en llevar a Ingram a un partido de béisbol? No podía llevarlo a un restaurante o a un bar, esto por descontado. Pero podían estar sentados juntos y charlar durante un partido de béisbol. Muchos negros iban a los estadios de béisbol. Sacarían localidades de gradas de sol y beberían cerveza. Y podrían conversar sobre el partido. Lo que habían hecho era estúpido y equivocado, de acuerdo, pero uno siempre podría extraer recuerdos de ello. Si nunca hacías nada bueno o inteligente, ¿de qué demonios ibas a hablar? Uno tenía derecho a recordar las equivocaciones y estupideces si era todo cuanto había conocido. Quizá tales cosas fueran también importantes, de todas formas. Ingram y él habían hecho algo juntos y tenían derecho a mantenerlo vivo.

—Tenemos que ir a un partido de béisbol, no lo olvides.

—Después de salir de aquí, de acuerdo.

—No te preocupes por eso. Tengo la corazonada de que nuestra suerte está cambiando —dijo Earl sonriendo y tomó un sorbo de su

bebida—. Eso es tu influencia. Ya sabes lo que dicen acerca de las personas de color. Que cambian la suerte, quiero decir.

—Sí, lo sé —dijo Ingram lentamente.

—Es solo una expresión. No lo tomes a mal.

—Está bien —Ingram se encogió de hombros y sonrió; la disculpa de Earl le produjo calor y frío al mismo tiempo, sintiéndose agradecido e inquieto a la vez—. ¿Te apetece comer algo? Mientras dormías, preparé algo de sopa. Cocinar es mi verdadera afición.

—¿En serio?

—De verdad. Yo era el mayor de los muchachos, de modo que llevaba la casa mientras mi madre iba a trabajar. Se me da bastante bien.

—¿Dónde estaba el viejo?

—Se largó cuando éramos pequeños. No había trabajo. Supongo que eso fue todo lo que pudo hacer.

—Pudo haberse quedado, pero habría sido lo mismo. Mi viejo se quedó, y yo hubiera preferido que se largara.

—Bien; las cosas mejoraron para nosotros. Pudimos salir a flote. Y cuando mis hermanos se hubieron casado, yo establecí a la anciana señora en un bonito apartamento. Solía ir a verla los fines de semana y cocinaba para ella.

Ingram se levantó y se frotó el pecho con las palmas de las manos.

—Este es el lugar más frío en el que he estado en mi vida.

—Tendrías que tomar un poco de *whisky*, es un consejo que te doy.

—Es que no me siento muy bien. Voy a buscarte la sopa. Es de lata, pero huele bien. Pollo y arroz. ¿Te gusta?

—Creo que sí.

Cuando Ingram se fue, Earl se recostó con cuidado en el sofá y encendió otro cigarrillo. El alba iluminaba las ventanas, pero los árboles que bordeaban la línea del cercado casi se perdían en la densa neblina. La tierra estaba oscura y mojada, y Earl podía oír cómo el viento barría los campos y cambiaba de rumbo al chocar contra las viejas paredes de piedra de la casa. Lorraine seguía durmiendo tranquilamente. Earl sentía cómo el calor del *whisky* amortiguaba el dolor de su hombro e iluminaba todos sus pensamientos con un fulgor de esperanza. Tendrían que partir al

cabo de unas horas, naturalmente, confiándose al frío, a la noche y a los caminos solitarios y hostiles. Pero ahora estaban a salvo; la niebla y la lluvia eran como amigos que les ocultaban de la policía. Ingram tenía razón; por la noche tendrían una buena oportunidad. Sentía un curioso y cauto respeto por Ingram. El hombre era listo, no cabía la menor duda. Tuvo razón en lo referente a los hermanos Corley. Pero a Earl no le preocupaba estar equivocado. ¿Qué más daba, al fin y al cabo?

Ingram volvió a los pocos minutos con un cuenco de sopa humeante y lo depositó encima de la mesa, al lado del sofá.

—Toma esto y te sentirás mucho mejor.

—Toma tú también.

—Aún no tengo hambre. Voy arriba a vigilar el camino. Si alguien se acerca a husmear por aquí, debemos saber a qué atenernos.

—Será mejor que cojas mi abrigo. No vayas a resfriarte.

—Está bien, gracias.

Earl dio un golpecito a la radio.

—Yo estaré pendiente de las noticias. Tal vez Rusia declare la guerra o algo así y se olviden de nosotros.

—Entonces nuestra caja de reclutas vendría detrás de nosotros. Sería ganar para perder, muchacho.

# 19

CUANDO HUBO TERMINADO la sopa, Earl encendió la radio. La música sonó distante, irreal, y Lorraine se movió inquieta en medio de su sueño. Earl bajó el volumen, pero la joven abrió los ojos, se incorporó y miró con ojos alarmados a su alrededor.

—No pasa nada, Lory. Solo es la radio. Procura dormirte otra vez.

Lorraine seguía mirando en derredor.

—¿Dónde está aquel? —preguntó sosegadamente.

La capacidad de Lorraine para recobrase del sueño inmediatamente era algo que a Earl le había sorprendido siempre. Se despertó con la cabeza y los ojos claros y despejados, con sus sentidos rápidos y prontos a reaccionar. Sin rezongar bajo las mantas o murmurar preguntas, funcionó en seguida como una máquina que acabara de ser puesta en marcha.

—¿Dónde está aquel? —repitió, apartando a un lado la colcha.

—¿El negro? Arriba, vigilando el camino.

—¿Por qué no nos ha despertado?

—Hay demasiada luz. Tenemos que esperar a que esté más oscuro para viajar.

Lorraine se alisó su larga cabellera negra e introdujo los pies en los zapatos, gimiendo un poco al sentir el contacto con el rígido cuero del calzado.

—Me ha hecho sopa —dijo Earl—. Debe de haber quedado algo de ella en la cocina. Esto te hará entrar en calor.

—¿Vamos a pasarnos el día aquí?

—No hay motivo para preocuparnos. Ingram piensa que tenemos una buena oportunidad.

Lorraine estudió con ojos escrutadores las señales de dolor en el rostro de Earl como si fuesen factores de una ecuación que ella estuviera tratando de resolver; el gesto de compasión que esbozaron sus labios traicionaba el esfuerzo con que intentaba disciplinar sus emociones.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó—. ¿Piensas que podrás viajar mucho tiempo sin descansar?

—Estoy perfectamente. Una vez que iniciemos el viaje, no tendrás que parar por mi causa.

Lorraine se sentó al lado de él y encendió un cigarrillo, con expresión serena y pensativa. La música de la radio sonaba en la fría habitación tan vana e incongruente como la risa de un idiota.

—¿Qué me dices de la sopa, Lory?

—No la quiero, por el momento.

—Eres toda una mujer.

Había algo en el silencio y en la actitud de la joven que le intranquilizaba; parecía hallarse a kilómetros de distancia de él, absorta en sus propios pensamientos. Earl le acarició la espalda con la palma de la mano.

—Ni una lágrima, ni un grito... La mayoría de las mujeres se subirían por las paredes en una situación como esta.

—Esta es la parte fácil. La difícil nos espera todavía. ¿No te das cuenta?

—Claro que sí, pero tenemos una buena oportunidad. Ingram en el maletero del coche; tú y yo sentados delante. ¿Por qué habrían de pararnos?

—¿Así es como él lo ha imaginado?

—¿Cómo podría ser de otra manera?

—Es en lo que yo he estado pensando. Y valdría más que lo pensases tú también.

—No te comprendo, Lory.

—Piensa, eso es todo. Piensa en mí, piensa en ti. En nadie más, ¿comprendes?

Earl sintió correr por su cuerpo un ligero e innatural escalofrío.

—No podemos deshacernos del negro. No podemos, cariño.

—¿Aunque se trate de su salvación o de la nuestra? ¿De su vida

o de la nuestra?

—Pero es que no se trata de eso —dijo Earl intentando sonreír—. No se trata de ningún dilema. Los tres estamos metidos juntos en esto.

—Yo estoy en ello contigo y con nadie más —precisó Lorraine mirándole con ojos duros y fríos como el mármol, asiéndole fuertemente por la manga de la chaqueta—. Yo he renunciado a todo para venir aquí. Esta noche estuve en nuestro apartamento y me despedí de todo: de los muebles que había comprado, del refrigerador, del televisor, de las persianas, de mi empleo en el *drugstore*, de la paga extra que iba a cobrar el próximo mes... ¡De todo! Lo he mandado todo a paseo, ¿me oyes? He renunciado a todo ello por ti. No por un hombre de color al que no había visto en mi vida.

—Yo no quería arrastrarte a eso.

—Pero lo hiciste..., me arrastraste a esto —dijo Lorraine sosegadamente—. No está bien que digas que no querías hacerlo. Tú jugaste con el hecho de que yo te quiero.

—Yo no quería que tú vinieses —aclaró Earl con ira cansada, inquieta—. Ni siquiera pensaba en ello..., todo lo que yo quería era un coche.

—Pero tú sabías que yo vendría. No era posible que hubieses vivido conmigo y no supieras eso. Ahora es en mí en quien debes pensar primero, Earl... tienes esa deuda conmigo. Yo te rogué que no te metieras en esto, no puedes negarlo. Yo iré a la cárcel si nos cogen. ¿No has pensado en eso?

—Cariño, no puedo pensar...; solo estoy viviendo de minuto en minuto. Pero tú eres lo primero, lo juro.

—He hecho planes —dijo Lorraine, hablando con voz baja, tensa—. Iremos a California, viajando de noche y durmiendo de día. Podemos entrar en México sin pasaportes. Mi permiso de conducir es suficiente. Allí podré encontrar un empleo. Una amiga mía trabaja en un departamento de unos grandes almacenes de Ciudad de México. Me ha pedido que fuese allá una docena de veces. Están buscando desesperadamente personas que sepan contabilidad y técnicas americanas. Ya te he enseñado las cartas de Margie Lederer. ¿Verdad que te acuerdas?

—Sí, claro —respondió vagamente Earl.

—Podemos obtener tarjetas de identidad y vivir en México todo el tiempo que queramos. Tendremos todo lo que hemos perdido...: un hogar, una vida en común, todas las cosas que necesitamos.

—Muy bien, muy bien —dijo Earl en tono cansado—. Suena estupendo. Estoy de suerte, al pensar tú en esas cosas. Pero no tenemos que preocuparnos por Ingram. La policía ni siquiera le anda buscando a él. Está a salvo.

—El médico puede avisar a la policía, y tú lo sabes.

—Bueno, pero quizá no lo haga. Prácticamente, Ingram le salvó la vida. Es posible que el médico le dé una oportunidad.

—Hablas como un loco. Como un loco testarudo.

—Basta, Lory. Él me sacó del arroyo y me trajo aquí. Raptó a un médico para que me remendase... Deberías recordar esas cosas.

—Recuérdalas tú, entonces —replicó Lorraine, levantando la voz—. Yo recordaré que yo estaba segura y libre anoche... y que ahora estoy camino de presidio.

—Lory, te estás calentando la cabeza con cosas que no han sucedido. Tú piensas que debemos prescindir de Ingram para poder salvar nuestro pellejo, pero eso no es cierto. Él está en mejor forma que nosotros, para que lo sepas. Podríamos necesitarle...

La música fue diluyéndose en el espacio y la voz de un locutor dijo:

*«Buenos días a todos. Derby*

*O'Neill*

*con un poco de alegre música para el desayuno y, naturalmente, las noticias de la mañana. Tenemos un boletín de la policía del estado en relación con el frustrado atraco al Banco Nacional de Crossroads. Debido a la confusión, no se ha sabido hasta esta mañana temprano que...».*

Lorraine se apresuró a bajar el volumen hasta que la voz del locutor se hizo débil y lejana, confundiéndose con los ruidos de la electricidad estática.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—¡Cállate!

Lorraine miró al techo, después se inclinó hacia adelante y acercó el oído a la radio.

*«... el tercer atracador ha sido identificado como John Ingram, un*

*negro de unos treinta y cinco años. Ingram, que logró entrar en el banco vistiendo uniforme de camarero, fue confundido por los empleados con el habitual mozo del bar. También se ha informado de que el doctor Walter Taylor, de Avondale, fue llevado a punta de pistola, junto con su hija Carol, de dieciséis años, a practicar una cura de urgencia al hombre que fue herido en el atraco. Hasta ahora no hay detalles sobre este informe, pero se sabe que tanto el doctor Taylor como su hija han sido largamente interrogados por agentes del FBI. Se trata de una historia interesante, y recibirán ustedes más detalles tan pronto como nos sean transmitidos. Entretanto, volvamos a la música...».*

Lorraine apagó de golpe la radio y miró a Earl en medio del repentino silencio, pálida y sin expresión sus facciones.

—¿Supones que él ha podido oírlo?

—¿Te refieres al negro? No te preocupes por él. No lo creerías, pero tiene agallas.

—Eres tonto. ¿Acaso no lo entiendes?

—Entender, ¿qué?

—La policía le busca ahora. No solo por lo del banco, sino por secuestro. Ya lo has oído. Interviene el FBI, está aquí. Ejecutan a cualquiera que esté relacionado con un rapto.

—El negro devolvió a ese tipo a su casa —dijo Earl ansiosamente—. Nosotros no le retuvimos para obtener un rescate ni nada de eso, ¡maldita sea!

—Earl, escúchame —dijo Lorraine, y cogiéndole la cara con las manos le obligó a que la mirase—. No podemos hablarle de esta emisión de radio. ¿Entiendes?

Pugnaba por dominar su voz, hablando con la desesperada claridad de una madre que da instrucciones a su hijo en un caso de vida o muerte.

—Tenemos que alejarnos de él. La policía está buscando a dos hombres: un negro y un blanco... Debemos abandonarle. No podríamos ir a un restaurante, a un hotel o a un *drugstore* con él. Incluso sería peligroso parar en una gasolinera para repostar. Nos mirarían, hablarían de nosotros, harían preguntas. La gente recordaría a un hombre de color viajando con una pareja blanca. ¿No lo entiendes?

—Pero solo hay un coche. ¿Esperas que haga el camino a pie?

—No me preocupa, no me preocupa. Tenemos que deshacernos

de él.

—No puedes esperar que se deje engañar con tanta facilidad.  
Lorraine le sacudió fuertemente.

—¿Querrás escucharme? Lo conseguiremos si él no sabe lo de la radio, si cree que todavía está a salvo.

—Pero. ¡Dios mío! ¡No podemos hacer eso! Los polis le buscan. Tenemos que decírselo para que tome precauciones.

—Si se lo dices, se pegará a nosotros como una lapa —dijo ella en un susurro—. Dile que oíste la radio y que la policía no le busca a él; solo a ti. No le digas nada referente al médico. Quizá él piense que el médico va a darle una oportunidad. Tú has dicho que podría hacerlo; lo has dicho tú mismo.

—¿Piensas que me creará? No es tonto, Lory.

—Tienes que hacérselo creer. Querido, querido, ¿cómo podré meterte esto en la cabeza? Nuestra huida no es fácil. No hay huida fácil ni para él ni para nosotros. Si viaja con nosotros, nos cogerán a todos. Quizá él pueda salvarse por su cuenta, llegar hasta los suyos y encontrar a alguien que le ayude. Y tal vez nosotros podamos llegar a México. Tenemos una oportunidad. Pero si estamos juntos, no hay esperanza en absoluto.

—Yo no lo había pensado así —dijo Earl lentamente. Se frotó la pierna con la mano, tratando de infundir algo de calor en su cuerpo—. No lo había pensado así, Lory.

Con un movimiento que le cogió a él completamente por sorpresa, Lorraine se levantó y agarró la radio.

—Dile que todavía nadie le busca. Dile que puede ir solo.

Levantó el aparato por encima de su cabeza y lo dejó caer sobre el duro suelo.

La caja de plástico se rompió con un sonido como de hielo al quebrarse, y relucientes tornillos giraron a los pies de Earl trazando pequeños círculos.

—Dile que está seguro. Dile que lo oíste antes de que yo tropezase con la mesa y derribase la radio. ¿Entiendes?

—Está bien —accedió Earl con calma. Ahora parecía importante conservar toda su energía; la herida le causaba un dolor sordo, y de pronto se sintió débil y vacío, sin peso ni agallas—. Supongo que tengo que hacerlo.

—Sí, tienes que hacerlo.

Una risa estridente sonó detrás de ellos y Lorraine se volvió con rapidez, llevándose una mano a la garganta. Huesoloco estaba de pie junto a la puerta de la cocina, brillando la luz en sus gafas sin montura y una sonrisa puerilmente maliciosa extendiéndose por su rostro diminuto.

—¡Es hora de preparar el desayuno para el abuelo, querida! —gritó con un absurdo aire de triunfo—. ¿Quieres ayudarme a arrastrar su cama al sitio donde tiene que estar?

—Sí, la ayudaré —dijo Lorraine con voz rígida, innatural.

—El abuelo se enfada mucho cuando tardo en darle la comida —explicó Huesoloco, sacudiendo y torciendo la cabeza como una gallina confusa—. Entonces trata de cogerla él mismo.

Reía y jugueteaba con sus grises cabellos en un gesto lleno de coquetería.

—Nunca le hice la mala pasada de enseñarle buenos modales para así hacerle morir de hambre poquito a poco. Sería fácil en invierno, cuando no puede ir de un lado a otro. Alguna vez me decidiré, lo juro, y le haré morir de hambre poquito a poco. Ya sé que soy mala, de acuerdo; mala y pecadora. Pero yo no voy por ahí rompiéndole los muebles a la gente. Así, sin ningún motivo. Vamos. Ayúdame a traer aquí la cama del abuelo. Échame una mano, querida. También va a querer su Biblia, porque mañana es domingo. Y la medicina para sus males. ¡Oh, tenemos muchas cosas que hacer! Vamos querida.

Lorraine obligó a sus resecos labios a esbozar una mueca parecida a una sonrisa.

—Sí, ya voy...

# 20

INGRAM BAJÓ A LAS OCHO, encogido su cuerpo entre los pliegues del abrigo de Earl. Se frotaba las manos y se agachó junto al pequeño fuego que Lorraine había encendido en la chimenea. Sin mirarle, Earl le dijo:

—Deberías beber algo. Vas a morirte de frío.

—Estoy bien; solo un poco resfriado —dijo Ingram, que apenas tenía tacto en sus manos; estaban duras y secas como huesos descarnados.

El viejo volvía a estar en su lugar acostumbrado, roncando débilmente bajo el montón de mantas mugrientas. Debajo de la cama tenía una Biblia, al lado de un jarro que contenía una medicina que difundía en la estancia un olor agrio y nauseabundo.

Lorraine estaba de pie cerca de la lumbre. Se había lavado con agua fría y ahora le costaba trabajo volver a entrar en calor.

—Tal vez sería mejor que subieras arriba un rato —le dijo Ingram—. Podemos turnarnos. Hace demasiado frío para estar allá arriba todo el día.

—Claro.

—Subiré cuando me haya calentado. Tenemos que...

Se interrumpió y miró la destrozada caja de la radio.

—¡Eh! ¿Qué ha pasado?

—Me torcí el tobillo y tropecé con la mesa —dijo Lorraine mirando el fruncido ceño de Earl—. Oímos las noticias de las seis y media y en aquel momento me disponía a apagar la radio.

—Ha sido una lástima —se lamentó Ingram, hablando despacio

—. Pero, al menos oísteis las noticias.

—Las oímos —confirmó Earl sin mirar a Ingram—. Te dije que las escucharía, ¿no?

—Claro que sí.

Ingram se preguntaba qué había puesto a Earl de mal humor; miraba fijamente hacia el suelo, y con una gran tensión marcada en el semblante. Quizá la herida le dolía muchísimo. Lorraine se encaminó hacia la puerta de la cocina, pero se detuvo y se volvió para mirar a Earl.

—Dile lo que hemos oído.

—Sí, dímelo —le apremió Ingram, intrigado por la insistencia que notó en la voz de la joven y la ira inquieta en el rostro de Earl.

—Es tu día de suerte —dijo Earl, encaminándose renqueando hacia la ventana.

—¿Qué quieres decir?

—Los polis no te buscan, eso es lo que quiero decir. Solo me buscan a mí.

«De modo que es eso lo que le preocupa», pensó Ingram. Buscó con los ojos a Lorraine, pero esta debió deslizarse por la puerta mientras Earl estaba hablando.

—Pero eso es absurdo. Los polis pueden haberse confundido por algún tiempo. Pero en seguida tienen que haber descubierto la verdadera historia.

—Lo que pasa es que estás de suerte, eso es todo.

Earl se quedó mirando el vasto y oscuro prado que se extendía hasta un grupo de chopos a medio Kilómetro de distancia de la casa. Todo estaba frío y solitario; la tierra misma parecía azotada, desvalida y olvidada. Unos cuervos aleteaban a través del húmedo aire gris hacia los desnudos árboles, graznando vanas advertencias contra el silencio. El sonido aumentaba en el estómago de Earl la morbosa sensación de ingravidez y agarrotaba con náuseas los músculos de su cuello. «Voy a decírselo y acabar de una vez», pensaba. Lorraine tenía razón. ¿Quién demonios era aquel hombre? ¿Qué significaba para ellos? Nada en absoluto. Un individuo de color al que jamás habían visto. Un ser insignificante, que debían quitarse de encima como una mancha de suciedad... Trataba de dar salida a su ira, pero estaba demasiado débil y enfermo...

—¿Estás seguro de que has oído bien las noticias? —preguntó

Ingram con aire incrédulo.

—Sí, las he oído bien —murmuró Earl—. El camarero del *drugstore* desapareció después del atraco.

La mentira que había preparado le dejó un sabor amargo en la lengua.

—Estaba fichado. Supongo que tenía miedo de que los polis se imaginaran que él estaba en el golpe.

—¡Pobre muchacho! Eso se lo imaginarán ahora.

—No malgastes tu compasión con él. Preocúpate por mí, caramba —Earl se apartó de la ventana, pero no pudo mirar a Ingram a los ojos—. Yo también significo algo, ¿no?

—Sí, claro. Tenemos que sacarte de esta. Pero ¿qué hay del médico? ¿Acaso la radio no dijo nada sobre él?

—Nada de nada. Supongo que la escena que tú hiciste surtió efecto. Tú fuiste el gran héroe, al salvar de mí al doctor y a su hija. Estuviste muy bien, negro.

—Ya sabes que hice lo que tenía que hacer. Tú lo sabes. Si los hubiésemos retenido aquí, estaríamos rodeados por enjambres de polis. No se limitarían a esperarnos en los controles de carretera. Estarían zumbando alrededor de nuestros oídos como avispas.

—Sí, supongo que sí —dijo Earl con voz cansada, y volvió hacia el sofá—. Pero eso también te ha salvado a ti. El médico te está protegiendo.

Ingram cogió la radio y le dio vueltas en sus manos.

—Es muy curioso, en cierto modo. Robo un banco y rapto a un par de personas y no ocurre nada. Dejo diez minutos el coche mal aparcado frente a mi casa, y una docena de polis se me echan encima. Es curioso —Sacó un cortaplumas del bolsillo y se sentó, examinando el aparato—. Supongo que sería mejor que nos separásemos al salir de aquí. ¿No lo crees tú así?

—Claro, tú estás seguro —dijo Earl en tono amargo—. Podrías escabullirte.

Sus pensamientos eran confusos e irritados a un tiempo; él había querido que Ingram sugiriese aquello, ¿no? Habían preparado las cosas de forma que aceptase la oportunidad de separarse de ellos. Entonces, ¿por qué le dolía que lo hiciese?

—Bueno, me quedaré con vosotros, si queréis —Ingram empezó a desatornillar la placa posterior del receptor de radio—. Pero un

hombre blanco y un hombre de color viajando juntos llaman la atención. Lo sabes. Tú y tu mujer tendríais una oportunidad mejor sin mí.

—Muy bien, muy bien —cortó Earl—. Nos separaremos.

—Yo puedo ir a pie —propuso Ingram—. Cogeré el autobús en la carretera y seguiré mi camino. Tú y tu mujer no deberíais tener ningún problema saliendo en el coche.

—Está bien, maldita sea; nos separaremos.

—Nos encontraremos en el campeonato mundial de béisbol, ¿verdad? —preguntó Ingram con una débil sonrisa.

—Sí, supongo que sí —respondió Earl, frotándose la frente—. Beberemos cerveza y yo te diré lo que hemos de mirar —¿Por qué decía eso?, pensaba. ¿Por qué ir acumulando mentiras?—. ¿Qué demonios estás haciendo con la radio? —preguntó de pronto.

Ingram había ordenado algunas piezas formando un claro modelo encima de la mesa.

—Tal vez pueda repararla.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué sabes tú de radios?

—Intentarlo no puede perjudicar, ¿verdad? Estos viejos receptores son buenos y sólidos. Como aquellos antiguos relojes Ingersoll de a dólar. Los dejas caer al suelo y generalmente funcionan mejor que antes.

Miró hacia el interior de la radio y frunció los labios en un mudo silbido.

—No tiene remedio, ¿verdad?

Earl le vigilaba de cerca, mareado y cansado por un nuevo temor: no quería que Ingram supiera que le estaban mintiendo. Que se enterara en el momento en que los polis le echasen el guante. Pero no allí...

—Está demasiado maltrecho, ¿no? —añadió, incapaz de disimular la esperanza que vibraba en su voz.

Ingram le miró.

—Quizá sí, quizá no —Y volvió a su trabajo—. Si el tubo rectificador está roto, no hay nada que hacer. Pero podría ser que solo se hubiesen aflojado los fusibles del altavoz. Algo así.

—¿Dónde has aprendido lo referente a los aparatos de radio?

—En el ejército. Estuve en la sección de comunicaciones.

—Comunicaciones, ¿eh? —Earl encendió un cigarrillo—. Cosa

final, ¿verdad?

—Nada de eso. Nos tenían ocupados cuatro horas sí y cuatro horas no durante tres días seguidos. Aunque eso era en ultramar. En el país no era tan malo.

—¿En qué parte estabas de ultramar?

—En Inglaterra. Cerca de una ciudad llamada Weymouth la mayor parte del tiempo. Pero íbamos a Londres regularmente.

Earl le preguntó secamente:

—¿Y llamas a Inglaterra ultramar?

Ingram sonrió.

—Ya me mostrarás un camino por tierra para llegar hasta allá.

Earl se levantó y se encaminó cojeando hacia la ventana, saboreando una cólera súbita y estimulante; era una emoción sustentadora, algo caliente que disipó, quemándolas, todas las dudas que le habían estado mortificando. El alardear de Ingram de haber estado en el ejército fue el detonador de tal estado de ánimo; así era como todos ellos actuaban cuando olvidaban el sitio que les correspondía. «Engreídos, dándote palmadas en la espalda y ofreciéndote que bebieras de su botella. Arrimándose a ti...». Earl tenía esto por una verdad de validez universal, pero ahora no estaba interesado en verdades universales, pues de pronto fue consciente de una verdad que le atañía directamente: estaba muy justificado que odiase a Ingram. Era una responsabilidad importante por partida doble, puesto que Ingram le había hecho un favor. Eso era lo esencial. «Tú tratas a la gente como se la debe tratar, sin tener en cuenta el modo como la gente te trata a ti. Para eso sí que se necesitan agallas».

Estas ideas bullían en su cabeza, inundándole de un sentimiento de virtud y de confianza. Estaba muy bien que le mintiera a Ingram; era un deber hacerlo. Earl no estaba seguro de cómo había llegado a estas conclusiones, pero su validez no podía negarse; resonaban vigorosamente en todo su cuerpo, sofocando las débiles voces de duda y de culpa.

—¿De modo que fue en ultramar? —dijo sosegadamente, allí de pie, rígido y tenso, dándole la espalda a Ingram—. ¿Cómo iban las cosas en Inglaterra, negro?

—No lo tuvimos demasiado mal —respondió Ingram, inclinándose sobre el receptor y mirando con el entrecejo fruncido

uno de los tubos—. Vivíamos en cuarteles y obteníamos pases con facilidad.

—Parece que no estaba mal.

—El ejército es el ejército. En lo bueno como en lo malo. Ya lo sabías.

Earl le observaba cerrando un poco los ojos.

—Supongo que Inglaterra te gustaría. He oído decir que allá os trataban bien.

—La gente era realmente amable —confirmó Ingram riendo—. Les preguntas por una dirección, te cogen del brazo y te acompañan medio camino hasta donde te diriges, diciendo: «No tiene pérdida, amigo; realmente no tiene pérdida». Hablan así, no bromeo.

—Has aprendido muy bien su acento. Alguien debió de enseñártelo.

—Creo que lo oí bastante.

Earl regresó cojeando al sofá, mirando la cabeza inclinada de Ingram.

—Te llevabas bien con la gente, ¿no?

—La mayoría de las personas eran amables con los soldados. Ya sabes cómo es eso. Nos enseñaban retratos de hijos suyos que estaban en Birmania o en algún otro lugar, nos hacían preguntas sobre América...

—Tú debías darles información en abundancia.

Ingram se encogió de hombros y esbozó una sonrisa. Podía percibir la irritación de Earl contra él como las llamaradas de un horno. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Qué le tenía tan irritado?

—Bien, negro, ¿qué me dices de la gente? Me gustaría que me hablastes de ella. Yo solo vi barro y alemanes.

—Bueno, era amable y simpática, ya te lo he dicho.

Ahora ya sabía a dónde quería ir a parar Earl, y sintió agitarse en su sangre una instintiva cautela ancestral.

—Yo no llegué a conocer a nadie realmente bien, pero los ingleses siempre eran amables con nosotros.

—¿Así que no llegaste a conocer a ninguno de ellos?

—Bueno, yo conocí a un individuo bastante bien. No por mucho tiempo, pero eso no parecía importar. Era la clase de individuo al que uno llega a comprender bien, si sabes a qué me refiero.

—Yo soy tonto, negro; no sé a qué te refieres.

—Le conocí en un bar una noche, en Londres. Él estaba allí tomándose una cerveza y empezamos a hablar.

—Ibas a los bares con ellos, ¿no?

Ingram le miró fijamente.

—Eso es. También usábamos los mismos retretes. Era por eso por lo que luchábamos. Democracia.

—¿Y qué me dices de él? —preguntó Earl, cerrando un poco los ojos, peligrosamente—. ¿Qué me dices de él, negro?

—Era de Escocia —explicó Ingram, mirando todavía fijamente la ira que se reflejaba en el semblante de Earl—. Tenía unos sesenta años. Le gustaba la música. Me preguntó si querría acompañarle a un concierto al día siguiente, y yo acepté. Así que fuimos. Al otro día, nos llevó a mí y a un amigo mío a visitar varios lugares de Londres. A unos barrios donde había hilera tras hilera de casitas de ladrillo con jardines. Luego nos llevó a Piccadilly, y después al East End, donde la gente era tan pobre que nunca terminaba sus raciones de *whisky* y ginebra. Todas las pequeñas tabernas tenían *whisky* y ginebra. Él sabía mucho de historia. Nos contó que un inglés llamado Disraeli dijo una vez: «Las cosas buenas de la vida son para los pocos... para muy pocos». Al escocés no le gustaba esa idea. Nos dejó en la estación de Paddington y nosotros cogimos el tren de regreso a nuestro cuartel —Ingram dejó caer sobre la mesa su cortaplumas y concluyó—: Esta es la historia de la gente de Inglaterra.

—Bueno, ¿y por qué ese hombre se fijó en ti? ¿Era marica?

—Yo, desde luego, no lo soy.

—¿Y qué me dices de las chicas? ¿Y del trabajo en las chozas, negro?

Ingram apartó la vista de la cara de Earl. No podía hacer frente a la absurda cólera que percibía en ella. «¿Por qué? —Pensaba con amargura—. ¿Por qué tendría yo que disculparme por lo que hizo mi cuerpo diez años atrás?».

—Solo te diré una cosa —aclaró, sintiendo de pronto desprecio hacia sí mismo y hacia Earl—. En Inglaterra, nunca cogí nada que no me fuese ofrecido. Ofrecido en una fuente.

—Tuviste una guerra estupenda. Tú no estuviste en el ejército, sino en el cielo.

—Me dieron un uniforme de soldado y me metieron en un

barco. ¿Qué esperabas que hiciese? ¿Saltar por la borda y nadar hasta las líneas enemigas con el fusil en la boca?

Earl se levantó de nuevo y se dirigió renqueando hacia la ventana, amargado y consumido por su creciente irritación.

—Tenías que haber ido conmigo, negro. Habrías visto la guerra de cerca. Cuatro años después de abandonar los Estados Unidos, yo era sargento de pelotón. Solo una docena de individuos del grupo sobrevivimos. A los demás los mataron en África, en Francia o en Alemania. Ganaron muchas condecoraciones, que nos mandaron a nosotros, al frente.

—Supongo que tú estabas en el Primero.

—Has oído hablar de él, ¿verdad?

—Claro. Fue uno de los grupos que se cubrieron verdaderamente de gloria.

—Tienes razón.

Empezó a renquear arriba y abajo de la habitación, pavoneándose con beligerante orgullo.

—Para formar ese grupo tomaron a los mejores muchachos del mundo, luego mataron a la mitad de ellos y así alcanzamos renombre los supervivientes. ¿Sabes una cosa? Todos los oficiales que nos mandaban al abandonar los Estados Unidos cayeron en acción. Todos.

Earl se encaminó hacia el sofá, sintiéndose de pronto confuso y cansado. Su estado de ánimo fue cambiando, suavizándose; el frío nudo de ira que sentía en su pecho parecía fundirse.

—Uno de nuestros tenientes era solo un crío —añadió, moviendo la cabeza lentamente—. Un individuo llamado Murdock. Jugaba al fútbol en Santa Clara; era un atleta estupendo. Lo tenía todo. Bien parecido, siempre con una ancha sonrisa en la cara. Nunca se sentía desanimado por nada. Era un optimista, como supongo que le llamarías tú. Animaba a todo el mundo. Fue herido en Francia. Una bala le atravesó el casco, en la retaguardia, lejos del frente. Cuando le levantamos del suelo, un par de muchachos empezaron a proferir maldiciones. Daba verdaderamente rabia verle caer de aquella manera.

Earl se había olvidado de Ingram; se había olvidado del intenso frío de la habitación y del olor a medicinas; se había olvidado de que moriría si la policía llegaba a cogerle; todo había sido barrido

de su mente por los recuerdos orgullosos y dolorosos del ejército. Fue la mejor época de su vida. No cabía la menor duda. A pesar del barro y de todas las dificultades, era la mejor época que jamás había conocido.

En aquel entonces se había agarrado a ello como cualquier otro, porque le daba vergüenza admitir lo que sentía realmente. Incluso el combate era para él diferente que para los otros muchachos. Le daba una sensación salvaje y vertiginosa que no se parecía en absoluto al miedo; por eso en ocasiones había gritado como un loco. Solo para soltar lo que llevaba dentro...

Habían pasado juntos cinco largos años, años marcados con las tumbas que se extendían hasta África. Eran un grupo, un equipo, algo que tú dabas y tomabas al mismo tiempo, algo más grande que simplemente ciento cincuenta soldados de infantería. Luego el equipo se rompió y los muchachos se esparcieron por todo el país. Y nunca llegó una postal o una llamada telefónica de ninguno de ellos; nunca hubo modo de mantener vivos los recuerdos. Era como si todo aquello jamás hubiese existido.

Una vez, en Davenport, Iowa, Earl encontró a un hombre del grupo, Hilstutter, un tipo duro, buen soldado. Hilstutter no había cambiado; un poco más gordo, eso era todo. Estuvieron hablando de pie, en la acera, asintiendo Hilstutter con la cabeza a lo que él le decía, y pronunciando frases como estas: «Sí, fue una mala noche», o «Me pregunto qué se habrá hecho de Fulano de Tal». Asintiendo con la cabeza mientras Earl seguía hablando con entusiasmo, recordando algunos de los grandes momentos pasados en el ejército. Y en un momento dado Hilstutter dijo: «No has cambiado, sargento. Tienes un aspecto estupendo». Y después le estrechó la mano y miró el reloj. Dijo que tenía que marcharse, que debía ir a su casa, con su mujer...

Y eso fue todo. Earl le siguió con la mirada, observando a aquel hombre bajito y recordete alejarse por la acera, como uno más de los miles de individuos que uno puede ver en una ciudad populosa. Después de pasar cinco años juntos como soldados, eso era todo lo que aquello significaba para Hilstutter: un hola, un apretón de manos, un adiós.

«El grupo real había muerto», pensó Earl tristemente. Los muertos habían dejado constancia del grupo..., los muertos

silenciosos del antiguo Primero. Era curioso; los muertos eran los que mantenían vivos los recuerdos. Los otros no contaban. Esparcidos por todo el país, regando céspedes, engordando y volviéndose calvos, olvidándose de aquella maldita guerra tan pronto como los licenciaron.

Ingram estaba con las manos quietas; contemplaba el dolor y la confusión en el rostro de Earl, preguntándose cosas acerca de aquel hombre. Finalmente preguntó:

—¿Cómo obtuviste la estrella de plata?

Earl le miró con curiosidad.

—¿Cómo lo sabías?

Ingram buscó en el bolsillo de su abrigo y sacó las llaves del coche de Lorraine. La estrella de plata brillaba intensamente sobre la palma morena de su mano.

—Imaginé que era tuya.

—Pues acertaste —dijo Earl, asintiendo ligeramente con la cabeza.

Estuvo callado unos segundos, y sus labios dibujaron una sonrisa carente de alegría. Luego se encogió de hombros y buscó en el bolsillo el paquete de cigarrillos.

—Fuimos atrapados en el sótano de una alquería alemana aquella noche. Seis de nosotros. Pensamos que era un buen sitio para escondernos, pero los alemanes volvieron con tanques y nos cortaron la salida. Trasladaron a aquella casa el cuartel general de su compañía. Podíamos oír cómo hablaban por encima de nuestras cabezas, preparaban la comida, disponían su estancia. Yo no sabía qué hacer. Hablamos sobre ello y decidimos esperar a que amaneciese; entonces nos deslizáramos afuera por una ventana del sótano y nos arrastráramos por entre los alemanes hasta llegar a nuestras propias líneas.

Earl encendió su cigarrillo, recordando el olor de hortalizas del sótano de la alquería, el suelo cenagoso y resbaladizo y el sonido atronador de las voces alemanas por encima de su cabeza. Se echó a reír.

—Lo hicimos: salimos por la ventana, atravesamos el patio y entramos en un huerto. Cada uno iba por su lado, ocultándose y saliendo a intervalos de medio minuto. Era solo un problema de campo. Pero solo cinco de nosotros lo conseguimos. Faltaba un

muchacho, un patán grandullón que solo hacía una semana que estaba en el grupo. Ni siquiera sabía yo cómo se llamaba. Monroe o Morgan o algo así. Siempre se estaba limpiando la nariz y golpeando el suelo con los pies.

Meneó la cabeza.

—Ya conoces a esa clase de individuos, ¿no? Inútil. Pero tenía que retroceder e ir a buscarle. Le encontré a pocos metros de la casa, acurrucado en el suelo, demasiado asustado para moverse. Helado de frío. Prácticamente tuve que llevármelo arrastrándole. Pero esta vez no tuvimos suerte. Un guardián nos oyó y se puso a gritar. Entonces todos empezaron a pegar tiros y a buscarnos por todas partes con linternas; ya sabes cómo se exaltan los alemanes cuando los coges por sorpresa. Son los mejores soldados del mundo cuando todo sucede con arreglo a una norma, pero cuando las cosas se apartan de la regla, actúan como mujeres enloquecidas. De todas formas, yo conseguí hacer entrar a este Morgan en el huerto y empecé a disparar. Los árboles nos cubrían bastante bien. Morgan o Monroe, o como diablos fuese su nombre, hizo una rápida carrera para ir de un árbol a otro, y resultó herido. Yo seguía desplazándome de un árbol a otro árbol, y los alemanes nunca cargaban. Debían figurarse que éramos muchos. Recogí a Morgan, supongo que este era su nombre, y me lo llevé a nuestras líneas. Y eso fue todo.

Earl dio una larga chupada a su cigarrillo, que luego tiró a la chimenea.

—Así pues, me dieron la medalla.

Se levantó. Se sentía incómodo.

—Con eso y poco más tienes para pagarte una taza de café. Ya sabes cómo son estas cosas.

Ingram sonrió y examinó la estrella de plata.

—A mí me dieron una medalla al buen comportamiento. Es algo, ¿no?

—Las medallas generalmente no son sino chatarra.

—No lo creo así.

—¡Al demonio con ello, de todos modos! Tú hiciste lo que te ordenaban, ¿no? Tú mismo lo has dicho. Tú no les pediste que te enviasen a Inglaterra, yo no les pedí que me mandasen a África, Francia y Alemania. Nos enviaron, eso es todo. Tú hiciste tu trabajo;

es cuanto cualquiera puede hacer. ¿Qué razón hay para preocuparse?

Apretó el hombro de Ingram al pasar renqueando junto a él.

—Olvidalo, negro. Tienes tanto derecho a estar orgulloso de ti mismo como un hombre que lleva colgando de su cuello la medalla del honor.

—Bueno, supongo que es un modo de considerar el asunto.

Sonrió con una especie de placer absurdo; el contacto de la mano de Earl sobre su hombro le había emocionado.

—Quizá tengas razón en eso.

—Claro que tengo razón.

De pie detrás de Ingram, Earl miraba curiosamente su mano, frunciendo el entrecejo. Luego miró a Ingram, irritado consigo mismo.

—¿Cómo te va con la radio? Estuviste en comunicaciones. ¿Crees que puede arreglarse?

—Es inútil —dijo Ingram, sin dejar de sonreír—. Está completamente destrozada.

—Ya podía habértelo dicho.

Ingram suspiró y se volvió para mirar a Earl.

—¿Sabes? No te comprendo.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué importa eso?

—Tú podrías ser el último hombre que yo viese en este mundo —dijo Ingram—. Y eso importa. Eres como el serial de una revista que quizá ya no tenga ocasión de terminar de leer.

—Así pues, ¿qué es lo que no comprendes?

Earl cojeaba de un lado a otro delante de la chimenea, mirando a Ingram con ojos tensos, irritados.

—¿Acaso soy un bicho raro? ¿Tengo dos cabezas o algo por el estilo?

—¿Por qué no has hecho algo de provecho? Eso es lo que no puedo imaginar. Tienes madera. ¿Cómo es que nunca la has utilizado?

—¿Qué sabes tú de mí? No me conoces en absoluto, negro.

—Tengo ojos y oídos —dijo Ingram sonriendo—. No eres el chico más listo del mundo, naturalmente, pero eso no tiene demasiada importancia.

—Voy tirando. Siempre he salido adelante.

—No tienes por qué fingir conmigo. Probablemente no podrías engañarme, si quisieras hacerlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hemos estado juntos en algo, eso es todo. He tenido la oportunidad de conocerte bastante bien.

—No sabes nada de mí. ¡Métete eso en la mollera! —dijo Earl, levantando airado la voz—. Deja de preocuparte por mí.

—Tú a mí me conoces, ¿no? ¿Por qué no puede ser también verdad el caso contrario?

—¿Qué demonios sé yo de ti?

—Sabes que puedes confiar en mí. ¿De cuántas personas puedes decir lo mismo?

—No tenía elección —Earl apartó la vista de Ingram—. Estaba obligado a fiarme de ti.

—Desde luego. Y resultó bien. ¿Sabes? Quizá no sería una mala idea que una ley ordenase a las personas fiarse unas de otras. Probablemente todo el mundo se sorprendería de lo bien que resultaban las cosas.

—Estás chiflado.

—De acuerdo, lo estoy. Pero ¿cómo es que tú nunca conseguiste un buen trabajo? Con tus antecedentes del ejército y todo eso, pudiste haber hecho carrera.

—Pues no lo sé —reconoció Earl, impaciente—. Nadie sabe el porqué de estas cosas.

Volvió a pasear renqueando delante de la chimenea, lleno de pronto de una angustiada desesperación.

—Nunca funcionó nada, eso es todo. Y yo seguía dando golpes en el aire. Solo eso. Fíjate en la vida de los vagabundos. Verás a personas que vagan de un lado a otro con ojos como bolas de cristal. ¿Qué les sucedió? ¿Crees que lo saben?

Earl hizo una pausa y golpeó la mesa con el puño.

—¡Que me ahorquen si lo saben! Te hablarán de un padre o de una madre, o de una chica tal vez, pero no podrán decirte nada acerca de ellos mismos. No saben qué sucedió, sencillamente no lo saben. Por esto los relatos y películas tratan siempre de héroes. La vida de un haragán no tiene sentido. Se trata solo... —Movié la cabeza con ira vacía, inútil—. Se trata solo de basura.

—Pero tú no eres ningún desecho de la humanidad —objetó

Ingram—. Tú eres un hombre fuerte y sano. Tú podías haber sido un obrero de la construcción, un camionero o un negociante en madera o algo así. O quizá entrar en una organización de veteranos de guerra... Con tu historial habrían podido utilizarte como buen ejemplo.

—¡Vamos, corta, corta! —apremió Earl, cansado—. Yo no valía, eso es todo. Y me constaba. Lo más duro era esto: que yo lo sabía.

—Muchísimas personas piensan eso de sí mismas. Entra en un bar donde estén tocando blues y las encontrarás a montones. Por esto los blues se cantan en primer lugar. No son para los héroes y los individuos importantes; son para personas que están tristes.

—No, tú no lo entiendes.

Earl estaba intentando ansiosamente organizar sus sentimientos en palabras. Sabía que ahora era importante mostrarse sincero, y aquella era una oportunidad de poner la cosa en claro. Anteriormente jamás había hecho ese esfuerzo; cierto temor culpable se lo había impedido siempre.

—¡Ahora escucha! Yo estaba seguro de que no valía —Hablabla despacio y en voz baja—. No quiero decir que anduviese emborrachándome o algo así; nada de eso. Lo que yo hacía quizá tuviera algún valor, pero era yo el que no valía nada.

Earl empezó a jurar en voz baja, irritado por la futilidad de sus palabras.

—No sé —Movi6 la cabeza. Buscar lo que quería decir era como tratar de coger con guantes un alfiler; una tarea difícil y frustrante—. ¿Comprendes? —dijo desesperadamente—. La madera de que estoy hecho no es buena. Esto es lo que estoy tratando de que entiendas. Es como si estuviera hecho de chatarra inútil. Esta es la sensación que nunca puedo quitarme de encima. ¿Te das cuenta?

—Es absurdo. ¿Por qué piensas eso?

—No lo entiendes. Tú no me escuchas —se lamentó Earl, sentándose en el borde del sofá y mirando ansiosamente a Ingram—. Coge un coche montado con piezas baratas, gastadas, con el depósito lleno de gasolina aguada y con el aceite sucio. ¿Qué le sucederá? Se estropeará, caerá hecho pedazos. Podrás remendarlo chapucemente y mantenerlo lavado y pulido, pero nunca saldrá de él nada bueno. Así es como soy yo. Siempre lo he sabido.

Earl respiraba lenta y pesadamente.

—Lo sabía. A veces me miraba las manos y pensaba en ello. Me veía la piel y las venas y los cabellos y me daba cuenta de que nada de ello valía nada.

Miró a Ingram en medio de un silencio únicamente interrumpido por los débiles ronquidos del viejo en el rincón. La frialdad y el mal olor de aquella gran habitación desnuda parecía obligarles a estar más cerca uno de otro, apretándose para formar una unidad. La tensión y el temor de Earl habían disminuido; de pronto se sintió cómodo con Ingram, comprendiéndole y dependiendo de él para su comprensión. Consideró que ambos estaban en el mismo montón de basura. No solamente en una dificultad...; era más que eso. Estaban vivos y solos, pensó, pero algo le ayudó a darse cuenta de que estos términos venían a ser más o menos la misma cosa: lo uno procedía inevitablemente de lo otro. No había ningún terror en este conocimiento; el verdadero terror era no saber que todo el mundo se enfrentaba al mismo problema, que todo el mundo estaba solo. No solamente uno...

—Ya lo ves, negro —concluyó Earl, y vaciló un instante—. ¿Te importa que te llame negro?

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro.

—Bien.

Earl le miraba la mano tiznada, examinaba las uñas bordeadas de suciedad y el pelo crespo sobre la piel morena.

—Yo siempre supe que no valía. Porque conocía mis orígenes. Conocía a mi viejo.

Había dolor en la confesión, pero no vergüenza; solo era la dura comprobación de un hecho amargo.

—Es una carga que hay que llevar —dijo Ingram—. Pero ¡qué demonio!, tú y tu viejo sois dos personas diferentes. Él es él y tú eres tú.

—Lo sé —admitió Earl, pensativo—. Solo me lo imaginaba. Y tú me has dicho que yo era tonto.

—Tonto no —corrigió Ingram, moviendo la cabeza—. Únicamente no eres inteligente. Hay una gran diferencia. Vamos a echar un trago por esto, ¿no te parece?

Mientras buscaba el vaso de Earl, Huesoloco salió de la cocina hablando en voz baja y en tono alegre:

—Ya llegan los cazadores de zorros. Acabo de ver uno de sus

perros en el prado. ¡Oh, parece un cuadro bonito!

Dio la vuelta sobre sí misma, lentamente, y con ambas manos se compuso con coquetería los cabellos.

—Los caballeros con sus chaquetas rojas y las señoras saltando por encima de las vallas con tanta tranquilidad y tanta gracia... —dijo con risa estridente—. A veces las señoras también se caen con sus bellos faldones redondos. ¡Dios mío, qué gracia!

El anciano se movió bajo sus mantas.

—Me has despertado —murmuró, malhumorado.

—Es mejor que vaya a decirle a Lorraine que baje —decidió Ingram—. Hemos estado aquí charlando más de una hora.

Huesoloco se quedó mirando las piezas que Ingram había sacado del aparato de radio.

—No te servirá de nada que la arregles —dijo, moviendo la cabeza con energía—. Volverá a romperla.

—¿Quién? —preguntó Ingram.

—La mujer. Tiene mal genio y es destructiva, cualidades que no se encuentran en las verdaderas señoras. Las señoras son dulces y gentiles.

—¿De qué está hablando? —preguntó Ingram a Earl.

—Está chiflada. Fue un accidente. Lory tropezó contra la mesa.

—¡Ja, ja! —rió alegremente Huesoloco—. Eso es lo que cuenta ella. Pero cogió la radio y la arrojó al suelo. Y yo sé por qué.

Ingram miró la agrietada caja de plástico de la radio. Estaba demasiado estropeada para ser el resultado de una simple caída de una mesa... La más sutil de las dudas se insinuó en su mente.

—¿Por qué la rompió? —preguntó lentamente.

—No le gusta la música —se apresuró a decir Huesoloco—. No es una mujer dulce y gentil. ¡Qué desgracia para un hombre bueno!

Ingram suspiró y miró tímidamente a Earl; la sospecha que casi había llegado a abrigar, le hizo sentirse cohibido.

—¡Qué cosas tiene esa mujer! —comentó.

Pero Earl no le miraba; estaba observando por la ventana los jirones de blanca niebla que flotaban sobre los húmedos campos.

—Vale más que subas —dijo lentamente—. Vigila a esos cazadores de zorros.

—Está bien, Earl.

## 21

EL DÍA IBA DESPEJÁNDOSE lentamente, y por la tarde una porción de luz solar iluminaba la raída alfombra del cuarto de estar del doctor Taylor, en Avondale.

Kelly se hallaba de pie junto a la ventana, con las manos en los bolsillos, y el *sheriff* se había dejado caer pesadamente en una silla de respaldo recto, con el sombrero de ala ancha descansando sobre su rodilla. Estaban solos pero no tenían nada de qué hablar, ninguna idea que intercambiar; el silencio entre los dos hombres era una señal de su fracaso.

Habían estado trabajando allí desde el amanecer, interrogando al médico y a su hija, volviendo luego a Crossroads para comunicar la información a los equipos de agentes y policías que trabajaban en el caso. Pero hasta entonces no habían llegado a ninguna conclusión.

Sin embargo, habían aprendido cierto número de cosas significativas. Sabían el estado en que se encontraba el hombre blanco, y que el negro tenía fiebre y estaba enfermo. Y sabían que estaban escondidos en una vieja casa de algún lugar del campo. Y que habían hecho desaparecer la furgoneta y ahora utilizaban un turismo.

Por las otras fuentes sabían que el turismo pertenecía a una mujer llamada Lorraine Wilson, amiga de Earl Slater. Frank Novak había sido detenido por la policía en Baltimore y había dado el nombre y las señas de Slater. Esto les había llevado al *drugstore*, en Filadelfia, donde trabajaba la muchacha. El hombre del mostrador

recordaba que un negro fue al *drugstore* la noche anterior y habló con ella, que salió del establecimiento después de él. Ahora el coche de ella había desaparecido y su apartamento estaba vacío. La conclusión era obvia: el negro llevó a la mujer al escondrijo. Después viajó en el coche a Avondale a buscar al médico. «¡Qué muchacho!», pensaba Kelly, sintiendo a pesar suyo un sincero respeto por el negro.

El médico cooperaba con ellos, pensó Kelly. Actuó lo mejor que supo, después de todo. Se basó en el ritmo de sus propios latidos para calcular la duración del viaje, y a su modo de ver el negro había tardado casi una hora en llevarles a la vieja casa. Pero no podía recordar las vueltas y retrocesos realizados en el camino. Y su cálculo de cuánto tiempo habían viajado por carreteras asfaltadas y caminos embarrados no pasaba de una mera conjetura.

Pero con estos hechos e impresiones una docena de coches de la policía estaban inspeccionando el campo al sudoeste de Crossroads, en estrecha cooperación con agentes del FBI en *jeeps* y camiones. Habían tenido en cuenta el avión que el médico oyó: un vuelo comercial que seguía una ruta sudeste en dirección a Nueva York. Si al médico no le fallaba la memoria, se encontraba al oeste de la carretera federal cuando el avión pasó por encima de su cabeza.

Pero todavía no tenían la posibilidad de estirar el brazo y agarrar a aquellos hombres. Kelly sabía que aquello era un fracaso exasperante y peligroso. Slater e Ingram probablemente podían efectuar su salida cuando oscureciese, y eso significaría problemas para quienquiera que se cruzase en su camino.

Kelly miró su reloj: las dos. Si su suposición era correcta, no les quedaba mucho tiempo. Hacía un rato que el médico había subido a despertar a su hija. Una vez que ellos la hubieron interrogado, le administró un sedante y la acostó. Kelly quería volver a hablar con ella, porque sospechaba algo que no se le había ocurrido al *sheriff*: el médico y su hija estaban protegiendo inconscientemente al negro. Sin saberlo, eran sus cómplices, pero su propósito no era engañarle a él, sino salvar a Ingram.

Se dirigió, inquieto, hacia la chimenea.

—El cielo se está despejando —observó, mirando la luz del sol que se proyectaba sobre la alfombra—. Un buen día para salir a cazar.

—Todavía lloverá —pronosticó el *sheriff*—. ¿Le gusta a usted la caza?

—Ya casi no tengo oportunidad de practicarla.

Habían hablado tanto rato acerca del caso, que representaba un alivio conversar de cualquier otra cosa.

—Pero el año pasado estuve cazando pavos en Georgia. Es algo bastante especial. Corren casi con la rapidez de un caballo y son capaces de oír romperse una ramita a más de trescientos metros de distancia. Se posan en las ramas de un roble o de un pino a seis metros por encima de tu cabeza y parecen tan grandes como aviones. Luego desaparecen. Se esfuman. Sus colores son verde, oro y negro, y se pierden de vista antes de que hayas tenido tiempo de levantar la escopeta.

—Parece interesante —comentó el *sheriff*, quitándose la pipa de la boca.

Había a la vez esperanza y escepticismo en el tono de su voz, la reacción de un verdadero cazador.

—Nuestros faisanes no tienen nada especial, pero temporada tras temporada van cayendo bajo la buena puntería de nuestros cazadores.

—Su hija me ha hablado de ello y sé que es una excelente auxiliar para la caza.

Kelly había pasado por la casa del *sheriff* aquella mañana temprano y Nancy le había preparado un rápido desayuno...

—Yo solía llevarla conmigo a cazar cuando era pequeña —explicó el *sheriff*, hablando lentamente—. No sabía que aún estuviese interesada. Tenía buena puntería —Frotó despacio con sus grandes manos el hornillo de su pipa—. Yo creía que había dejado todo eso de lado, junto con sus téjanos y sus botas. Las chicas se aficianan a las cintas y a las faldas y ya no tienen tanta afición a andar pateando los campos con una escopeta en las manos.

—Eso es cierto, supongo.

Kelly se mostraba cauto para no comprometerse; había percibido la tirantez existente entre el *sheriff* y su hija y no tenía deseos de inmiscuirse en algo tan personal. Aquella mañana, la joven se había sentido a gusto mientras hablaba con él, atractiva y comunicativa, con su suéter blanco y su pantalón negro, recogido el pelo en cola de caballo. Era sábado y no tenía que ir a la oficina. Habían estado

hablando de caza y de pesca, de lugares que ambos conocían de Nueva York, y de otros varios asuntos. El calor de la cocina les compensaba del frío que reinaba en el exterior, mezclándose el humo de sus cigarrillos con el agradable olor del tocino frito y del café. Él la había escuchado con el buen ánimo que un extraño puede reservar a su prójimo. Se daba cuenta de que la joven quería hablar. Y él la escuchaba...

El *sheriff* mantenía aún el hornillo de su pipa entre sus manos.

—Nancy y yo somos bastante afines en algunas cosas —dijo defensivamente—. Pero en ocasiones...

Miraba fijamente a Kelly mientras le hacía esta confidencia, pero luego apartó la mirada como rehusando pedir ayuda, y añadió:

—En ocasiones, no logro entenderla. Tal vez yo sea propenso a guardar las distancias.

Titubeó un instante; conforme a su código, no debía ir uno a lloriquear ante un extraño, contándole sus problemas personales. Simpatizaba con Kelly y confiaba en él, pero no dejaba de ser un extraño.

—No sé —Bajó el tono de voz, con cierto matiz de derrota—. Me gustaría hablar con ella, ayudarle del modo que pudiera. Pero no sé cómo hacerlo.

—Tiene que ayudarse ella misma. Usted puede tratar de consolarla cogiéndole la mano, pero eso es todo. Ella tiene que olvidar a aquel hombre... Usted no puede hacer nada por ella.

El *sheriff* tardó un instante en comprender lo que insinuaba Kelly. Entonces dijo «Sí» y se frotó con una mano la boca, hablando a pesar del nudo que sentía en la garganta. De modo que era aquello... ¿Por qué su hija no se lo había contado?

—Ella ha obrado bien —dijo Kelly, interpretando mal la amargura que leía en los ojos del *sheriff*—. Si él no fue lo suficientemente inteligente para retenerla a su lado, es que no era digno de ella.

Entonces vaciló, enrojeciendo repentinamente. «Si el padre no lo sabía...», pensó, maldiciendo interiormente su falta de tacto.

—¿Por qué no me habló de él? —se extrañó el *sheriff* en voz tan baja que su interlocutor tuvo que inclinarse un poco hacia adelante para poder captar sus palabras—. Es lo que me estoy preguntando.

Kelly habría querido morderse la lengua.

—Lo siento muchísimo. Naturalmente, yo creía...

—Naturalmente. Es natural que una chica se lo cuente a su padre. A propósito, ¿quién era él? ¿O se supone que tiene usted que guardar los secretos de ella?

—No tiene sentido que usted se enfade conmigo o con su hija —dijo Kelly sosegadamente.

El *sheriff* se sobresaltó ligeramente ante el tono con que le hablaba Kelly; pocos hombres emplearían aquel tono viéndole tan agitado. Luego sonrió con tristeza y admitió:

—Tiene usted razón. Lo siento.

—Era un hombre que ella conoció en Nueva York. Se estuvieron viendo más o menos un año. Después las cosas cambiaron. Con respecto a él.

Kelly levantó la mano y luego la dejó caer.

—Su hija se portó con gran entereza. Nada de escenas, nada de recriminaciones, con mucha dignidad. Hizo las maletas y regresó a casa.

—No la comprendo —reconoció el *sheriff* con gesto de impotencia—. Pero no es culpa de ella, sino mía. Es simplemente que yo no la comprendo.

—No será usted el único hombre que diga eso de una mujer.

Kelly se retiró satisfecho hacia este cliché de protección. Desconfiaba de las explicaciones de conflictos emocionales demasiado detalladas. Y desconfiaba de las personas que tenían soluciones rápidas para tales conflictos. El hablar sin ton ni son de complejos de Edipo y celos equívocos le hacía sentirse intranquilo. El psicoanalista aficionado quizá tuviera razón; disparando con perdigones podía obtenerse algún resultado. Uno podía incluso matar una avispa con un perdigón, pero ese no era el medio para detener todo un enjambre.

Las cosas se arreglarían por sí solas. Él lo creía así porque era optimista; había aprendido a esperar pacientemente.

Así pues, cabía esperar que salieran adelante. Bueno, que las cosas se arreglaran. El *sheriff* era un hombre exigente sin saberlo. Había ido creciendo y creciendo con los años, y ahora su cabeza se hallaba muy alejada del suelo. Necesitaba que le bajasen otra vez a tierra, que tuviera que cambiar algunos pañales, que recibiera alguna vez en el ojo el ligero puntapié de un nietecito, que guardase

en su cartera algunos nuevos retratos de un bebé. Si satisfacía las necesidades de su hija, satisfaría al mismo tiempo las suyas propias, pensaba Kelly. El hacerla feliz le haría feliz a él. Sería como matar dos pájaros de un tiro. Muy interesante. Pero había que dejar tiempo al tiempo, esperar con paciencia y humor.

Oyeron rumor de pasos en la escalera, y el *sheriff* se puso en pie con rapidez, tratando de alejar aquella conversación de su mente. Kelly le rogó:

—Déjeme hablar a mí, ¿quiere? Me parece que sé cuál es el problema de esas personas.

El *sheriff* asintió con la cabeza; su respeto por Kelly había crecido considerablemente en los últimos minutos.

—Adelante.

El médico abrió la puerta e hizo entrar a su hija en la habitación.

—Siéntate y ponte cómoda, querida. No llevará mucho tiempo, ¿verdad, *sheriff*? Les hemos contado a ustedes todo cuanto podíamos recordar.

—Seremos lo más rápidos que podamos —le tranquilizó el *sheriff*. Sonrió a la muchacha y le preguntó—: ¿Se siente usted mejor, después de haber dormido un poco?

—Sí, gracias.

Estaba sentada en el sofá con sus pies calzados con zapatillas y recogidos bajo su cuerpo; su aspecto era dulce, juvenil y descansado, pero Kelly percibió el nerviosismo en la forma de cruzar con fuerza las manos.

Sacó del bolsillo unos papeles con anotaciones y se sentó frente a ella.

—Supongo que usted sabe lo que es el subconsciente, ¿verdad, Carol?

—Sí, más o menos.

Kelly sonrió.

—Buena respuesta.

Se daba cuenta de que aquella adolescente de actitud equilibrada y digna ocultaba una niña muy asustada; podía ver cómo su pulso latía rápidamente en su garganta, y su suave pecho subía y bajaba con gran rapidez.

—Yo estuve una vez enamorado de una joven muy bella —dijo,

sin que nada en su voz denotase la irrelevancia de este comentario.

—¿Qué? —interrumpió el *sheriff*, mirándole fijamente.

—Hace ya mucho tiempo. Pero su belleza era realmente impresionante.

—Ah, ¿sí? —dijo la muchacha, pareciendo interesarse—. ¿Cómo era? Quiero decir si era rubia, morena...

—No me acuerdo —confesó Kelly—. La he borrado completamente de mi memoria. Hubo otro individuo bien parecido y con dinero, y ella me apartó como se quita una mota de polvo.

—¿Qué edad tenía? —preguntó Carol, dubitativa.

—Veinte años —respondió Kelly—, y era muy voluble e inmadura para su edad.

—No habla usted en serio.

—Sí, Carol —El tono de Kelly era sosegado—. Hablo muy en serio. No recuerdo cómo era la muchacha, porque no quiero recordarlo. Parte de mi mente rechaza su imagen, y así ella no me preocupa. Olvidamos las cosas, Carol, sin saber que nos hemos olvidado de ellas; esta es nuestra válvula de seguridad, un dispositivo protector que todos empleamos sin darnos cuenta.

—Pero yo no le oculto nada a usted; de veras que no se lo oculto.

El médico le dio un golpecito en el hombro.

—Claro que no, cariño.

Luego miró a Kelly.

—Ya sé adónde quiere usted ir a parar... Y, créame, yo he intentado ser sincero.

—Ustedes le deben la vida a ese negro. Él les prometió traerles de nuevo a su casa y lo hizo. Incluso arriesgándose a recibir un balazo en la cabeza.

—Lo sé, lo sé —dijo el doctor—. Él salvó la vida de Carol y yo no puedo olvidarlo. Pero he procurado por todos los medios que eso no influya en mí.

—Estoy seguro de ello. Pero piense en la posibilidad de que, inconscientemente estén ustedes tratando de pagarle la deuda por haberles salvado la vida. Ustedes no quieren hacer nada que pueda poner en peligro la seguridad del negro.

—Solo voy a decirle una cosa —El tono del médico era resuelto—. Si llegan a capturarlo, procuraré que tenga el mejor abogado del

estado para que le defienda. Ese hombre se comportó con valor y con honradez, a pesar de lo que pueda haber hecho.

—Muy bien. Haga usted lo que pueda por él. Pero entretanto pienso esto: aquellos hombres saldrán de su escondite en el momento en que oscurezca. Van armados y están desesperados. Alguien les saldrá al paso. Piense por un segundo en esa persona: un oficial de policía con niños esperándole en casa, un comerciante o una ama de casa, tal vez una niña. Quienquiera que sea, puede resultar muerto. Y entonces usted no podrá ayudar al negro. Solo puede ayudarle ahora, antes de que incurra en algún nuevo error.

—Yo no le he ocultado a usted nada —dijo el doctor con un matiz de obstinación en su voz.

—De todas formas, pasemos ahora a un par de puntos. Olvídese del coche, de los caminos, del estado del tiempo. Concéntrese únicamente en el cuarto de estar de aquella casa.

—No hay nada más que pueda decirles. Tablas de madera en el suelo, de distinta anchura. Vigas talladas a mano. Hay centenares de casas como esa en el campo. Viejas casas de antes de la revolución, de paredes de piedra de más de medio metro de espesor y chimeneas en las que cabe de pie una persona. Eso es lo que atrajo a esta zona a muchas personas ricas, deseosas de restaurar esas reliquias. No vi nada especial. Yo estaba asistiendo a un hombre herido y me preguntaba si iban a matar a mi hija ante mis propios ojos. Tal vez no me fijé en algo que pudiera ayudarles a encontrar aquel lugar. Pero ustedes comprenderán que en aquellos momentos no me hallaba en condiciones de hacer un inventario.

—Y yo estaba con los ojos vendados —recordó Carol—. No veía nada.

—Sí, claro —admitió Kelly, mirando sus notas—. Pero los dos dijeron que había olor a comida en la casa. Algo que les recordaba el plato alemán de col ácida y fermentada. Cada vez que llegamos a este punto, ustedes emplearon la palabra «recordar». ¿Quieren decir que era algo que parecía col ácida y fermentada pero que no era precisamente esa comida? ¿Cree que podría precisar este punto con mayor exactitud?

El médico reflexionó, frunciendo el entrecejo.

—Parecía esa clase de comida, ¿verdad, Carol?

—No lo sé. Supongo que dije *sauerkraut* porque tú lo

mencionaste. Pero no parecía comida.

Carol frunció ligeramente el entrecejo, sin mirar a ninguno de los dos, y Kelly percibía que la joven estaba buscando algún recuerdo profundamente escondido en su mente.

—¿Qué era, Carol? —la animó Kelly en tono amable—. Si no era comida, ¿de qué podía tratarse?

—Recordaba... Bueno, al laboratorio de química de la escuela. Algo fuerte y desagradable.

—Creo que tienes razón —dijo el doctor lentamente.

—¿Era alguna clase de ácido? —preguntó el *sheriff*.

—No... Estoy tratando de recordar.

Permanecieron callados un momento, y Kelly contenía la respiración.

—Papá, ¿no era como un emplasto de mostaza? Es lo único que se me ocurre.

—¿Un emplasto de mostaza?

—Tal vez hubiese algún enfermo en la casa —aventuró Kelly.

El médico empezó a pasear por la estancia, e hizo chasquear rápidamente los dedos.

—No era mostaza ni ácido... Aguarden un segundo —Se quedó mirando al *sheriff*—. Era bálsamo del Perú. ¿Recuerda esa sustancia?

—Desde luego.

—Eso era, bálsamo del Perú. No sé hasta qué punto puede ayudarles esto, pero ahora estoy seguro de que era bálsamo del Perú.

—¿Qué es? —preguntó Kelly.

—Una vieja medicina, un curalotodo —La emoción había puesto color en la cara pálida y cansada del facultativo—. Como usted recordará, *sheriff*, años atrás no había en el campo ninguna casa que no tuviese un tarro de eso a mano. Lo utilizaban para quemaduras, dolores y toda clase de trastornos. Carol mencionó un emplasto de mostaza y esto orientó mi mente hacia aquel remedio.

—Podemos seguir esa pista —decidió el *sheriff*—. De momento no nos permite saber gran cosa.

—Haremos una comprobación de los médicos y las farmacias —propuso Kelly, levantándose y mirando su reloj—. Doctor, ¿puedo hacer uso de su teléfono?

—Naturalmente. Está en el vestíbulo.

Kelly dudó un momento, mirando a la niña a los ojos, que reflejaban inquietud.

—No te preocupes —la tranquilizó, rozándole la mejilla con el dorso de la mano—. Créeme, le has hecho un favor. Algún día lo comprenderás.

—Quisiera comprenderlo ahora —dijo Carol lentamente.

El médico le apretó ligeramente el hombro, mientras Kelly se dirigía al vestíbulo en busca del teléfono.

## 22

A LAS TRES Y MEDIA, Earl se apartó de la ventana y se echó el abrigo encima de los hombros. El tiempo empezaba a colaborar con ellos; hacía aproximadamente una hora que el cielo se había encapotado y la lluvia caía sobre la oscura tierra, cubriendo los vidrios de las ventanas con suave y gris humedad. Estaba oscureciendo rápidamente. La noche iba a ser fría y ventosa, con la lluvia azotándolo todo. Partirían ahora, pensó, saliendo al amparo de la lóbrega noche.

—Sería mejor que subieras a buscar al negro —dijo Lorraine.

Se acercó cojeando a la mesa y se sirvió algo de beber, apurando lo que quedaba en la botella. Se sentía frío y vacío, pero muy tranquilo.

—Cuando hayamos dejado al negro, continuaremos el viaje por la carretera general. Saldremos por la parte de atrás. Conozco los senderos.

Bebió el *whisky* y quedó un rato en silencio mientras el calor se difundía lentamente por su cuerpo.

—Cuanto antes salgamos, mejor —decidió Lorraine.

—Seguro. Tenemos que ir de prisa. Que no puedan cogernos.

La miraba frunciendo un poco el entrecejo.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Lorraine.

—Sí, estoy bien. Dejaremos al negro en la carretera y seguiremos adelante. Ve a buscarle.

Lorraine fue a la cocina. Earl oyó resonar los tacones de sus zapatos al subir la escalera de atrás, luego por encima de su cabeza

y avanzar por el pasillo hacia la habitación donde se encontraba Ingram vigilando el camino. Huesoloco hacía aproximadamente una hora que había subido a hacerle compañía.

El anciano yacía con los ojos cerrados, y su lenta respiración sonaba como el viento moviendo un montón de papeles secos.

Earl andaba cojeando de un lado a otro en el cuarto de estar, examinando los objetos dispuestos encima de la repisa de la chimenea, estudiando las toscas y viejas vigas y el entarimado, deteniéndose de vez en cuando para mirar, frunciendo el entrecejo, el receptor de radio roto encima de la mesa. «Nunca volveré a ver nada de esto —pensó—. Nunca en mi vida volveré a ver esta habitación». ¿Por qué tenía, pues, que preocuparle? Era un lugar frío y maloliente. Ningún hombre en su sano juicio desearía volver a verlo. Pero el hecho de abandonarlo le recordaba los otros lugares que había abandonado. Quedóse un instante allí de pie, con el vaso en la mano, mientras una sucesión vertiginosa de habitaciones, cuarteles y campamentos del ejército desfilaba por su mente. Siempre había sido el individuo obligado a partir, pensaba. Todo el mundo se instalaba cómodamente en algún sitio, mientras que él debía trasladarse continuamente de un lugar a otro. Nunca regresaba. No había en la Tierra ningún lugar que le reclamase, ni un bastón, una piedra o una brizna de hierba que le perteneciese a él y a nadie más que a él.

¿Porque era mudo? ¿Porque no podía sentir lo que otras personas sentían? La paz confiada que experimentó después de hablar con Ingram le había abandonado, y volvía a sentirse inseguro, preocupado y tenso, temeroso de las sombras que poblaban su cerebro.

Mientras hablaba con Ingram tuvo esa sensación. O pensaba haberla tenido. Todo el mundo estaba solo. No únicamente él, sino todo el mundo. Pero ¿qué demonios significaba aquello? ¿Cómo podía ayudarle a uno el saberlo?, se preguntaba.

El viejo se movió y le miró, subiéndose las mantas hasta su flaca garganta.

—¿Os disponéis a partir? ¿Crees que lo lograréis?

—Claro que sí —dijo Earl. Aquel viejo le mareaba, con su mal olor, con el placer maligno que le producía el molestarles—. Lo lograremos. No se preocupe.

—¿Y os llevaréis con vosotros al de color?

—Eso es.

—Los tres, ¿eh? Una chica blanca y guapa, un hombre blanco y otro de color. Una divertida combinación, se mire como se mire.

—Bueno, pues no la mire.

Oyó que Lorraine bajaba por la escalera posterior, y cuando entró precipitadamente en la habitación, él supo que algo iba mal; los ojos de la joven tenían una mirada dura y su semblante reflejaba ansiedad.

—Se ha ido —anunció mirando a Earl—. ¿Has oído? Se ha marchado.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—Solo eso. ¡Que él se ha ido! —gritó.

—Bueno, esto hace la cosa más fácil, ¿no?

—¿No lo entiendes? Por Dios, ¿es que no puedes pensar?

Parecía al borde de la histeria; su rostro estaba tenso, como si sus nervios, tensados lentamente, estuvieran a punto de romperse.

—¡Dios mío! —repetía—. ¡Dios mío!

—Ahora, Lory —explicaba Earl—, el negro será detenido por la policía. Y él sabrá que le hemos mentado. De modo que probablemente hablará. Pero eso tenía que ocurrir de todas formas. No sé por qué tienes que preocuparte tanto por esta cuestión.

—Siento que seas tan tonto.

—No es el momento para que la emprendas conmigo —le recriminó Earl sin excitarse—. Olvida eso.

El viejo se reía.

—No deberíais reñir de ese modo. Fijaos en mí y en Huesoloco. Pasamos semanas sin cruzar una palabra —Sonrió astutamente—. Pasamos semanas sin hablar en absoluto. Es la mejor manera.

—Lory, vámonos. Nada ha cambiado. Estamos bien.

—¿Estás a punto? —preguntó Lorraine.

—Sí, estoy a punto.

—¿Tienes las llaves del coche?

—No, el negro las cogió.

Earl se detuvo de pronto, aterrado.

—¿Comprendes por qué estoy preocupada? ¿Lo comprendes, ahora? —gritó Lorraine, furiosa.

—Él no se llevaría las llaves. No nos dejaría plantados aquí.

Pero las palabras sonaban quejumbrosas y estúpidas a sus oídos.

—Dime, por Dios, ¿cuándo se marchó?

—Aquella idiota de arriba no lo sabe. Salió por la puerta de atrás. Es todo cuanto ha podido decirme.

—Mira, no se ha llevado el coche. Yo habría oído ponerlo en marcha —La voz de Earl subía de tono por efecto de la excitación—. Yo lograré que arranque. Haré un puente. El negro no había contado con esto. Algún día le atraparé y entonces...

—¡Calla! —le cortó Lorraine en voz baja.

Una corriente de aire sopló dentro de la habitación, y una corriente de aire frío le rodeó los tobillos.

—¿Qué?

Lorraine levantó una mano en señal de advertencia. Oyeron el golpe de la puerta delantera al cerrarse, y entró Ingram, abrazándose el cuerpo y temblando de frío. Llevaba una chaqueta corta de lana que pertenecía al anciano, y en su pelo brillaba el agua de la lluvia.

—Afuera está haciendo un frío terrible —anunció, golpeando el suelo con los pies—. Un frío que pela.

—¿Dónde has estado? —preguntó Earl—. Estamos a punto de partir.

—He bajado al camino para un pequeño reconocimiento. Todo parece tranquilo —Miró a Earl sonriendo intrigado—. Parece como si acabaseis de ver un fantasma.

—Quizá Lorraine está un poco nerviosa.

—No hay nada que temer —dijo Ingram, mirándola con la misma sonrisa intrigada—. Tenéis una buena oportunidad para escapar. Los polis no saben nada acerca de ti o de tu coche. Una vez que me dejéis en la carretera, seréis libres como pájaros. ¿No es cierto? —dijo, volviéndose hacia Earl—. Los polis no me buscan a mí. Y los dos podéis escapar en el coche de ella. ¿No era así como lo habíamos planeado?

—Sí, eso es —confirmó Earl, tratando de sonreír, pero sentía rigidez y frío en todo su rostro—. Te dejamos en la carretera y continuamos nuestro viaje —Las palabras le salían como si estuviera borracho, retorcidas torpemente en su lengua—. Así pues, ¿por qué estamos perdiendo el tiempo? —añadió casi gritando, mirando a Ingram—. Todos conocemos el trato. ¿Por qué hemos de

seguir voceándolo?

—Tienes razón —admitió Ingram suavemente—. Todos conocemos el trato.

Miró a Earl, y el silencio creció y llenó la habitación de una tensión casi palpable. Entonces el semblante de Ingram pareció derrumbarse, y un leve gemido estrangulado vibró en su garganta.

—¡Todos conocemos el trato, amigo! —gritó con voz ronca—. Los polis me buscan..., me han buscado todo el tiempo. Pero vosotros no me lo dijisteis. Esta era la parte que yo no sabía del trato.

—Ahora escucha, negro, tú...

—¡Calla! ¡Calla! —La voz de Ingram temblaba de angustia y desprecio—. Ibas a dejarme que me echara directamente en brazos de los polis. Me habéis estado mintiendo todo el tiempo. Me estaba encaminando hacia la silla eléctrica, mientras tú y ella quedabais libres. Eso era lo que planeabais, ¿no? ¡Maldita sea!

—¿De qué estás hablando? —protestó Earl. Se humedeció los labios y el sabor de su lengua era como una destilación de corrupción y vergüenza—. ¡No tiene ningún sentido lo que dices! —gritó furiosamente.

—Huesoloco subió a la habitación de arriba para contarme lo de la radio —aclaró Ingram suavemente—. Ella pensó que yo imaginaba que estaba mintiendo. Se empeñaba en decir que tu mujer había cogido la radio y la había estrellado contra el suelo. Yo le decía que todo eran figuraciones tuyas.

La sonrisa de Ingram ponía tensa la piel de su reluciente cara.

—Naturalmente, yo estaba de tu parte, amigo. Me era desagradable seguir escuchándola. Pero una vez que has concebido una sospecha, te resulta difícil impedir que siga creciendo. Todo lo que yo sabía era lo que tú me habías dicho. Entonces se estropeó la radio. De modo que ya no pudimos oír más noticias. ¡Cómo no seguir sumando hechos! Yo trataba de no hacerlo, amigo, lo intentaba con todas mis fuerzas, pero empecé a sumar. Y ya sabes el resultado que obtuve.

La amargura que había en los ojos y en la voz de Ingram fue como un latigazo para Earl.

—Ella tropezó con la mesa y la radio se cayó. ¿Me crees a mí, negro, o a esa vieja estúpida, Huesoloco?

—Conque tropezó ¿eh? —ironizó Ingram, volviéndose para mirar hacia Lorraine, examinando con ojos críticos sus esbeltas piernas y su lindo cuerpo con deliberado desprecio—. ¡Pero si parece una de esas mujeres que nunca tropiezan, y si caen lo hacen como los gatos! ¡Siempre caen de pie! Exactamente como un gato, amigo.

—¡No la mezcles en esto! —gritó Earl. Una cólera ilógica corrió por su cuerpo—. Olvídate de ella. Al fin y al cabo, ¿qué tiene ella que ver contigo?

—Ella forma parte de la gran mentira, ¿no? Envíale fuera para que su negro pellejo quede clavado en la pared. ¿Qué le importará a ese pobre *hijoputa* de color? Esa es la mentira en la que ella participa. Está tan podrida como tú.

—¡Basta ya! Te lo advierto.

—Oh, perdón —Ingram se echó a reír con amargura—. Olvidaba cuál es mi lugar, ¿verdad? Vosotros, los blancos, solo me enviabais a que me matasen, eso es todo. Y yo soy un pobre negro tan ignorante, que me volví loco y olvidé que me encontraba ante una mujer blanca. Te aseguro que lo siento.

—¡No le hagas caso! —gritó el viejo, emergiendo su voz de debajo de las mantas, que ponían sordina a una risita maligna.

—¡Callaos los dos! —ordenó Lorraine—. Ingram tiene razón de estar indignado, si cree lo que ha dicho Huesoloco. Pero no es cierto. Yo rompí la radio accidentalmente, Ingram, te lo juro.

—Pues tendría que haberlas roto todas, señora —dijo Ingram, hablando despacio.

—¿Qué quieres decir?

—Que olvidaste una, la que había en el coche que yo conduje a la cantera de mica. Bajé hasta allí y la radio funcionaba perfectamente. De modo que esperé a oír las noticias.

Lorraine dirigió una rápida mirada hacia Earl, con ojos oscuros y ansiosos, pero él apartó los suyos, frotándose los labios con el dorso de su mano.

—¿Sabéis lo que decían las noticias? —Ingram prorrumpió en una risa estridente, golpeándose el muslo en cruel parodia de un estado de buen humor—. Las noticias decían que la policía busca a un granuja de color llamado John Ingram. Escuchen las hazañas de ese individuo: trata de robar un banco, luego va y rapta a un

médico y lo lleva a curar a su compinche herido...

Ingram miraba a Earl, y en sus ojos había el brillo y la dureza de los diamantes.

—El nombre me resultaba bastante familiar, de modo que seguí escuchando. Ingram, decían, tiene unos treinta y cinco años, vive en la calle Arch, cerca de Maple, en Filadelfia. Ese soy yo, pensé. ¡Pobrecito de mí! Buscado por la policía en todas partes...

Ingram seguía mirando fijamente a Earl, y su sonrisa fue cambiando lentamente, volviéndose amarga, fría y triste.

—Ya puedes figurarte cuál sería mi sorpresa, amigo. ¿Te lo puedes imaginar?

—No es lo que tú piensas —dijo Earl, haciendo un cansado y fútil gesto con la mano—. No es nada de lo que tú piensas. Es cuestión de lo que uno tiene que hacer o de cómo realmente están las cosas.

La confusión de su voz fue inflándose hasta exteriorizar una cólera vacua y absurda.

—Pero tú no lo entiendes, ¿verdad? Todo te resulta ininteligible, ¿no es cierto?

—Tenemos que irnos, Earl —le recordó Lorraine—. Coge las llaves del coche.

—Sí, me quedé sorprendido por la noticia —prosiguió Ingram, como si no la hubiese oído, mirando a Earl con los ojos lastimeros, extraviados—. Después de que yo te salvé el pellejo, después de que traje aquí a tu chica y fui a buscar a un médico para que te remendase, después de todo eso tuviste valor para seguir mintiéndome. No te resultó difícil, y es lo que no puedo comprender. Fue fácil. Me sonreías y me mentías como si fuese la cosa más natural del mundo.

—Tú no sabes cómo ha ocurrido, te lo aseguro. Tú lo interpretas a tu manera.

—¡Coge las llaves! —gritó Lorraine.

—Habíamos hablado de ir a ver juntos partidos de béisbol, ¿recuerdas? —continuó Ingram, apretando los puños—. Como dos amigos. Sentados al sol y bebiendo cerveza. Hablando de las cosas que nos habían sucedido. ¿Recuerdas todo eso?

La voz de Ingram sonaba irónica y amarga, y las lágrimas brillaban suavemente en sus ojos.

—Los viejos tiempos del ejército, los partidos de béisbol, de lo que sentías con respecto a tu viejo... No, yo no creía que me estuvieras mintiendo. Fue un trabajo muy bien hecho, amigo.

—¡Cállate, maldita sea! —gritó Earl.

—Eso es —El tono de Ingram era de burlesca aprobación—. No hables de ello. Miente, engaña, pero ¡por Dios!, no digas nada de ello. Trata a la gente como basura, pero no caigas en la vulgaridad de hablar de ello.

Ingram se echó a reír y sacó de su bolsillo las llaves del coche. La estrella de plata brilló y centelleó al dar en ella la luz de la estancia.

—Pero quieres hablar de estas llaves, ¿verdad? Y salvar tu cuello. Eso está bien. Eso sí que es bonito y decente, ¿no es verdad?

—Trae acá —exigió Earl, alargando la mano—. Trae acá, negro.

—Ahora necesitas al pobrecito negro, ¿verdad?

—¡Dámelas! —La voz de Earl se elevó convirtiéndose en grito; el reto de Ingram justificaba la ira que ardía en su pecho. Sacó la pistola de su bolsillo—. Dámelas en seguida —ordenó pausadamente—. Mira que no bromeo.

—No puedes disparar contra mí —Ingram se burlaba ahora de la encendida cólera que veía en el rostro de Earl—. ¿Con quién irías entonces a los partidos de béisbol? ¿Con quién hablarías del ejército? No puedes disparar contra tu viejo amigo.

Earl dio hacia él una rápida y larga zancada y le golpeó fuertemente con la pistola en el estómago. Cuando el cuerpo de Ingram se dobló, abriendo dolorosamente la boca en un intento por respirar, Earl le descargó brutalmente en la cabeza un golpe con el cañón del arma.

El viejo se incorporó en su cama y sus ojos reflejaron un brillo de placer. Al ver que el cuerpo de Ingram caía al suelo, gritó:

—¡Así es como hay que tratarlos! Con el hierro.

Lorraine se arrodilló con presteza y cogió rápidamente las llaves de la mano inmóvil de Ingram.

—Vámonos de aquí —dijo a Earl—. ¡Por favor, por Dios, vámonos!

Earl miró a Ingram, dejando colgada débilmente a su costado la mano con que empuñaba la pistola.

—¿Por qué no escondió las llaves? —murmuró—. ¿Por qué no

las tiró o hizo algo parecido?

—¡Earl, por favor! —urgió Lorraine con voz trémula—. ¡Por favor!

—¿Por qué no las tiró, en vez de hacerlas oscilar delante de mis ojos como un tonto? —insistió Earl—. ¿No sabía lo que hacía? Es propio de los que en el ejército estaban en la sección de comunicaciones. No sabía nada —Se encogió de hombros con un gesto de cansancio—. Échame una mano, Lory. Vamos a ponerle sobre el sofá.

—¿Para qué?

—No lo sé. ¡Dios mío, no lo sé! Pero ayúdame. Vamos, muévete. Vamos, Lory.

Cuando hubieron levantado el cuerpo de Ingram y lo hubieron tendido en el sofá, Earl le miró un instante en silencio, observando su pesada respiración y cómo la sangre le corría por la sien y la mejilla.

—No le he dado muy fuerte —dijo a Lorraine—. Solo lo bastante para dejarle inconsciente un rato. Eso es todo lo que he hecho, lo juro.

Lorraine se tapó el cuello con la chaqueta y se encaminó presurosa hacia la puerta. El viejo sonrió a Earl, que aún se hallaba de pie junto al sofá, mirando a Ingram.

—Ve con ella. Tienes una larga vida por delante, hijo.

Apartó la ropa y buscó debajo de la cama, quedando colgado como un enorme cangrejo gris.

—Aquí está —dijo, cuando su mano, extendida como una garra, tocó la Biblia—. La Palabra.

Dobló de nuevo hacia atrás el cuerpo y se dejó caer en la cama exhausto y triunfante.

—Yo y el muchacho de color leeremos por vosotros algunas oraciones. Gritaremos hasta que Dios nos escuche y os salve del mal y de la muerte. Anda, déjanos ahora.

Earl no podía resolverse a partir.

—¿Negro? —llamó en voz baja.

Lorraine se volvió para mirar desde la puerta y gritó:

—¡Earl!

Al ver que no se volvía, atravesó corriendo el cuarto y le sacudió el brazo con fuerza.

—¿Qué te pasa?

—Estoy bien —murmuró Earl—. No me pasa nada.

Vio estremecerse los párpados de Ingram.

—Sal y coloca bien el coche, Lory.

—¿Por qué no vienes? —dijo Lorraine con lágrimas en los ojos.

Earl se liberó con brusquedad de las manos que le asían desesperadamente.

—Haz lo que te digo. Ve a colocar bien el coche, a punto de marcha. Haz sonar el claxon cuando estés lista —Clavó sus ojos en el rostro de Lorraine, pálido y tenso y repitió—: ¡Haz lo que te digo!

Lorraine se apartó de él, humedeciéndose los labios, y luego se volvió y salió corriendo de la habitación, resonando frenéticamente sus tacones sobre el duro suelo.

Earl vio que Ingram levantaba los ojos y le dirigía una mirada temerosa y sorprendida.

—Voy a dejarte algo de pasta —murmuró Earl. Sacó el dinero que le había dado Lorraine, separó tres billetes de diez dólares y los dejó caer sobre el sofá—. Ahí tienes treinta pavos. No es mucho, pero es cuanto puedo darte. Con lo que tú tienes, ya es algo, negro.

La expresión de Ingram era grave; parecía buscar algo en las facciones de Earl, examinándole con ojos suavemente interrogadores.

—No puedo darte más.

Earl vio que el viejo le miraba, brillando la débil luz en sus cabellos grises y en su barba ligeramente plateada. Había caído ya la noche, presionando contra las ventanas siniestramente. Earl se movió inquieto al oír que el viento parecía agarrar los costados de la casa como un animal encolerizado.

—Tienes una oportunidad —dijo Earl, tratando de dar un tono persuasivo a su voz—. Aquí, en el campo, deben vivir personas de color. Ellas podrían ayudarte, ¿no? Tienes dinero para salir adelante. ¿Verdad que lo pensarás?

Ingram no le respondía; su mirada era pensativa y la línea de sangre coagulada parecía lacre en sus labios resecos.

—Piensas que te traiciono —prosiguió Earl, con amargura—. ¿Por qué no lo dices? Di algo, ¡maldita sea! Tú me ayudaste y ahora yo te traiciono, eso es lo que estás pensando, lo sé.

Ingram no decía nada, y Earl se acercó más a él, y le dijo, con

lágrimas en los ojos:

—Tiene que ser así, negro. ¿No lo entiendes? Lory y yo tenemos que marcharnos. Debo ir con ella. Todo lo que soy me obliga a obrar como lo estoy haciendo. Corremos para salvar la vida. La vida es así. Es algo podrido, tal vez, pero yo no hice las reglas. Bueno, ¿las hice, negro? ¿Las hice?

Earl percibía cómo su voz subía hasta convertirse en un grito; percibía cómo las palabras se hinchaban en su garganta como podredumbre que necesitase expulsar de su cuerpo.

—Yo no hice las reglas, ¡recuerda bien esto! Yo no te hice nada. No puedes recriminarme. Yo no soy responsable de ti, ¿verdad?

—¡Leed el Libro de Dios! —exhortó el viejo, entonando las palabras lenta y solemnemente—. Él tiene las respuestas. No importa que seáis blancos o negros; hay un lugar donde encontrar las respuestas.

Ingram estaba herido y asustado, pero más que esto se hallaba intrigado; no entendía a Earl ni se entendía a sí mismo, y esto parecía más importante ahora que sus temores o su enfermedad.

De una forma indirecta, él había conducido a Earl a este último momento de vergüenza. ¿Por qué lo había hecho? ¿Para humillarle, solo para ver esa mirada de vergüenza en sus ojos? ¿Era ese, se preguntaba, el modo de obrar de todos los negros, que con sus sonrisas y gestos serviles contribuyen a que se manifieste lo peor y lo más arrogante que hay en los blancos? ¿Cultivan sus defectos hasta que llegan a ser tan grandes que ya no pueden ocultarse...? ¿Era eso todo lo que ellos querían? ¿Conseguir que los blancos fuesen peores?

Si era eso todo lo que él quería, entonces no era mejor que Earl. La relación solo había sido un ejercicio de engaño, usando tanto el uno como el otro la amabilidad y la comprensión como armas. No había sinceridad entre ellos. Habría sido más amable ir contra él y dejarle morir. Entonces habría muerto sin sentirse avergonzado. Constituía un error tratar bien a un hombre solo para luego poderle dar de latigazos. Era un comportamiento astuto y perverso. No como el de Earl, torpe y asustado.

—¡Escuchad! —gritó triunfante el viejo—. Aquí tenéis el libro del Eclesiastés. Escuchad esto ahora: «El Señor formó al hombre de la tierra... y lo hizo a su propia imagen».

Soltó una risa estridente, mirando de reojo a Earl y a Ingram.

—¿No es estupendo? ¿No es un pensamiento que hace cosquillas en vuestras costillas?

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Earl mirando rápidamente por encima del hombro hacia la puerta—. Te dejo algo de pasta, negro. Estoy haciendo cuanto puedo por ti.

—Y escuchad —continuó el viejo—. Escuchad esto.

—¡Cierra la boca, maldita sea! —le gritó Earl.

—No maldigas la Palabra de Dios. Sigue tu camino. Yo y el negro rezaremos por ti. Te hará falta, hijo. Te hará falta.

—Tengo que dejarte, negro. Tengo que hacerlo.

—«¡No permanezcas en el error de los impíos, da gloria antes de la muerte! —gritaba el viejo—. Da gracias mientras aún estás vivo... y le glorificarás en sus mercedes». Esto es también del Eclesiastés, una exaltación de todo lo que Él merece.

Finalmente, Ingram se entendió a sí mismo. No había preparado a Earl ninguna trampa. Estaba seguro. De una manera confusa, había estado más cerca de él que ninguna otra persona en toda su vida.

—«¡Oh, ¿qué hay más brillante que el sol?!» —gritaba el viejo, con la voz imbécil de un hombre embriagado con el sonido y el ritmo.

El sonido de un claxon insistente llegó a través de la puerta principal.

—Tengo que irme —dijo Earl. Se apartó lentamente del sofá, contemplando a Ingram con infantil ansiedad—. ¿Lo comprendes, verdad, negro? Dime solo que lo comprendes.

—«¿Qué es más perverso que aquello que la carne y la sangre ha inventado?» —gritó el anciano, subiendo su voz hasta proferir un rugido.

Volvió a sonar el claxon: dos toques rápidos y urgentes, y Earl miró contrito por encima del hombro.

—Adiós, negro, adiós.

—«Él contempla el poder de la altura del cielo, ¡y todos los hombres son tierra y cenizas!».

El anciano cerró el libro mientras la corriente de aire al abrirse la puerta le agitaba sus ralos cabellos en ondas grotescas. Volvió a acomodarse en la cama, exhausto por su esfuerzo.

—Siempre se encuentra consuelo en la Biblia. Recuerda esto, muchacho. Recuérдалo cuando venga la policía para colgarte.

Ingram estaba demasiado enfermo y débil para moverse. El dolor de su pecho era sordo y pesado, un peso que le tenía clavado irremediabilmente en el sofá. Volvió la cabeza para no ver los vengativos ojos del anciano y escuchó el ruido de las ruedas del coche al moverse a través del espeso barro. El viento sopló entonces más furioso, sofocando cualquier otro ruido, y cuando amainó, Ingram solo pudo percibir el débil eco del motor. Rápidamente fue extinguiéndose hasta no quedar más que el silencio, y se dio cuenta de que al fin ellos estaban en camino, dirigiéndose, a través de la noche, hacia la libertad.

Las frías lágrimas resbalaban sobre la sangre coagulada que cubría sus mejillas. «Es un tonto, no sabe lo que hace —pensó—. ¿Por qué no pude haberle dicho algo?».

## 23

A LAS CUATRO Y MEDIA sonó el teléfono de la mesa escritorio del *sheriff*. Este levantó el auricular y dijo, sin indicio alguno de esperanza:

—Aquí el *sheriff* Burns.

La llamada era para Kelly. El *sheriff* le pasó el teléfono y Kelly escuchó unos segundos y luego dijo:

—Está bien, Smitty —Se encogió de hombros al volver a dejar el auricular en su sitio—. Es el último informe de West Grove. Allí no hay clientes que compren bálsamo del Perú.

Kelly movió la cabeza. Bálsamo del Perú. Empezaba a disgustarle el sonido de estas palabras. Durante la hora anterior había habido unas setenta llamadas de agentes del FBI, todas las cuales contenían esencialmente el mismo mensaje: no había suerte. Todos los médicos y farmacéuticos de Crossroads y sus proximidades estaban buscando en sus ficheros y en su memoria, clientes que hubiesen utilizado bálsamo del Perú, pero hasta aquel momento, la búsqueda había resultado infructuosa.

Kelly levantó los ojos hacia el círculo negro que el *sheriff* había trazado con lápiz alrededor del área sudoeste de Crossroads. ¿Seguirían aquellos hombres atrapados? ¿O tal vez en aquellos momentos empezaban a salir de su escondrijo?

Tenían que enfrentarse a un delicado problema logístico, pensó Kelly. Earl Slater, Lorraine Wilson e Ingram, el negro... ¿estarían todavía juntos? ¿O separados? Ambas posibilidades encerraban peligro.

Si estaban juntos, llamarían la atención, de modo que probablemente se separarían. Kelly apostó un dólar consigo mismo a que la pareja blanca abandonaría al negro, y que el negro sería un testigo ansioso y colérico contra la pareja. «Está bien —pensó—, un dólar...». Sin embargo, cogerles no sería una operación rápida. La policía tenía identificados los dos coches, el sedán y la furgoneta, pero a los fugitivos les sería fácil detener a un automovilista y apoderarse de su vehículo y de su documentación.

Entonces tendrían la posibilidad de burlar los controles de carretera. El tráfico, denso tanto en la red secundaria como en la principal, dificultaba la identificación de cada ocupante de cada coche. Si un policía motorizado hacía su inspección apresuradamente o movía su linterna eléctrica con algo de dejadez, los fugitivos podrían evadirse. Resultaría fácil si la mujer era una actriz bastante buena. «¿Qué ocurre, oficial? Bien, ¿creen ustedes que podemos continuar nuestro viaje seguros? Muy bien, muchísimas gracias...». Y seguirían su camino.

El teléfono sonó varias veces durante los minutos siguientes, pero todos los informes eran negativos; ningún médico o farmacéutico sabía de cliente alguno que utilizase aquella anticuada medicina.

—Tal vez todo resulte infructuoso —dijo el *sheriff* con aire un poco cansado—. Con las sulfamidas y la penicilina, ¿por qué habría alguien de molestarse en tomar un curalotodo pasado de moda?

—Pero alguien lo consume —objetó Kelly—. A menos que el doctor Taylor esté equivocado, alguien lo usaba en aquella casa.

—Podría ser un tarro antiguo, comprado hace una docena de años.

—Tal vez, pero todavía falta el informe de algunos agentes. Tal vez el próximo...

—Tal vez —El *sheriff* tamborileó con sus grandes dedos sobre el tablero de la mesa—. Tal vez.

La espera resultaba frustrante. Estaban listos para entrar rápidamente en acción, preparados para cualquier contingencia; seis de los hombres de Kelly se hallaban apostados en cuarteles provisionales en la oficina de correos de Crossroads, y agentes del estado en coches patrulla esperaban en encrucijadas estratégicas por todo el valle. Cuando llegase el momento, docenas de hombres

experimentados estarían dispuestos a echar mano de fusiles antidisturbios, *walkie-talkies*, gases lacrimógenos, linternas... dispuestos a entrar en acción en cuestión de segundos.

Pero el momento no llegaba, y todos ellos debían limitarse a esperar.

Hubo una tregua ocasional procurada por el funcionamiento regular de la oficina: una vez un hombre fue al mostrador para llenar el formulario de una licencia para perros y un poco más tarde una mujer vestida de amazona se presentó para informar de un pequeño accidente ocurrido en la calle principal: había abollado el guardabarros de un coche aparcado y no podía localizar al propietario. ¿Qué debía hacer?

—Deme la matrícula y por la mañana puede usted llenar los formularios —le dijo el *sheriff*.

—Ha sido enteramente por mi culpa —admitió sonriendo la mujer—. Creo que me figuraba que aún iba montada en un caballo.

—No se preocupe por eso, señora Harris.

El *sheriff* la siguió con la mirada mientras se alejaba del mostrador, examinando con aire pensativo sus negras botas de montar. Finalmente, exclamó: «¡Maldición!», en una explosión de voz, y volvió rápidamente a su mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kelly poniéndose en pie y advirtiendo la excitación en la cara del *sheriff*.

—Caballos, eso es. Soy un estúpido, Kelly. El bálsamo del Perú se administraba a hombres y animales. ¿No se lo había dicho? Perros, gatos, caballos... Mi padre siempre tenía un tarro en el establo para las llagas causadas por los arneses.

—No comprendo —confesó Kelly, mientras el *sheriff* alargaba rápidamente la mano para coger el teléfono.

—Veterinarios. Ahora es más probable que sean los veterinarios quienes dispensen ese remedio, y no los farmacéuticos. ¿Por qué demonios no había pensado en eso? Solo hay dos veterinarios en la zona: el doctor Gawthrop y el doctor Radebaugh.

Alguien respondió a su llamada, y él dijo:

—¿Jim? Soy el *sheriff* Burns. Estamos realizando una investigación. ¿Todavía tienes en tu almacén aquel curalotodo llamado bálsamo del Perú? Bien, ya me figuraba que lo tendrías. Lo que quiero saber es lo siguiente: tú debes recibir llamadas de todas

partes, de los alrededores. Veamos...

El *sheriff* levantó los ojos hacia el área del mapa rodeada por un círculo.

—Bien, digamos en torno de Landenburg. O de East End. Probablemente alguien que no tiene animales..., alguien que lo utiliza para sí mismo o para la familia... ¿Puedes informarme?

La mano del *sheriff* apretó fuertemente el receptor del teléfono.

—¿Puedes repetirme ese nombre?

Kelly cogió el otro teléfono y marcó el número de su cuartel general de la oficina de correos.

Cuando oyó que le respondía una voz desde el otro lado, dijo:

—Aquí, Kelly, espere un momento.

El *sheriff* colgó de golpe y alargó la mano para coger el sombrero.

—Un viejo llamado Carpenter. Vive solo con una mujer, que está un poco loca, en el bosque que hay detrás de Emeryville. Conozco el lugar. Sería mejor que le dijese usted a sus hombres que se reunieran con nosotros en West Grove, a nueve kilómetros al sur de la carretera federal. Yo avisaré a la policía del estado.

Kelly asintió con la cabeza y apartó la mano del microteléfono.

—Muy bien —dijo lentamente—. Hacia West Grove. Eso está a nueve kilómetros al sur de la federal... Sí, todo el mundo. De prisa.

## 24

LORRAINE FUE AMINORANDO la marcha para virar en dirección a una gasolinera, que brillaba como una pequeña llama amarilla en medio de la oscuridad de la noche. Ahora se encontraban a ocho kilómetros de distancia de la alquería, circulando libremente por una carretera estrecha y asfaltada que podría conducirlos hasta la carretera de Unionville. Earl había planeado la ruta utilizando sus instintos de orientación todavía precisos: primero se adentrarían en la campiña, después trazarían un amplio círculo hasta llegar a la carretera de Unionville viajando por una red de sinuosas carreteras secundarias. De este modo podrían burlar a la policía y llegar a la carretera principal más allá de los controles. Era una probabilidad...

La gasolinera se hallaba aislada en medio del campo, con una sola bomba y un bastidor con lubricantes que brillaba a la débil luz de un pequeño restaurante situado a unos diez metros de la carretera. La lluvia caía en forma de líneas cristalinas diagonales a través de la luz de los faros del automóvil, y de vez en cuando un trueno sacudía la densa atmósfera. El restaurante estaba desierto; a través de las ventanillas del coche Earl vio como vagos contornos el vacío mostrador y una máquina de expender cigarrillos.

Un joven con un chubasquero y un sombrero impermeable salió del cobertizo blandiendo una linterna en su mano. Lorraine bajó un par de centímetros la ventanilla y dijo:

—Tenga la bondad de llenar el depósito.

—Muy bien, señora. Vaya noche, ¿verdad?

Cuando el joven desapareció, Lorraine miró ansiosamente a Earl.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Estoy bien.

—No has dicho una palabra desde que partimos. Tienes un aspecto terrible.

—Ya te he dicho que estaba bien, ¿no? Te lo he dicho bien claro, ¿verdad?

—Estoy asustada, Earl. Si nos paran, no dispires. ¿Verdad que no lo harás? Prométeme que no lo harás.

—Deja de marearme con eso.

—Dame la pistola, por favor, Earl.

—Necesito un cigarrillo. ¿Tienes alguno?

—No —dijo Lorraine—. ¿Por qué no me contestas?

Hablaba en voz baja, pero el temor que había en su voz temblaba a través del cálido interior del coche.

—Dame la pistola, Earl.

—Entra a buscar cigarrillos.

—¿No puedes esperar a que hayamos salido de esto?

—Si los polis nos paran, puedo ponerme un cigarrillo en la boca y mantener la mano levantada delante de la cara. Eso ayudará, Lory.

Lorraine titubeó un instante, mirando atentamente el perfil duro y pálido de Earl. Luego se apresuró a decir:

—Está bien, está bien.

Earl la vio alejarse corriendo a través de la lluvia, esbelto e indistinto su cuerpo en la incierta luz y en las sombras. Iba sorteando los charcos con pie rápido y seguro en el suelo mojado. «Como una gata», pensó Earl. Es lo que decía el negro: que no era posible que tropezase con la mesa e hiciera caer la radio.

—Estoy bien —dijo, en voz tan baja que las palabras quedaron ahogadas por la lluvia que tamborileaba sobre el techo y los guardabarros del coche.

No era cierto: estaba enfermo, tenía frío y se sentía desdichado. Todo a la vez. Si había tenido agallas, ahora ya no las tenía. Se encontraba débil y asustado como un niño pequeño. Era una sensación perturbadora, porque él se daba cuenta con desesperación de que era una sensación permanente; así es como se sentiría el resto de su vida: frío y vacío y enfermo. El daño que se le había causado era duradero, definitivo.

Un doloroso calambre le atenazaba los músculos de la nuca. El dolor se extendía por la base de su cráneo y hasta las sienes, estrujándole la cabeza como las quijadas de una mordaza de carpintero; por más que lo intentara, no podía apartar los ojos de su imagen vaga y espectral reflejada en el parabrisas. Algo parecía atraer su mirada hacia el vacío asiento del conductor. Una luz diminuta centelleaba en la oscuridad al lado del cuentakilómetros, pero no se decidía a volver la cabeza para mirarla.

Por alguna razón, un nombre apareció en su mente: Morgan o Monroe o algo parecido. ¿Qué más daba? Era el muchacho al que había arrastrado lejos de la alquería, en Alemania.

Sintió crecer en su interior una cólera débil y absurda: «Tenían que haberme expulsado por salvarle, en vez de darme una medalla».

Esta idea le hizo titubear. «¡Qué demonio! —pensó, con sentimiento de culpabilidad y a la defensiva—. Yo puedo pensar en eso. La medalla es mía, ¿no?». Pero no podía resolverse a mirarla. La luz que bailaba más allá del ángulo de su visión era un reflejo de la estrella de plata del llavero de Lory. Y no podía volver la cabeza para mirarla. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Entonces supo lo que había sido destruido.

—¡Maldición! —exclamó con voz lenta y cansada.

El calambre que le atornillaba la nuca había desaparecido, y Earl se dejó caer flojamente sobre el asiento del coche. Mirando la medalla que oscilaba en la semioscuridad, frunció el entrecejo, lleno de un conocimiento amargo y confuso. «Es mía, la he ganado —pensó—. Al igual que cualquier cosa en mi vida, la he ganado. Y al igual que a cualquier otra cosa, ya no puedo mirarla».

Quitó la llave de contacto y trató de desprender del anillo la medalla, pero no podía con una sola mano. Finalmente, puso la llave en el suelo, apretándola con el tacón, y entonces, con un movimiento de los dedos, desprendió la estrella. Bajó el cristal de la ventanilla y la arrojó hacia la noche, viéndola centellear una vez en el aire antes de desaparecer en la oscuridad. La lluvia y el viento le dieron en el encendido rostro, y el fragor de un trueno entró por la abierta ventanilla como el fuego de artillería pesada en el horizonte. «Muy bien —pensó—, muy bien».

Se deslizó penosamente hacia el asiento del conductor, dio la vuelta a la llave de contacto, y puso en marcha el motor, que

empezó a rugir. El empleado de la gasolinera gritó «¡eh!», con voz sobresaltada, pero Earl hizo girar el automóvil trazando casi un círculo, manejando el volante torpemente con una sola mano. Ya no había confusión en su cerebro; solo una cólera inocente. No había abandonado únicamente al negro; se había dejado a sí mismo allá, en la vieja alquería. La idea le hizo reír débilmente, y es que aquello era realmente gracioso. Ahora tenía que volver atrás a recogerse a sí mismo... La única cosa de la que se había sentido orgulloso quedaba atrás, allí, con el negro. No conocía el nombre de aquella cosa, pero era algo limpio y fuerte y le pertenecía a él y a nadie más que él.

Una voz gritó su nombre cuando él entraba con el coche en la carretera. Lorraine corría hacia el vehículo, con los pies resbalando en el barro y la lluvia azotando su cara frenética como con fríos látigos de cristal.

—¡Earl! —gritaba desesperadamente, pero el nombre era arrastrado, barrido hacia la nada por el viento impetuoso.

Earl frenó y bajó el cristal de la ventanilla.

—¡Vuelvo al lado del negro! —le gritó—. Tú espera aquí.

—¡No, no puedes hacerlo! —gritó Lorraine, y él vio el terror pintado en su cara—. ¡Por Dios, no me dejes!

Earl sintió lástima por ella; ella no comprendía.

—Tengo que hacerlo, Lory, ¿no lo entiendes?

—Él no es nada para nosotros. No puedes volver allá.

—No es bueno que lo deje. Nada es ya bueno si no voy. Tú y yo, el mundo entero no es bueno.

—Estás loco, estás enfermo..., no sabes lo que dices.

Loco, enfermo... Empezó a maldecir; las palabras le llenaban de furia. Uno hacía lo que era justo, y entonces tenía uno que estar enfermo o loco.

—¡Escúchame! —le gritó Lorraine, agarrando la portezuela con manos desesperadas—. Entra a tomar café. Podemos hablar. Hay tiempo, Earl.

Earl empezó otra vez a proferir maldiciones: hablar, hablar, hablar. Dar la vuelta a las cosas. Mirar hacia ese ángulo y hacia el otro, comprobar todo el asunto desde el principio hasta el fin, para justificar el no hacer nada. El negro le necesitaba ahora, no al cabo de cincuenta años.

—¡Me voy, Lory! —gritó—. Me voy ahora.

Cerró de golpe la portezuela y el coche se precipitó hacia la lluvia y la oscuridad. La sacudida brusca hizo que Lorraine se tambalease y casi la hizo rodar en el barro. Pero no caería, pensó Earl; si caía, lo haría sobre los pies. Ya idearía algo que decirle al empleado de la gasolinera. Diría que Earl se había olvidado de apagar la estufa en casa o algo así. Ella siempre pensaba con rapidez.

El cielo era iluminado también por los relámpagos y la carretera brincaba delante de él, iluminada por la luz de los relámpagos. Luego volvía a caer la oscuridad, pero él había visto la copiosa lluvia derramarse sobre el bosque, y balancearse los árboles bajo la fuerza del viento. Earl reía y apretaba el acelerador. Jamás les cogerían en una noche como aquella; haría falta ser un héroe para circular por la carretera con aquel tiempo.

En un trecho recto limpió frenéticamente el parabrisas con la palma de la mano, luego agarró con fuerza el volante antes de que el coche se deslizase hacia la cuneta. Volvió ansiosamente a su tarea de conducir; era casi imposible ver los mojones o los cruces. Si no podía encontrar el camino de regreso a la alquería, el negro estaría realmente en un atolladero.

En aquellos momentos, el pobre muchacho estaría muerto de miedo. No era de extrañar... «Pero tengo que sacarle de allí», pensaba Earl. Se alegraba de que la apuesta contra ellos fuese larga; quería mostrarle al negro lo mucho que valía. Ningún individuo despreciaría la oportunidad de demostrar la propia valía. ¿Por qué ocultarlo?

En el ejército era fácil: hacías lo que te mandaban, simplemente. Un individuo caía herido y tú lo llevabas a los médicos. El regimiento quería un prisionero, entonces tú salías y hacías uno. Los alemanes querían desalojarte de una cota y entonces ibas tú y les obligabas a retirarse a ellos. Eso era sencillo, no hacía falta devanarse mucho los sesos.

A Earl le satisfacía este razonamiento; lo encontraba astuto y contundente. El truco consistía en continuar haciendo cosas de las que pudieras enorgullecerte; entonces no te sería difícil evocar algún tiempo pasado en el que hubieras demostrado tu valía. Siempre tendrías cosas buenas y sólidas que recordar.

«Muy bien, muy bien —pensaba, inclinándose hacia adelante para observar la carretera—. No te preocupes por ello ahora; lo único importante es llegar allá». Dejó atrás un granero y comprendió que iba bien; luego hallaría un bosque y una casita blanca junto a un cruce.

El viaje, con su traqueteo y sus oscilaciones, le hacía sentir de nuevo un intenso dolor en el hombro. Tenía la cara bañada en sudor y de pronto sentía calor y frío casi al mismo tiempo; la fiebre ardía en él como un horno, pero el contacto con su ropa y el viento helado que le daba en la cara le provocaban temblores en todo el cuerpo. Era curioso: estaba ardiendo, pero le castañeteaban los dientes. Sabía que, sin embargo, la fiebre era algo bueno; un médico se lo había explicado. Uno necesitaba la fiebre para combatir la enfermedad. Era como el bote de espinacas de Popeye o la caballería estadounidense al hacer su aparición en una película del Oeste. Una pequeña ayuda extra en caso de apuro.

¿Por qué demonios se encontraba en dificultades?, se preguntaba. Resultaba difícil mantener la mente con las ideas claras y ordenadas. ¿Dónde estaba la casita blanca? ¿Habría pasado de largo? «¡Dios mío!», pensó ansiosamente, y se inclinó hacia adelante para mirar por el parabrisas. ¿Contra quién estaba luchando? La guerra había terminado, ¿no? Le llamó la atención la negra manga de su abrigo. Nada de uniformes pertrechos ni fusiles. Aquello se acabó para siempre. Ya no tenía necesidad de aquella fiebre. Ya no había bote de espinacas para él. Solo le restaba recoger al negro y podrían ir a algún lugar y descansar. Ahora todo volvía a quedar claro.

La casita blanca desfiló rápidamente ante él, y un poco más allá hizo entrar el coche en el camino cenagoso que conducía a la alquería, esforzándose por manejar el volante con una sola mano. Atravesó veloz el denso barro, sorteando los traicioneros charcos de agua que brillaban bajo la luz de sus faros. «Ya falta poco», pensó con alegría. No tardaría ni un minuto en subir al negro al automóvil. Entonces habría terminado todo. Se habrían acabado las dificultades.

La claridad de sus ideas le llenaba de una confianza embriagadora; lo había imaginado todo perfectamente. Por una vez en su vida conocía el resultado final.

Earl casi pasó de largo ante la entrada de la alquería; solo le salvó su instintiva vigilancia. Hizo girar el volante con rapidez y eficacia, y el coche se adentró en el angosto camino lleno de barro. Todo iba bien, todo estaba seguro; la noche llenaba su espíritu de extraordinaria confianza.

El viento y la lluvia sacudieron su cuerpo cuando, penosamente, se apeó del coche. Con una mano se apoyó en el guardabarros, procurando tapar con las solapas del abrigo su hombro y su pecho descubiertos; tenía que llevar la chaqueta sin meter en la manga el brazo vendado, y el viento levantó esa manga suelta agitándola grotescamente ante su cara. Miró en derredor en medio de la oscuridad, sin ver más que la mole de la vieja casa y las ramas agitadas de los corpulentos árboles.

—¡Negro! —gritó con voz ronca, mientras chapoteaba en el barro, con paso vacilante, en dirección al porche medio en ruinas—. Vámonos, negro.

Subió renqueando los peldaños, resbalando sus pies en la arena mojada.

—¡Vamos, negro! —gritaba—. Muévete. Tenemos que irnos.

Un relámpago brilló en la noche, inundando con su luz el porche y proyectando una claridad azulada sobre los mojados muros de piedra de la casa.

—¡Negro! —volvió a gritar, lanzándose hacia la puerta—. He vuelto a por ti.

Alguien le respondió; una voz gritó detrás de él en medio del viento y de la lluvia. «¿Qué ocurre? —pensó irritado—. ¿Qué está naciendo ahí afuera? Ese estúpido debería estar dentro, donde hay calor...».

Había algo raro en aquel relámpago, pensó, al darse cuenta de ello. Le costaba trabajo pensar. Intrigado y vagamente alarmado, miró la claridad que bañaba la fachada de la casa y proyectaba su oscura silueta contra la puerta iluminada. Aquella luz no se iba, maldición; era algo curioso, pensó, frunciendo el entrecejo al ver la intensa luz en el dorso de su mano.

Con un esfuerzo se irguió y dio media vuelta; la intensa luz le iluminó los ojos con terrible fuerza, y Earl levantó defensivamente la mano hacia su cara. Largas y amarillas lanzas de luz saltaban hacia él desde la oscuridad, dibujando la silueta de su cuerpo sobre

la casa. «¿Qué demonios ocurre?», pensaba, trabajando su cerebro lenta y dificultosamente.

—¡Basta! —gritó, moviendo un brazo defensivamente contra los rayos de luz—. ¡Basta!

—¡Levanta las manos! —gritó una voz desde las sombras—. ¡De prisa! ¡Hay veinte pistolas apuntándote!

—¡Vengo a buscar al negro, eso es todo! —gritó Earl hacia la oscuridad—. Vengo para llevármelo, ¿lo oís?

—¡Las manos arriba! Ya no tendrás otra oportunidad.

—Debo llevármelo. ¿No lo sabíais? —dijo Earl furiosamente.

Sacó la pistola del bolsillo y disparó contra la luz que tenía a su izquierda. La luz desapareció con un sonido de vidrio roto, y Earl gritó:

—¡No queremos problemas!, ¿oís?

Algo le derribó hacia el porche mojado. No vio ni oyó nada; solo sintió el repentino dolor que le produjo el disparo en la pierna y el escozor de unas lágrimas de rabia en los ojos.

—¡Maldición! —murmuró y, desde el suelo, disparó la pistola hacia el segundo chorro de luz.

La oscuridad se abatió sobre él y se puso dificultosamente en pie, oyendo el ruido de la lluvia al azotar el tejado por encima de su cabeza y el lejano fragor de un trueno en el bosque. ¿Por qué disparaban contra él?, pensó, en medio de su intenso dolor. Lo que iba a hacer estaba bien, ¿no? Dios mío, ¿por qué tenían que dispararle?

Otra luz saltó de entre las sombras. Él no podía explicarle nada a la oscuridad de la noche. Las palabras fluían como una marea en su mente. Todo había terminado; ya no había necesidad de luchar. Él tenía que recoger al negro, eso era todo. Agitó inútilmente la pistola en el aire, y de pronto sintió un dolor cruel que le desgarraba el estómago; era como si con un martillo le clavasen un perno en el cuerpo. Tambaleándose, fue a apoyarse en la puerta, gimiendo de dolor. La pistola que mantenía en la mano pensaba por sí sola; la luz desapareció acompañada de un estrépito de rotura cuando Earl disparó sus últimas balas hacia las sombras.

Entonces se hizo de nuevo la oscuridad y se oyeron voces y el ruido de unos pies calzados con botas sobre la tierra mojada. Encontró el tirador de la puerta y, con un desesperado y último

esfuerzo, entró en la casa. Ahora estaba a salvo, pensó; la furia de la tormenta y la furia de los hombres quedaban fuera. Él y el negro podrían descansar un rato y luego partirían...

—¡Negro! —gritó desesperadamente, escrutando el corto pasillo.

Algo le había dado en la pierna y cayó de rodillas, mientras el cuarto de estar se le volvía borroso ante los ojos.

—¡Dios mío! —exclamó, preguntándose si habría resultado malherido.

El viejo se había movido en su cama y estaba acurrucado furtivamente dentro de su montón de mugrientas mantas.

Pero Earl vio que Ingram estaba bien; el negro se había incorporado en el sofá, con la cabeza apoyada en uno de sus codos, mirándole con ojos muy abiertos. Earl llegó a la conclusión de que no tenía demasiado buen aspecto; probablemente solo estaba asustado. Quizá pensaba que iba a pegarle...

—No pasa nada, negro —le dijo, apretándose con la mano el estómago, en el que sentía un vivo dolor—. Te sacaré de aquí. No pasará nada...

Earl movió la cabeza, preguntándose por qué no podía respirar; parecía como si no hubiese suficiente aire en aquel cuarto.

—No te esfuerces en hablar —le aconsejó Ingram en voz baja, lloriqueando—. Estás malherido —Procuró sentarle en el sofá—. Acuéstate, Earl, acuéstate.

—Estoy bien, negro —Intentó sonreír, pero sus labios estaban demasiado rígidos y fríos—. He vuelto para llevarte conmigo. Ya sabías que lo haría, ¿verdad? —Earl tragó algo que sintió caliente y espeso en la garganta. Repitió, en tono suplicante—: Lo sabías, ¿verdad que sí?

—Claro que lo sabía, Earl —dijo Ingram, llorando desconsoladamente—. Lo supe todo el tiempo. Acuéstate, por favor.

—No debí haberme marchado... Los dos estamos en el mismo asunto. Tenía que ayudarte —Earl volvió a mover la cabeza, luchando obstinadamente contra una terrible debilidad—. Tuve que marcharme, negro —articuló dificultosamente.

Luego extendió la mano delante de él y cayó boca abajo.

—Dios mío —gimió débilmente Ingram—. Oh, Dios mío, Earl...

—No te preocupes —Earl levantó del suelo la cabeza y le miró fijamente—. Negro... —Vio que las lágrimas bajaban como un

torrente de los ojos de Ingram y sintió una inmensa soledad y tristeza en su pecho—. No lo he conseguido —dijo débilmente—. No he podido llegar hasta el final.

—Te has portado muy bien —Ingram lloraba. Se tendió en el sofá y, alargando la mano hacia abajo, cogió la de Earl y la apretó fuertemente—. Nadie pudo haberse portado mejor, nadie en el mundo.

—Hay cosas que las pude hacer muy bien —Earl dejó descansar la mejilla sobre el frío suelo. Agarró la mano de Ingram—. Nunca podremos ir a aquel partido de béisbol, negro. Ya nunca podremos ir.

—¡Quién necesita un maldito partido de béisbol! —exclamó Ingram con voz desgarrada—. Lo que tenemos ya es suficiente, amigo mío.

Earl oía las palabras, pero no podía responder a ellas; la luz de la habitación parecía irse apagando y finalmente quedó todo a oscuras. Entonces ya no había blanco o negro, nada más que una especie de paz, y eso fue lo último que conoció Earl antes de morir...

Ingram contemplaba impotente los ojos vidriosos de Earl, sin sentir los sollozos que le sacudían el cuerpo, sin sentir nada más que una impresión de pérdida irreparable.

Sonaron unas voces a su alrededor y el suelo tembló bajo las pisadas de unas botas. Unas manos le asieron, sin miramiento al principio, luego más delicadamente al desplomarse su cuerpo sobre el sofá.

Alguien dijo:

—También parece que vaya a morirse.

Ingram oyó otra voz:

—La mujer no está aquí. Que vaya alguien a ver si la encuentra. No puede andar lejos.

El viejo hablaba con alguien con voz chillona, y poco después oyó Ingram que Huesoloco decía:

—El muchacho de color tenía buenos modales, se lo aseguro. Era muy educado. Pero la mujer era un diablo. Destructiva y mala. Sin embargo, al viejo le gustaba. Siempre le han gustado los pendones. Solía decir que yo era demasiado señora. Que esperaba un tratamiento demasiado fino. Decía que nunca se había atrevido a

ponerme una mano encima. Que temía que...

—Está bien, señora —dijo alguien sosegadamente—. Ya no hay motivos para preocuparse. Siéntese y descanse.

Un motorista, vistiendo el uniforme azul de la policía estatal, miraba con curiosidad los ojos llenos de lágrimas de Ingram.

—¿Por qué te has echado a llorar? No estás herido.

—No importa —le interrumpió una voz que Ingram reconoció como la del corpulento *sheriff* de Crossroads—. Déjele estar.

La autoridad que emanaba de la voz del *sheriff* no dejaba lugar a dudas; el motorista se alejó encogiéndose de hombros, y entonces Ingram pudo llorar en paz.

Después se lo llevaron en una camilla. Había cesado de llover, pero las gotas que caían de los árboles se mezclaron con la sangre y las lágrimas que bañaban su cara. Muy arriba vio una sola estrella que brillaba en el cielo. Todo estaba oscuro menos la estrella, pensó. En su mente había una oscuridad hecha de dolor, pena y soledad, pero a través de todo ello el recuerdo de Earl brillaba con radiante fulgor. «Sin lo uno, no es posible tener lo otro», pensó, dándose cuenta lentamente de esta verdad. Sin la negrura, no habría estrellas. Entonces, valía la pena. Costase lo que costase, valía realmente la pena...

La carretera que conducía a Crossroads era una cinta mojada que brillaba bajo la luz de los faros del potente automóvil del *sheriff*. Kelly iba sentado a su lado, fumando y pensando, con una expresión de inquietud en su semblante.

Los dos hombres estaban serios; no comprendían lo que habían visto aquella noche, pero eran lo suficientemente honrados como para respetarlo.

—Él regresó para buscarle —dijo finalmente el *sheriff*, formulando con palabras lo que en realidad no entendían—. Diez segundos más, y habríamos actuado. Pero oímos que llegaba y le dejamos que cayera en nuestros brazos. Es curioso que regresase, ¿verdad?

—Apostaría un dólar a que no deseaba hacerlo —dijo Kelly, moviendo la cabeza—. Estoy seguro de ello.

Estuvieron callados a lo largo de otro kilómetro, más o menos, y

entonces el *sheriff* dio un suspiro y decidió renunciar a descifrar el enigma.

—Nos espera un arduo trabajo. Pero ¿qué le parece si vamos a mi casa a tomar un café cuando hayamos terminado? Nancy nos estará esperando, supongo.

—¿Está usted seguro de que no es demasiado tarde? ¿Está seguro de que a ella no le importará?

El *sheriff* no era hombre de guiños y golpecitos con el codo en las costillas.

—Estoy seguro —dijo tranquilamente.

—Muy bien, entonces. Gracias.

El *sheriff* frenó cuando se aproximaban a la calle principal, aminorando la marcha al entrar en la apacible ciudad. Todo aparecía tranquilo y ordenado ante sus ojos vigilantes; la calle y las aceras brillaban suavemente en la noche y solo un gato extraviado avanzaba cauteloso a través de las inocentes sombras. Todo estaba en orden. «Todo», pensaba.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*  
*FULGOR*  
Elmore Leonard
2. ,  
*CALIFORNIA*  
*ROLL*  
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*  
*NO*  
P. D. James.
4. *MALDITA,*  
*HERENCIA*  
Eric Ambler
5. *EN EL,*  
*ASESINATO*  
*SAVOY*  
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*  
*EL*  
David Goodis
7. *SINGULAR,*  
*INOCENCIA*  
Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *EL MAÑANA,*

CONTRA

William P. McGivern

9. *EN EL DIQUE,*  
*MUERTE*  
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA,*  
*BLUES*  
*CHARLIE*  
*DARWIN*  
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA,*  
*ASESINATO*  
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS,*  
*LOS*  
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO,*  
*JUGAR*  
Elmore Leonard
14. ,  
*RATEROS*  
David Goodis
15. *SIN ROSTRO,*  
*VÍCTIMA*  
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE,*  
*LOS*  
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL,*  
*AGENTE*  
Nat Hentoff
18. *HUIDA,*  
*LA*  
Charles Williams
19. *MORTAL,*  
*CHANTAJE*  
Elmore Leonard

20. *SANGRIENTA,*  
*SIDRA*  
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*  
*EL*  
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*  
*CAÍDA*  
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*  
*CRÍMENES*  
B. M. Gill
24. ,  
*ABRACADÁVER*  
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*  
*POR*  
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*  
*EL*  
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*  
*DESCENSO*  
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*  
*BAILE*  
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*  
*EL*  
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*  
*EL*  
*DEW*  
Peter Lovesey
31. *EN,*  
*DETECTIVE*  
*JERUSALÉN*

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*  
*LA*  
*CASSIDY*  
David Goodis
33. *MORTAL,*  
*CAÍDA*  
B. M. Gill
34. *PELIGROSOS,*  
*SECRETOS*  
William P. McGivern
35. *DEL MATADERO,*  
*CAMINO*  
Ruth Rendell
36. *CON ESA MUJER,*  
*CUIDADO*  
David Goodis
37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*  
*UN*  
*QUEEN*  
Ellery Queen
38. *MUERO POR CONOCERTE,*  
*ME*  
B. M. Gill
39. *Y EL JOCKEY,*  
*SU*  
*ALTEZA*  
Peter Lovesey
40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*  
*EL*  
Anthony Berkeley
41. *DESPEDIDA,*  
*ETERNA*  
Ruth Rendell
42. *VIUDA,*  
*LA*  
Nicholas Freeling

43. *DE MADRE,*  
*AMOR*  
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*  
*MISTERIO*  
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*  
*EL*  
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*  
*TRAPOS*  
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*  
*LOS*  
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*  
*CAUSAS*  
Thomas Noguchi
49. ,  
*ESTACIÓN*  
*TÉRMINO*  
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*  
*ARRASTRADO*  
Janwillem Van de Wetering



WILLIAM P. MCGIVERN Novelista, reportero policial y guionista estadounidense nacido en 1922 y fallecido en 1982. También usó el seudónimo de Bill Peters. Sirvió en la segunda guerra mundial y fue condecorado como héroe.

Estudió en la Universidad de Birmingham y hasta 1951 trabajó como periodista y crítico literario en Filadelfia. En esa fecha, la publicación de varias de sus novelas le permitió dedicarse totalmente a la literatura, campo en que además de novelas de misterio ha escrito libros con clara estructura de *best-sellers*. De 1960 a 1966 escribe varias novelas cuya acción se desarrolla en el sur de España, zona que conoce personalmente. Después retorna a los escenarios de las grandes ciudades norteamericanas. Aparte de el periodismo, la crítica literaria y la producción novelística, McGivern ha colaborado intensamente en el cine y con menos asiduidad en la televisión.

Premiado y reconocido como gran maestro del género, McGivern terminó sus días como profesor en la Universidad de Carolina del

Norte.